
Deseo Vikingo
LA ESTIRPE DEL LOBO - 4
SARAH SCOTT

Desev Vikingo

SARAH SCOTT



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



El era un vikingo con una misión que cumplir y nada se interpondría en su camino. Pero eso cambió cuándo la vio, y el deseo se apoderó de él.

Como vikingo, Einar siempre supo que su honor estaba por encima de todo: incluso de su corazón. Pero la visión de una mujer de cabellos negros le cautiva y, días después, acaba rescatándola de sus enemigos. Su sorpresa es aún mayor cuando descubre que ella puede ayudarle en su búsqueda.

Siriana nunca creyó que un hombre como ese salvaje vikingo le haría estremecerse de deseo. Como sacerdotisa, sabe que se debe a su claustro, pero el destino la une a ese vikingo, convirtiéndolo en su protector y encendiendo un fuego furioso en su interior que los consumirá.

Pero su amor está en grave peligro. Porque es Siriana quien guarda el preciado conocimiento que Einar desea más fervientemente: un secreto sagrado que nunca debe revelar... incluso a costa de sus sentimientos.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Epílogo

Capítulo 1

Tierras Altas de Escocia. Provincia de Inverness. Víspera sin nombre.

22 de diciembre de 631 d.C.

Ningún hombre se movía en el día de las Vísperas sin Nombre. Cada año, en esa fecha, el sol brillaba con su pálida luz durante el tiempo más breve antes de ser consumido por las horas más largas de oscuridad. En ese momento, el poder de Hel, la bruja de medianoche, era más fuerte, y el viajero incauto se arriesgaba al peligro de ser arrastrado a su fosa abierta.

Nadie se movía, excepto el bárbaro vikingo conocido como Einar de Dalsteinn. Pues no temía a nada: ni a los humanos, ni a las bestias, ni a los dioses.

Nada le importaba la oscuridad, incluso cuando lo envolvía. El guerrero, de aspecto temible, caminaba a grandes zancadas por el borde de un espeso bosque de abedules, serbales y robles. Su larga capa forrada de pieles se balanceaba pesadamente a su alrededor. Su gigantesca sombra se extendía delante de él sobre la nieve blanca y cristalina.

Sopló el viento. La pesada capa se levantaba de las pantorrillas de sus botas de cuero forradas. Los copos de nieve se arremolinaban suavemente. Sintió su pellizco en las mejillas, en los labios y en los extremos de sus pestañas. Se acumularon en su capucha y hombros, centelleando momentáneamente antes de derretirse.

Sus pies emitían suaves crujidos mientras conducía a su semental marrón dorado a través del claro, serpenteando por el rodal de árboles cubiertos de nieve. Einar se adentró más en el bosque, seguro de que pronto llegaría a la cueva donde se refugiaría para pasar la noche.

El semental resopló suavemente y levantó la cabeza. Instantáneamente alerta, Einar se detuvo y miró a su alrededor. Justo delante, los árboles terminaban y la tierra se inclinaba

suavemente hacia arriba, cubierta por una capa de nieve prístina y reluciente. Dio otro paso, y luego otro. Sus ojos ardían bajo el resplandor cegador. En lo alto de la colina vio a una mujer.

¡Una mujer! No podía ser. No con ese clima, no en la Víspera sin Nombre. Pensando que la nieve lo había engañado, se pasó los guantes por los ojos y volvió a mirar. Seguía allí. No cabía duda.

Estaba de pie junto a una enorme mesa compuesta por una lisa losa de granito colocada sobre dos piedras cortas. Un altar, pensó, con desprecio por todas las prácticas supersticiosas e inútiles. Sintió un momento de pesar al verla formar parte de algo así. Aun así, no se apartó ni la dejó con sus rituales.

Un fuego ardía ante el altar, pero ella parecía rodeada de arbustos y árboles estériles, sus ramitas envueltas en hielo, sus ramas negras coronadas de nieve. El hielo goteaba del altar. El viento arremolinaba el propio frío de Hel a su alrededor. Sin embargo, ella parecía ajena a todo. A él.

Tras pasar las riendas de su caballo por una rama baja, avanzó sigilosamente, bordeando la blancura, manteniéndose a la sombra de los árboles, moviéndose en silencio.

El cabello negro, liso y largo, le colgaba por debajo de las nalgas. El viento se burlaba de sus puntas. Mientras la observaba, ella se despojó de su exuberante túnica de piel blanca. No podía creer lo que veían sus ojos. Debía de estar loca. Debajo llevaba una falda verde vaporosa, con mangas largas y onduladas. No pudo evitar un escalofrío al vislumbrar su pálida piel a través del fino tejido.

Y entonces jadeó. Ella se desabrochó una pesada faja dorada de la cintura y la dejó caer sobre la capa. El viento sopló ferozmente. Recogió su faja y su pelo, envolviéndolos alrededor de su cuerpo. Mientras el fuego crecía y las chispas se elevaban para unirse a los remolinos de nieve, ella se acercó al altar hasta quedar bañada por su resplandor.

Inclinó el rostro hacia el cielo, inundada por la luz de la luna. Sus labios se movieron.

Demasiado lejos para captar sus palabras, Einar se acercó sigilosamente, infinitamente curioso, atraído por su belleza y la extrañeza del momento. Las notas más graves y profundas de su voz llegaron a sus oídos. Las palabras eran ininteligibles, pero sus tonos

lo hipnotizaban. Aún oculto por los árboles, se aproximó lo suficiente para ver lo que había sobre la piedra.

Sus palabras cesaron. Ella inclinó la cabeza y se volvió hacia el altar. En el centro había colocado un gran cuenco dorado lleno de manzanas. A ambos lados ardían velas gruesas, cuyas llamas batían y la cera corría por sus costados. Frente a ellas yacía un objeto de plata. De más de treinta centímetros de largo, había sido forjado en forma de rama, con hojas y flores del mismo metal precioso. Más maravillosas incluso que la plata eran las tres manzanas que colgaban de ella, hechas del oro más puro. Mientras Einar se maravillaba de su elaboración, la mujer alzó la rama con ambas manos. El viento llevó su conjuro a lo alto.

Depositó la rama sobre el altar y cogió un cáliz de oro y plata, cuyo cuenco tenía forma de manzana. Otro encantamiento y luego se llevó el borde a los labios. Aún salmodiando, vertió la libación sobre el sacrificio de manzanas, luego levantó la copa vacía hacia el cielo. Otra ráfaga de viento azotó su cabello. La nieve se arremolinó, las chispas saltaron. El hielo y el fuego la envolvieron en su resplandor.

Atraído hacia ella, incapaz de pensar, Einar salió de detrás del árbol. La nieve crujió bajo sus botas al entrar en el claro.

Ella se giró y lo miró directamente. Su cabello se arremolinó a su alrededor. Luego, el viento lo atrapó y lo posó sobre sus altos pechos de pezones puntiagudos, sobre el hueco de su vientre plano. Tanto cabello glorioso y reluciente cubría su cuerpo como un velo negro.

Su rostro era suave, nacarado, radiante en la mezcla de la luna y la luz del fuego. Largas pestañas negras enmarcaban sus brillantes ojos marrones.

Ninguno de los dos se movió. Entonces ella sonrió, y Einar pensó que se moriría de placer. Levantó los brazos. Un paso. Dos.

En el fondo de sus ojos vio el creciente recelo. Se quedó inmóvil, estudiándola. Tenía un aire de inocencia sin edad, pero no era una joven doncella. Reconoció la agitación del deseo en su cuerpo. Parpadeó con la mirada aún clavada en la de ella. Un paso más. Su propia sonrisa la invitó.

Rápida como el pensamiento, ella se inclinó. Los eslabones de la faja dorada tintinearon cuando la levantó junto con la túnica de piel blanca hasta cubrir sus pechos. Durante un instante su sonrisa

aún tembló en los labios. Luego se dio la vuelta y corrió hacia la oscuridad del bosque.

—¡No, señora! —gritó Einar—. ¡Espere! Por favor. No quiero hacerle daño.

Saltó para alcanzarla. Su pie chocó contra una roca apenas cubierta por la nieve. Tropezó. Se sujetó antes de caer, pero el paso en falso le dio a ella el impulso que necesitaba para desaparecer.

Aun así, trepó tras sus huellas, resbalando, tambaleándose, maldiciendo. ¿Cómo había corrido ella tan ligera cuando él se tambaleaba como un jabalí herido? Calificándose de torpe, siguió obstinadamente las huellas.

Su pie resbaló por enésima vez y lo hizo caer contra el tronco de un árbol alto. La sacudida creó una cascada. Una nieve blanca, húmeda y pesada cayó de sus ramas. Casi lo enterró. Cuando logró abrirse paso, sus huellas habían desaparecido.

Miró a su alrededor frenéticamente. Se había esfumado. Sacudió la cabeza con incredulidad. Era como si nunca hubiera estado allí.

Un hilillo de hielo le recorrió la espina dorsal. No tenía nada que ver con la nieve que le había caído encima. Se deshizo de la

superstición con una exclamación murmurada. En la oscuridad cualquiera podía perderse, incluso un maestro rastreador.

Decidió regresar al altar y esperar. Volvería por el tesoro, pues tal era el valor de la escudilla, el cáliz y la rama, que podían considerarse nada menos que eso.

El camino parecía ahora más fácil; claro, esta vez seguía sus propias huellas. Para su decepción, cuando regresó a la cima de la colina, lo único que encontró fueron unas cuantas manzanas tiradas en el centro de la losa. Todos los objetos habían desaparecido. Ella debía de haber dado la vuelta, recogido sus pertenencias y huido.

Sus ojos barrieron el círculo alrededor del montón de brasas moribundas. Tampoco allí había rastro de sus huellas. La nieve debía de haberlas borrado al instante. Se había esfumado sin dejar rastro.

El alivio de Einar al llegar al refugio de la cueva se vio atenuado por la decepción. Mientras encendía el fuego, desensillaba y daba de comer a su caballo, pensó en el kirtle[1] verde, en el glorioso cabello y, sobre todo, en la tierna sonrisa.

Después de atender al semental, Einar extendió su jergón. Sus mantos eran gruesos, de piel por un lado y cuero impermeable

por el otro. Se sentó sobre ellos y abrió su cena de pan, queso y carne ahumada.

La regó con una cerveza tan fría que le hizo doler los dientes. Mientras tanto, contemplaba el esplendor plateado de la noche desde la cueva y pensaba en la mujer. Debería haber sabido que no debía acercarse a alguien inmerso en un ritual. Probablemente la había asustado.

Pero había querido acercarse un poco más, hablarle. Había oído su voz meliflua mientras murmuraba oraciones. Había visto la gloriosa forma de su cuerpo a través del suave kirtle. No, nunca olvidaría a la dama de la noche, a esa dama del invierno. Nunca la había visto antes y, sin embargo, le resultaba extrañamente familiar.

A lo lejos, Einar oyó el canto de un pájaro: estridente, ronco. Se puso en pie y caminó hacia la entrada de la cueva. Sobre él, silueteado contra la luna, un cuervo enorme daba vueltas y se sumergía. La luz plateada bruñía sus alas. Planeó por el aire como si fuera uno con el viento. Graznó de nuevo antes de descender y posarse en el hombro de Einar.

La primera vez que el cuervo había volado hacia él en la oscuridad, se había quedado asombrado. Los maestros de aves le

habían dicho que los cuervos no volaban de noche. Sin embargo, el suyo sí lo hacía. Este cuervo era su amigo como ningún otro, su talismán, y —aunque no lo admitiría ante nadie— su vínculo con el Otro Mundo. Se decía a sí mismo que no era tan crédulo como para creer que Odín gobernaba en Asgard con cuervos al hombro, trayéndole noticias de los hombres. Aun así, le complacía tener un amigo así, por si acaso.

Le tenía un cariño especial. Lo había encontrado como polluelo dos veranos atrás, expulsado del nido, demasiado joven para volar. Cuando agitó sus diminutas alas con desafío, su valentía le ganó el corazón. Einar lo rescató y cuidó. Cuando creció, lo liberó, pero el cuervo seguía volviendo a él.

—Buenas noches, amigo mío. —Pasó la mano por sus brillantes plumas al llevarlo de vuelta al fuego—. Eres, en verdad, el Viento de Medianoche. Me alegra que hayas regresado para pasar la noche.

Los ojos ámbar del pájaro brillaron mientras observaba la cueva. Saltó del hombro de Einar al lomo del semental. El gran caballo sacudió la cabeza, haciendo volar su crin dorada. Relinchó

suavemente. Como si fuera una invitación a cenar, el cuervo saltó al suelo y empezó a compartir la comida del caballo.

—No hay duda de por qué has venido —rió Einar suavemente—. A vaciar el saco de grano.

Cansado por la larga marcha y el frío opresivo, se acercó al fuego y empezó a desvestirse. Contemplando soñadoramente las llamas, le pareció ver en sus profundidades a la dama del invierno, de ojos luminosos y labios inquietantes, curvados en una sonrisa.



Si ningún hombre se aventuraba en la Víspera sin Nombre, seguramente tampoco lo haría ninguna mujer. Nadie salvo Siriana, la dama nacida del invierno el Día sin Nombre. Dedicada por su madre a la Gran Diosa Madre en un ritual sagrado, Siriana era guardiana de la tierra y mensajera a los cielos. Además, estaba protegida por el triunvirato férreo de diosas menores: Buanann, madre de los héroes; Andraste, patrona de la reina británica Boudicca.

Con su favor no le ocurriría nada malo en su día especial. Por esta razón había caminado durante la noche sin vigilancia. Ahora, vestida con una túnica de piel blanca, se deslizó cerca de la entrada de la cueva del guerrero y le observó prepararse para dormir. ¿Quién era?, se preguntó. ¿Qué hombre se atrevía a caminar en la noche cuando el sol moría?

La había cogido por sorpresa en el altar de la arboleda alta. Dudaba que alguien, salvo ella, supiera de su existencia. Pertenecía a la época de los Antiguos. Ella lo había tomado como su lugar especial y, cada año, recorría la larga distancia desde su claustro hasta las solitarias colinas sobre Inverness para hacer su sacrificio y ofrecer sus plegarias a su diosa natal. Sin embargo, él había aparecido allí. Por qué lo había hecho la inquietaba profundamente.

Dentro de la cueva, el guerrero estaba de pie tras el fuego; su resplandor iluminaba su rostro y su cuerpo. Se quitó el manto, sacudiendo la nieve derretida en las llamas, haciendo que estas chisporrotearan y chasquearan. Extendió su manto cerca del fuego para que se secara durante la noche y estuviera listo para el viaje al día siguiente.

Toda su ropa, de cuero marrón rojizo, estaba forrada de piel. Notó, con un escalofrío, que las protecciones de cuero en muñecas y antebrazos eran utilitarias. Desprovistas de metales brillantes y joyas, estaban profundamente raspadas y desgastadas. Habían protegido su piel del chasquido de muchas poderosas cuerdas de arco. Sin duda, había enviado muchas flechas camino del corazón de un enemigo.

Se quitó los cinturones de la cintura y colocó su espada y su daga junto al arco. Flexionó los hombros, tensando la túnica sobre el pecho, enfatizando su gruesa musculatura y atrayendo la atención hacia sus nervudos brazos.

En la oscuridad, Siriana sintió que sus propios músculos se flexionaban involuntariamente. Mentalmente se reprendió a sí misma. Había visto muchos hombres más guapos que el norteño… y muchos más musculosos. Aun así —admitió—, ninguno era tan intrigante. Estaba solo, pero su presencia era tal que, de haber estado rodeado de gente, habría destacado. Irradiaba una fuerza y un poder que siempre le harían resaltar.

Era un guerrero dorado, sus ojos y su pelo del color del ámbar pulido. Sin embargo, instintivamente ella sabía que el tono

dorado de sus rasgos era engañoso. Era oscuro, no claro. Duro, no blando. Su cuerpo era un estudio de líneas duras y ángulos, de perfección musculosa. Su expresión era negra y sombría, sus ojos ensombrecidos. Misterios acechaban en sus profundidades. Misterios que Siriana quería descubrir. Como una piedra preciosa, él la atraía hacia sí.

Cuando estudió aquellos ojos, vio más allá de su color al hombre que había en su interior. Vio en él una ausencia total de miedo. Eso en sí mismo no la preocupaba. Pero algo sí lo hizo. No tenía reverencia. No honraba el día sagrado ni a su diosa patrona colgando el trozo de muérdago sobre la entrada de su cueva. Esta irreverencia preocupó profundamente a Siriana. O bien era un hombre sin emociones ni convicciones profundas, o bien estas estaban tan profundamente secuestradas que nadie, ni siquiera él mismo, las induciría jamás.

De repente, sus músculos se tensaron. En un suave movimiento, se inclinó y sacó su espada de la vaina. El metal siseó contra el cuero. Cuando se enderezó, su postura y su expresión eran las de un guerrero preparado para la batalla. Sujetando su arma, se deslizó hasta la entrada de la cueva y miró hacia fuera. En un abrir y

cerrar de ojos, se había convertido en el depredador, acechando a su presa.

Y ella era la presa.

Siriana se agachó detrás de un pequeño grupo de árboles y apoyó la espalda contra un tronco. No hizo ningún ruido; apenas se atrevió a respirar. Tuvo la sensación de que él podía ver en la oscuridad. El silencio pareció prolongarse eternamente mientras él la buscaba con todos sus sentidos.

Al cabo de un rato, regresó al interior de la cueva y avivó el fuego. Ella podía oírle hablar en tonos suaves con el cuervo y el caballo.

Ella debía marcharse ahora, desaparecer en la noche y olvidarle como él la olvidaría a ella. Pero su presencia no la dejaba marchar. El calor de emociones que no comprendía la obligó a volver a su lugar de observación.

Dejando la espada en el suelo, sacó una de las capas secas de su mochila. Al mismo tiempo que un broche caía de entre los pliegues, el fuego estalló y siseó. Las chispas salpicaron el aire y el suelo de la cueva.

Siriana miró fascinada cómo el broche de oro rodaba hacia la entrada.

Tachonado de joyas, brillaba a la luz del fuego. Ella esperaba que él lo recogiera, pero no lo hizo. Al parecer, no era consciente de que se había caído. Envolviéndose en la capa, se estiró en el jergón.

De pie frente a la entrada de la cueva, Siriana recibió de lleno el frío del invierno. Con envidia, observó cómo el guerrero, el corcel y el pájaro se acomodaban cómodamente para pasar la noche. Se preguntó qué pasaría si caminara audazmente hacia la luz del fuego y se uniera a él. La idea la hizo estremecerse, pero no de frío.

Helada hasta los huesos, con el viento azotando su húmeda ropa de invierno, permaneció oculta tras los árboles. Su mirada se clavó en el broche. Cuanto más lo miraba, más lo deseaba, como recuerdo de esta noche, de este fascinante guerrero dorado.

Finalmente el fuego se apagó y oyó el suave ronquido del guerrero. Se acercó a la entrada de la cueva, donde yacía el broche de oro. El caballo volvió la cabeza hacia ella. El cuervo saltó y ladeó un ojo brillante.

Ninguno de los dos dio la voz de alarma. Siriana no había temido que lo hicieran. Era una guardiana de la tierra, una con las plantas y los animales de las Tierras Altas, en casa en los densos bosques que se extendían por las estrechas cañadas entre montañas y colinas. Había pasado la mayor parte de su vida rodeada de animales. Ellos confiaban en ella.

En su sueño, el guerrero se giró, dándole la espalda. Siriana se acercó sigilosamente. Sus dedos se cerraron en torno al broche. Aferrándolo con fuerza en su puño, retrocedió. Fuera de su alcance, corrió hacia el bosque. No le preocupaba que el desconocido la encontrara. Por la mañana, la nieve cubriría completamente sus huellas. Estaría muy lejos de su altar de la arboleda alta, rumbo al claustro de Ross, en la costa noreste de Escocia.

Para cuando el guerrero despertara, estaría lejos y a salvo en su propio territorio. A la luz de la luna, se detuvo una sola vez y miró el broche que descansaba sobre su palma. Las joyas centelleaban a la luz plateada.

En lo más profundo de su corazón, reconoció que había deseado algo que nunca podría tener. Una sacerdotisa célibe y enclaustrada nunca podría compartir la chimenea con un guerrero

vikingo. Deslizó el broche en el bolsillo secreto de su capa, en la parte secreta de su corazón.

Capítulo 2

Tierras Altas de Escocia. Provincia de Inverness

A.D. 632

Un otoño se posó nítidamente sobre las Tierras Altas. Soplaba un viento cortante y el sol de la mañana brillaba con fuerza. Los bosquecillos de las colinas y los bosques de los valles pintaban Inverness de gloriosos tonos rojos, dorados y anaranjados a medida que el terreno se elevaba y descendía. El sol cubría el cielo con tonos luminiscentes de rosa, lavanda y naranja.

Seis jinetes subían por el estrecho sendero de la montaña. Bradach, su guía montañés, iba en cabeza. Einar de Dalsteinn le seguía de cerca. A continuación, venían los cuatro guerreros vikingos elegidos a dedo por Einar: Durin, Aren, Calam y Sven. Aunque no

llevaban armadura, la habían traído consigo. El casco, la cota de malla y las armas adicionales estaban guardados en mochilas de cuero que cada uno sujetaba a la parte trasera de su montura. Al responder a la llamada de Einar, habían aceptado la guerra y la muerte como posibilidades.

Ahora Einar los conducía desde la ciudad costera de Thornsgate, en Ross, al noreste, hacia el interior. En una misión para su benefactor y sire, avanzaban con paso firme hacia el sur por la costa. A medida que cabalgaban en dirección a Inverness, el rocoso terreno montañoso de las Tierras Altas se suavizaba, dando paso a cañadas y valles. Los árboles, antes dispersos en pequeños bosquecillos, ahora formaban cinturones continuos de arboledas. Más adelante, los bosques se volvían espesos, compuestos de abedules, serbales y robles, entre los que se alzaban majestuosas coníferas que ascendían en espiral hacia los cielos. Donde antes había cantos rodados y arbustos bajos, ahora los árboles formaban doseles arqueados sobre el camino.

—¿Cuánto falta, escocés? —llamó Einar.

Bradach encorvó los hombros.

—Pronto cambiaremos de dirección.

Era un hombre pequeño, mayor que los guerreros de Northland. Ataviado con una camisa sin cinturón y sandalias, dejaba al descubierto sus nudosas piernas. Un puñal colgaba de un cordón de cuero que cruzaba su cuello y hombro. Los norteños le habían seguido durante varios días. Una vez habían terminado en medio de un espeso bosque, y otra habían llegado al borde de un lago. Él se había encogido de hombros, se había quejado y había insistido en que habían movido las marcas del terreno. No era un guerrero, como siempre recordaba. Los guiaría, sí, pero se mantendría alejado del peligro.

Los errores de Bradach irritaban más de la cuenta a Einar. No confiaba en él, pero él y sus hombres habían llegado hasta aquí. No podían dar marcha atrás sin perder la oportunidad de encontrar lo que buscaban.

—Donde el río se bifurca —señaló Bradach—, el sendero también lo hace. Uno lleva al santuario de la Gran Diosa Madre, el otro al puerto comercial de Moray Firth. No tomaremos ninguno. Iremos por un camino menos transitado, hacia el sur. No tiene sentido arriesgarse. Nos adentraremos en el interior, hacia las tierras fronterizas.

Einar asintió brevemente. Bradach estaba haciendo exactamente lo que le habían dicho, aunque a cada milla se mostraba más preocupado y reacio. No se dirigían a la frontera de las Braelands, las estribaciones de las Tierras Altas que también se conocían como las Tierras Bajas. Estaban cabalgando hacia un territorio que la mayoría evitaba: las propias Tierras Bajas. Primero cruzarían el promontorio del lago llamado Ness.

Esto a pesar de las advertencias.

Los marineros juraban que el loch estaba encantado, habitado por un monstruo marino tan enorme que devoraba barcos enteros. Otros afirmaban haber visto extrañas criaturas a lo largo de sus orillas: hadas que tentaban a la gente a bailar eternamente en anillos de piedra, y cambiadores de forma que atraían a los incautos a la muerte bajo las negras aguas.

Los propios páramos eran el hogar del miedo: forajidos, hombres y mujeres expulsados de sus pueblos, que se agrupaban en esta tierra salvaje e inhóspita. Desde allí acechaban a viajeros y campesinos tanto del sur como del norte. Según Bradach, la mayoría de los que se aventuraban a cruzar esta frontera no regresaban

jamás. Los pocos que volvían, lo hacían desorientados y enloquecidos.

Einar había escuchado las historias y las había descartado como tonterías supersticiosas. Ningún cuento le disuadiría de hacer este viaje. Nada le impediría cumplir su juramento.

Ura de Dalsteinn le había enviado a encontrar el manzano sagrado de la Gran Diosa Madre y regresar con veinte de sus mágicas manzanas. Abatido y abandonado por sus parientes, temeroso de perder al último vasallo que le quedaba, Ura había obligado a Einar a jurar por Odín que no regresaría sin el fruto. Pero el juramento no había sido necesario. Einar habría emprendido la búsqueda de todos modos. Su deuda de gratitud hacia Ura superaba cualquier juramento. Cuando fue esclavizado de niño, Ura lo había comprado y le había dado un hogar. Más adelante, le permitió comprar su libertad y utilizó su influencia para que Einar fuera acogido por el sire Lang de Ulfsbaer. Un niño sin nombre jamás habría sido acogido por un noble, pero Einar y Stefan, el hijo de Lang, se convirtieron en hermanos adoptivos.

Llevaba más de un año buscando las manzanas, y seguiría buscándolas. Resuelto, con la espalda recta y los hombros

cuadrados, cabalgaba hacia el lago plagado de monstruos, hacia el oscuro bosque de las tierras baldías. Allí encontraría al forajido llamado Vaghn, que estaba dispuesto a vender información sobre la ubicación del árbol y su fruto curativo.

El guerrero Durin impulsó su montura junto a la de Einar. Habló en voz baja, sus palabras destinadas solo a él.

—Que esta sea la última, Einar. Si esta empresa resulta inútil, será momento de volver a casa. Dudo que ese árbol mágico exista. Y creo que tú también.

Einar lanzó una mirada de reojo a su hombre. Durin había captado la ironía del mandato de Ura. Einar no creía en dioses ni en magia. Solo confiaba en la fuerza de su brazo, en su caballo y en la lealtad de sus hombres. Aunque en privado consideraba la búsqueda una superstición, no negaría a Ura su servicio. Mientras existiera una mínima posibilidad, seguiría adelante.

—Sí, Durin —respondió Einar—. Piensas como yo. Siempre has sido escéptico. Esa es una de las razones por las que me alegré tanto cuando aceptaste navegar conmigo.

Durin frunció el ceño.

—¿Estás bromeando?

—No, amigo mío. Me gustas porque dices lo que piensas y no lo que yo quiero oír. Me haces pensar.

El viento se levantó, soplando el cabello decolorado por el sol de Einar y agitando la crin pálida de su caballo dorado. Cabalgaba con tal naturalidad que hombre y bestia parecían uno. Criaturas temibles que emanaban fuerza viril, pero también gracia y belleza.

Einar llevaba la capa atada al respaldo de la silla de montar. Solo la usaba por las mañanas y las noches frías. Ahora vestía una túnica azul ceñida a la cintura, con mangas largas metidas en las muñequeras. Sus pantalones leonados estaban cruzados desde la rodilla hasta el tobillo y calzaba botas de cuero marrón oscuro. Como todos los vikingos, portaba una daga y una espada larga. Pero en lugar de hacha o lanza, llevaba un temible arco largo, adquirido en los reinos orientales. Sus largos brazos y hombros musculados le daban una afinidad natural con él.

—Bradach —llamó Durin—, todos los escoceses creéis que ese árbol sagrado existe, ¿verdad?

Bradach giró la cabeza y asintió.

—Lo creemos.

—Pero ninguno de vosotros conoce a alguien que lo haya visto.

—Algunos lo hemos visto —protestó Bradach—. Pocos conocen su ubicación. Es un árbol especial. Da el fruto de los propios dioses. Es símbolo de su sabiduría y conocimiento.

—Tan escurridizo como esa sabiduría y ese conocimiento —se burló Durin.

Hablar de manzanas hizo que Einar recordara a la mujer de la noche sin nombre. Aquella dama había sostenido una rama de plata con tres manzanas doradas. Había esperado que esa pista le llevara a descubrir su identidad. Sabía que todos los nacidos en ese día ofrecían libaciones a la Diosa Madre. Mientras buscaba el árbol, también la buscaba a ella. La había buscado en cada mujer que encontraba, interrogado a cuantos conocía. Nadie sabía nada. Nadie le ayudó.

—Eres un tonto —le espetó Durin a Bradach—. Todos vosotros, con vuestras supersticiones paganas. Y tú, Einar de Dalsteinn, eres el mayor de todos. ¡Manzanas de oro! ¡Ramas de plata! ¡Ja!

—Quizás —respondió Einar, sin ofenderse. Luego se volvió hacia Bradach—. ¿Cuánto falta para llegar a las tierras baldías?

—Estaremos en ellas al anochecer.

—Nos reuniremos en el Signo del Jabalí. Se dice que los forajidos beben allí su hidromiel. ¿Cuánto falta?

Bradach estudió las sombras en el suelo.

—Al día siguiente, tras la comida de la mañana.

—Vaghn dijo que nos esperaría hasta el mediodía.

—¡Primero un lago embrujado! ¡Luego un pantano lleno de forajidos! —exclamó Durin, frustrado—. Y vamos a pagar a un guía que ya nos ha perdido dos veces para que nos lleve por un bosque oscuro.

Bradach murmuró sin dirigirse a nadie:

—Si tienes miedo, quizá deberías quedarte aquí.

Durin lo fulminó con la mirada.

—No, hombrecillo. No tengo miedo. Pero no soy tan tonto como para creerte.

Einar rió.

—De cualquier modo, amigo mío, viviremos una gran aventura.

—Sí —convino Durin con amargura—, si es que llegamos.

—Ningún hombre conoce mejor estas tierras que Vaghn —insistió Bradach—. Es un buen hombre. Se queda allí porque no tiene otro lugar. Fue expulsado hace años por desafiar una sentencia injusta. Los forajidos saben que no infringió la ley. Por eso le dejan estar.

—Claro... un hombre honesto, respetado por forajidos —bufó Durin.

—O un hombre inocente.

—Bradach —advirtió Einar—, más te vale que tengas razón sobre él.

—La tengo —respondió Bradach—. Puedes confiar en mí.

Durin soltó una carcajada.

—Te seguiremos —dijo Einar—. Pero que te quede claro: si esto resulta ser una trampa, tú serás el primero en morir.

Viajaron otra hora. El sendero se volvía más empinado y estrecho, y se vieron obligados a cabalgar en fila india. No tenían prisa. Llegarían mucho antes de la hora acordada con Vaghn. Los cascos repiqueteaban sobre las piedras, el cuero crujía y las voces de los norteños murmuraban mientras avanzaban, siempre atentos, siempre en guardia.

De repente, Einar levantó la mano. Sus oídos, más agudos que los de los demás, habían percibido un sonido. Inmediatamente, sus hombres detuvieron sus caballos. Detrás de él, la mano de cada uno buscaba su arma; todos esperaban su orden. Un segundo, dos. Einar les hizo señas para que avanzaran.

Donde el sendero se ensanchaba momentáneamente, Bradách apartó su caballo para que Einar y sus hombres pasaran. Einar espoleó a su montura, que rompió a trote, seguido por el resto. Más adelante, oyeron gritos. Einar azotó con las riendas la cruz de su semental. El gran caballo alargó el paso y galopó. Por el sendero, los hombres corrían. Cuando se acercaban a una curva, resonaron risas estridentes. El metal repiqueteaba contra el metal.

Desenvainando su espada, Einar dio rienda suelta a su caballo para tomar la curva y entrar en un pequeño claro. Luego tiró de las riendas y levantó al animal sobre sus patas traseras. Bloqueando el camino había un carro volcado, con el eje central roto.

Tres hombres vestidos con túnicas y pantalones verdes luchaban por defenderlo de al menos una docena de forajidos harapientos. Otros tres defensores yacían muertos. Dos mujeres con túnicas verdes y profundas capuchas se acurrucaban bajo el carro,

entre sus mercancías caídas: fardos, sacos, mobiliario portátil, provisiones… todas las cosas necesarias para un largo viaje estaban esparcidas por el suelo.

Einar lo comprendió todo a primera vista. Con un grito, se arrojó del caballo y se lanzó a la refriega. A diestro y siniestro, su espada golpeó los hombros de dos atacantes. Detrás de él, escuchó los gritos de sus hombres y las exclamaciones de alarma de los forajidos. Oyó el grito de guerra de Durin cuando se lanzó desde su montura y derribó a dos enemigos con el peso de su cuerpo. El joven Aren saltó al suelo y le cortó las piernas a un rufián corpulento antes de que pudiera rematar a un defensor herido.

Cuando un par de forajidos cobardes huyeron para salvar sus vidas, Sven y Calam galoparon tras ellos gritando amenazas. Un bandido peludo se giró al oír el alboroto y blandió su hacha. Al ver que Einar corría hacia él, saltó por encima de los cofres volcados y levantó su arma a un palmo de las cabezas de las mujeres acurrucadas.

—¡Un paso más, sabueso del infierno, y estarán muertas! —gritó.

—Y tú morirás con tu próximo aliento —rugió Einar.

Sacó el arco largo del hombro y encajó una flecha. Tensándolo hasta el límite, apuntó al corazón del forajido—. ¡Déjalas y vivirás! ¡Tócalas y morirás!

El hacha temblaba suspendida sobre las cabezas de las mujeres. El arco, tensado al máximo, vibraba mientras los músculos de Einar sostenían su tiro de sesenta libras.

—¡Decídete! —gritó—. ¡Un segundo más y disparo!

Con un gruñido, el forajido se agachó detrás del carro y huyó al bosque.

Einar vio que el resto de los asaltantes también se retiraban. Bajó lentamente el arco. Con la flecha apuntando al suelo, lo colgó a la espalda. Aren y Durin comenzaron a registrar los cuerpos enemigos en busca de botín. Los hombres de verde miraban a sus compañeros caídos. Uno alzó un estandarte verde y blanco y lo colocó sobre el carro volcado para que ondeara al viento.

Bradách se acercó cabalgando al lado de Einar.

—Son los colores del Claustro de la Arboleda —dijo, con asombro—. Una orden sagrada de sacerdotisas. Esas mujeres son santas.

Einar se encogió de hombros. No le sorprendía. Solo la gente buena creía en la bondad de los dioses y veneraba a sus representantes. Caminó hacia las mujeres agazapadas y se arrodilló junto a ellas.

—¿Estáis bien, señoras?

Sus capuchas ocultaban sus rostros tanto como sus túnicas ocultaban sus formas. Viejas o jóvenes, bellas o feas, no importaba. Eran mujeres, y merecían su protección, creyera él en sus dioses o no.

Una de ellas extendió la mano en súplica.

—Por favor... Por favor, busque las alforjas del claustro. No deben caer en manos de esos forajidos.

—Señora, las buscaremos. A menos que se las llevaran antes de que llegáramos, sus bienes aún deben de estar aquí.

Einar guardó la flecha y se colgó el arco. Hizo un gesto a Aren y Bradách, que ya habían montado de nuevo. Muchas piezas de equipaje, tanto de tela como de cuero, estaban desparramadas.

—¿Cómo las reconoceremos? —preguntó el guerrero.

La mujer se puso de rodillas.

—Es un zurrón doble, como una alforja pero más pequeña, con correas para los hombros.

Asintió y empezó a revolver entre las pertenencias.

—El talismán de la Arboleda está grabado a fuego en las solapas de cuero —añadió—. Es el craebh ciuil.

—Por la Diosa… —murmuró Bradách, cayendo de rodillas para buscar con ansias.

Einar curvó el labio ante tanta reverencia. Se desplazó hacia el borde del claro, escudriñando entre el contenido derramado. Por suerte, pronto las encontró. Levantó la mochila por una de sus correas.

—¿Es esto lo que buscáis?

—¡Oh, ave! —gritó una de las mujeres—. Gracias, joven. Que la bendición de la Diosa Madre sea contigo.

Por primera vez, Einar vio su rostro mientras se agarraba a la rueda del carro y se ponía en pie. Era de mediana edad. La capucha verde enmarcaba un hermoso rostro, delineado y pálido, con un moratón rojo brillante en la mejilla. Su compañera se levantó también pero se contuvo mientras la primera sacerdotisa avanzaba con las manos temblorosas extendidas.

—Soy Melanthe, —dijo—. Antigua del Claustro de la Arboleda. Debemos llevar esto al claustro inmediatamente. Contienen objetos de gran valor. No debemos permitir que caigan en manos de incrédulos.

Einar inclinó la cabeza mientras dejaba las sorprendentemente pesadas alforjas en el suelo ante ella.

—En cuanto regresen mis hombres, pondremos su carro en orden y podrá seguir su camino.

Sus amables ojos le dieron las gracias. Asintió con la cabeza mientras se inclinaba para recoger las pesadas maletas y sujetarlas para que no le hicieran daño. Se volvió para ver a Sven y Calam que regresaban a través de los árboles. Los tres hombres de verde tenían las cabezas juntas. Lanzaban miradas preocupadas por encima del hombro a los feroces norteños, Frunció el ceño y caminó hacia sus hombres.

Siriana había tirado de su madre debajo de las ruedas y la había sujetado allí cuando los forajidos habían atacado y volcado el carro. Cuando su madre se había levantado, había permanecido donde estaba, sin hablar ni preocuparse por las alforjas del claustro

ni por su sagrado contenido como debería haberlo hecho. Toda su atención estaba centrada en él.

Miraba fijamente al guerrero dorado que había cabalgado en su rescate. Nunca había pensado volver a verle, pero era él. Le habría reconocido en cualquier lugar, de día o de noche. Él había rondado sus sueños y se había colado sin ser llamado en sus momentos de vigilia, de tranquila oración y contemplación. Era el hombre que la había sorprendido en el altar de la arboleda alta en la Víspera sin Nombre.

Instintivamente se echó la capucha sobre la cabeza. Metiendo la mano dentro de la túnica, la pasó por encima de su broche, que colgaba de una cadena junto a su corazón.

Él no la conocía, pero ella nunca le había olvidado.

No podía dejarle saber que ella era la mujer que él había visto y perseguido aquella noche tan lejana. Cuando habló con su madre, su voz profunda y rica la llamó. El calor calentó sus mejillas cuando se dio cuenta de que quería oírlo una y otra vez.

Quería que él le hablara.

Pero tal cosa no era posible. Jamás. Era una sacerdotisa, una gran sacerdotisa célibe, en la más sagrada de las órdenes druidas.

Ella era una dríade. Había rezado y contemplado su camino durante muchos meses antes de aceptar finalmente los velos de la Arboleda. Ahora nadie debía mirarla a la cara, al igual que ella no debía mirar a ningún hombre a la cara.

Aún así, las fantasías la inquietaban. Se imaginaba que los dos, el guerrero dorado y la doncella verde, paseaban por el huerto de manzanas del Claustro de la Arboleda. Reían y hablaban. Él le tocó la mejilla. Ella echó hacia atrás su capucha y se miraron como hombre y mujer, no como adorador y sacerdotisa.

Si ella no fuera una sacerdotisa. Y él no fuera un norteño.

Él no era de su fe. Y aunque lo fuera, ella no podía acercarse a él. Para otra persona esta introducción podría haber sido sencilla, pero no para Siriana. Su pasado se abalanzó sobre ella, trayendo consigo una enfermiza sensación de vulnerabilidad. Sólo se sentía segura cuando estaba en el claustro.

Un grito temible hizo girar todas las cabezas. El forajido que había amenazado con matarlas golpeó el flanco de su caballo y cargó a toda velocidad desde los árboles. Galopó directo hacia Melanthe. Con la misma espada, enganchó las alforjas del claustro y se las arrancó de los brazos.

La Anciana gritó y se aferró a los preciados objetos. El caballo se curvó y bajó, balanceando su cuerpo con él.

—No. Suéltala. ¡Madre! —Siriana gritó mientras el forajido cambiaba su espada a la otra mano—. ¡Madre! —Ella se escabulló de debajo del carro. Su túnica la hizo tropezar mientras intentaba levantarse. —¡Suéltala!

Al otro lado del claro, Einar tensó su arco, pero el forajido volvió a dar la vuelta al caballo, poniendo a la anciana entre ellos.

—¡Melanthe! —Siriana metió la mano en el bolsillo secreto de su túnica y sacó su pequeño puñal. Esta vez pudo poner los pies debajo de ella y embestir hacia el caballo. Arma en mano, volvió a gritar a Melanthe, pero su madre tenía ambas enredadas alrededor de la pierna de la forajida. La espada cantó en el aire mientras la hacía girar por encima de su cabeza.

Siriana gritó de nuevo. Levantando sus faldas, se abalanzó sobre el equipaje. Si Melanthe oyó a su hija, la ignoró. No se soltaría, no perdería los objetos sagrados. Enloquecida, ajena a todo lo que no fuera conseguir las posesiones del claustro, volvió a estirar la mano, agarró su túnica, intentó incorporarse.

—¡Suéltame, vieja! —gruñó—. No.

La hoja de su espada relampagueó hacia abajo. La parte plana de la misma golpeó la frente de Melanthe con una fuerza terrible. Ella se puso rígida y luego sus minúsculos se debilitaron. Gritando, Siriana se lanzó hacia delante a tiempo para atrapar a su madre antes de que cayera al suelo.

El forajido se alejó rodando con su botín.

En ese momento aparecieron más forajidos entre los árboles. Una lluvia de rocas y palos afilados surcó el aire mientras reanudaban su ataque. vikingos y escoceses lucharon codo con codo para defenderse. Einar enviaba flecha tras flecha a los árboles.

Siriana se arrodilló con su madre en brazos, protegiéndola de la batalla con su propio cuerpo.

—¿Estás muy malherida?

Los ojos de Melanthe parpadearon. Empujó a su hija con manos débiles.

—No te preocupes por mí. Trae las alforjas del claustro. Debemos tenerlas.

—Tu cabeza.

—Estoy bien, —insistió Melanthe—. Coge las alforjas.

Siriana no se movió.

—Por favor, Siriana, —suplicó Melanthe, con lágrimas brotando de sus ojos—. Sabes que no te lo pediría si no fuera importante.

Sin entender la insistencia de su madre, Siriana, sin embargo, no pudo negársela.

—Iré a por ellas. Espera aquí.

Se levantó, esforzándose por mantener la calma para evaluar la batalla y hacer el movimiento correcto. La mayoría de sus hombres estaban muertos o luchaban por sus vidas. Los forasteros, liderados por el guerrero dorado y protegidos por sus escudos, habían empezado a avanzar hacia los árboles. El forajido con las alforjas del claustro hacía girar su caballo en círculo, exhortando a su banda a atacar.

Si quería recuperar los preciados objetos, razonó Siriana, iba a necesitar algo más que su puñal. Frenéticamente, empezó a buscar entre las mercancías desperdigadas, pateando equipajes a derecha e izquierda y apartando las cajas más pesadas. Buscaba su cerbatana y sus dardos. ¿Dónde estaban? Con los gritos y maldiciones de la batalla resonando en sus oídos, rezó a la Gran Diosa Madre para que la ayudara.

Finalmente encontró la larga funda de cuero y sacó la esbelta caña. A continuación extrajo el carcaj, lo abrió y sacó un dardo. Por costumbre, hizo rodar el pequeño y delicado cilindro en su mano. Cómo deseaba que estuviera drogado, pero había utilizado todos los que le habían tratado para protegerse de los lobos mientras recogía hierbas en el Santuario de la Gran Diosa Madre. Sin soñar que la atacarían de camino a casa, Siriana no había mezclado más poción. Incluso sin tratar, el pinchazo del dardo podría proporcionarle una pequeña oportunidad de distraer al forajido para poder coger las bolsas y huir a un lugar seguro.

Resuelta, se movió por la periferia de la lucha. El forajido era fácil de ver. Galopando su caballo de un lado a otro detrás de sus hombres, estaba concentrado en la batalla. Detuvo su caballo y se paró en la silla, con la espada en alto. Aprovechando su oportunidad, ajeno al peligro personal, se lanzó hacia delante. Cuando estuvo lo suficientemente cerca como para tenerlo a la vista, se llevó la pipa a la boca. Mientras aspiraba el aliento, un caballo galopó detrás de ella.

—¿Qué estás haciendo, en nombre de Odín? —tronó una voz profunda.

Un brazo de hierro le ceñía la cintura. Una muñequera de cuero se clavó a través del doble tejido de su túnica y manto y en la delicada piel de su cintura. Ella colgaba en el aire como un saco de harina, de espaldas a él, con las nalgas al aire, redondeadas sobre su brazo, la cabeza y las piernas colgando.

—¡Bájame, tonto sin cerebro! —Privada de compostura, se alegró de que la capucha le cubriera la cabeza. Fuera de sus profundos pliegues, miró por encima de su espalda al guerrero dorado. Estaba enfurecido.

—¿Por qué no os quedasteis en el carro, apartadas? —bramó —. Le tenía en el punto de mira.

—¡Yo también! Acabas de arruinar mi tiro.

—¡Dioses! —gritó—. Ninguna mujer sabe disparar bien. Ni siquiera con la boca.

En lugar de malgastar su aliento en discutir, ella trató de zafarse. Él apretó su agarre y ella soltó la cerbatana.

—Bájame.

Como respuesta, miró a su alrededor.

—¿Dónde está la otra mujer? —Junto al carro.

—¡Los dedos de Odín! —maldijo—. ¿Por qué no podéis permanecer juntas? —En su ira, apretó aún más su agarre.

Siriana jadeó.

—¡Durin! —gritó—. Rescata a la otra mujer.

Siriana levantó la cabeza. Lo que vio hizo que su corazón diera un vuelco. Melanthe había vuelto a la refriega. Tambaleándose, dando tumbos, había hecho sin embargo su camino a través del camino hacia el bosque. Con determinación absoluta, se dirigió hacia el forajido que había colgado las alforjas del claustro sobre la cruz de su caballo.

—¡Melanthe! —gritó Siriana—. ¡Madre!

El hombre debió de oírla. Se retorció en la silla de montar. Sus ojos se encontraron con los de Siriana antes de deslizarse hacia su madre. Con la túnica verde ondeando, el rostro en una máscara de dolor, la Anciana tropezó hacia él, con los brazos extendidos. Los labios del forajido se curvaron en una mueca de desprecio. Clavó los talones en los ijares de su caballo. Cuando el animal saltó hacia delante, el hombre se inclinó de la silla y clavó su espada en el hombro de Melanthe.

—¡Nooooo!

El caballo del forajido se desvió al tiempo que él soltaba el arma.

—¡Corred! —gritó a su cohorte.

Espoleó a su caballo hacia los árboles. Los demás se separaron de la lucha y se fundieron en la penumbra tras él.

—¡Aren! ¡Calam! Sven! —gritó el guerrero dorado—. ¡Tras ellos!

Sollozando, arañando, Siriana se debatía en sus brazos, pero él no la soltaba. Su amigo se clavó el mango de su hacha de combate en el cinturón mientras corría para atrapar a la Anciana golpeada antes de que se hundiera en el suelo. Con suavidad, la levantó en brazos.

La sangre de Melanthe se extendía como un río rojo sobre la manga de su túnica. Dejó un rastro tras ellos mientras h la llevaba hacia el carro.

—¡Bájenme! ¡Bájenme! —gritó Siriana.

Suavemente, con aparente desgana, el guerrero dorado la bajó hasta ponerla de pie. No esperó a que desmontara sino que corrió tras el hombre que llevaba a su madre. Detrás de ella oyó los cascos del caballo. Su captor de hacía un momento trotaba ahora con su corcel junto a ella.

—¿Cómo está la vieja, Durin?

—Está malherida, Einar, —respondió el hombre. Sus miradas se encontraron y Durin negó con la cabeza.

—Traedla aquí, —llamó Bradach mientras él y dos de los guerreros del claustro empujaban el carro hacia arriba.

Durin colocó su carga con cuidado en la cola del carro y Siriana se arrastró junto a ella. Con manos temblorosas apartó la capa de su madre.

La túnica y la manga estaban empapadas de sangre.

Siriana se quitó los guantes y se los metió en la faja. Agarró la cadena de oro que colgaba de ella y sacó un costurero de cuero. De él sacó sus pequeñas tijeras de oro y cortó la tela empapada. La herida estaba limpia, pero era profunda y baja por debajo de la clavícula. Al menos una de las costillas de Melanthe podría haberse raspado. El corazón de Siriana se hundió. Los pulmones. El corazón. ¡Tantos órganos vitales! ¡Tanta sangre!

—Es una mala, —susurró Melanthe.

—Sí.

Siriana presionó su mano sobre la herida para detener la hemorragia. Caliente y viscosa, la sangre rezumaba entre sus dedos. Por primera vez se dio cuenta de que Melanthe podía morir. La herida era crítica y no tenían hierbas con las que curarla. Los forajidos se las habían llevado cuando robaron las alforjas del claustro.

La guerrera dorada vino a pararse al otro lado de la cola del carro.

—¿Puedo hacer algo para ayudar, mi señora?

—Vendas, —susurró ella, sin apartar los ojos de su madre—. Necesito vendas.

—Tráelas, —le dijo a Bradach, que asintió y se alejó corriendo.

Mientras Siriana esperaba a que regresara el guía, fue ajena a la actividad que les rodeaba. Los cuatro norteños se alejaron y examinaron sus caballos y su equipo. Los guardias del claustro se ocuparon de sus propias heridas y tendieron los cuerpos de sus camaradas para darles sepultura. Uno de ellos trotó hacia el bosque en la dirección que habían tomado los bueyes asustados.

El guerrero dorado se alejó de la carreta para acuclillarse en el borde del claro y estudiar el terreno. Se agachó y trazó ligeramente

un círculo en el polvo con la mano. Los ojos distraídos de Siriana captaron el gesto. A pesar de su preocupación, lo miró fijamente. Einar. Se llamaba Einar.

Se adelantó, todavía estudiando el suelo. Cada vez más lejos por el sendero, repitió el ritual.

Melanthe empezó a murmurar una oración. Su voz devolvió bruscamente la atención de Siriana. Agachó la cabeza y acercó la oreja a la boca de su madre. Melanthe rezaba e invocaba a la Gran Diosa Madre en busca de sabiduría y guía. Su rostro estaba tan blanco como la muerte.

Siriana deseó poder poner sus manos sobre las de su madre, pero no se atrevió. Si lo hacía, la sangre y la vida de su madre se derramarían por el suelo. Cuando unió su voz a la de su madre, su plegaria fue para pedir fuerza.

Bradach regresó pronto con un gran trozo de tela blanca.

—Coge mis tijeras y córtalo en vendas, —ordenó Siriana.

—Lo haré.

La voz profunda y resonante del guerrero dorado Einar recorrió las terminaciones nerviosas de Siriana. La última vez que ella lo había visto estaba estudiando el suelo. Ahora había retomado su

lugar junto al carro y la estaba contemplando. Los rayos del sol brillaban dorados en su pelo; lo silueteaban, resaltando su gran tamaño y su fuerza. ¿Era la suya la fuerza por la que había rezado? ¿Había respondido la Gran Diosa Madre a su plegaria?

—Ya ha terminado su examen del camino. —Ella no pudo contener la amargura de su voz.

—Sí, —respondió sin disculparse—. Tengo la costumbre de estudiar las huellas de los cascos. A veces identifican a un caballo sin lugar a dudas. Entonces, cuando vuelvo a encontrar ese caballo, puedo mirar la cara de su jinete —repitió su pregunta—. ¿Puedo serte de ayuda?

Ella negó con la cabeza. Cogiendo los trozos de tela que le entregó Bradach, vendó el hombro de su madre.

—Estos frenarán un poco el flujo, pero también necesito…

—Sí, —interrumpió el guía—. Necesita musgo.

Siriana asintió.

—Buscaré un poco. —se levantó y se alejó.

—Asegúrate de lavarlo por mí, —llamó ella tras él.

—¿Usa musgo en sus vendajes? —preguntó Einar.

—Sí, si puede encontrar un poco, —respondió ella—. Lo presionamos contra una herida sangrante. Parece contener el flujo de sangre.

Ambos observaron impotentes cómo la mancha roja y brillante empezaba a aparecer a través del vendaje recién aplicado. Siriana ahogó un sollozo. Melanthe posó una mano temblorosa sobre el brazo de Siriana.

—Debes confesarme. —Aterrorizada porque su madre creía que se estaba muriendo, Siriana puso la mano sobre la suya.

—Hay tiempo de sobra para eso.

—No, —fue la respuesta susurrada—. Debe ser ahora.

Siriana asintió. Sin levantar la cabeza, se dirigió al guerrero.

—Te ruego que nos deje, sire. La buena madre y yo necesitamos estar solas.

—Ahora, —repitió Melanthe.

Él asintió secamente. Su voz era rígida, como si estuviera decepcionado por no poder permanecer cerca de ellas.

—Hay mucho que hacer. Llámame si me necesitas. —Melanthe miró fijamente el rostro de su hija.

—¿Las alforjas? —Siriana odiaba dar la respuesta—. Los bandidos escaparon con ellas.

—No. —El grito de Melanthe fue un susurro angustiado. Sus dedos se clavaron en el brazo de Siriana. Intentó incorporarse, pero el esfuerzo le costó demasiado. Jadeando, se hundió hacia atrás mientras sangre fresca manchaba sus vendas.

—Haz que vuelvan. Debemos recuperarlas.

—Los objetos robados eran valiosos, —protestó suavemente Siriana—, pero no insustituibles. No debes preocuparte tanto por ellos.

—El chal. —Esta vez, cuando Melanthe se sentó, consiguió mantenerse en pie. Tenía los ojos vidriosos, pero parecía ajena a su dolor.

Con un gesto de impaciencia, Siriana puso las manos sobre los hombros de su madre. Sabía que los chales eran importantes, pero no tenían precio. Hechos de un suave material azul, eran largos y se hundían por la espalda en una punta profunda. Cada uno estaba decorado con un fleco plateado con diminutas campanillas de manzana doradas cosidas intermitentemente alrededor del

dobladillo. En cada claustro, el Antiguo chal el Día de las Manzanas, cuando celebraban la cosecha de la fruta.

—Si no lo encontramos, haré que la Madre Bárbara haga uno nuevo y se lo dedicaremos a la Gran Diosa Madre. La Sagrada lo entenderá. Madre, por favor, túmbate.

Pero la pérdida del objeto sagrado poseía a Melanthe por completo.

—Debes conseguir el chal.

—Todo irá bien, —le aseguró Siriana mientras se preguntaba por la fuerza necesaria para hacer que una mujer vieja y herida volviera a tumbarse—. Estoy segura de que no tardaremos en pedir prestado un chal a otro claustro.

—Eres tú quien no entiende, —Melanthe habría gritado las palabras si hubiera tenido fuerzas—. No es el chal en sí.

Desconcertada, Siriana pasó una mano por la frente de su madre. ¿Le había entrado fiebre tan pronto? ¿Estaba delirando de dolor?

—Como Anciana, se me han confiado muchos secretos de los druidas.

—Sí.

Melanthe respiró hondo.

—Este año fui seleccionada para ser una de las Elegidas.

Siriana miró fijamente a su madre.

—Esto significa que sabes dónde está el árbol sagrado. No tenía ni idea.

—No se suponía que lo supieras. Sólo los Elegidos se conocen. Me han dado uno de los chales sagrados para que lo guarde. Ahora debemos recuperarlo. —Su alarmante palidez aumentó.

Siriana sabía que si su madre no dejaba de excitarse, estaría más allá de toda ayuda.

—En verdad podemos hacer otro.

De nuevo Melanthe agarró el brazo de su hija con sorprendente fuerza.

—Necesitamos éste. Cada campanilla del manto sagrado tiene una inscripción, ogham fedha, en el interior. Juntas dan indicaciones para llegar al manzanar sagrado de los druidas, oculto en las profundidades del bosque.

Cansada, Siriana se frotó la frente. Las implicaciones para su pueblo eran asombrosas.

—No, madre. Dime que no es verdad.

—Lo juro por la Diosa. —Aunque su rostro estaba pálido como un cadáver, los ojos de Melanthe ardían con la luz de un zelote—. Debemos recuperar el chal. Con todas sus campanas. Si no es devuelto y muero.

—Sufrirás deshonor en el Otro Mundo, —remató Siriana. Un frío horror se filtró en su alma. Se estremeció.

—Sí, y también lo harán el claustro y nuestra tierra. Nuestros huertos morirán. Debes prometérmelo, Siriana.

—Te devolveré el chal. Lo prometo. Lo juro ante la Gran Diosa Madre.

Melanthe miró fijamente el rostro de su hija y luego se relajó sobre la áspera madera.

—No debes tener miedo. La Gran Madre te ha protegido toda tu vida. Lo hará ahora.

Por primera vez la Anciana pareció poder descansar. Siriana cogió la mano de su madre y miró a los hombres que estaban

poniendo algo de orden en la escena. Le pesaba el corazón no sólo de preocupación por la salud de Melanthe, sino también por el chal. Si se descubría su secreto, las riquezas que protegía podrían ser explotadas por gente despreocupada. Agradeció a la Gran Diosa Madre que el norteño hubiera enviado a sus hombres tras los ladrones. Estaba segura de que alcanzarían a los forajidos, recuperarían las alforjas del claustro y devolverían el manto sagrado.

Cuando Bradach regresó de su exitosa búsqueda de musgo, Siriana retiró las vendas de tela y presionó el musgo suavemente sobre la herida. Luego volvió a cubrirla con un vendaje fresco.

—El chal, —murmuró Melanthe—. Debes encontrarlo.

El rostro de su madre había vuelto a cambiar. Ahora la fiebre empezaba a enrojecer sus pómulos. Sus ojos estaban vidriosos.

—Lo haré. —Siriana apretó las manos con fuerza, estremecida por el conocimiento de lo que estaba a punto de decir—. Juro ante ti y ante la Gran Madre que recuperaré el chal.

Capítulo 3

Sentada en el borde del carro, con el sol directamente encima, Siriana observó a Einar avanzar hacia ella a grandes zancadas. Al acercarse, levantó el brazo y se pasó la manga por la frente. Le recordó lo acalorada que estaba. El sudor resbalaba por su espalda y entre sus pechos. Aunque necesitaba su bata para el frío de la mañana y de la noche, hacía demasiado calor en pleno día.

La pesada ropa era uno de los aspectos más desagradables de su vida en el claustro, pero ahora la agradecía. La profunda capucha ocultaba su rostro de la guerrera dorada. Su cuerpo temblaba al pensar en lo que él podría hacer si la reconociera y recordara cómo la había visto por última vez.

Einar se detuvo junto al carro.

—¿Cómo está tu amiga?

—Su herida es muy grave, —respondió Siriana. A pesar de las vendas y el musgo, la sangre seguía filtrándose a través del material. No tenemos hierbas con las que tratarla.

—Tenemos algunas cosas rudimentarias. Puedes utilizarlas, —dijo Einar.

—Durin, —gritó.

Era un buen hombre, verdaderamente servicial, pensó Siriana. Muchos hombres no habrían sido tan pacientes con una mujer herida, o con cualquier mujer en realidad.

Siriana casi levantó la cabeza para sonreírle. En lugar de eso, se bajó un poco más la capucha.

—Gracias, mi sire, tanto por rescatarnos como por compartir tus medicinas tan libremente.

Detrás de ellos, los norteños y los guardias del claustro empezaron a forcejear con el eje central. El carro se balanceaba de un lado a otro mientras intentaban unir los extremos astillados con tiras de piel de buey. Melanthe gimió suavemente. Siriana puso la mano en la frente de su madre. A Einar le dijo:

—Madre Melanthe y yo tenemos contigo una deuda de gratitud que sin duda te pagaremos. ¿Puedo saber tu nombre completo, sire? Sólo he oído Einar.

—Sí, —respondió él—. Einar de Dalsteinn, del reino de Northland, —asintió con gravedad, cuidando de mantener su rostro completamente oculto.

—Yo soy Siriana nea Pryse de Ailean, Suma Sacerdotisa del Claustro de la Arboleda. Nuestra casa está en la costa noreste de Escocia, cerca de Ross

—Siriana, —murmuró—. Es un nombre poco corriente.

—No entre las dríades. Para nosotros, el cuervo es un ave temible. Creemos que es sagrado por su poderoso vínculo con el Otro Mundo. A veces transporta mensajes a quienes son lo bastante sabios para oírlos. Muchos de nosotros en las Tierras Altas tenemos este nombre.

Einar cubrió lo que podría haber sido una carcajada con una tos. Sin poder evitarlo, Siriana se asomó por debajo de su capucha. Efectivamente, estaba sonriendo. Mientras ella observaba, una sombra negra pasó por su rostro. Levantó el brazo. Para su asombro,

un cuervo -el que había visto a su lado en la cueva- se dejó caer sobre su muñequera con un aleteo de plumas.

—No es un pájaro tan temible, —le aseguró él, apenas capaz de controlar la risa—. No, ni tampoco sagrado. Viento Medianoche es un ladrón y un mendigo. Si pudiera hablar, dudo que quisieras oír lo que tiene que decir.

De repente recordó la falta de reverencia de este hombre, que la había molestado aquella noche hacía mucho tiempo.

—¿No crees en el Otro Mundo? —acusó en voz baja.

—Nunca he estado allí. —Él le devolvió una mirada, pero ella agachó rápidamente la cabeza. Su voz estaba definitivamente teñida de sarcasmo—. Pero muchos sí creen. Les complace, supongo. Vete, negro forajido. —Extendió el brazo en alto y el pájaro levantó el vuelo con un graznido indignado.

—Es nuestro vínculo con toda la vida, —insistió Siriana.

De nuevo se sintió turbada por su falta de reverencia. Ella sólo deseaba lo mejor para este hombre que sin duda les había salvado la vida.

—Esta mujer es Melanthe, la Antigua del Claustro de la Arboleda. Normalmente estaría cubierta con una capucha y una

túnica como yo. Somos una orden secuestrada de célibes, cuyo deber es preservar ese vínculo para todo nuestro pueblo.

Cuando ella hubiera querido decir algo más, Durin se acercó con una pequeña bolsa de cuero.

—Aquí está nuestro almacén de medicinas, mi señora. Lo poco que tenemos.

—Al menos habrá algo que la ayude, —dijo Siriana agradecida. Einar la aceptó por ella y la colocó sobre la cama del carro. Desató las correas de cuero que lo ataban—. Tal vez encuentre hierbas entre nuestra pequeña provisión que la ayuden.

De nuevo quiso levantarse la capucha y sonreírle. Sintiéndose más constreñida por su orden de lo que se había sentido nunca, inclinó la cabeza sobre la bolsa y empezó a sacar algunas de las hierbas.

Einar inclinó la cabeza cerca de la de ella para identificar los pocos fardos y paquetes pequeños y explicarle sus usos.

Tuvo que contenerse para no retroceder alarmada. Nunca había estado tan poderosamente consciente de un hombre. Podía sentir su calor. Los olores de él agitaron sus fosas nasales,

doblemente agitadas porque sabía que él había realizado las difíciles tareas de un guerrero por ella, para salvarle la vida.

Él pareció no darse cuenta. En su lugar dijo:

—Creo que estos dos deberían ayudar.

—Los mezclaré y prepararé un té cuando nos detengamos a pasar la noche. —Ella le tendió la mano atentamente. Sus dedos rozaron su palma mientras le entregaba las hierbas.

Para disimular su confusión, miró desesperada a su alrededor. Las sombras habían empezado a alargarse a medida que avanzaba rápidamente la corta tarde septentrional. Aún estaban sentados en medio del claro lejos de casa Gracias a la Gran Diosa Madre la guardia había regresado con los bueyes. Ahora si el carro pudiera arreglarse

Cruzando los brazos sobre el pecho, Einar se alzaba sobre ella.

—Este es un país aislado y peligroso, mi señora. Especialmente para las mujeres santas. ¿Qué hacéis aquí solas?

Siriana acababa de enterarse de lo peligroso que era para ellas, ahora que Melanthe le había hablado del chal. Aún así, no podía hablarle a este hombre de las arboledas secretas. No tenía ninguna reverencia por las cosas sagradas.

—No estábamos solas, —negó, esperando no tener que mentir —. Seis guardias del claustro estaban con nosotros. Además, hemos recorrido este camino antes. Todos los años hemos peregrinado al Santuario de la Gran Diosa Madre. Esta es la primera vez que nos ocurre una desgracia.

—Según nuestro guía, ese santuario está mucho más al sur, cerca de Argyll, —señaló Einar—. Estabais en un camino que atraviesa las tierras baldías. ¿Os perdisteis? —Lanzó una mirada escéptica en dirección a Bradach.

—¿O sí? Nosotros... er... íbamos de regreso a nuestro claustro.

Siriana se odió a sí misma. Este hombre había sido tan bueno con ellas y ella le estaba mintiendo. Y ella no era una buena mentirosa.

—Es decir… nuestro claustro se desvía de la carretera principal. Viajamos al puerto donde... er... comerciamos. —Ella estaba haciendo un lío de esto.

Einar miró a su alrededor el equipaje y las provisiones esparcidas que los ladrones no habían conseguido llevarse.

—No debieron comerciar mucho, —dijo secamente—. O quizá no encontrasteis lo que queríais.

—Oh, comerciamos por... er... estas cosas. Los comerciantes están ansiosos por comprar artículos del Claustro de la Arboleda. Tenemos bastante reputación. Disfrutamos especialmente comerciando con los... er…íberos.

—Ìberos… hmm.

—Así es. Los Íberos. —Cerró los ojos y juntó los labios con fuerza.

—Señora, —dijo Einar—. Dudo que haya conocido a un mercader ibérico.

—Tiene razón, por supuesto. Por eso viajamos con escolta armada, —argumentó Siriana—. En realidad no me reúno con los mercaderes. Lo hace mi guardia. —No dijo nada durante unos instantes. Con cuidado, corrió el velo sobre la mitad inferior de su rostro, al tiempo que conseguía asomarse por debajo de él. Él la miraba directamente, su rostro era un estudio de incredulidad. Apresuradamente agachó la cabeza.

Él se rió.

—Cuidado, mi señora. Traicionarás tu voto —Ella no dijo nada. ¿Qué había que decir? Ella deseaba que él se fuera y la dejara en paz. Y aún así, una parte de ella quería que se quedara. Ella y

Melanthe iban a quedarse desesperadamente solas con un carro roto, un buey y tres guardias, uno de ellos herido.

Su predicamento tampoco se le había escapado a Einar, pues de repente preguntó:

—¿A qué distancia estás de tu claustro?

—En carreta, cuatro o cinco días. En este carro... —Se encogió de hombros bajo la túnica verde—. ¿Quién sabe? Ya te dije que nuestro claustro está en la costa noreste de Escocia, cerca de Ross.

—¿Y qué distancia hay hasta el santuario?

De nuevo se encogió de hombros.

—Otros seis o siete días.

—Mi señora, estás en problemas.

—Sí. Espero que tus hombres regresen pronto. —El carro se sacudió cuando uno de sus guardias comenzó la tarea de cargar en él las mercancías que les quedaban. Respiró hondo y asumió el manto de su madre herida. Ahora ella estaba al mando—. Es muy importante que volvamos al claustro lo antes posible. Te pagaremos por tu valioso tiempo y te recompensaremos generosamente también por habernos salvado.

No respondió. Incapaz de soportar más tiempo el suspense, cogió el borde de su velo y se lo pasó por la mitad inferior de la cara. Tenía el ceño fruncido, las cejas doradas juntas sobre sus ojos de halcón. ojos de halcón.

—Disculpa, señora. Partiremos lo antes posible, pero no iremos directamente al claustro.

A ella casi se le cae el velo.

—¡Qué! ¡No iremos al claustro!

—No, señora, tú dijiste que tardaríamos de cuatro a cinco días en llegar. No puedo permitirme perder cuatro o cinco días.

Ella no podía creer lo que oía.

—Pero te recompensaremos

—No es cuestión de recompensas.

Ella le fulminó con la mirada. No la estaba tomando en serio.

—Entonces seguiremos nuestro camino. Tenemos guardias.

—Ciertamente fueron eficaces cuando las atacaron antes.

A su lista de defectos de él, añadió el sarcasmo. Oooh, cómo le odiaba.

—Tendrán más cuidado la próxima vez. Fueron... atacados desde una emboscada.

—Ahora sólo tienes tres guardias y uno está herido. —La miró con lástima—. Alégrate de que esté dispuesto a llevarla conmigo. El orgullo y la estupidez han costado la vida a muchos guerreros.

Nunca se había enfadado tanto en su vida. Realmente la había llamado orgullosa y estúpida. ¡A ella! Una gran sacerdotisa del Claustro de la Arboleda. ¿Cómo se atrevía? Este bárbaro. Ella sabía lo que era mejor para todos.

Ella se esforzó por mantener la calma. Nada se conseguía con la ira.

—La Anciana está malherida. Puede recibir los mejores cuidados en el claustro. Si empujamos al buey, y viajamos largas horas, posiblemente podamos

—No, señora. Si la atacan de nuevo, la matarán'

—Si nos escoltara sólo hasta que salgamos de las tierras baldías, te daremos todo lo que tenemos.

—No podéis viajar rápidamente con ella. Tal y como está, puede que no sobreviva al viaje.

A ella le hervía la sangre. La había arrinconado con la razón, pero su ira no le dejaba verlo. De hecho, dio un pisotón.

—Nada es más importante que llegar al Claustro de la Arboleda.

—Para tí, señora. No para mí.

—Para toda Escocia, Einar de Dalsteinn. Soy suma sacerdotisa del mayor y más venerado claustro de todos los reinos, guardiana de la tierra. La Antigua —Señaló el cuerpo tendido de su madre. Como si en algún lugar de su conciencia, Melanthe oyera; se removió y giró la cabeza de lado a lado. Sus labios se movieron sin sonido—. La Antigua es la más sagrada entre todas nosotras, la elegida de la Gran Diosa Madre. Debe hacerlo

Einar cruzó los brazos sobre el pecho. Las personas religiosas siempre tenían prioridades que nada tenían que ver con las cosas de esta tierra. Estas llamadas direcciones de sus dioses siempre requerían que la gente corriente dejara sus asuntos más urgentes y saliera corriendo a hacer alguna tontería.

No pondría en peligro su encuentro con el proscrito Vaghn. Llevaba casi dos años buscando y esto era lo más cerca que había estado de encontrar información definitiva sobre el árbol sagrado de

Ura. Quizá mañana descubriera de una vez por todas que existía. O, más probablemente, que no existía en absoluto. En cualquier caso, para mañana por la noche podría haber completado su búsqueda y estar en condiciones de regresar a su tierra natal. Entonces no tendría problemas para escoltar a las sacerdotisas en el camino de vuelta.

Simpatizaba con la mujer, que estaba evidentemente angustiada y era incapaz de pensar racionalmente, pero tenía decidido su rumbo. Se reuniría con Vaghn para la comida de la mañana en el Signo del Jabalí en las tierras baldías. Tal vez incluso podría organizar una escolta para ellos allí.

Si eso no fuera posible, les pagaría el alojamiento hasta que pudiera regresar y escoltar él mismo a las insensatas mujeres.

—Algunos de los habitantes de las Tierras del Norte, viven entre nosotros, —decía Siriana—. Te lo agradecerán enormemente y añadirán recompensas a las mías si nos ayudas.

Einar sacudió la cabeza.

—Mi cuñado Cassian mac Weir tiene un amigo que es de las Tierras del Norte, —prosiguió.

Einar se quedó helado, mirándola fijamente a la cara mientras intentaba imaginar qué aspecto tenía ella tras el velo. Un sofoco subió a sus mejillas.

—Soy amiga de mac Weir, —dijo a regañadientes. Einar sabía que la suma sacerdotisa le estaba recordando intencionadamente la ley universal de la amistad. Un norteño le debía a un amigo proteger a la familia de éste. Siriana se había declarado parte de la familia de Mac Weir.

—Luchaste con él en la batalla de Thornsgate, —dijo Siriana con ansiedad.

—Sí. No necesito que me lo recuerdes, señora.

—Entonces tienes el honor de escoltarnos. —No pudo contener el triunfo de su voz.

Él asintió, con el labio curvado por el desprecio ante su intento de avergonzarle para que cumpliera con su deber.

—Sí, señora, y lo haré. —Él la observó a los ojos—. Pero no mañana.

Vio cómo la mano de ella se apretaba en el material verde. Contuvo la respiración, preguntándose si ella olvidaría su juramento y le dejaría ver su rostro.

—¡Vienen los jinetes! —gritó Durin.

Instantáneamente Einar reaccionó. Apartándose del carro, sacó el arco largo de su hombro. Hizo un gesto a los guardias del claustro, que le obedecieron sin rechistar, disponiéndose delante del carro para proteger a Siriana y Melanthe. Bradach se acercó a la parte trasera del carro, donde podía vigilar la retaguardia y dar la alarma en caso necesario.

Tras un rápido gesto a Siriana para que mantuviera la cabeza agachada, Einar cruzó corriendo el claro para unirse a Durin. Todos esperaban, con los cuerpos tensos y las manos en las armas. El ruido sordo de los cascos de los caballos se hizo más fuerte, más cercano. Por fin los jinetes doblaron la curva. Siriana, asomada por encima del borde del carro, sintió que sus esperanzas se desplomaban. Los tres norteños habían vuelto a girar solos.

El más joven de ellos, el que se llamaba Aren, saltó de su caballo.

—Los hemos perdido.

—¿Cómo, muchacho? —Einar pasó el brazo por el hombro de su misión—. Sus caballos parecían escuálidos comparados con los nuestros.

—Desaparecieron entre los árboles. Estábamos detrás de ellos. Podíamos verlos. Luego, de repente, desaparecieron. —Aren miró a sus compañeros en busca de confirmación. Asintieron con sobriedad.

—Fue tal y como dijo, Einar, —añadió Calam.

—¿Vamos de nuevo, mi sire? —preguntó Aren—. Tal vez...

Einar negó con la cabeza. Palmeando el hombro del joven, dio un paso atrás.

—No, muchachos. No valen la pena.

Para Siriana sus palabras fueron una catástrofe. Los acontecimientos de la última hora se precipitaron sobre ella. Su carga era demasiado pesada para soportarla. Las posesiones del claustro habían sido saqueadas. Sus guardias habían sido asesinados y heridos. Su amada madre yacía cerca de la muerte. Y lo más terrible para toda Escocia, el manto sagrado había sido robado.

No debían permitir que los norteños abandonaran la búsqueda. Tenían que salir de nuevo y encontrar el chal. Tenían que hacerlo. Se arrojó del carro.

—¡No. No. No!

Todos los hombres del claro se volvieron para mirarla mientras ella corría hacia Einar, con sus ropas verdes flameando tras ella. En su angustia se olvidó por completo de mantener el velo en su sitio. La capucha voló hacia atrás, dejando su rostro enmarcado en un fino lino blanco.

Sin darse cuenta de que Einar se puso rígido al reconocerla, se lanzó sobre Aren.

—Torpe. Fuiste torpe. Hiciste demasiado ruido. Sabían que les perseguías, así que se apartaron uno a uno y desaparecieron. Te engañaron. Volverán a reunirse en el lugar acordado. Sé que lo harán. Puedes encontrarlos. Debes buscar más. ¡Debes hacerlo!

—Señora —Una mano descendió sobre su hombro. Su duro agarre la sorprendió mientras Einar la hacía girar—. Deje de delirar.

—¡Desvarío! —Nunca la habían acusado de desvariar, nunca le habían ordenado que se calmara. Aun así, sus palabras la hicieron consciente demasiado tarde de lo que estaba haciendo. Estaba terriblemente cerca de tener razón. Sobre todo porque en su ira y frustración, había traicionado a su orden, sus votos y a sí misma. Sólo una perversidad atípica la hizo querer negar su acusación.

—¡Sí! —Su otra mano cayó sobre ella. Ambas manos duras la agarraron y la apartaron de sus hombres.

Se inclinó sobre ella, sus cejas feroces juntas, un músculo de su mandíbula temblando mientras trataba de silenciarla.

—Sólo yo tengo derecho a disciplinar a mis hombres y sólo yo tengo derecho a ordenarles que se queden o que se vayan. No toleraría tales palabras pronunciadas por un hombre, y no toleraré…

—No desvarío. —Hizo un esfuerzo especial por bajar la voz y poner una expresión severa y fría.

Sus ojos se abrieron de par en par. Su ira dio paso a la perplejidad.

—Te conozco, —dijo en voz baja. —Nos hemos visto antes. ¿Dónde?

—No. Nunca nos hemos visto.

Demasiado tarde, luchó con una mano para recoger el velo y con la otra para tirar de la capucha hacia delante sobre su rostro. Demasiado tarde, recordó los votos que había hecho de no dejar que ningún hombre la mirara, de permanecer para siempre con la cabeza inclinada y los rasgos ocultos. Estaba dedicada a la

verdadera vida contemplativa en la que todos sus pensamientos se dirigían hacia la Gran Diosa Madre.

—He visto tu rostro, —insistió él.

—No, —susurró ella—. Soy una sacerdotisa. Nunca podríamos…

—Sé que te conozco, —insistió él—. Lo sé.

Ella vio una pequeña sonrisa jugar alrededor de su boca, levantando las comisuras de sus bien formados labios.

—Nunca olvido un rostro. Y tarde o temprano recordaré dónde te he visto antes.

—No. No. —Se apartó bruscamente de él y buscó a tientas la forma de colocarse las prendas de protección. Escondiendo las manos dentro de las mangas de su prenda, encogiéndose en sus pliegues, trató de serenarse.

Un lapsus en nueve años era seguramente permisible, fue su fugaz pensamiento. Seguramente la diosa perdonaría un lapsus cuando se había sentido tan desesperada, tan sola, tan desprovista de control. Su mayor fortaleza había sido la compostura y la reflexión, su capacidad para ver una situación con calma desde

varias perspectivas y emitir juicios sensatos. Seguramente presa de una fuerte pasión

Respiró profunda y tranquilamente.

—Te pido disculpas, sire. Tienes toda la razón al reprender mi comportamiento. —Incluso mientras hablaba, deseó no haberse vuelto a poner la capucha. Ni siquiera podía ver cómo se tomaba él sus palabras. Su frustración era aguda. No había más remedio que seguir adelante—. Le pido disculpas, —repitió. No suelo comportarme así. Por favor, me venció la desesperación. Esos malvados han herido gravemente a la Anciana del claustro y han escapado con objetos sagrados.

Estaba casi segura de que no cambiaría de opinión, pero no podía apartarse de su propósito. Hizo un gesto con la mano hacia los hombres de Einar.

—Debo confesar, sire, que no entiendo tu indulgencia con los hombres que han actuado inadecuadamente.

—¡Inadecuadamente! —se burló Durin del hacha de guerra en voz alta—, Debe saber que…

Su líder debió de hacerle un gesto para que guardara silencio porque el discurso se interrumpió. Entonces la mano de Einar,

curtida y con cicatrices de batalla, apareció ante ella. Aunque ella tembló y trató de evitar sus dedos inquisitivos, éstos encontraron su barbilla y la inclinaron hacia atrás. Sólo para sus ojos, ella volvió su rostro a la luz del día.

—Envié a mis hombres tras los atacantes no para recuperar tu propiedad, sino para asegurarme de que no volvieran y nos hicieran daño, —le informó con frialdad—. Mis guerreros y yo no tenemos ninguna disputa personal con ellos, ninguna cuenta pendiente. No robaron nada nuestro.

—La vergüenza del claustro es una vergüenza para todos nosotros, —indicó Siriana.

—Eso puede ser cierto para ti y los montañeses, —dijo Einar —, pero no para mí y mis guerreros. No adoramos a tus dioses. De hecho, yo no adoro a ningún dios. Mi palabra y mi sire me bastan, como me basta esta vida. —Sus ojos brillaron de asombro. Sus palabras eran como cuchillos. ¿Cómo podía un hombre dudar del poder de los dioses? ¿De la Gran Diosa Madre que aparecía en todas las cosas de la tierra y en todo el cielo? Era verdaderamente un bárbaro.

Intentó un llamamiento desesperado más basado en la ley universal de la amistad.

—Sire, te ruego que envíes de nuevo a tus hombres. Una vez más. Por favor. Si la madre Melanthe pudiera saber que las alforjas están a salvo, ese conocimiento podría muy bien salvarle la vida. Ella es muy querida por su Cassian mac Weir y su esposa Gwynneth.

Sacudió la cabeza. A sus hombres les dijo:

—Terminer de cargar el carro. Ayudar a esos guardias a enganchar el único buey. Durin, desensilla el caballo de Bradach. Lo engancharemos en el otro yugo. Aren, dale a Bradach tu caballo y conduce el carro.

Aquella orden no gustó a nadie.

El joven Aren frunció el ceño porque tenía que avanzar a duras penas detrás de un buey y un tapón de caballo.

—Preferiría que Bradach condujera, —protestó inmediatamente Siriana—. Es uno de mis compatriotas. Me sentirá más segura con él.

—Yo conduciré a la dama, —aceptó Bradach con prontitud.

Las mandíbulas de Einar se apretaron.

—¡Basta!, —tronó—. Harás lo que te ordeno. No me cuestiones, Aren. En cuanto a ti, Bradach, cabalgarás delante de nosotros, como hiciste antes. —Es mi plata la que te contrató,

Miró fijamente a Siriana.

—¿Tienes algo que decir sobre mis órdenes?

Ella reconoció que estaba ante un hombre enfadado.

—Entonces vámonos. —Levantó la voz—. ¡Montar todos!

—No podemos irnos sin… —empezó ella, pero él la cogió del brazo.

—Ven conmigo y no vuelvas a hablar con los hombres. —La arrastró por el claro hasta el carro y la subió junto a su madre.

Cuando ella intentó bajar de un salto, él levantó la mano, con el dedo apuntando a escasos centímetros de su nariz.

—¡Más tarde! Quiero una explicación completa.

Ella le agarró la mano con las dos suyas.

—Es un bárbaro. Hay cosas de inestimable valor en esas alforjas. Debes recuperarlas.

Su mirada penetrante atrapó y sostuvo la de ella. Poco acostumbrada como estaba a encontrarse con los ojos de nadie, y

menos los de un feroz guerrero, casi tembló ante él. Luego se repuso y le devolvió la mirada.

—¿Qué cosas de valor inestimable? —se mofó él.

Al instante ella le soltó la mano y levantó la barbilla.

—Impongo un gran respeto en toda Escocia, —le informó—. Si hiciera correr la voz de que no eres de fiar, pronto encontrarías tu estancia aquí de lo más angustiosa y bastante poco provechosa.

—¿Qué cosas? —repitió él, claramente poco impresionado por su recital de poder.

Odiaba contárselo porque sabía que se burlaría. Odiaba estar en. presencia de semejante irreverencia. Por lo demás, era un hombre noble que despertaba en ella sentimientos desconocidos. Bajó los ojos.

—Un chal sagrado.

Él guardó silencio durante tanto tiempo que ella no pudo soportar el suspense. Cuando le miró, le encontró sonriendo.

—¡Basta!

—¿Qué he hecho?

—Deja de sonreír. Es un objeto sagrado para la Gran Diosa Madre. No tiene precio.

Se rió.

—Estoy seguro de que vale muy poco. Esas alforjas no podían pesar mucho. No es como si contuvieran oro o plata. Además, si tu Gran Diosa Madre es tan grande, ¿por qué no puede proteger sus propias cosas?

—No blasfemes. —Siriana podía sentir que se le llenaban los ojos de lágrimas. ¿Por qué no lo entendía? ¿Por qué con cientos de hombres valientes y capaces en Escocia, había sido rescatada por alguien que no creía en nada?— Es santo, sagrado y mágico. Además, pertenecen a las dríades del Santuario de la Gran Diosa Madre. Ellas presentaron el chal a Melanthe, la Antigua del Claustro de la Arboleda. Pertenece a la Gran Diosa Madre, y Melanthe no puede soportar la vergüenza de que se lo roben. Como sacerdotisas tenemos el deber de proteger las posesiones de la Gran Diosa.

—Como he dicho, si es tan grande, ¿por qué no puede proteger sus propias cosas?

Su conversación se interrumpió cuando el carro se balanceó al subir Aren a bordo, aún con el ceño fruncido. Durin hizo avanzar al

caballo de Einar. Einar echó su pierna sobre el lomo del semental dorado y se balanceó en la silla de montar.

—Explorar delante, —le dijo a su hombre—. No hicimos suficiente daño a esos forajidos. No queremos otro ataque.

—Sí, sire.

Einar miró a su alrededor por última vez. Bradach esperaba expectante en la cabecera del claro, mientras Calam y Sven se sentaban en sus caballos. A pie, los guardias del claustro se situaron a ambos lados del equipo para ayudar a Aren a controlarlos hasta que se acomodaran. El guardia herido, Melanthe y Siriana esperaban en el carro.

Einar echó un vistazo al sol que ya bajaba a toda velocidad por el horizonte. Tenían mucho tiempo que recuperar. Aun así, no podía hacer menos.

—¡Adelante! Vamos hacia el Signo del Jabalí.

El carro se sacudió hacia delante y Melanthe gimió. Siriana tenía las manos ocupadas haciendo que su madre se sintiera cómoda. Sólo pudo rechinar los dientes mientras la procesión se adentraba lentamente en las tierras baldías.



Desde la gruesa rama de un árbol alto, muy arriba en la ladera del camino de montaña, dos hombres observaban el carro y su escolta.

El forajido que había robado las alforjas y apuñalado a la Anciana maldijo suavemente.

El hombre que estaba a su lado ni siquiera le miró.

—Eres un idiota, Magdu. Los tenías a todos. Podrías haberlos matado a todos y conseguir un buen botín para todos tus hombres.

—Los norteños atacaron de la nada, Donnal. No teníamos ni idea de que estaban cerca, —se quejó Magdu—. ¿Y quién iba a pensar que iban a interferir? Tuvimos suerte de salirnos con la nuestra. —Miró con nostalgia las alforjas colgadas del hombro de su jefe. ¿Cuándo repartiremos el botín?

—Cuando lo tengamos todo. —El jefe observó la procesión hasta que se perdió de vista—. Sigamos al norteño un rato. Pronto tendrán que parar para pasar la noche. Seguro que tiene demasiados principios para deshacerse de sus heridos.

El hombre llamado Donnal movió su cuerpo hasta quedar panza abajo sobre la rama y se dejó caer hasta la extensión completa de sus brazos. Desde esa posición se dejó caer al suelo. Retiró las riendas de un arbusto bajo, saltó a la silla de montar y pateó al animal a un galope. Su esbirro volvió a maldecir, esta vez más fuerte. Él también se dejó caer al suelo. Aunque escupió tras las huellas de su líder, subió a su caballo y siguió a su amo hacia el bosque.



El sol ya estaba detrás de los árboles cuando la procesión salió del bosque y llegó a las orillas de un largo lago. En las sombras del atardecer su superficie podría haber sido una lámina de cristal. Su color no era azul, ni gris, ni verde, sino negro brillante por las capas de turba que se cernían en sus profundidades. A lo largo de la orilla, se elevaba una niebla gris pálido cuando el lago negro aún reflejaba el calor del sol para mezclarse con el frescor de los bosques. Una opresiva quietud lo cubría todo. El lago parecía pertenecer a otro mundo y no tener nada que ver con los asuntos de los hombres.

Levantando el brazo en señal de alto, Einar guió a su caballo junto a Bradach.

—¿Qué es este lugar?

—Es el lago Ness, sire, —respondió el montañés.

—Al otro lado de sus orillas no hay más que villanos. Un buen hombre que vaya allí es probable que nunca regrese.

La boca de Einar se torció—.

Entonces es bueno que yo no sea un buen hombre. De lo contrario podría estar en peligro.

—Deberíamos acampar aquí para pasar la noche, —dijo Bradach nervioso.

Hizo ademán de desmontar.

—Espera.

Einar cruzó los brazos sobre el pecho mientras recorría con la vista la lejana costa. Aún quedaba una hora de luz y el camino estaba despejado ante ellos.

—Estás cambiando el recorrido, Highlander. Cuando nos preparábamos para este viaje, me aseguraste que pasaríamos la noche en un pueblo abandonado al sur del lago. Dijiste que era más

seguro que quedarnos en este lado, donde estaríamos al descubierto, presa fácil de los forajidos.

Bradach lanzó una rápida mirada hacia el carro.

—Ave, mi sire, pero tener a las damas con nosotros, especialmente a la vieja, cambia las cosas.

Einar le miró con disgusto.

—Sí, cambia las cosas. Hay que enviarlas al lugar más seguro.

—Hagámoslo —Siriana habló por encima del borde del carro—. Demos la vuelta a este miserable trasto y dirijámonos al norte de Escocia. Nos matarán a todos si cabalgamos más lejos hacia las tierras baldías.

Einar se retorció en la silla para mirarla. Todos los hombres habían oído sus palabras, incluida su funesta predicción de muerte para todos ellos.

—¡Cállate, mujer!

—No quiero ir a las tierras baldías, —insistió ella.

—Yo tampoco quiero adentrarme en las badlands —gruñó Einar. Era la mujer más discutidora que había conocido.

—Pero tengo que hacerlo. No quiero que viajes en mi compañía, pero aquí estás. No quiero tener que discutir cada decisión que tomo y cada orden que doy. Pero aquí estás cuestionándome. Ahora escúchame. Si quieres mi escolta, tendrás que viajar conmigo y cumplir mis órdenes.

—Bradach, condúcenos a la aldea abandonada por el camino más rápido y directo.

Siriana se dejó caer sobre la cama del carro con un golpe abatido. Estaba indefensa y no le gustaba nada. La situación era cada vez más grave. Su madre estaba muy enferma. Se adentraban en las tierras baldías, donde vivían peligrosos forajidos. Viajaban junto a un lago infame en toda Escocia por los espíritus malignos que moraban en sus orillas y en sus profundidades. Cada milla que recorrían les alejaba más de los objetos sagrados.

El bárbaro la había reducido al borde de las lágrimas. Había destruido su madurez y su autoestima del mismo modo que el calor opresivo estaba acabando con su voluntad de vestir el hábito de su orden. Dejó que la cofia volviera a caer sobre sus hombros. La cofia de lino estaba empapada bajo ella. Si tan sólo pudiera quitársela también.

Se apoyó en la barandilla y cerró los ojos con fuerza. Si caía una sola lágrima, se convertiría en un torrente.

—¿Se encuentra bien, milady? —La voz profunda de Einar retumbó por encima de ella.

Sin abrir los ojos, ella respondió.

—Tan bien como cabe esperar dadas las circunstancias.

Un objeto rozó su hombro. Abrió los ojos y lo encontró colgando dos bolsas a su lado.

—Comida y bebida.

Sorprendida, se enderezó. De repente se dio cuenta de lo hambrienta que estaba. También recordó la noche en la cueva de la montaña cuando le había visto comer. Volvieron los recuerdos suaves para bloquear los duros. Se sumaron a su creciente confusión. Un minuto él la repelía con insensibilidad; al siguiente la atraía con amabilidad y consideración. Ella no sabía qué pensar. Los guerreros viajaban ligeros. Este hombre estaba compartiendo lo poco que tenían con ella. Sus propios guardias también estaban compartiendo una parte.

—Gracias. —Ella bajó las bolsas a la cama del carro junto a Melanthe. A pesar de su propia sed, primero acercó la cerveza a los

labios resecos de su madre. Al principio el líquido corrió por los lados de su boca. Entonces la mujer inconsciente pareció despertarse. Aunque sus ojos permanecían cerrados, su mano se levantó, tanteó y agarró la bolsa, y bebió con avidez.

Siriana era terriblemente consciente del vikingo mientras cabalgaba junto al carro. Le temblaban los dedos cuando encontró un trozo de queso del tamaño del pulgar de un hombre y arrancó un trozo de pan. La corteza estaba tan dura que tuvo que ablandarla echándole un poco de cerveza por encima, pero consiguió tragárselo todo. Rápidamente devolvió las dos bolsas a Einar.

—Gracias, sire. Ahora me siento mucho mejor.

Aunque él las aceptó, no se marchó, sino que continuó a su lado, mirándola fijamente a la cara.

—Estoy seguro de haberte visto, —comentó—. ¿Pero dónde?

—Quizá hayas visto a mi hermana, —sugirió Siriana apresuradamente—. Ella es Brenna nea Pryse de Ailean. Es la esposa del marino Cassian mnac Weir. Ella también es marinera y ha navegado a tierras extranjeras.

Sacudió la cabeza.

—Conozco a Brenna. Ella estaba en el Gran Salón después de la batalla de Thornsgate. —Su boca se curvó—. Ella me superó en el tiro.

Siriana asintió.

—Es maravillosa.

—Es una mujer excepcional. Pero tú no te pareces a ella. Aunque cuando veo tu cara, pienso en ella. —Cerró los ojos, como si tratara de conjurar una imagen.

Ella contuvo la respiración.

Al final sacudió la cabeza.

—Tarde o temprano lo recordaré.

Ella sólo podía esperar y rezar para que no lo hiciera. Melanthe se agitó y gimoteó. Siriana vertió agua en un paño y lavó la cara de su madre.

—¿Cómo llegó tu madre a ser sacerdotisa? —preguntó.

—Entró en el Claustro de la Arboleda después de que ella y mi padre se divorciaran.

—¿Y fuiste con ella al claustro?

Se estaba acercando terriblemente a sus asuntos personales. Ella se preguntó si debía contestarle o no. A regañadientes dijo:

—No durante muchos años. Como soy la heredera del alto asiento, vivía con mi padre y su segunda esposa y con Brenna. No entré en el claustro hasta que fui mucho mayor.

Si él le hacía la siguiente pregunta, ella no la contestaría. No le hablaría de su desgracia. Para adelantarse a la pregunta formuló rápidamente una propia.

—¿Qué hay de ti, sire? ¿Has jurado lealtad a uno de los ladrones que se autoproclama sire? ¿Es por eso por lo que viajas de esta manera y con tanta prisa?

Sus cejas se alzaron. Por unos instantes, pensó que no le respondería.

—Tengo negocios con un forajido, —respondió al fin.

—¿Estás buscando fama y fortuna?

—Podría decirse que sí.

Él era tan reservado como ella. Entre los dos tenían una gran reserva de secretos.

—Sería mejor encontrarlos fuera de las tierras baldías, —le espetó ella—. Los grandes sires siempre están buscando campeones. Pagan buenas recompensas por los servicios prestados. Los pequeños sires, que no son más que ladrones, pagan poco o nada.

Él captó su insinuación. Su mandíbula se apretó hasta que se le vio un tendón en el cuello.

—Voy donde debo.

—Sólo los forajidos que se unen pueden sobrevivir en las tierras baldías.

La miró desde debajo de sus pestañas doradas. Su tono era burlonamente cortés.

—¿Te preocupas por mí, Santa Madre?

¡Santa Madre! Ella suponía que era cinco años más joven que él. Desde luego, no lo bastante mayor para ser su madre. Por primera vez desde que había hecho sus votos, le molestaba profundamente que la llamaran Santa Madre. El norteño la hacía sentir como si fuera la Antigua del claustro.

No se sentía santa ni maternal. Este hombre despertó sus instintos femeninos, no los religiosos. Él le recordó que era joven. Hizo que su sangre hirviera por sus venas.

Y ella no podía hacer nada ante tales sentimientos, excepto ocultarlos lo mejor que podía.

—Sí, —respondió, sorprendida de sonar tan tranquila—. Lo estoy. Estoy agradecida de que llegaras cuando lo hiciste y nos salvaras.

—Hice lo que haría cualquier guerrero honorable, —replicó él, claramente incómodo con sus cumplidos—. Me enseñaron a respetaros a ti y a tu madre como mujeres santas, crea o no en vuestros dioses. Según las universales leyes de la amistad, ahora sois mis pupilas. Os protegeré a toda costa.

Sonrió ligeramente.

—Los costes podrían ser bastante altos.

—Espero que lo sean, mi señora.

Capítulo 4

Las sombras de la noche cayeron sobre ellos mientras rodeaban la punta del lago. La oscuridad era total.

Un denso dosel de hojas de árboles colgantes cerraba el paso a las estrellas y a la luna. Podrían haber estado en una cueva si no fuera por los sonidos nocturnos de las criaturas que les rodeaban.

Un búho ululaba lastimeramente en algún lugar a la izquierda. En una cañada lejana aulló un lobo. Su congénere respondió. Los grillos gorjearon. Los escarabajos nocturnos chasqueaban. Las propias hojas de los árboles parecían hablar entre sí mientras crujían suavemente.

Einar cabalgaba junto a Bradach.

—¿Dónde está este pueblo abandonado? —preguntó—. Esto es como el mismísimo infierno.

En el carro, Siriana oyó su comentario y pensó casi lo mismo.

—Me sorprende que no tema estar junto a las aguas encantadas del lago Ness.

Detuvo su caballo.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás aguas están embrujadas?

¿Había detectado ella una nota de preocupación en su voz? Ella sinceramente esperaba que sí.

—Puede que haya un kelpie en el exterior esta noche.

Uno de los guardias del claustro murmuró una rápida plegaria. Ambos se aferraban a los lados del carro para salvar la vida. Einar encauzó al semental junto a ellos. Pudo ver su rostro, un óvalo pálido en la penumbra.

—¿Qué es un kelpie? —preguntó Einar.

—Ah, no lo sabe. —Bajó la voz a un susurro—. Los buenos montañeses saben que deben temer a las tierras malas de Escocia. A los habitantes de las tierras del norte les haría bien temerlas también.

>>Un kelpie es un caballo de agua. Un caballo tan hermoso que nadie puede resistirse a su vista. Todos quieren montarlo. Pero cuidado. Porque cambia de forma. Una vez que la persona lo ha montado, galopará enseguida hacia el lago. Allí se transformará en un monstruo temible y devorará a su montura.

Einar rió suavemente.

—Si un hombre fuera tan tonto como para montar un caballo salvaje en un lago, se merece su destino. Un hombre sabio se escabulliría de su lomo.

—Ah, pero no puede. —Siriana estaba disfrutando a fondo ahora—. Su piel es adhesiva. Una vez que un hombre lo toca, no hay forma de escapar a su destino.

Los guardias murmuraron de acuerdo, pero Einar se burló de sus temores. Se inclinó sobre la barandilla del carro, casi en tono de conspiración.

—Tú misma no lo crees, mi señora. Intentas meterme miedo, para que dé media vuelta y te lleve con tu maldito amo.

—¿Te haría yo eso, sire? —preguntó ella con recato.

—Ciertamente lo harías. Escucha, mientras hago mi propio destino. —Levantó las manos hacia la boca y los cantos de los

pájaros silbaron en el aire. Esperaron. Él volvió a llamar. La tensión aumentó. Entonces oyeron el trino de un pájaro. Siguieron esperando hasta que de entre la densa maleza surgió un jinete.

—¿Qué noticias hay de este pueblo abandonado? —preguntó Einar.

—Hay que seguir todo recto, —respondió Durin—, llegaremos en menos de media legua.

—Bien. Ve delante. —Einar guió a su caballo junto a Bradach—. A pesar de tus esfuerzos, Highlander, parece que encontraremos una aldea después de todo.

—Mi sire, —protestó Bradach, pero Einar le tocó en el hombro y ordenó a Durin que se apresurara al máximo.



Con la mano en la espada, Einar cabalgó con su semental a través de la aldea. El miserable grupo de edificios apenas merecía ese nombre. La protección que pudiera ofrecer era discutible. Habría que

investigar el estado de las paredes y los tejados para descubrir qué refugio podía proporcionar.

La aldea consistía en los restos de cuatro chozas, dos a cada lado de un sendero que ascendía por una suave pendiente hasta un edificio algo mayor que probablemente había servido como sala de hidromiel. Haciendo señas a sus hombres para que se acercaran, Einar montó a caballo hasta una de las chozas. Descubrió que su bajo tejado estaba caído. Quedaban motas grises de cal aquí y allá, pero también se estaba desgastando rápidamente. Supuso que todas las cabañas eran iguales. La maleza invadía el camino. Los restos de cobertizos para carros, perreras y corrales sugerían para qué se habían utilizado originalmente los edificios.

Frente a la sala del hidromiel, sus hombres ya estaban desmontando. Pronto ardieron varias antorchas. Einar observó con satisfacción que sus norteños desaparecieron en diferentes direcciones sin comandarlo. Explorarían los alrededores y establecerían puestos de guardia.

Eran buenos hombres. Los había entrenado bien. Bajó del semental en la cola del carro a tiempo para ayudar a Siriana a pisar tierra firme. Su rostro a la luz de las antorchas parecía vacío de

color. Lamentaba haberla presionado tanto, pero pasar la noche a la intemperie habría sido pedir otra incursión. Aquí al menos podrían tener algo de protección para sus espaldas.

—Sólo unos minutos más, —dijo, intentando animar a la agotada mujer—. tus guardias están registrando la sala del hidromiel. Cuando nos digan que es seguro, podré llevarte dentro y dejarte descansar en paz durante el resto de la noche.

—Te lo agradezco. —Siriana le miró a la cara. La luz saltarina de la antorcha proyectaba sombras en sus ojos y mejillas—. ¿Qué puedo hacer para ayudar?

—Elija un lugar para su señora madre.

Siriana subió los anchos escalones hasta la puerta de la sala del hidromiel, sólo para darse la vuelta con un gemido de decepción. La razón del abandono de la aldea se hizo evidente. El interior del gran edificio había sido destripado por el fuego. Sólo se conservaban las cuatro paredes y la puerta que colgaba torcida de una única bisagra de cuero.

—Un lugar para estabular nuestros caballos, —dijo Einar, acercándose por detrás—. Nada más. —Pasó la mano por la puerta y

la correa de cuero. —Se puede reparar fácilmente para que cierre y así nuestras monturas estarán protegidas de los forajidos.

El repentino agotamiento hizo que Siriana se tambalease donde estaba. Su visión cambiante captó las ominosas sombras que se cernían sobre ellos. Los árboles adquirieron formas espantosas. Estaban doblados y grotescos; sus extremidades parecían manos que arañaban. Podía imaginarse fácilmente a los forajidos acechando tras ellos listos para atacar.

Incluso mientras temblaba, sintió que el brazo de Einar se deslizaba alrededor de su cintura.

—Tranquila, milady.

Ella asintió.

—Tienes razón. Debo ser fuerte.

—Busquemos refugio para ti y tu señora madre. —Era sorprendentemente gentil, nada parecido a un bárbaro. Llevando una antorcha en una mano y manteniendo su brazo alrededor de ella, la guió a través de la calle hasta uno de los edificios más pequeños.

Debería haberse apartado de él y caminar sola. Que le permitiera tocarla era un pecado a la luz de sus votos. Podría

considerarse un signo de debilidad que ella no podía permitirse. Podría pensar que ella caería fácilmente en sus planes, fueran cuales fueran.

Sin embargo, su brazo era tan bienvenido. Sentimientos cálidos brotaron en su interior. Antes de entrar en el claustro, le habían encantado las caricias de su padre. Ella, su madre y su hermana siempre habían sido cariñosas. Ahora llevaba tantos años sin él que la suave sujeción de este guerrero la dejaba débil y temblorosa.

Ya basta, se dijo a sí misma. Se enderezó un poco torpemente y se apartó de él.

Él la dejó marchar sin hacer ningún comentario y dio un fuerte empujón a la puerta con la mano. Ésta crujió hacia dentro, arrastrando su parte inferior por el suelo de madera. Einar empujó la antorcha delante de él y entró en la casa.

—Alguien importante vivió aquí, —dijo—. La habitación es grande. Los tablones cubren el suelo.

Siriana le siguió hasta la habitación y también se sorprendió por su tamaño. Primero, miró hacia arriba.

—La paja del techo sigue en su sitio, —anunció esperanzada.

Einar se dirigió a la puerta de la pared opuesta. La abrió y pasó la linterna alrededor.

—Tiene una segunda cámara, —anunció—. Y por su aspecto, una habitación o quizá dos más allá.

Se apartó para permitir que Siriana entrara. La cámara era obviamente para dormir, pues tenía una plataforma de madera elevada a un lado. Sobre ella estaba el armazón de una cama, cubierto de polvo. Los restos de un dosel colgaban en jirones de los postes.

Se acercó a ella como hipnotizada. Un destello. Un truco de las sombras. Casi demasiado rápido para registrarlo en los ojos de la mente, imaginó que veía a un hombre y a su esposa durmiendo en aquella cama: un guerrero dorado envuelto en el largo cabello negro de su esposa. Estaban desnudos, el cuerpo duro y bronceado de él contrastaba con la suave piel pálida de ella.

Ella parpadeó. La cama era de nuevo un armazón polvoriento, los jirones de su dosel agitados por el calor de la antorcha de Einar.

—La cama del amo, —dijo Einar. Su voz era tan cercana, tan suave, que Siriana sintió su timbre a lo largo de sus nervios. Apretó las manos contra las sensaciones que evocaba.

—Sí, —murmuró, dejando de lado sus absurdas fantasías.

Subió a la plataforma por sus tres amplios peldaños.

—Todavía tiene los listones de la cama. Podemos hacer un colchón de broza y tu madre podrá descansar aquí. —Miró hacia arriba—. Por desgracia, la paja no ha sobrevivido aquí. Tendrías que dormir al aire libre.

—Creo que su propio jergón junto al pozo de fuego de la primera cámara le sentará bien. Si traes la maleza del carro, será suficiente, —dijo Siriana. Había sido generoso al ayudarla a encontrar un lugar. Ella sería generosa al no enviar a sus hombres en mitad de la noche a cortar maleza.

—Como quieras, mi señora.

Juntos salieron de la casa.

—¡Durin! —gritó.

—Ave, sire. —El guerrero con el hacha de batalla se materializó desde la oscuridad.

—Pondremos a las mujeres en esta casa con el equipaje. Todo, —dijo significativamente—. Tomaremos la cabaña de enfrente. Los

caballos y el buey en la sala del hidromiel. Ponga guardias a patrullar. Relevo cada cuatro horas.

—Así se hará. —Durin se alejó corriendo para cumplir las órdenes de Einar.

Siriana esperó hasta que Einar se volvió hacia ella.

—¿Dónde está el arroyo? —preguntó.

Él señaló en la dirección por la que habían venido. Luego se aclaró la garganta.

—Mi señora, sé que tú y tu madre son mujeres santas, dedicadas a los dioses, pero no creo que sea prudente que vayáis al arroyo para vuestras abluciones. Estamos rodeados de leyes externas, y... —Hizo una pausa, como si intentara decidir si decir algo más. Ella pudo ver cómo su rostro se ensombrecía a la luz rojiza de las antorchas. ¿Se estaba ruborizando—. Mis guerreros son hombres, y tú eres una mujer.

Siriana se rió. No pudo evitar un pequeño chorro de placer al pensar que le había turbado.

—Ya le he dicho que soy bastante madura. No creo que sea una tentación para ellos.

—Cualquier mujer lo sería, señora, —replicó él groseramente—, independientemente de su edad.

—Oh. —Las palabras hirieron su orgullo.

No le intereso, pensó. *Ni un ápice*. Se sintió tentada de arrancarse la cofia de la cabeza y sacudirse el pelo. Se preguntó qué haría él. ¿La reconocería?

Juntó las manos con fuerza.

—No iba a bañarme en el arroyo. Entre nuestro equipaje hay varias palanganas grandes. Pensé que podría llevar wáter en ellas, para bañar las heridas de mi madre y lavar lo peor de la suciedad de mis propias manos y cara.

Su rostro se aclaró al instante. El color rubicundo se desvaneció.

—Bien.

Se ahuecó la barbilla con la mano y se frotó el labio superior con el dedo índice.

—Debes mantenerte cerca, mi señora. Probablemente no veas a los forajidos hasta que ataquen. Bradach nos llevará al Signo del Jabalí por la mañana temprano. Dejaré aquí a Durin para que la

vigile. Es el más fuerte y valiente de los hombres. Puedes confiar en que hará lo que crea mejor. Tu cabaña será el edificio al que retrocederemos en caso de ataque. Por esa razón pon todo nuestro equipaje con el tuyo. Mientras estemos fuera, no hagas nada que te delate. Si tienes que salir, usa tu túnica y tu capucha para cubrirte completamente.

—Lo haré, —prometió ella, decidida a cumplir su palabra.



Mucho más tarde, Siriana se arrodilló junto al jergón de Melanthe. Lo habían colocado a una distancia prudencial del pozo de fuego donde el norteño llamado Aren había encendido una pequeña hoguera. Sobre un paño limpio al lado de su madre, Siriana había colocado las hierbas, las cucharas, el mortero y los cuencos para mezclar. Otros utensilios estaban colocados a mano entre ella y la hoguera. El resto de su equipaje se había amontonado en un rincón. Un caldero de agua burbujeaba entre las brasas incandescentes.

Siriana se arrodilló junto a su madre. Con ternura rozó con la mano la frente de Melanthe. La piel estaba caliente al tacto. Siriana exhaló una plegaria antes de inclinarse para aflojar las vendas.

Una sombra cayó sobre ella. No necesitó levantar la vista para saber que Einar había entrado. Sus ropas de cuero crujieron cuando se agachó junto a ella.

—¿Algún cambio?

Siriana apartó la túnica y el manto rotos. Desató el vendaje y arrojó el musgo al fuego. Había servido bien a su propósito, pues la hemorragia se había detenido. La herida era espantosa a la vista. Era un tajo profundo de entre tres y cuatro pulgadas de largo, rodeado de carne magullada y desgarrada.

Un vistazo le dijo que la situación era muy grave. Aun así, trató de mostrarse optimista.

—Respira mejor. No hay rayas rojas que irradien de la herida.

Einar acercó la linterna.

—He visto cosas mucho peores de las que los hombres se recuperaron.

Siriana asintió, al mismo tiempo que pensaba que sus palabras no ofrecían ningún consuelo real. Un hombre joven y poderoso era una persona muy distinta de una mujer mayor que sólo recibía los cuidados médicos más rudimentarios. Moviendo los labios en silenciosas plegarias, Siriana bañó la herida y le colocó vendas frescas.

El viento soplaba con fuerza en la habitación. Agitó la antorcha.

—¿Deseas que cierre las contraventanas?

Siriana suspiró. Normalmente habría pasado frío, pero esta noche no. El inusual calor del día se había combinado con su propio estado emocional y un esfuerzo desacostumbrado. No recordaba cuándo había pasado tanto calor. Quería que se abrieran las contraventanas para poder disfrutar del frescor. Más aún, quería quitarse la túnica y la capucha porque habían empezado a oprimirla. Sin embargo, no se atrevió.

—Sí, gracias.

Cerró la ventana y echó el cerrojo antes de darle las buenas noches. En la puerta se detuvo.

—Descansa bien, mi señora. Mis hombres y yo vigilaremos. Si necesitas algo sólo tienes que llamar.

Einar se adentró en el enérgico aire nocturno.

Los recuerdos le rondaban por la mente. La visión del rostro de Siriana a la luz del fuego había suscitado otra imagen. Sabía que había visto su rostro antes, enrojecido por la luz del fuego, exaltado por el fuego interior.

¿Pero dónde?

Se quedó de pie en medio de la calle, mirando fijamente la puerta que acababa de cerrar. Un grito estridente llegó a sus oídos. Desde los árboles de tinta llegó el aleteo de unas poderosas alas. Einar levantó el brazo. Viento de Medianoche se dirigió directamente hacia él. Sus alas agitaron el aire mientras se cernía en la luz, luego descendieron, sus garras se cerraron sobre la muñequera de cuero.

Einar acarició las sedosas plumas.

—Cuéntame el secreto y creeré que realmente eres uno de los mensajeros de Odín. —Sus palabras eran suaves, sólo para los oídos del pájaro—. Dime el secreto que no puedo recordar. ¿Quién es ella? ¿De dónde viene?



Sintiéndose como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros, Siriana se inclinó para comprobar una vez más cómo estaba su madre. Melanthe dormía tranquilamente, su respiración regular y lenta. Siriana ajustó una manta sobre su hombro y la dejó para que pasara la noche.

Luego, cubriéndose las manos con los guantes, sacó el caldero de agua caliente del pozo de fuego. Tambaleándose ligeramente con su carga, lo llevó a la segunda habitación. La paja podría haber desaparecido, pero a menos que vinieran ladrones o habitantes del norte, sería privado.

Cerró la puerta de comunicación. La capucha y la cofia se desprendieron en un movimiento brusco. El aire de la noche, tan refrescante que podría bebérselo, tocó su rostro acalorado. Sopló contra los húmedos zarcillos de sus mejillas y su frente. Se quitó la bata, que quedó tendida en un charco alrededor de sus pies. Estiró los brazos hacia el cielo de medianoche, luego se agachó y se levantó la túnica. Ésta siguió al resto de sus prendas, y ella suspiró aliviada.

Durante un largo y glorioso minuto, permaneció allí de pie, dejando que la brisa la reanimara y vigorizara. Sólo el broche que había cogido la noche anterior al Día sin Nombre permanecía en su cuerpo. Yacía entre sus pechos, sujeto allí por una cadena de oro. Se llevó las manos al cuello y levantó su pesado cabello.

Con los ojos cerrados, esperó a que su carga se disipara también.

No se despertó hasta que sintió el suave roce del material contra sus pantorrillas. Miró hacia abajo. Manchas oscuras cubrían sus prendas verdes.

La sangre de Melanthe. No habría descanso para ella esta noche.

Inclinándose, se desató las botas y salió de ellas. Tras despojarse del resto de sus ropas, se acercó a la jofaina y se echó agua sobre la cabeza. Ésta se deslizó por su cuerpo desnudo. Siempre le había gustado bañarse. Esta noche su placer era casi pagano. No le importó que estuviera helada y que le castañearan los dientes. Era un bendito alivio del calor.

Cuando terminó, se escurrió toda el agua que pudo del pelo y se puso su segunda túnica. Dejando atrás el resto de su ropa,

regresó a la habitación principal. Allí extendió su propio jergón junto al de su madre. Sentada con las piernas cruzadas en él, empezó a cepillarse el pelo con movimientos largos y suaves.

Mañana pensaría en cómo recuperar el chal sagrado. No podía haber desaparecido para siempre. Quería llorar al pensar en los objetos de oro y plata que lo adornaban. Seguramente la Gran Diosa Madre no permitiría que se los cortaran y fundieran como parte del botín de un forajido pagano. Cuando regresara al Claustro de la Arboleda, apelaría a los thanes de Ross. Ellos pondrían a sus mejores guerreros a su disposición. El chal debía volver a manos de Melanthe por el bien de toda Escocia.

Por fin, agotada, Siriana se tumbó y se subió las mantas. No pensaría en el norteño. Estaría en su vida sólo un momento. Cuestión de días. Un par de encuentros fortuitos. Nada más.

Ella volvería a su vida secuestrada de paz y serenidad.

Cerró los ojos, sólo para ver al guerrero dorado. Se fue a dormir, sólo para soñar con él.

Siriana abrió los ojos y miró a su alrededor. La luz del sol moteaba su rostro e iluminaba la habitación. Por un momento se sintió desorientada. Entonces recordó. Estaba en un pueblo

abandonado en las tierras baldías al sur del Lago Ness con un norteño llamado Einar de Dalsteinn. Miró hacia arriba. La paja que había parecido tan gruesa la noche anterior era en realidad delgada en algunas partes. El sol le sentaba de maravilla, pero no se atrevió a tumbarse y disfrutarlo.

Doliéndole cada hueso, se impulsó hacia arriba y se arrodilló junto a su madre.

—Melanthe, —susurró—. ¿Estás despierta?

Su madre no contestó.

Siriana la sacudió suavemente, pero Melanthe no volvió a responder. Siriana examinó la herida de la cabeza de su madre a la brillante luz del día. Estaba violentamente descolorida, pero la hinchazón podría haber remitido un poco. Aun así, Siriana se preocupó. Había oído hablar de personas que recibían golpes en la cabeza que les provocaban un sueño profundo del que nunca despertaban. Sus miembros se encogían, sus espinas dorsales se curvaban hasta que sus cuerpos se enroscaban en bolas apretadas. Se consumían lentamente.

Desechando tan terribles pensamientos, se levantó y se puso la túnica, estremeciéndose ante las manchas oxidadas que se hacían

temiblemente evidentes a la luz del sol. No se puso la capucha ni la cofia sobre la cabeza. En su lugar, cruzó la habitación y abrió los postigos para permanecer un momento a la luz del sol.

Cuando las voces de los norteños llegaron hasta ella, se apresuró a entrar de nuevo en la habitación y se cubrió la cabeza. De vuelta al jergón, dispuso hierbas con las que preparar la medicina de Melanthe. Sólo quedaba una pequeña cantidad de agua en el caldero, pero lo colocó en el corazón del pozo de fuego, donde aún ardían las brasas.

Luego desabrochó la venda de Melanthe.

Con el corazón encogido observó las diminutas líneas rojas que irradiaban del tajo. Eran un signo seguro de que la inflamación se estaba extendiendo por el cuerpo de su madre. Consciente de que era muy poco lo que podía hacer, trituró y mezcló las últimas hierbas del norteño y preparó una cataplasma con unas gotas de agua caliente. Untó la herida con esta mezcla y la cubrió con un paño limpio.

Dejando a Melanthe inmóvil, Siriana llevó el caldero hasta la puerta. En su umbral se detuvo, hechizada.

Vistiendo sólo pantalones de cuero y botas hasta la rodilla, Einar salió del bosque a la calle. Recién afeitado y bañado, tenía un aspecto descansado y vibrante. Llevaba el pelo mojado peinado hacia atrás, retirado de la cara en profundas ondas.

Una mochila de cuero, una camisa de lino de manga completa y un chaleco de cuero se colgaban de un ancho hombro. Sobre el otro colgaba la correa de su espada. A la luz del sol de la mañana, su pecho estaba finamente espolvoreado de pelo castaño dorado que se arremolinaba por su abdomen sobre su firme vientre hasta llegar a unas caderas estrechas enfundadas en unos pantalones ajustados.

Cogida desprevenida, con la mente abierta y desprotegida por los rituales del claustro, Siriana sintió que el calor se le enroscaba en el vientre. Su corazón aceleró su ritmo. De pronto fue consciente del peso del broche de Einar que colgaba entre sus pechos. No podría resultar más pesado, aunque él mismo lo hubiera colocado allí como signo de su propiedad.

Estaba perfectamente formado, cada línea, cada ángulo de su cuerpo un estudio de excelencia. Le recordaba a una exquisita pieza de arte, excepto que era de carne y hueso, cálido y en movimiento.

Sus dedos se flexionaron inconscientemente, tratando de alcanzarlo. El contorno de su cuerpo masculino la atrajo como un imán. Era un bárbaro que se burlaba de la idea misma de la Gran Diosa Madre. Como mínimo debería compadecerse de él. Como mucho debería despreciarle. Pero no lo hizo. Ella sólo quería tocarlo, adorar la perfección de su cuerpo.

Y eso estaba terriblemente mal. Sólo se debe adorar a la diosa. Él era sólo un hombre. Presa de emociones contradictorias, retrocedió a la sombra de la puerta. Einar subió por la calle y se detuvo frente a una pequeña hoguera que su hombre había encendido.

—Durin, ¿por qué estás preparando la comida de la mañana? Vamos a romper el ayuno con Vaghn en el Signo del Jabalí.

—Yo no, —gruñó el guerrero. Continuó dando vueltas a un trozo de pan en un palo sobre su pequeña llama—. He vivido mucho tiempo porque no confío en guías como el que tenemos y yo no lucho con el estómago vacío.

—¿Crees que habrá pelea?

Durin levantó una ceja desgreñada.

—No confías en ese guía más que yo. Y tú no confías en los forajidos. Si no, ¿por qué tantos guardias? —Levantó su pan y sopló en un borde que se había ennegrecido—. Yo, me estoy preparando. Quiero vivir un poco más.

Siriana salió de la casa. Se había colocado la capucha y ahora caminaba con paso tranquilo hacia el fuego.

—Buenos días

Einar levantó la vista.

—Buenos días, señora. Confío en que hayas dormido bien.

—Sí, —respondió ella—. Para mi sorpresa, lo hice.

El guerrero dorado avanzó hacia ella y por primera vez no intentó ocultar su rostro bajo la capucha. ¿Con qué propósito? Él ya la había visto y ella descubrió que no podía apartar los ojos de él. Se preguntó qué aspecto tendría sin ropa. Aunque nunca había confesado a nadie sus pensamientos licenciosos, se lo había preguntado desde que lo había visto en la Víspera sin Nombre.

—Nos iremos pronto, —le dijo Einar—. Haz lo que tengas que hacer fuera en los próximos minutos. Cuando nos hayamos ido, regresa a tu cabaña y atranca la puerta. Pon a tus guardias del

claustro en los extremos opuestos de la calle. Y no vuelvas a salir hasta que regresemos.

En la mente de Siriana parpadeó el pensamiento de que le recordaba a su padre. Pryse mac Russ había exudado precisamente esa aura de arrogancia y poder masculino. Incluso la ropa de cuero que llevaba el norteño se parecía al atuendo de su padre. La excitación le invadió, se comunicó con ella, hizo que se le trabara la respiración en la garganta. Era tan salvaje e indómito como las bestias cuyas pieles vestía.

Levantando los brazos, Einar se pasó las manos por el pelo, peinando con los dedos las largas hebras. Fluyeron por sus dedos como un hilo dental dorado. Los propios dedos de Siriana ansiaban seguir los suyos.

Su dulce sonrisa transformó su rostro.

—¿Cómo está tu madre esta mañana? —La pregunta obligó a Siriana a volver a una realidad desagradable. Su excitación se desvaneció. Lanzó una mirada a la puerta y a la tenue habitación de más allá donde Melanthe yacía. —No está mejor, y la inflamación se está extendiendo. Espero que puedas terminar tus asuntos aquí en breve, para que podamos estar de camino al claustro.

—Lo haré tan rápido como pueda, te lo aseguro, —respondió —. ¿Pregunto a los forajidos si tienen alguna medicina de la que puedan prescindir o intercambiar?

Siriana arrugó la nariz.

—Ojalá tuviéramos más medicinas, pero dudo que cualquier cosa que tengan sea digna de confianza.

—Como quieras, mi señora. —Asintió brevemente antes de darse la vuelta.

Pronto se iría. Estaría sola con su madre gravemente enferma y los tres guardias del claustro que se enorgullecían de su estoicismo. El bosque estaba muy cerca y era denso. Dio un paso hacia Einar. Incapaz de contenerse, le tendió la mano.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Miró a su alrededor, sus ojos atraídos por los dedos pálidos con las uñas cortas. Instantáneamente dobló el puño y lo introdujo en la manga de su otro brazo.

Se acercó más a ella. Ella intentó ocultar su rostro, pero él le levantó la barbilla. Su mirada se clavó en la de ella.

—Quizá sólo unas horas. Quizá todo el día.

Quizá más tiempo. El hombre con el que nos encontraremos rara vez recibe visitantes del otro lado de la frontera. Aprovechará nuestra compañía. Cazaremos, nos daremos un festín y jugaremos. Me cuidaré mucho de perder varias veces, para que él comercie conmigo de buen humor. ¿Me echarás de menos?

¿Cómo se atrevía a insultarla con una pregunta tan provocativa? Ella apartó la cabeza bruscamente.

—Sólo le pedía información, —respondió fríamente—. Pasaré el día cuidando de mi madre y rezando por tu seguridad y la de tus hombres.

Dio un breve ladrido de risa.

—No te molestes en rezar por mí. Mi espada es mi seguridad.

—Si prefieres pensar…

El ronco graznido de un pájaro en lo alto atrajo su atención hacia arriba. Einar levantó la vista y vio a Viento de Medianoche volando en círculos por encima de ellos.

Recogió el cinturón de su espada y lo abrochó alrededor de su delgada cintura.

—Jinetes, —dijo escuetamente—. Vienen deprisa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Siriana.

Señaló hacia arriba.

—El cuervo me lo dijo. Vuelve a tu casa. Cierra la puerta y atráncala

Le molestaba que le diera órdenes. Escocia era su país, no el suyo, aunque esta zona no tuviera ley. Quienquiera que se acercara tendría más en común con ella que con él. Se mantuvo firme.

Se apartó y corrió hacia la sala del hidromiel.

—¡Jinetes!

Durin levantó polvo sobre su ira. Junto con los otros norteños, se apresuró a ponerse la cota de malla y el casco y adoptar una posición defensiva. La tensión en el aire era casi palpable. Los viajeros siempre recelaban de los visitantes.

—Bradach, ¿qué dices? —gritó Einar al montañés.

El hombre salió de la sala del hidromiel donde se había acostado con los caballos. Tenía los ojos sombríos y parecía confuso.

Einar lo sacudió con fuerza.

—¿Qué dices? ¿Son amigos o enemigos?

El escocés escuchó los golpes de los cascos que se acercaban rápidamente. Parecía arrepentido.

—La posibilidad de que estos recién llegados sean nuestros enemigos es mayor que la de que sean nuestros amigos.

Einar lo apartó con disgusto.

—Listos, hombres. —Miró hacia atrás para encontrar a Siriana aún de pie en medio de la calle—. ¡Maldita sea! Ponte a cubierto, mi señora. —Corrió hacia ella.

—No tienes derecho a darme órdenes,

—Obedece. —Le ordenó furioso.

—Esta es mi gente. Es muy probable que respeten a las mujeres santas.

Einar parecía un hombre al que habían llevado demasiado lejos. La cogió del brazo con un apretón castigador y la arrastró de vuelta a la cabaña.

—Lo más probable es que no les importe nada salvo saquear. Nos matarán si pueden. Lo que te harán a ti y a tu señora madre antes de mataros no merece la pena pensarlo.

La capucha de Siriana se deslizó por su cabeza y dejó su rostro al descubierto. Debió revelar el miedo que sus palabras le infundían.

Su agarre se suavizó. Sus ojos brillaron mientras su mirada se fijaba en el rostro de ella con renovado interés.

—Mi señora, dices que eres una matrona, pero créeme, eres maravillosamente bella.

Hacía años que no le decían un cumplido. Casi había olvidado lo que era ser admirada por un hombre. La estremeció, le clavó la lengua en el paladar. Sintió el calor de su gran mano a través de la tela de su bata. Sus ojos se habían vuelto de duros a suaves, tan cálidos como el ámbar pulido. El placer se deslizó por su cuerpo cuando él cambió su agarre para tomar su mano. Sabía que él entendía el gesto como un consuelo, pero para ella era más. Mientras él la consideraba un objeto lastimoso al que había que proteger, despertaba sus instintos de mujer.

El calor subió a sus mejillas. Él no debía verla sonrojarse. Ella inclinó la cabeza. Su mirada bajó hasta la mano de él. Estaba llena de cicatrices y callosidades, y sin embargo la sujetaba con tanta suavidad. Con la misma facilidad con la que blandía una espada o

una daga, ahora consolaba. Quitaba vida; prometía vida. Éstas eran las contradicciones que conformaban a Einar el Norteño.

El joven Aren galopó calle abajo.

—¡Einar! ¡Einar! ¡Vienen jinetes! Rápido!

Siriana retiró sus manos del agarre de Einar y dio un paso atrás. El joven explorador se bajó del caballo delante de su líder.

—¿Cuántos, muchacho? —preguntó Einar.

—Unos veinte.

——Cuatro contra uno, —jadeó Siriana.

—Hemos luchado contra probabilidades mayores y hemos ganado, —le aseguró Einar.

—Ave, —coincidieron los demás reunidos a su alrededor.

—¿Qué aspecto tenían?

—Brillantes, —respondió el muchacho—. Ondean banderas de todos los colores. El líder es un hombre mayor. Lleva unos pantalones negros brillantes. Están abombados y embolsados, cruzados desde debajo de las rodillas hasta las botas. Su estandarte es bermellón, del mismo color que su camisa.

—Es Vaghn, —llamó Bradach. Ante las palabras del montañés, los demás dieron un paso atrás para permitirle acercarse a Einar.

—No puedes estar seguro.

El guerrero miró fijamente a Bradach.

—¿Qué más, Aren?

—Esta gente monta caballos escuálidos como los forajidos que atacaron a las sacerdotisas. Podrían formar parte de la misma banda.

—No, es Vaghn, —insistió Bradach—. Los forajidos que atacaron a las mujeres no llevaban ropas coloridas como los forajidos de Vaghn. No llevaban estandartes de colores brillantes.

—Un hombre puede cambiarse de ropa, —señaló Durin con amargura.

Einar asintió con la cabeza. Presionó hacia delante, intimidando al escocés más pequeño.

—¿Por qué iba a venir aquí?

Bradach retrocedió, levantando una mano para rechazar la ira del norteño.

—'Quiere proteger su bosque, —balbuceó—. Quiere averiguar quién se mueve en su territorio. —Logró esbozar una sonrisa de disculpa—. Esta aldea es una ventaja. De verdad. Tal como te dije. Es su campamento. Tú puedes...

—¡Preparar una emboscada! —tronó Einar.

—Si va a haber pelea, déjame coger a mi madre e irme, —dijo Siriana.

—¡No! —Einar se dio la vuelta, con las cejas fruncidas en un ceño furioso—. Estarás más segura aquí que en algún lugar del bosque.

—Eso es lo que afirmaste cuando nos condujiste a través de la frontera a esta tierra abandonada.

Los otros hombres la miraron como si hubiera perdido la cabeza. Se dio cuenta de que estaba discutiendo con el hombre al que todos obedecían sin rechistar. Tenía la mano apretada alrededor de la empuñadura de su espada.

—Si los forajidos nos han encontrado en este pueblo, señora, sin duda nos habrían visto si hubiéramos acampado al aire libre al otro lado del lago.

—Pero…

—¡Es mi última palabra!, —gritó—. Entra en ese edificio y quédate allí. Y no vuelvas a desobedecer mis órdenes.

Ella jadeó. Pero no tenía elección. Podía oír a los caballos acercándose. Su propia huida estaba cortada. Giró sobre sus talones y se adentró en el oscuro interior.

—¡Y mantén esa capucha y esa túnica puestas! —fue su golpe de despedida. Cerró la puerta de un portazo.

Capítulo 5

Siriana bajó el tronco de roble de la puerta. Girando sobre sí misma, se apoyó en él, con el corazón latiéndole con fuerza. Los forajidos se acercaban. Tal vez fueran algunos de los mismos que la habían atacado a ella y a su madre. La idea de que el ladrón sacrílego de corazón negro que había apuñalado sin piedad al Anciano pudiera cabalgar hasta esta aldea y ser recibido por Einar y sus hombres la enfurecía.

Bradach había insistido en que eran los hombres con los que Einar debía reunirse en el Signo del Jabalí, pero en realidad no los había visto. Siriana había llegado a de acuerdo con Einar. El guía no era de fiar. Por lo que ninguno de ellos sabía, podría estar aliado con los forajidos.

Nunca se había sentido tan indefensa ni tan atrapada. Cruzó a toda prisa la habitación y se arrodilló junto a su madre. Se le

llenaron los ojos de lágrimas al ver el tenue rubor de la fiebre en la blanca mejilla de Melanthe. Le levantó la muñeca. Su pulso era rápido e irregular.

Estaban a muchas leguas del claustro, del calor, del consuelo, de la ayuda. Allí los amigos esperaban su regreso y noticias del santuario. Esperaban las mercancías que Siriana y Melanthe les traían.

Qué angustiados estarían los sacerdotes es si supieran que su gran sacerdotisa y su Anciano estaban encerrados en una casa en ruinas en un pueblo abandonado. Si esos jinetes que se acercaban a toda velocidad los atacaban y los mataban a todos, las mujeres del claustro nunca sabrían qué había sido de ellos. Tampoco lo sabrían Pryse y Brenna, su padre y su hermana. Afuera. Einar gritó más órdenes. El sonido de pasos corriendo llegó hasta Siriana mientras los vikingos se escondían entre los árboles y las rocas para disimular su fuerza en preparación para cualquier eventualidad. Subió las mantas hasta la barbilla de su madre y se levantó. Ella también debía estar preparada. Mejor violar sus votos de clausura que permitir que violaran y asesinaran a su madre. Sería su propia campeona y, en caso de ataque, defendería a su madre y a sí misma todo el tiempo que pudiera. Sólo tenía su cuchillo y su cerbatana,

inútiles contra hombres violentos armados con espadas y arcos y flechas. Si los forajidos entraban por la puerta, la despedazarían antes de que sus drogas pudieran hacer efecto. Su única pretensión era ayudar a Einar y a sus defensores disparando desde la ventana.

Dispuso los dardos en el suelo junto a la ventana y abrió los postigos a lo ancho del tubo. Mientras apoyaba el arma preparada, se sonrió a sí misma. Quizá era más parecida a Gwynneth de lo que creía. ¡Qué rápido estaba abandonando las filosofías pacíficas por las militantes de una guerrera!

¡El equipaje! Tanto el suyo como el de los norteños. Se quedó mirando las mochilas de cuero marrón de Einar. No contenían ropa. Había conseguido ropa fresca esta mañana de otro lugar. Se acercó a las bolsas y abrió la primera.

Por supuesto, oro y plata. No pesaba mucho. Una pequeña cantidad. ¿Un soborno? ¿Una recompensa? Se sintió un poco más segura, pero sólo un poco. Si los ladrones cabalgaban para atacarles, Einar defendería el tesoro con su vida. Dado que ella y su madre compartían la habitación con ese tesoro, quizá se salvarían accidentalmente.

Para estar doblemente segura, lo escondería. Si eran invadidos, ella podría negociar la información a cambio de la libertad. Comenzó a patear los bordes de los tablones del suelo. Moviéndose lentamente por el suelo, por fin encontró lo que buscaba. Un tablón suelto cedió a los dedos de sus botas y a sus esforzados puños. Por fin lo levantó y metió las bolsas del tesoro debajo. Luego volvió a colocar la tabla en su sitio y la cubrió de polvo y paja seca.

De su equipaje sacó un puñal. Apretó la otra mano contra su túnica y sintió el bulto de su compañera. La más grande se la ciñó a la cintura. Si la Gran Diosa Madre le permitía luchar, utilizaría el puñal más grande contra sus enemigos. El más pequeño, lo guardaría para despachar a su madre y evitarle el dolor y la indignidad de una violación. Se inclinó y estampó un beso en la frente de su madre antes de deslizarse hasta la ventana y encajar la cerbatana en la rendija.

La calle de fuera estaba vacía. Tanto los norteños como sus guardias habían desaparecido de la vista. Los cascos de los caballos estaban muy cerca ahora, moviéndose lentamente.

Entonces, el guerrero dorado entró en su campo de visión.

A la resplandeciente luz de la mañana, era tan hermoso como uno de sus propios dioses guerreros. Su yelmo brillaba. Su larga cabellera caía sobre sus enormes hombros. Una mano sujetaba la empuñadura de su espada. En la otra llevaba su poderoso arco largo.

Ella no pudo guardar silencio. Abriendo más la ventana, llamó:

—Que la Gran Diosa Madre te proteja, Einar de Dalsteinn.

Él miró en su dirección.

—Si quieres invocar a los dioses, Odín y Thor el Tronador serían mejores opciones, mi señora. Con un poco de la locura de Loki añadido. —respondió—. Ahora cierra bien el postigo.

Siriana tiró del postigo hasta casi cerrarlo. Deslizó un dardo en la cerbatana y encajó la delgada varilla en la abertura. Nadie lo notaría. Sólo sobresalían uno o dos centímetros.

Einar empezó a caminar calle abajo. Durin y Aren le pisaron los talones. Siriana no pudo evitarlo. Como un imán, se puso de lado, manteniéndole siempre a la vista.

Los visitantes, unos veinte, detuvieron sus caballos en un extremo de la calle. Como Aren había informado, eran un grupo colorido. Sus brillantes camisas, pantalones, gorros y capas parecían

haber sido recogidos del botín de muchas incursiones de ladrones. Mantas de montar, tejidas en una variedad de tonos brillantes, cubrían las grupas de sus caballos.

Siriana escrutó sus rostros. Su ánimo se levantó un poco cuando no reconoció a ninguno de ellos. Se trataba de una banda de ladrones diferente a la que la había atacado. Su segunda observación fue que Vaghn y sus hombres habían caído en tiempos difíciles. O más probablemente, nunca habían corrido buenos tiempos. El robo debía de ser un negocio muy arriesgado.

Una inspección más detenida reveló el verdadero estado del abigarrado vestido. Los materiales estaban descoloridos y sucios, sus bordes hechos jirones. Obviamente no se había tenido cuidado de vestirlas a todas de un mismo color para darles una apariencia uniforme. Parecían lo que eran, una harapienta banda de forajidos. Incluso sus monturas parecían escuálidas y desnutridos en comparación con los elegantes y poderosos caballos de los norteños.

El líder levantó la mano y todo el grupo se dirigió hacia los vikingos. Siriana observó con cierto desprecio que Bradach, el guía montañés, se cuidaba mucho de colocarse directamente detrás de

Durin. El gran vikingo acariciaba su hacha de batalla como si sus dedos ansiaran sacarla de su cinturón.

Las bridas de los caballos tintinearon, el cuero de las monturas crujió, los cascos levantaron pequeñas bocanadas de polvo de la calle. Entonces Siriana se sobresaltó. Unas cuantas mujeres, con armas atadas a la cintura y lanzas en las manos, cabalgaban entre los hombres. Codo con codo, con el mismo atuendo andrajoso, sólo podían distinguirse porque no llevaban barba.

El líder era un hombre mayor, pero tenía el pelo negro azabache y la frente ceñida por una cinta de cuero labrado. Su camisa era amarilla, teñida con un precioso azafrán que sin duda había sido robado a algún comerciante oriental. Sus pantalones eran negros. Como si flaqueara ante el mundo civilizado, llevaba un enorme torque de oro alrededor del cuello y un pendiente de oro en la oreja. Para él, al menos, el robo había sido bien pagado.

Su chaleco sin mangas estaba bordado en verde, azul bermellón y negro. Como todos los Highlanders, llevaba espada y puñal.

Bradach se adelantó y susurró a la espalda de Einar.

—Es Vaghn.

En ese momento se adelantó el forajido.

—Estás en mis tierras, forastero.

—Este pueblo fue abandonado. —repuso Einar.

—Me pertenece. —El forajido sonrió socarronamente—. Pensaba reconstruir la sala del hidromiel la próxima primavera.

—Puedes empezar esta noche si quieres, —aconsejó Einar—. Estabulamos nuestros caballos en ella.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. El rico sonido resonó en las puertas de la sala del hidromiel.

—Me pertenece. Pero soy razonable. Proporciono cualquier cosa por un precio. Para estabular tus caballos, una pieza de plata por caballo. Dos para ti, gran hombre.

Bradach salió de detrás de Durin.

—Buenos días, Vaghn.

—Es Lord Vaghn para ti, Bradach, idiota. ¿Para qué los has traído aquí? —Miró con el ceño fruncido al guía.

Bradach retrocedió un paso.

Einar apartó al guía.

—Sabes a qué he venido. Dame la información que busco y nos iremos.

Vaghn recorrió con la mirada el musculoso cuerpo de Einar, como si estuviera calculando su fuerza. Sus ojos se entrecerraron al terminar mirando fijamente a los ojos de Einar, como si juzgara el poder de la voluntad del vikingo.

Al final se rió un poco inquieto y desmontó de su caballo, luego entregó las riendas a un sirviente.

—Tu vikingo es un guerrero valiente, Bradach. Tendría que serlo para acampar a este lado de la frontera.

—Sí, lo es. —Bradach volvió a interponerse entre los dos hombres—. No confía en mí, —murmuró—. Ni en ti.

—Está en su derecho. No se puede confiar en ninguno de nosotros. Robaríamos los caballos hasta a nuestros propios padres. —Volvió a reír.

Bradach se le unió, pero con mucho menos humor.

—Me ha prometido dinero. Ha traído oro para ti.

Vaghn asintió, con los ojos brillantes de interés.

—Cógelo. Hace que ser un paria sea soportable.

Pasó rozando a Bradach y se colocó frente a Einar. Se dio una palmada en el pecho.

—En las tierras baldías yo soy el rey.

Einar no dijo nada. Su fría mirada pasó de la figura de aspecto extraño al guía.

—Bradach. Preséntame a tu amigo.

El montañés se apresuró a avanzar.

—Lord Vaghn, he traído a Lord Einar de Dalsteinn, de las lejanas Tierras del Norte.

—Ah. Por fin. —El rey forajido sonrió—. Eres un hombre valiente por haber cruzado el lago encantado.

—Cauteloso, —respondió Einar—. Lo rodeamos.

Vaghn frunció el ceño como si la respuesta no fuera de su agrado. Entonces Einar vio respeto en la profundidad de sus ojos de obsidiana. El forajido se inclinó hacia delante para que los demás no pudieran oírle.

—¿Tienes el oro que acordamos?

Einar asintió.

—En mis alforjas. Dos libras.

—Ah, bien. —Sus ojos negros escudriñaron la calle, buscando una trampa—. ¿Sólo has traído dos hombres contigo?

—Puedes contarlos, —dijo Einar.

—Pero tú tienes más. —Vaghn hizo la afirmación como un hecho.

—Como tú. —Einar se acercó al hombre. Hombro con hombro estaban de pie, un contraste de luz y oscuridad.

Vaghn enarcó las cejas. Aparentando despreocupación, se encaminó calle arriba hacia la sala del hidromiel. Siriana retrocedió cuando él se detuvo frente a la ventana donde ella observaba. Puso la mano en su carro que estaba a un lado. Sus ojos negros escrutaron la casa. Se entrecerraron. Estaba segura de que habían encontrado la cerbatana entre los postigos. No se atrevió a moverse. Podría suponer que le estaban apuntando con un arma, pero no podía estar seguro. O si lo sabía, eso podría volverle cauteloso.

El rey forajido palmeó el maltrecho carro. A Einar le dijo:

—No esperaba que viajaras en carreta.

Einar miró rápidamente a Bradach. El hombre bajó los ojos. El norteño se encogió de hombros.

—Es lento pero seguro.

—Más bien algo que requeriría una mujer. —Vaghn se movió alrededor del carro, como si lo estuviera estudiando. Su mano recorrió la barandilla. Se agachó para mirar debajo. Cuando vio dónde se había reparado el eje, asintió—. Algo como lo que requerirían dos sacerdotisas.

Einar se tensó, con el arco preparado.

Vaghn se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Sacerdotisas del Claustro de la Arboleda.

Siriana se mordió el labio. Bradach debía de haberse escabullido en la noche y haberle contado todo a este forajido. Él mismo no era mejor que un forajido.

Einar debió de llegar a la misma conclusión, pues lanzó a Bradach una mirada que prometía venganza.

Bradach se apresuró a llegar a su lado.

—Sire Einar, sé lo que está pensando y le juro...

El puño de Einar salió disparado y conectó con la barbilla de Bradach. El guía se catapultó hacia atrás y cayó con fuerza. El polvo se levantó a su alrededor.

—No jures nada, escocés. Tu maldita lengua se pudrirá de tanto mentir.

Bradach tenía el suficiente sentido común como para quedarse en el suelo, observó Siriana. Distraída por la refriega, se dio cuenta demasiado tarde de que ya no podía ver a Vaghn. Antes de que pudiera tirar de la cerbatana hacia atrás, la mano del forajido salió disparada y agarró el extremo de la misma. Antes de que ella pudiera tomar aliento para usarla, él se la había arrancado de las manos y la había arrojado a la calle. Con un grito de triunfo, echó las persianas hacia atrás.



En una escarpada roca sobre el pueblo, los ladrones que habían orquestado el robo de las sacerdotisas del claustro observaban la refriega. En particular Donnal, su líder, miraba fijamente, sus ojos se esforzaban por contar el número de norteños y forajidos de la banda de Vaghn. Cuando los vio entrar a todos en la sala del hidromiel, hizo un gesto a su secuaz Magdu.

—Ahora es el momento. Lleva a esa banda de idiotas con la que cabalgas hasta allí y acabar el trabajo.

—¿A plena luz del día? —se quejó el ladrón.

—Atacaste a las sacerdotisas del claustro a plena luz del día.

—Sí, pero podríamos huir en cualquier dirección si se defendían con demasiada fuerza. Pero entrar sin ser vistos en esa choza… Además, los norteños son demasiado hábiles con las hachas de combate.

Su líder sacudió la cabeza con desprecio.

—Prepararemos una distracción si la necesitamos. Si alguien sale de la sala del hidromiel lanzaremos un grito que seguramente los atraerá a todos al bosque. Podrás escapar cuando salgan corriendo.

Magdu reflexionó. Ayer les habían interrumpido. Unos minutos más y todo el grupo habría muerto o se habría ido y podrían haberse llevado el resto de la rica cosecha. Odiaba dejar un trabajo sin terminar.

—Una distracción, dices.

—Sí.

Magdu se encogió de hombros. Haciendo un gesto a dos de sus hombres, subió al lomo de su caballo y se dirigió hacia el estrecho sendero.



A la luz del día, la causa de la destrucción de la sala del hidromiel se reveló claramente. Había corrido la suerte que tarde o temprano corrían la mayoría de las salas donde los hombres se reunían para jactarse de sus hazañas, contar historias de sus héroes y beber la miel fermentada que les soltaba la lengua. Cuando las chispas del pozo de fuego se elevaban junto con el humo, a veces prendían la paja. Las llamas rugían hacia el cielo y convertían el tejado en un furioso infierno, pero dejaban casi intactas las paredes talladas.

Los forajidos se dispusieron alrededor del interior de esos muros. Vaghn descansaba en la plataforma que antaño había sido el estrado donde el jefe se había sentado por encima de sus hombres para impartir justicia.

Siriana estaba de pie ante él, con la capucha baja sobre el rostro y las manos metidas en las mangas de la túnica. ¡Demasiado tarde! Había violado las reglas del secuestro y ahora estaba pagando el precio. Vaghn había visto su rostro, y ahora la deseaba. Se estremeció al pensar en la horrible injusticia que estaba a punto de cometerse aquí.

Einar se situó detrás de ella. Sus cuatro norteños y los dos guardias del claustro le flanqueaban. Su ceño fruncido debería haberlos acallado a todos.

—¿Qué quieres para ella? —El forajido frotó su pendiente entre el pulgar y el índice. Su sonrisa lasciva proclamaba el motivo de su pregunta.

El vientre de Siriana se apretó. El miedo y la ira guerreaban en su interior. Fueron sofocados por la fría comprensión de que lo mejor que podía hacer por su madre y por sí misma era callar.

Había desobedecido a Einar. Él le había dicho que no se mostrara de ninguna manera. Había traído oro para pagar a esos forajidos. Para qué, ella no lo sabía, pero de alguna manera se había convertido en parte de su problema. Si volvía a enfadarle, era muy posible que la abandonara. Su destino estaba en sus manos.

La humillación ardía en ella. Era una alta sacerdotisa del Claustro de la Arboleda, una de las guardianas del Santuario de la Gran Diosa Madre. Su madre era una Elegida. Sin embargo, estaban a merced de un incrédulo y un proscrito, objetos de trueque entre ellos.

—No está a la venta. Ni ella, ni la anciana.

Vaghn continuó sonriendo, poco impresionado.

—Si no está en venta, entonces seguro que harás trueque por ella.

La banda de Vaghn estaba armada hasta los dientes y le lanzaban miradas lascivas a Siriana. Los propios hombres de Einar estaban tensos, preocupados.

Einar vaciló.

—No había pensado en un intercambio. ¿La quieres a cambio de la información que tienes para mí?

A Vaghn se le escapó la sonrisa. Se sentó más erguido.

—No, quiero el oro. Ya he hecho planes para su uso. Pero también quiero a esa mujer. Y a la vieja si no muere.

—Ah, pero no tienes nada que cambiar por ellas, —señaló Einar.

—Tu vida y la de tus hombres, —fue la sedosa respuesta.

—Estás muy seguro de que nos ganarías, pero, ¿y si no fuera tan sencillo? ¿Estás dispuesto a arriesgar la vida de tus hombres por ellas? —La réplica de Einar estaba cargada de significado.

—Tú también podrías perder tu vida y la de tus hombres por una sacerdotisa que encontraste por casualidad hace un día.

—Bradach no debió haber dormido nada anoche, yendo y viniendo entre nuestro campamento y el tuyo, —comentó Einar a nadie en particular mientras el guía se encogía—. Pero antes de seguir hablando sobre la mujer, discutamos el asunto que me trajo aquí. Es más importante que las mujeres.

Vaghn rió brevemente.

—Tenemos muy pocas mujeres aquí.

—¿La quieres para ti? —preguntó Einar.

El forajido negó con la cabeza.

—No. Yo tengo la mía. La quiero para mis hombres. Tengo que mantenerlos satisfechos o me abandonarán. Actualmente mis

guerreros tienen mucho oro y plata, pero sólo unas pocas mujeres. Quieren más.

Einar miró fijamente a Siriana. Mientras se producía esta conversación, ella había estado asomándose por debajo de la capucha. Sus ojos se encontraron. Apresuradamente, ella apartó la mirada.

Einar se encogió de hombros.

—¿Qué ofreces a cambio de ella?

A Siriana se le escapó un leve jadeo. Se balanceó donde estaba. Había pensado que Einar era un hombre honorable.

Vaghn se encogió de hombros.

—¿Qué deseas?

—El camino al manzano sagrado.

Siriana se giró para mirarle fijamente. ¿Qué tenía que ver el bárbaro con el manzano sagrado? ¿Por qué lo buscaba?

—Deseas las estrellas, —dijo Vaghn, con sorna.

—Es lo que he venido a buscar. Nada más en este desolado lugar tiene valor para mí. —Einar miró con desprecio el edificio en

ruinas abierto al cielo. Era un lugar pobre incluso para que un forajido mantuviera la corte.

—Es cierto que podría acercarte un paso más a conseguir tu deseo

Los músculos de Einar se tensaron, aunque se mantuvo estoico. Siriana sabía, tan seguramente como el norteño, que alguien como Vaghn probablemente rompería su promesa una vez que consiguiera lo que quería.

—El oro era para pagar esa información —replicó Einar—. Si no lo sabes, entonces no tenemos nada de qué hablar y he desperdiciado mi viaje.

Vaghn parecía alarmado. Si Einar salía de las tierras baldías, se llevaría consigo el oro y la plata y los forajidos perderían a muchos hombres intentando detenerlos.

Siriana juntó las manos y rezó con fuerza. Con Melanthe tan gravemente herida, no podrían viajar lo bastante rápido. Einar seguramente las abandonaría. Quería arrojarse sobre él y gritarle que las había traicionado a ambas. Ella le había suplicado que no las llevara a las tierras baldías, pero él se había negado a escucharla.

—Tengo curiosidad, Vaghn, —dijo de repente Einar—. ¿Por qué hacer trueque por estas mujeres cuando puedes raptar a las que quieras? Es costumbre hacer incursiones para conseguirlas cuando escasean.

—Es costumbre en el otro lado, pero no aquí. Incitaría a los montañeses. Podrían tener la idea de invadirnos.

—Seguro que no tienes miedo de una buena pelea, —se burló Einar.

—No, no tengo miedo. —El forajido parecía realmente insultado —. Sólo soy prudente. Hay otros forajidos en las tierras baldías. Asaltan y alborotan entre ellos. Tenemos que estar constantemente alerta contra ellos. Ahora mismo hay un bastardo despiadado —Se encogió de hombros—. Te pregunto, de hombre a hombre, ¿qué clase de líder sería si empezara una lucha con guerreros entrenados del otro bando cuando tengo perros pisándome los talones en mi propio patio trasero?

—Entiendo tu punto de vista. —Einar se permitió una pequeña sonrisa.

Vaghn bajó de un salto de la tarima y agarró a Siriana del brazo. Ella intentó apartarse, pero él la sujetó con facilidad.

—¿Reclamas a esta mujer?

Einar no dudó. Una larga zancada le llevó hasta ella. La agarró del otro brazo.

—Sí.

El duro agarre de ambos hombres levantó a Siriana sobre las puntas de los pies. El miedo y la ira la invadieron, pero se sintió impotente. Se estaban peleando por ella como si fuera un juguete.

—¿Como tu mujer? —Insistió Vaghn, con su barba negra.

—Sí.

Su agarre se aflojó.

—Entonces tendrás que mostrar tu marca de propiedad.

Siriana consiguió zafarse de su agarre. Cómo deseó poder apartarse también de Einar, pero él la sujetó con fuerza. La exigencia de Vaghn podía significar varias cosas, ninguna de ellas agradable para ella.

—¿Mi palabra no es suficiente? —exigió Einar.

—Aquí no. —Repuso Vaghn—. Debe llevar tu marca grabada a fuego sobre su piel.

Siriana se sintió desfallecer. Sin duda, sus rodillas se habrían doblado y se habría desplomado si Einar no hubiera mantenido su agarre sobre su brazo.

—A veces marcamos a nuestros esclavos, —dijo Einar. —Pero nunca a nuestras mujeres.

—Entonces quizás te importaría autentificar tu reclamación de otra manera, —sugirió Vaghn. De nuevo su voz se volvió sedosa.

Siriana le odiaba más por momentos. Estaba disfrutando con este juego del gato y el ratón que le causaba tanta humillación y alejaba a Einar de su búsqueda. ¿Qué propósito podía tener para atormentarlos?

Einar parecía aburrido.

—Y supongo que también tienen leyes que estipulan cómo debe hacerse esto.

—Sí, eso tenemos. —Los dientes de Vaghn parecían muy blancos en su enmarañada barba negra—. Hay una nueva costumbre cristiana que tiene sentido para nosotros, los forajidos. Un hombre o se aparea con su nueva mujer en presencia de aquellos en quienes confía para que den un informe honesto, o nos da pruebas de la ruptura de su virginidad.

La ira, seguida de cerca por la humillación, recorrió a Siriana. ¡Ser tratada como si fuera una pieza de propiedad! Ni siquiera Arlyn O'Reilly, la bruta que la había conducido al claustro, había negado nunca que fuera un ser humano. Sus manos bajo las mangas de su túnica se cerraron en apretados puños. Había aprendido más sobre la crueldad y la insensibilidad de los hombres en los dos últimos días que en toda su vida anterior.

Se tomó un momento para preguntarse por qué el forajido exigía una prueba de su virginidad. Los montañeses nunca se lo exigían a las mujeres que reclamaban.

—¿Y si no tiene una virginidad que romper? —preguntó Einar.

Un suspiro salió de entre los labios de Siriana. En ese momento juró que se vengaría de él por esta escena. Él la había conducido a ella y ahora participaba en ella.

—Te vendría bien tener un testigo cuando te aparees con ella. Si no puedes probar que te apareaste con ella o que la desfloraste, mis hombres y cualquier otro hombre sano que se cruce contigo te retará por ella.

—Todo esto no viene al caso —protestó enfadado Einar—. No tengo tiempo que perder con esto.

Vaghn sonrió.

—Entonces no tienes tiempo que perder con ella. Entrégamela y luego iremos al grano.

Siriana miró a los forajidos. Eran un grupo rudo, con ojos fríos y despiadados puestos en rostros duros y llenos de cicatrices de batalla. Parecían muertos a la emoción y al sentimiento. Siriana sólo podía compadecerles por sus duras vidas.

Como si leyera sus pensamientos, Vaghn dirigió su siguiente declaración a ella.

—Mis guerreros son civilizados en comparación con otros que viven aquí.

Einar lanzó un suspiro, como si se aproximara a una tarea tediosa.

—Autentificaré mi afirmación.

—¡No! —gritó Siriana.

—Silencio.

—No tienes derecho.

Einar volvió a agarrarla del brazo y la apartó de un tirón. Acercó su rostro al de ella para que así nadie más le escuchara.

—¿Quieres que te intercambie? Estoy intentando salvar nuestras vidas. —Su largo brazo rodeó su cintura y la aprisionó a su lado. Levantó la cabeza—. De ahora en adelante, tú y ella y todos los demás en este campamento y bajo el sonido de mi voz sabrán que ella pertenece a Einar de Northland.

—¡No! —Siriana forcejeó—. ¡No!

Él se inclinó para rodear con su otro brazo la parte posterior de sus rodillas. Aunque ella se dio cuenta de su propósito, ya era demasiado tarde. La había levantado del suelo y se la había echado al hombro.

Los forajidos vitorearon.

Siriana arañó la espalda de Einar. No podía creer que esta pesadilla estuviera ocurriendo. Ella había confiado en él para obedecer la costumbre universal de la amistad. Le había prometido protegerla, velar por que regresara sana y salva al Claustro de la Arboleda. Antes le había dicho que respetaba su posición de gran sacerdotisa. Sabía que ella era célibe. Seguramente hacía este gesto para salvarla de los forajidos.

Se dio la vuelta. Sonriendo, Durin saltó para abrir la puerta de la sala del hidromiel. Como lobos hambrientos, los forajidos se

levantaron para seguirles, con los labios despegados de los dientes en muecas bestiales.

Siriana sacudió la cabeza.

—No te atrevas! —le espetó a Vaghn, que seguía de cerca los pasos de Einar—. Soy una dríade secuestrada. Condenarás mi alma al Inframundo por toda la eternidad. Y la tuya también. —Señaló a Vaghn con una mano acusadora—. Si yo soy deshonrada, la tierra también lo será. Porque soy una guardiana de la tierra, cualquier daño que se me haga traerá la pestilencia y la plaga sobre la tierra y su gente. ¡Sobre vosotros! ¡Sobre todos vosotros!

Por un instante los forajidos se quedaron mirando. Luego estallaron en carcajadas.

—¿Crees que nos importa la tierra, sacerdotisa? —se mofó Vaghn—. A la tierra no le importamos.

—¡Cállate, mujer! —Einar le dio una palmada en el trasero mientras bajaba los escalones de la sala del hidromiel.

Ella lo intentó de nuevo.

—¡Vaghn!, —gritó—. Le diste la oportunidad de hacer un trueque. ¿Qué hay de mí?

El forajido dejó de reír.

—Un momento.

Einar se detuvo ante la puerta de la cabaña donde él y sus hombres habían dormido la noche anterior.

Siriana intentó zafarse de su hombro, pero él no la soltó. Se vio obligada a hacer su oferta desde la más indigna de las posiciones. Aun así, Vaghn la escuchaba. El resto de sus forajidos salieron por la puerta de la sala del hidromiel, decididos a no perderse nada de la diversión.

—Soy la gran sacerdotisa del Claustro de la Arboleda, — empezó con lo que esperaba que fuera una voz tranquila y autoritaria. —Haríais bien en no ofender a la Gran Diosa Madre. Ella os maldecirá a vosotros y a vuestra tierra

Los hombres se miraron entre sí y a Vaghn. Sacudieron la cabeza. Un bruto de barba roja llegó a soltar una breve carcajada.

Vaghn parecía aburrido.

—Pero mis hombres no se asustan de tus maldiciones, mi señora. Desde que cada uno de nosotros cruzó el lago embrujado, hemos vivido bajo la maldición no de uno, sino de todos los dioses. El kelpie del lago, el caballo de agua de cuello largo llamado Each

Uisge, mantiene alejados a todos los demás dioses. No se atreven a cruzarse en su camino. Así que jugamos a su sombra. No tenemos nombres ni clanes. ¿Qué más podemos temer?

Siriana debería haber recordado con quién estaba tratando. Esta gente no tenía alma ni conciencia. Su voz se quebró en su desesperación cuando dijo:

—Entonces, si nos garantizas a mi madre y a mí un pasaje seguro fuera de las tierras baldías hasta el Claustro de la Arboleda, te daré tesoros como nunca has visto.

Hubo un momento de silencio mientras calculaban montones de oro y plata.

—Déjame ver el botín, —exigió el forajido.

Qué grande se vislumbraba ahora el ataque de la otra banda de forajidos. ¡Su ratería le impediría controlar su destino! Para su disgusto tuvo que admitir:

—No llevo ninguno conmigo.

Vaghn frunció el ceño. Gruñendo por lo bajo, los forajidos retrocedieron.

—Una parte de mi riqueza está en el claustro, —se apresuró a decir Siriana—, y otra en la aldea del rey en Ailean. Oro y joyas que yo misma elaboré y diseñé. Nadie en todas las tierras tendrá posesiones tan bellas y ricas como las tuyas.

—¡La sede del alto rey en Ailean! —ululó Vaghn—. Estoy seguro de que mac Russ nos recibiría con los brazos abiertos. Justo antes de colgarnos del árbol más cercano. Tu oferta no es suficiente para tentarme a salir de la seguridad de nuestro reino, mi señora.

—Por favor, mi sire forajido.

—Basta, —gruñó Einar. La agarró con tanta fuerza que sus dedos le magullaban la piel bajo la túnica. Con un pie calzado abrió de una patada la puerta de la cabaña—. Durin, vigila la puerta. Traeré pruebas de su virginidad cuando el acto esté hecho.

Ella se agarró al marco de la puerta y le detuvo antes de que pudiera entrar.

—Soy la hija del Día sin Nombre, —gritó—. La Diosa te maldecirá.

El agarre de sus muslos disminuyó. Einar la bajó con tal rapidez que ella se tambaleó.

—¡Tú! —exclamó—. Ahora sé dónde te he visto. —Empujó la capucha hacia atrás. Sus ásperos dedos se deslizaron entre su barbilla y la cofia de lino. De un tirón se la arrancó de la cabeza. Su largo cabello negro cayó por su espalda.

Eres tú.

La había reconocido. La había visto casi desnuda en la Víspera sin Nombre. Con un grito de horror, ella salió corriendo. Cruzó el camino corriendo, apartando a guerreros y forajidos.

Dentro de la choza donde yacía su madre, cogió un grueso palo del montón que había junto al pozo de fuego. Cuando Einar entró por la puerta, se lo lanzó a la cara con todas sus fuerzas.

Einar apenas consiguió levantar los brazos a tiempo para esquivar el golpe.

—Me has traicionado, —gritó ella—. A mí y a mi madre. Tú me trajiste aquí y ahora me destruirás. —Volvió a golpearle. El palo le golpeó en el hombro. Él lo cogió y se lo arrancó de la mano.

Ella sacó el puñal de su cinturón y se lanzó contra él. Antes de que él pudiera atrapar su muñeca, ella le había dibujado un largo arañazo rojo en el antebrazo.

—¡Ay!

La ventana estaba abarrotada de rostros de forajidos y guerreros. Al menos seis hombres sonrientes, entre ellos Vaghn y Durin, observaban con lascivo placer. El resto se agolpaba en la puerta. Por sus gritos y sugerencias maliciosas, Siriana supo que ni uno solo se preocupaba por ella.

—La mujer disputa tu reclamo, —llamó Vaghn cuando pudo controlar su risa—. Es obvio que no quiere tus atenciones, norteño.

—Ella no tiene voz en el asunto, —gruñó Einar. Saltó de un lado a otro mientras Siriana apuñalaba y acuchillaba para alejarlo. Hizo una finta a la derecha y luego se lanzó a la izquierda bajo la guardia de ella.

Un gran brazo la rodeó, golpeándola contra su pecho. Una mano se deslizó por su brazo y capturó su muñeca antes de que su puñal pudiera hacerle más daño. Sus cuerpos quedaron pegados desde el pecho hasta los muslos. Él la miró fijamente a los ojos. Entonces su boca descendió en picado para fijarse en la de ella. El beso era todo saqueo, dominación, castigo. Ella se quedó atónita. Durante un latido, su resistencia se derrumbó. El beso se hizo más profundo. El bárbaro incrédulo parecía beberse su alma.

De repente, ella volvió a la vida y le dio una patada en la espinilla. Cuando él gritó de dolor, ella le arrancó la muñeca. Su agarre se tensó.

Su boca abierta se deslizó por el costado de su mejilla. Sus labios contra su oreja, gruñó suavemente:

—Si deseas conservar tu virginidad y tu integridad, confía en mí.

—Quieres decir que si te permito entrar en mi cama, en lugar del forajido, más me vale confiar en ti. —Ella intentó patearlo de nuevo, pero el brazo de él la rodeó por la cintura, forzando la respiración de sus pulmones. Al mismo tiempo, le dio un poderoso giro a la muñeca. El dolor le subió por el brazo mientras sus dedos se abrían y el puñal caía al suelo.

—Has vivido demasiado tiempo tras el muro de ese claustro, —murmuró—. Careces de buen juicio. Dudo de tu inteligencia.

Ella luchó con más fiereza, contoneándose contra él. Pero él ya no era consciente de sus puños palpitantes ni de sus piernas lamentosas. Lo supo en cuanto sintió su cuerpo de mujer. Su virilidad se endureció contra el vientre de ella. Su pecho se agitó, aplastando los pechos de ella. Dureza contra suavidad. Su ira y

frustración desaparecieron. La pasión asumió el mando, elemental e instintiva.

Einar aspiró aire. La estaba deseando. Era la dama del invierno. La mujer misteriosa de la Eva sin nombre. La célibe. Ahora sabía que bajo esas túnicas -todo ese envolvente material verde- había un cuerpo joven y tierno. Flexible y grácil. Recordó cómo había mirado ella mientras levantaba la rama de plata, recordó cómo sus pechos se habían apretado contra la tela de su vestido verde pálido. Recordó-

Todos a su alrededor parecieron fundirse. Sólo existían Einar y Siriana.

¿Estaba soñando?

Había encontrado a la dama del invierno. Esta sacerdotisa que había luchado con él. No podía creer que la hubiera encontrado. Si creyera en el destino, pensaría que habían estado destinados a encontrarse de nuevo. Si no, ¿cómo habían podido juntarse de tal manera?

Se giró y le dijo a uno de sus hombres:

—Quédate aquí con la madre de la dama.

—No, —jadeó Siriana—. Melanthe necesita cuidados.

—Yo la cuidaré. —Le aseguró el hombre que entró vacilante en la habitación—. Tengo alguna habilidad.

Siriana se apresuró a ir al lado de su madre. Melanthe yacía en el jergón, con los ojos cerrados. Su boca seguía moviéndose de vez en cuando, pero no había recobrado el conocimiento. Siriana se mordió el labio.

—Por favor, dime que la harás beber un poco.

—Lo haré, —prometió el hombre. Luego se inclinó más cerca para susurrarle a Siriana—. Ve con él. No tienes elección. O vas con dignidad o la perderás contra todos los demás.

—Vamos, mi señora. —Einar la cogió del brazo y la puso en pie. Leyó el miedo en sus ojos mientras tomaba su mano entre las suyas—. Debes hacer lo que te digo.

Mientras la conducía fuera, las filas se separaron para ellos. Cruzaron la calle en línea recta. Sus hombres les siguieron varios pasos por detrás. Mientras la guiaba a través del umbral, Durin cerró la puerta tras ellos.

Una vez dentro, Einar se volvió para mirarla. Tenía la cara enrojecida y los ojos oscuros desorbitados. Recorrieron los confines de la tosca habitación.

—No podéis escapar, mi señora, —dijo con suavidad.

Ella levantó la cabeza. Su color estaba subido en sus pálidas mejillas. Su largo cabello negro colgaba como una brillante cortina oscura por su espalda hasta debajo de sus nalgas.

Pronto él vería debajo de la túnica que llevaba.

No la llevaría contra su voluntad. Las reglas de la amistad exigían que protegiera a la cuñada de Cassian mac Weir, sobre todo porque había jurado hacerlo. Pero al mismo tiempo juró verla entera. Se lo debía por las molestias que le había causado.

—Ven aquí.

Ella no se movió. Su boca apretada esperaba las manos de él.

Él extendió la mano y pasó las yemas de los dedos por los suaves pómulos de ella. Los labios de ella temblaron. El más pequeño de los gemidos escapó entre ellos antes de que ella los apretara con fuerza. Entonces él se inclinó y le levantó la túnica verde por encima de la cabeza.

La dejó caer a sus pies. Ella parpadeó al oír caer la pesada lana. Era un sonido sólido, como si se hubiera quitado una pieza de la armadura. En cierto sentido lo había hecho, la coraza exterior había desaparecido y la sacerdotisa ya no era nada.

Debajo de la toga llevaba un corsé blanco con mangas largas y ondulantes y una faja ceñida a la cintura. Con un giro en la comisura de los labios, observó el segundo puñal deslizado en una pequeña vaina bajo ella.

—Ésa es tu tercera espada, —observó—. Es un extraño claustro el que provee a sus sacerdotisas de tantas armas. —La sacó y la dejó caer entre los pliegues de la túnica verde. Sus ojos siguieron observando su forma. La faja tiraba suavemente del material sobre sus pechos llenos.

El escarpado lino blanco contrastaba marcadamente con su larga cabellera negra. Sus dedos temblaron al tocarlo, algo que había soñado hacer desde que la había visto por primera vez en el altar de la arboleda alta. Como la seda, el cabello de ella se deslizaba entre sus dedos.

—¿Te acuerdas de mí? —le preguntó.

Ella asintió.

—¿Por qué no me dijiste quién eras cuando te interrogué?

—No podía. Ni siquiera debía estar allí. Soy una dríada secuestrada.

—No más secuestrada entonces que ahora. Y de nuevo muy lejos de tu claustro, como lo estabas en la Víspera sin Nombre. —Sonrió al recordarlo y también al pensar que no era exactamente la santa secuestrada que a ella le gustaría que todos creyeran. Se preguntó cuál sería su historia.

Ella se removió un poco incómoda.

—Era la víspera de mi cumpleaños. Estaba en mi altar mayor especial, haciendo una ofrenda a la diosa de mi día.

—Huiste. Te busqué, pero no pude encontrarte.

—No quería que me encontraras. —Ella apartó la mirada de su apuesto rostro, de sus manos fuertes y morenas tan cerca de su carne.

—Soy un maestro rastreador, —argumentó él—. Debería haberte encontrado. —Sus manos se deslizaron por los brazos de ella y se posaron en su cintura. Sus dedos trabajaron en la faja. También se desprendió. El lino se acomodó en pliegues más sueltos.

—¿Qué es esto? —Inmediatamente su mano voló hacia su pecho.

La cogió. Con la otra mano sacó el objeto de oro de debajo del cuello del kirtle. Lo miró incrédulo.

—Esto es mío. ¿Cómo lo has conseguido? Lo perdí la noche...

Ella se habría retorcido, pero él la sujetó con fuerza.

—No lo es. Es...

—Estabas allí, —la acusó—. De alguna manera entraste en mi cueva esa noche y me lo robaste.

—No.

—¿Por qué?

—Yo no lo hice. —De repente se detuvo, mortalmente avergonzada de las palabras que caían de sus labios. Estaba mintiendo. Pero, ¿qué diferencia hacían unas cuantas mentiras? Había roto muchos de sus votos. Todo había salido mal, empezando por la noche de la Víspera sin Nombre. Empezaba a creer que la Gran Diosa Madre la había abandonado.

—Lo hiciste, —insistió inexorablemente.

—Tienes razón. Lo cogí —admitió ella en voz baja—. No sé por qué. Sólo quería…

—-Recordarme. —Ahora sonreía—. Y tú nunca me has olvidado. Ni yo a ti.

Se soltó la cadena del cuello y le entregó el broche.

—Cógelo. Te lo devuelvo.

—Demasiado tarde. —Él rió suavemente, colocando de nuevo la cadena alrededor de su cuello—. Es tuyo. Aunque si lo hubiera sabido antes, todo esto no habría sido necesario. Se lo habría dado a Vaghn como pago. —Volvió a reír y la arrastró contra él.

—No.

Su boca descendió sobre la de ella. Su beso fue largo y apasionado.

Ella se sometió, su propio cuerpo calentándose y su corazón acelerando su ritmo. Se repetía a sí misma que no tenía elección. Estaba indefensa. No podía huir de él en ropa interior.

Pero dudaba mucho que pudiera huir.

Su mente buscaba frenéticamente alguna forma de evitar este desastre. Se apartó de él de un tirón cuando hizo una pausa para tomar aliento.

—¡Debes detenerte! —le ordenó—. Estoy prohibida para ti. Y para todos los hombres. Soy la gran sacerdotisa del Claustro de la Arboleda, una mujer santa que debe ser respetada y protegida. He hecho voto de celibato. Más que eso, soy la cuñada de tu amigo

Cassian mac Weir. Soy de noble cuna, hija de Pryse mac Russ, Alto Rey de Ailean.

A Einar no le importaba nada más que la última sensación. Sus palabras clavaron profundamente un cuchillo en una herida que había permanecido abierta y dolorosa desde que tuvo edad suficiente para entender de esas cosas: sus ignotos comienzos. Era un norteño sin nombre, sin familia ni clan. No era digno de ella.

Pero deseaba a esta mujer. En algún oscuro amanecer de su mente, sospechó que esta imperiosa sacerdotisa era la mujer para él.

De repente se volvió doblemente importante para él encontrar el árbol sagrado. Entonces Ura lo adoptaría y él tendría una mayordomía, un título y un nombre. Dio un paso atrás.

Fuera, los forajidos esperaban inquietos. Bromas groseras y sugerencias soeces llegaron a oídos de Einar. Que Siriana lo oyó y lo entendió lo transmitió el rubor escarlata que subió a sus mejillas.

Ella había estado en su mente desde el momento en que la había visto por primera vez. Había huido de él, le había robado, le había desafiado y desobedecido. Lo más importante, se había

negado a confiar en él para que la protegiera a ella y a los objetos de valor del claustro. Él debería haberla abandonado hacía tiempo.

Pero no lo había hecho. En lugar de eso, la había llevado a las tierras baldías y le había quitado la capucha y la túnica. Ahora, para protegerla, debía marcarla como suya.

Los ojos oscuros de Siriana se dilataron de miedo. Debía creer de verdad que su Gran Diosa Madre la había abandonado mientras permanecía casi desnuda, expuesta a sus ojos ardientes, con una horda de forajidos gritando obscenidades fuera.

Se mordió el labio, parpadeando rápidamente, y entonces las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Por más que lo intentó, no pudo controlarlas. Se las secó con las manos en un gesto infantil.

Einar se agachó y recogió su túnica. Con suavidad, se la envolvió alrededor de los hombros.

—No llores, pequeña sacerdotisa, —le murmuró al oído—. Todo irá bien.

Ella tomó aliento para intentar ahogar un sollozo.

—¿Cómo puede ser?

—Confía en mí.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos oscuros encontraron los de él, atrapados entre la esperanza y el miedo.

—No es… no es tu intención…

Él no quería confundirla en cuanto a sus intenciones.

—Sí, señora. Debo hacerlo.

—Así que voy a ser intercambiada por la información que buscas. —A pesar de sus lágrimas, las palabras estaban impregnadas de con- tentación.

—Sí, y para protegerte a ti y a tu madre. Y para evitar que mis hombres tengan que librar una batalla que bien podrían perder.

—Seguro que hay algo más que podamos hacer. —Al menos había cambiado la palabra por «nosotros».

—Nada.



Fuera de la cabaña, la tensión entre forajidos y norteños seguía siendo alta. Aren y Durin vigilaban la puerta. Calam ocupó un puesto en la puerta de la sala del hidromiel, desde donde podía vigilar la calle. Sven tomó su puesto en el otro extremo.

Junto a las cabañas del lado opuesto de la calle, los forajidos se dispusieron en actitud vigilante. Sólo Vaghn parecía estar tranquilo. Estaba despatarrado en la cama de la carreta, con los brazos bajo la cabeza, tomando el sol.

Bradach le miró disimuladamente y luego se arrastró a su lado. Bajo el ceño fruncido de Durin, el guía habló al forajido en voz baja.

—¿Tienes la información que busca el norteño?

—Tal vez.

—Tiene el oro, —confirmó Bradach—. Lo he visto.

—Entonces tengo noticias que darle. Cuando lo vea. No antes. Tal vez le gusten mis noticias, tal vez no. Una vez que las oiga, tendrá que decidir qué hacer con ella.

Bradach se humedeció los labios con inquietud.

—Si estás jugando…

—Si lo estoy haciendo, ¿qué diferencia habrá para ti?

El guía miró a Durin.

—Puede que se le ocurra matarme.

—Sería una pequeña pérdida.

—Una gran pérdida para ti, —le recordó Bradach—. Me necesitas, Vaghn. Sin mí nunca volverás al otro lado.

Por un instante Vaghn pareció realmente peligroso. Bradach retrocedió un paso. Entonces la oscura expresión de Vaghn desapareció, sustituida por una de suprema indiferencia.

—No es probable que llegue al otro lado en esta vida, Bradach.

—¿Pero puedes darle información que le conduzca al árbol sagrado?

Vaghn cerró los ojos contra el resplandor del sol-

—Yo diría que sí. Si es merecedor del fruto, no hay problema. Si no lo es, es hombre muerto.

Capítulo 6

Einar se apartó del lado de Siriana para mirar fijamente la vieja barra que sujetaba la puerta. Una buena patada del pie de Vaghn y saldría disparada en mil pedazos. El equipaje personal de los norteños ya había sido saqueado por los forajidos durante la reunión en la sala del hidromiel. Incluso las bolsas de agua habían sido vaciadas en su búsqueda de monedas y baratijas. Maldijo de plano el despilfarro, preguntándose si incluso ahora los forajidos estarían descubriendo los sacos de oro y plata que había dejado en la otra cabaña.

Reunió los fardos en esta cabaña y los colocó en un lugar seco del suelo. Luego recogió la ropa y la dejó caer encima. Varios tablones volvían a apoyarse en un armazón a lo largo de una pared. Arrancó uno de ellos y se dirigió hacia la puerta.

Siriana le observó, curiosa a pesar suyo.

—¿Qué estás haciendo?

—No me fío de esta barra. Con este tablón contra la puerta, se lo pondremos un poco más difícil. —Con el tacón de su bota, abrió una pequeña zanja y colocó el tablón en ella. Luego dejó caer el tablón de modo que el otro extremo quedara apoyado contra la puerta junto al cerrojo—. Ya está. —Se quitó el polvo de las manos con una sonrisa de satisfacción.

Su simple salvaguarda no hizo nada por tranquilizar a Siriana. Se sentía indefensa. No tenía armas. Desesperada, escrutó el suelo. Finalmente vio un destello de metal semienterrado en el barro. Acercándose, lo frotó con el zapato, consiguiendo descubrir más. Sus ojos se esforzaron por distinguirlo. Era la hoja rota de una daga. Rápida como el pensamiento, la cogió. Era de buena calidad. Posiblemente uno de los forajidos la había roto en su búsqueda descuidada.

No era el arma que ella hubiera deseado, con la punta rota y el extremo de la empuñadura dentado, pero era mejor que ninguna. Bajó el brazo a su costado y volvió la mano bajo los pliegues de su kirtle.

Einar cerró el postigo y dejó caer la barra en su sitio. Las sombras envolvían la habitación, su oscuridad rota por las finas líneas de sol que se colaban por las grietas y agujeros del tejado de paja. Estudiando la habitación, se giró lentamente; caminó de una esquina a otra. Finalmente se detuvo.

Las sombras le cubrieron. Sabía que estaba allí, pero no podía verle la cara. Era una enorme silueta que se cernía sobre ella. Al igual que las sombras del bosque se habían cernido sobre ellos la noche anterior, Siriana sintió que él se alzaba sobre ella ahora. Aunque la situación era tensa, cargada de un inquietante elemento de lo desconocido, Siriana descubrió que estaba menos asustada que excitada.

—Ven aquí, —le ordenó.

—No. —Se le revolvió el estómago. Su corazón golpeaba contra sus costillas como el martillo de una herrería.

Suspiró cansadamente y se metió en uno de los pequeños charcos de luz dorada. A pesar de su determinación, dio un paso atrás.

—No dejaré que me lleves sin luchar, —prometió. Su voz sonó hueca a sus propios oídos. Plantó las manos en las caderas y la miró

fijamente, hasta que el tiempo pareció alargarse hasta la eternidad. Finalmente se acercó y enganchó el pie bajo el tablón.

—¿Prefieres arriesgarte con ellos? —Se quedó mirando significativamente sus pechos que empujaban contra el fino lino de su túnica—. Haz trueque con ellos, señora, y averigua qué joya pretenden tener.

Dicho así, ella no tuvo elección.

—¡Debes saber que no lo haría!

—Entonces el asunto está zanjado. Haremos lo que tengamos que hacer para sobrevivir. Así yo estaré un paso más cerca de lograr mi objetivo y tú estarás un paso más cerca de regresar sana y salva a tu claustro, —Agitó la mano hacia una esquina—. Está más oscuro allí, donde la pared no tiene grietas ni el techo agujeros. Estaremos más ocultos a las miradas indiscretas. —Dejó que una sonrisa sardónica torciera su boca—. A menos, claro está, que prefieras un testigo. En ese caso, Vaghn estará encantado de complacerte.

—No. —Se estremeció al recordar la mirada del fuera de la ley recorriéndola.

Einar asintió. Volvió al equipaje y rebuscó en él hasta encontrar una mochila de montar, dos grandes bolsas unidas por una correa de

cuero que podía colgarse de la grupa de un animal o del hombro de un hombre. Labrada en el cuero había una hermosa inscripción rúnica. Levantó la bolsa, una estrecha corriente de luz solar enmarcaba las letras. Pasó el dedo índice sobre ellas.

—Esta es mi marca. —No pudo evitar una nota de amargura en su voz.

Desabrochó una de las bolsas y sacó una prenda. Susurraba en la oscuridad como la seda, y cuando se asomó a través de una fina línea de sol, vio que el material era de un amarillo reluciente. Era una capa de vestir para ocasiones festivas. Una capa dorada para un guerrero dorado.

Iba a utilizarla como la sábana que atestiguaría lo que había sido su condición de doncella, después de haberla destruido para siempre.

Con el corazón encogido, Siriana le vio extender la capa en el suelo. ¡El jergón donde se aparearían! La enormidad de lo que estaba a punto de hacerle la golpeó con fuerza. Aquel hombre iba a penetrar en su cuerpo, herirla, desgarrarla, estuviera ella dispuesta o no.

Los forajidos exigirían pruebas de que había sido desflorada, y su sangre de doncella sería fácilmente visible en aquel manto. En la mente de los forajidos ella quedaría marcada como posesión de Einar, con más seguridad que si él le rodeara el cuello con aquella correa de cuero inscrita con su nombre. A partir de entonces, ella sería de su propiedad. Y la historia se extendería por toda Scotlarnd de que una sacerdotisa del Čloister de la Arboleda había perdido su virginidad con un vikingo por costumbre cristiana.

Debería matar a Einar y luego a sí misma. Pero ella no quería morir.

—Por favor. Por favor, no lo hagas, —suplicó Siriana—. Si sólo yo tuviera que sufrir la vergüenza, no opondría resistencia, pero soy una representante de la tierra, una guardiana de la tierra. Si me comporto de forma vergonzosa, traigo esa vergüenza a la tierra.

—Se quedó mirando la capa dorada que tenía a sus pies. Cuándo Einar no respondió, ella levantó la vista.

—Debes lidiar con tus votos y tu vergüenza a tu manera, —respondió—. Al menos estarás viva para lidiar con ellos. Yo tengo que lidiar con Vaghn y sus forajidos, y ésta es la única forma que conozco de hacerlo.

Con la mano apretada sobre la hoja de plata rota, la levantó entre los dos. El filo dentado de la empuñadura le desgarraría la mano mientras se la clavaba en el cuerpo. Su sangre se mezclaría al derramarse en la tierra.

—No haré fácil el apareamiento.

Con una sonrisa irónica, se acercó a ella.

—No me ha resultado nada fácil tratar contigo, señora. ¿Por qué debería ser diferente ahora?

Su mano temblaba. Aún así, sostuvo el arma entre los dos.

Él extendió los brazos, como invitándola a usarla.

—Si hubiera otra forma de protegernos, la tomaría. Ésta es la única forma que conozco de hacerte mía y asegurarme de que todo el mundo lo sepa. No debe quedar ninguna duda de que soy tu campeón.

Levantó la barbilla.

—Podrías jurarme tu lealtad.

Él rió brevemente.

—Señora, tú misma has visto a estos forajidos. Has oído lo que dijo Vaghn. Son hombres que no temen a nada porque no tienen

nada que perder salvo sus vidas. Disfrutan ejerciendo hasta el más mínimo poder porque no tienen ninguno. Declararles mi lealtad no los pacificaría. No respetan nuestras leyes ni nuestras costumbres salvo cuando pueden convertirlas para su propio uso, como han hecho hoy. De lo contrario, han creado las suyas propias. Estamos en su territorio y debemos obedecerles.

—¿No tengo elección en el asunto? —La mano temblorosa de ella se apretó alrededor del cuchillo con tanta fuerza que él no pudo dudar de que estaba cortando su tierna piel.

—Ninguna —respondió.

—Sin Vaghn estamos solos en las tierras baldías. Y mi propósito se ha frustrado, quizá para siempre.

El sol de la mañana, filtrándose a través de un agujero en el tejado, resplandeció sobre Einar, bruñendo su pelo hasta convertirlo en ámbar dorado, recordándole una vez más su poder.

Puede que no tuviera nombre, pero alguien de gran importancia lo había engendrado, no le cabía duda. Le miró a la cara. Era duro, áspero como la Tierra del Norte de donde él había venido. Le miró a los ojos. Vio una férrea determinación en sus

profundidades. Su agarre de la hoja se aflojó. Se inclinó hacia abajo. Una gota de sangre se deslizó por el filo y se aferró a la punta.

—Tu única elección en este momento es si prefieres pertenecerme a mí o a Vaghn. —Incluso cuando terminó de hablar, se dio cuenta de que había elegido las palabras equivocadas.

El desafío brilló en sus ojos.

—No perteneceré a ninguno de los dos. —Su mano se volvió firme. Levantó el cuchillo—. Te mataré, norteño, y a él también si intenta llevarme.

—Dudo que puedas hacer eso, —señaló razonablemente—. Apostaría a que mis habilidades para la batalla están más afiladas que las tuyas, señora, y soy un hombre mucho más grande que tú. —Hizo una pausa—. Incluso si me mataras, puedes estar segura de que Vaghn no se enfrentaría a ti uno a uno como yo. Haría que sus hombres se te echaran encima y te inmovilizaran. Estarías indefensa para moverte mientras él disfrutaba cada minuto de tu degradación.

Ella se estremeció. Su agarre del cuchillo se tensó. Einar extendió las manos.

—De nuevo le digo, señora, ¿qué va a ser? ¿Yo o el forajido?

Temerosa, ella le miró fijamente mientras él se acercaba. Él hizo caso omiso de la hoja que ella alzaba. A corta distancia del cuchillo, se desabrochó las muñequeras, primero la izquierda, luego la derecha, para revelar sus antebrazos y muñecas poderosamente musculosos, Como si estuviera mudando de piel, dejó caer las protecciones al suelo. Por costumbre, echó mano a su cinturón de armas. Entonces recordó que se lo había dado a Durin. De nuevo le tendió la mano. Ella se negó a cogerlo. Dio un paso hacia ella. Ella dio un paso atrás.

Cuando estuvo a ras de la pared, él se detuvo. Ella aún sostenía la espada, la última barrera, entre ellos.

—Hasta aquí puedes llegar. —Dio otro paso.

Dos lágrimas siguieron el camino de otras por sus mejillas. Con rabia, se las secó. No quería que él la viera llorar. En ese momento de distracción, él cogió la hoja y se la arrancó de los dedos que no se resistían.

Dejándola caer a sus pies, se inclinó hacia ella, apretando su pecho contra el de ella. La rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Cuando la suave calidez de la parte inferior de su cuerpo se fundió contra él, su virilidad cobró vida.

Ella apartó la cabeza, apretando la mejilla contra la áspera pared que tenía detrás. Él enterró la cara en la curva de su cuello y hombro así expuestos. Inhaló profundamente su dulce fragancia a hierbas. Todo su cuerpo se estremeció de necesidad. ¿Temblaba de miedo o de la misma necesidad?

Desde que había aceptado la búsqueda de Ura, había tomado a la mujer. Estaba tan cerca de comprender el celibato como era probable que lo estuviera jamás. Sin embargo, honró su elección. Nunca tomaría a una mujer que no estuviera dispuesta

Agarró el lazo del escote de su kirtle y tiró de él. El corpiño se combó, el material se desprendió de sus hombros y se deslizó por sus brazos. Lentamente reveló el cuerpo más hermoso que Einar había visto jamás.

Piel tersa del color de la crema rica. Pechos llenos y redondeados con aureolas oscurecidas, los picos duros. Tuvo que apretar los labios en una fina línea para no probar su dulzura.

Quería verla desnuda y dejar que ella lo viera antes de que hicieran algo más que tocarse. Empujó el kirtle más abajo alrededor de la flexible línea de su abdomen y su vientre plano. Sus caderas se

ensancharon suavemente por debajo. Cerró los ojos contra el estruendoso latido de su corazón.

Dejó caer el kirtle al suelo, dejó que su mirada se posara en el triángulo de pelo negro azulado en la unión de sus muslos. Aturdido por su belleza, no encontraba palabras.

Desde muy lejos, la voz de ella ronroneó en sus oídos. Luche o no, me tomarás contra mi voluntad.

Lentamente, con reverencia, dejó que su mirada subiera por su cuerpo hasta posarse en el colgante entre sus pechos.

—No lo creo, —susurró—. Creo que llevas casi un año esperándome.

—Mientes, —gritó ella—. ¿De dónde has sacado semejante idea?

—De mi colgante. —Él cerró la mano en torno a él. El dorso de sus dedos rozó su pecho—. Está caliente por el calor de tu cuerpo. Me lo robaste para recordarme.

—No.

—Yo digo que sí. —La atrajo hacia él por la cadena—. Digo que este colgante se convirtió en tu talismán hasta que me uní a ti.

Estabas tan segura de que volveríamos a vernos que lo robaste.

Ella bajó los ojos cuando sus labios tocaron su frente.

—Di la verdad.

—Sí. —Si no hubieran estado corazón con corazón, él no habría oído el suave escape de su respiración.

—Ah. —Se apartó. Unos ojos dorados y suaves midieron los de ella—. Ahora vas a decirme la verdad.

—Quiero hacerlo, —confesó ella, —pero no debo. Soy guardiana de la tierra y de todos sus elementos.

Él posó sus labios en la sien de ella. Bajando por el lateral de su mejilla hasta el lóbulo de su oreja, trazó pequeños besos.

—Soy uno de los elementos de la tierra, —murmuró—. ¿Serías mi guardián, señora?

La tensión en la habitación aumentó, cambiando sutilmente. La ira y el miedo dieron paso a la curiosidad y al hormigueo de la excitación. Las sombras perdieron su tinte ominoso para volverse suaves e íntimas. La luz del sol se colaba por las rendijas de las contraventanas para tocar al hombre y a la mujer con una calidez dorada. Despertó sus deseos.

La sacerdotisa se estaba transformando en mujer, el guerrero en hombre, ambos en amantes. Justo cuando sus rodillas se doblaron, Einar la estrechó entre sus brazos y la depositó sobre su manto. Su pelo se abrió en abanico a su alrededor, formando un manto negro contra el dorado. Sus ojos eran luminosos mientras le veía despojarse del chaleco y la túnica. Sin quitarse los pantalones ni las botas, se estiró y se inclinó sobre ella. Le apartó el pelo de la cara y le rozó los labios con la yema del dedo. Involuntariamente, ella movió las caderas. Sólo una fracción, pero sonrió. Siriana captó la sonrisa con sus propios dedos.

—He librado muchas batallas en mi vida, pero ninguna como ésta, norteño.

—Luchas la misma batalla que todas las mujeres. Y toda mujer pierde, si es que es mujer. —Volvió a enterrar la cara contra su garganta, inhalando su aroma femenino, disfrutando de su suavidad, de la textura satinada de su carne. Tantas veces había soñado con hacer esto.

—No lucho contra ti ni contra los forajidos. Estoy luchando contra mí misma. —Su voz, ronca de deseo, irrumpió en sus

pensamientos—. Y estoy luchando contra los dioses, los inmortales que no pueden perder.

Un ruido sordo y un estallido de risas estridentes procedentes del exterior la hicieron sobresaltarse.

—No pasa nada, —susurró Einar—. Te tengo a ti.

—Me temo que sí, —le susurró ella. Aún así, el ruido se había entrometido en el sueño—. No entiendo por qué exigen pruebas de mi virginidad. Los montañeses nunca han dado tanto valor a eso.

—Me están poniendo a prueba. —Se deslizó más estrechamente contra ella y deslizó el brazo bajo su cabeza.

—¿Por qué?

—Al aparearme con la dama del Día sin Nombre, al tomar a la célibe virginal dedicada a la Gran Diosa Madre, estoy demostrando mi desprecio por la ley de las Tierras Altas. Si te tomo, me convierto en un proscrito como ellos. La mano de todos los Highlander se volverá contra mí. Al llevarte, demuestro que soy un hombre de palabra y que ya no soy un forastero.

—¿Y eres un hombre de palabra?

—Sí. Al pie de la letra.

Él capturó su boca antes de que ella pudiera interrogarle más. Por primera vez su lengua se deslizó entre sus labios, saboreando su dulzura, deslizándose sobre las superficies satinadas, hasta que su cuerpo tenso se relajó. Entonces su boca susurró por su mejilla hasta llegar a su oído.

—Para convencer a los forajidos de que nos hemos apareado, vas a tener que cooperar conmigo.

—Pero, ¿cómo puedo creerte?

—Debo autentificar mi afirmación. Eso no ha cambiado.

—No lo entiendo, —vaciló—. ¿Qué va a pasar? O me quitas la virginidad o no lo haces.

—Vamos a ver qué pasa. —Su pecho rozó el pezón de ella y sus pechos se hincharon. Palpitaban agradablemente, enviando sensaciones maravillosas por todo su cuerpo. Él levantó la cabeza, y ella le rozó el pecho con las manos, amando el crujiente vello dorado bajo sus palmas.

En un impulso incontrolable de corresponder al placer, le cogió la cara entre las manos, acercando sus labios a los suyos, y le besó suavemente.

Fue un beso ligero, tentativo, el mero susurro de unos labios. Era la dulzura que Einar había soñado tener desde que había visto por primera vez a Siriana en el altar de la arboleda alta, una dulzura que había desesperado de conocer jamás.

—Sé que es una gran debilidad en mí, —confesó ella—. Pero llevo tanto tiempo deseando saborearte.

Ella trazó un dedo sobre sus espesas cejas, bajando por el puente de su nariz. Le alisó el pelo con las palmas de las manos, como había soñado hacer desde que lo había visto por primera vez.

—El guerrero dorado, —murmuró. Así es como siempre te he llamado.

—Mi dama del invierno, —respondió él.

—Así es como se llama a una mujer cuando nace en el Día sin Nombre. ¿Cómo lo supiste?

—La primera vez que te vi, —dijo Einar, me pregunté si eras Freya, la del pecho blanco como la nieve. El vestido que llevabas... um... revelaba más de lo que ocultaba.

—¿Quién es Freya?

—Es la diosa del amor y la belleza de las Tierras del Norte. Cuando desapareciste, temí haberlo imaginado todo y que nunca te encontraría.

—Robé tu broche porque creí que nunca volvería a encontrarte. Y nunca debió ocurrir. Yo debería estar escondida en un claustro.

—Y yo debería estar pagando a un forajido por información para terminar mi búsqueda. —Volvió a besarla—. Pero no es así.

Ella correspondió a sus besos. Cuando se detuvieron para respirar, ella preguntó:

—¿Cómo podría ser yo la idea que tienen los norteños de una diosa? ¿No son todas vuestras diosas de pelo dorado y ojos azules?

Él rió suavemente.

—Como nunca he visto una, no tengo expectativas.

—¿Te decepciona que no sea una diosa... de pelo dorado y ojos azules?

—Me habría decepcionado si hubieras sido una diosa. Una diosa habría salido de este apuro con los rayos de Thor. No habría esperado a que yo la salvara.

Siriana suspiró con una mezcla de pena y alegría.

—Gracias a la diosa entonces. Soy bastante mortal.

—Basta de conversación, —ordenó Einar en voz baja—. Haz como si me besaras. Creo que he visto a alguien asomarse por una de las rendijas.

Ella sonrió.

—Estás equivocándote otra vez. Pero aunque nadie esté mirando, te besaré.

Apretó los labios contra los suyos; ella le rodeó con los brazos. Una dulce, dulce felicidad fluyó a través de él. Ahora comprendía por qué en todos estos años de tener mujeres, su hambre no se había apaciguado. Siempre había estado buscando a la mujer de su alma, a esta mujer.

Ella era su compañera predestinada. La mujer que había anhelado, la única que traería la paz a su corazón. Se preguntaba cómo evitaría tomarla hoy, cómo podría mantenerse alejado de ella. El deseo ya bombeaba a través de él, tan caliente, tan contundente, que apenas podía pensar en otra cosa que no fuera su propia necesidad.

Sabía que no debía tocarla más de lo necesario para convencer a Vaghn y a los forajidos de que se la había tomado.

Paradójicamente no podía apartar sus manos de ella. No la forzaría. Ésa no era su manera. Pero tenía que tocarla. Era tan suave, sedosa y seductora. Y por el momento -al menos por este momento ella era suya.

—Supongo que tenemos que hacer esto. —Ella se retorció bajo él, tocándole con su cuerpo, marcándole con su carne.

—Sí, señora.

Le repartió besos por la cara y el cuello, por los hombros, en los huecos de piel satinada bajo la clavícula, hasta los pechos. Respirando agitadamente, estaba decidido a detenerse en la cima de la suave hinchazón, pero la punta endurecida le atraía como una piedra preciosa. Le dolía llevársela a la boca, pasar la lengua a su alrededor, chupar. El deseo lo atravesó, recordándole cada vez con más fuerza cuánto tiempo llevaba sin una mujer, recordándole cuánto la deseaba.

—No deben sospechar. —Su voz era gruesa.

Siriana se estremeció por la avalancha de emociones. Nunca había soñado que tales sentimientos existieran y que pudieran fluir a través de ella. El deseo había sido una emoción cálida que se agitaba débilmente en raras ocasiones, cuando el culto a la Gran

Diosa Madre se volvía extático. Ahora aplicaba esos sentimientos a algo de esta tierra. A sus propios sentimientos, que impregnaban su bajo vientre. Desde allí se extendieron acaloradamente por todo su cuerpo.

Esto no debe ocurrir. Inclinó la cabeza, buscando el control.

Le alisó el pelo de la sien y luego bajó la cabeza hasta que sus labios tocaron los de ella. Ella gimió suavemente. Era maravilloso, pero no suficiente. Movió las piernas, intentando insinuarlas más cerca de él. Sintió el bulto de la parte inferior de su cuerpo. Era grande, sorprendente. Incluso a través de los pantalones de cuero, estaba caliente. Era la gloria de su virilidad.

Qué

—Bajo sus labios, ella abrió la boca.

Él gimió, se tragó su palabra y la rodeó con más fuerza. Sus labios se humedecieron más, el beso se hizo más ardiente cuando su lengua acarició la boca de ella. Siriana atrapó su mano y la llevó a la unión de sus muslos. Todavía sujetándole, apretó la palma de él contra el triángulo de vello. Estaba tan necesitada que se había convertido en la instigadora.

Einar sabía que debía retirar la mano. Ella era inocente, inexperta en el apareamiento. Él no lo era. Pero ella se sentía tan bien con él. Tan cálida. Su talismán era la manzana, y era un símbolo apropiado, pensó. Ella era como la delicada flor. Cada primavera, una frágil red de pétalos de gasa se extendía por el huerto. Cada otoño, ricos y suculentos frutos pesaban sobre los arcos. La impresionante belleza de Siriana y su frágil fragancia eran una promesa de la plena fructificación de su amor.

Para Siriana su tacto había despertado dudas como nunca antes. Siempre le habían dicho que sus poderes mágicos eran grandes porque había nacido el da en que la Gran Diosa Madre caminaba por la tierra y celebraba su plenitud, cuando ella y el Gran Dios Padre se unieron en una unión mística. Siriana había aceptado que era una con esta gran diosa.

Pero juraría que Einar era más mágico que ella. Dorado y majestuoso, era una manifestación del mismísimo Gran Dios Padre. Sólo tenía que tocarla y su cuerpo cantaba. La alegría fluía a través de ella. Él le aportó una plenitud que ella no había experimentado antes.

Sintió las puntas de sus dedos donde quemaban su carne libre de ataduras. La excitaron más allá de lo imaginable. Despertaron su deseo. La hicieron consciente de lo que se había estado perdiendo todos estos años. Conoció la gloria que Brenna conocía. Y la envidiaba.

Retiró la mano de su lugar secreto, dejándola con un vacío de desesperación. La parte inferior de su cuerpo se retorció de anhelo; el hambre la impulsaba. Se arqueó contra su mano. Quería más, necesitaba más. Tendría más.

Sin dejar de besarla, él deslizó su mano más abajo, sus dedos acercándose cada vez más al centro de su feminidad.

La tocó allí. Cálida y húmeda.

—No. —Ella cubrió su mano con la suya.

Él atrapó sus labios en otro beso, más intenso esta vez, su lengua haciendo suaves incursiones en su boca. Ella se abrió más para recibirle. Le encantaba la dulce aspereza de su lengua cuando rozaba sus dientes, sus mejillas, cuando chocaba con su lengua por el dominio.

Respiraba con más fuerza; luchaba por recibir más caricias, luchaba por tocarle como él la tocaba a ella.

Él seguía acariciándola, con sus lengüetazos, haciéndola subir más y más. Realmente se sentía como si fuera una con la Gran Diosa Madre, como si de algún modo fueran un solo ser unido, bajo el cuerpo del Gran Dios Padre. Una alegría como un resplandor plateado la recorrió en espiral.

La llenó hasta desbordarse.

Su cuerpo se convulsionó y él la abrazó con fuerza y le susurró al oído. Cogiéndole la nuca con la mano, apretó sus bocas. Así recibió el grito de su primer placer. Se convirtió en la esencia de su beso. Fue como si ella hubiera estallado en pequeñas luces, esparcidas por el cielo de medianoche.

Ella se aferró a él, enterrando la cabeza contra su pecho y sin hablar durante mucho tiempo. Cuando por fin encontró su voz, era un mero hilo de sonido.

—Nunca me había sentido así.

Le besó la frente, los párpados, la punta de la nariz.

—¿Cómo te sientes?

Ella pensó durante largo rato, intentando ordenar las profundas y conflictivas emociones. ¿De verdad sólo la había tocado con los dedos? Por fin se decidió por la palabra.

—Feliz. —Volvió a besarle la boca y sus labios temblaron—. Y confundida, —confesó ella.

—Me imagino que sí. —Él le rozó la mejilla con la boca hasta la sien y la estrechó contra sí—. Quiero saber algo.

Fue una medida de lo completamente a gusto que estaba que ni siquiera se inmutó ante su petición.

—¿Por qué te convertiste en una sacerdotisa célibe?

La realidad la inundó. Aun así, su pregunta era justa, dada la respuesta total de su cuerpo, corazón y mente al simple contacto de sus dedos.

—Hace nueve años fui deshonrada. —Ella se estremeció al recordarlo.

Él la abrazó con más fuerza.

—¿Cómo?

—Un hombre, mi prometido, me rechazó públicamente. Lo que hizo me avergonzó a mí y a mi familia más allá de toda medida. Mi padre estaba dispuesto a jurar una terrible venganza. Entonces el hombre lo arregló todo con Pryse. Se casó con mi hermana menor.

Se le quebró la voz.

—No tuve elección. Yo era una vergüenza para todos. Me retiré al claustro de mi madre.

Jadeó cuando el agarre de Einar se hizo más fuerte. No podía respirar. Instantáneamente su agarre se aflojó.

Su voz en su oído prometió venganza.

—Nómbralo y morirá.

Ella se encogió de hombros.

—Ya está muerto. Y Gwynneth está casada con el hombre de sus sueños, tu amigo Cassian mac Weir. Todo ha salido bien.

—Excepto que estás encerrada para el resto de tu vida.

Él no lo entendía. Ella no lo había contado bien.

—Amo a la Gran Diosa Madre, —intentó explicar—. Lo tengo todo y más.

Él empujó su mano contra el montículo de ella. Aunque ella jadeó, él empujó con más fuerza, girando la palma hacia delante y hacia atrás, despertando nuevas sensaciones en ella.

—¿Todo?

Ella arqueó la espalda, intentando escapar de su mano.

—¡Basta!

Cuando él levantó la mano, ella sintió que sus caderas se levantaban involuntariamente para seguirla. Un gemido se le escapó.

Él colocó sus labios contra su oreja.

—Recuerda cómo te sientes.

—Culpable y avergonzada, —respondió ella.

Él echó la cabeza hacia atrás.

—No.

Ella le puso un dedo sobre la boca. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus ojos ahumados.

—Te rogué que no te apareases conmigo, pero realmente lo deseaba. No podía apartar mis manos de ti. Estoy contenta con lo que hicimos, pero aún quiero más. Y no puedo tenerlo.

Levantó un brazo y le cogió la barbilla con la mano.

—Se feliz, mi señora. Reconoce el placer que mi contacto ha creado en ti. Y puedes sentir un poco de confusión. Pero no debes sentirse culpable ni avergonzada. No has hecho nada de lo que debas avergonzarte.

—Yo era virgen. Hice voto de celibato.

Rodó sobre su espalda para mirar hacia arriba, a las motas de polvo que flotaban en los rayos de sol.

—Ningún dios o persona debería exigir eso, —murmuró.

—La diosa no lo hizo, —dijo Siriana—. Se lo ofrecí libremente.

—A cambio de santuario, —señaló—. No me parece una diosa muy generosa. De hecho, no parece una diosa en absoluto. Sólo un nombre que algunas personas pronuncian para poder deshacerse de otras en lugar de apoyarlas como deberían.

Ella se levantó y le puso la mano sobre los labios.

—No blasfemes. Habría habido una guerra si yo no hubiera ido. Mi padre y mis amigos podrían haber muerto.

Él suspiró.

—Entonces debes saber que desde mi punto de vista, y desde el punto de vista de tu diosa, sigues siendo célibe. Y tu cabeza de doncella está intacta. —Siriana sintió que sus mejillas se calentaban. Acomodó la cabeza bajo su barbilla.

Bajo su oreja podía oír el constante retumbar de su corazón. Sintió que podría estar tumbada así para siempre.

—Me estás avergonzando otra vez.

—No era mi intención, —dijo él. Cerró los brazos a su alrededor y la abrazó suavemente—. Te estaba explicando que eres la misma persona que eras cuando te traje a la habitación.

—No lo soy, —replicó ella—. Y sería una tonta si pensara eso. Nunca seré la misma.

Einar le había llegado al corazón y al alma. Había autentificado su reclamo. La había marcado como su posesión. Bien podría cortar la correa de cuero de la mochila y atársela al cuello, para que todos vieran su nombre sobre ella. Había grabado su nombre en su corazón y en su alma. Por amor, ella estaría unida a él para siempre.

Llegó hasta detrás de ellos y apretó el kirtle de ella en su puño, asegurándose de agarrar la espada que yacía bajo él. Su sangre aún estaba en ella, pero se había secado. Acercó la prenda y la metió entre ellos.

—Es hora de que nos vistamos. —Mientras hablaba, sacó el metal dentado de entre los pliegues de la tela.

—¿Qué vas a hacer?

—Mantén los ojos abiertos y la boca cerrada.

Se levantó de rodillas. Con una mano se abrió los pantalones de cuero y tiró de ellos hacia abajo, dejando al descubierto el vello

marrón miel de su ingle. Sus ojos se abrieron de par en par al ver la oscura raíz masculina de su masculinidad. El borde dentado destellaba hacia abajo.

Ella hizo una mueca de dolor.

Un pequeño corte manaba sangre en el vello.

—Dulce Madre Diosa... —empezó ella.

Él bajó sobre ella. Ella sintió cómo él untaba la sangre caliente en el vello del fondo de su vientre. Luego se deslizó hacia abajo y se untó sobre el manto de seda.

—Eso debería bastar, —murmuró. En un movimiento tan grácil que hizo que ella lo deseara de nuevo, se apoyó sobre sus poderosos brazos, levantó los pies bajo él y se puso erguido.

De un solo golpe todos estaban marcados. Ella, él y la capa llevaban las manchas que autentificaban su afirmación.

—Ahora, —dijo, subiéndose los pantalones y volviéndoselos a poner—. Nos he protegido a todos. El forajido tiene la información que debo tener si quiero completar mi misión. Y tu virginidad sigue intacta.

Lo había hecho por ella. Podía haberlas dejado a ella y a su madre a merced de la primera banda de forajidos. No había tenido que rescatarlas. Nadie habría sabido nunca que él las había visto. No les debía ninguna lealtad. Durante mucho tiempo había pensado en Siriana como una sacerdotisa desagradable y matrona. Sin embargo, había luchado por ella y había encontrado la forma de que conservara su virtud e integridad. Se levantó y se puso la cota de malla blanca. Al deslizarse por su cuerpo, algunas gotas de sangre se untaron en el níveo material. No le importó que su ropa pudiera estropearse. Sólo le importaba ser partícipe de un engaño. De repente, lamentó que fuera la sangre de Einar y no el resultado de haberse apareado. Recogió la capa dorada y la dobló pulcramente sobre su brazo, de modo que se veían las manchas de sangre. Tocó los ricos pliegues con pesar.

—Está arruinada. Tu capa.

—¿Qué prefieres que salve... la prenda, o a ti y a tu madre? — Cogió su faja y se la abrochó alrededor de la cintura. Levantó la cofia y luego la desechó. Estaba demasiado rota para serle útil. Su túnica fue lo siguiente. Los pliegues la envolvían como una prisión. Su momento de libertad había desaparecido. Le entraron ganas de llorar. Por último, le quitó la hoja del cuchillo. Arrodillada, la clavó de

nuevo en el fangoso suelo de donde había salido. Con su bota raspó barro y polvo sobre ella.

—Espero que Vaghn no compruebe demasiado de cerca de dónde procede la sangre.

Ella se echó la capucha sobre la cabeza para ocultar su rubor, pero él la echó hacia atrás y la besó con fuerza y a fondo. No hubo nada suave en ello. La marcó, aplastando sus labios. Luego, en lugar de apartar la boca, la deslizó por su mandíbula hasta el cuello. Inocente de lo que él tenía en mente, ella chilló de dolor cuando él la mordió lo bastante fuerte como para dejarle un moratón en su suave carne.

—Ahora. —Sonrió de la forma cínica de siempre—. Veamos a Vaghn para la inspección. —Se echó la túnica y el chaleco al hombro y abrió la puerta de un tirón.

El sol irrumpió en la habitación. Permanecieron un momento parpadeando mientras sus ojos se acostumbraban al resplandor. Luego salieron a la calle. Vaghn dio un grito de ánimo y bajó del carro. Los norteños se giraron. Sus ojos contemplaron el torso desnudo de su jefe y su amplia sonrisa. Ellos también sonrieron. Los

forajidos que holgazaneaban cerca de la sala del hidromiel dejaron su partida de damas y se levantaron para reunirse a su alrededor.

Entrecerrando los ojos primero en la capa y luego en la pareja, Vaghn caminó hacia ellos. Miraba tan fijamente que Siriana sintió como si supiera lo que realmente había sucedido en la sala. Se detuvo, asustada. ¿Cómo podía saber él que la sangre no era suya? Su mente argumentaba que toda la sangre era roja y dejaba una mancha brillante. Pero aun así él la estudió, aumentando su vergüenza.

Vaghn se detuvo frente a ellos y lanzó una carcajada.

—Ah, Lord Einar, la has montado bien.

Siriana podría haberse muerto de vergüenza. Entonces la mano de Vaghn subió para tocarle la barbilla y apartarle la cabeza. Estaba mirando la marca de su cuello. Sus ojos destellaron fuego. ¿Cómo se atrevía a tocarla, a una sacerdotisa?

Excepto que a sus ojos, ella ya no era una sacerdotisa. Miró alrededor del círculo de rostros sonrientes.

Todos los hombres entre ellos pensaban que había sido desflorada, que su sangre virgen manchaba aquella seda dorada.

Durin dio una palmada en el hombro de Einar y le tendió una mano. Se estrecharon vigorosamente. Los demás también se reunieron a su alrededor. Le felicitaban por haberla violado. ¿Eran todos los hombres unos monstruos?

Pero no había sido una violación. No le había hecho daño. Quizás sí merecía ser felicitado. Gracias a su habilidad y consideración, ella no había luchado contra él. Había dicho que lo haría. Había tenido la intención de hacerlo. Se había declarado la campeona de sus votos, pero había capitulado sin dar un golpe. Sus deseos de mujer habían resultado más fuertes que su compromiso con el claustro.

—He decidido celebrar nuestro parlamento aquí, en la aldea, —anunció Vaghn en voz alta—. Por ahora es tu aldea, norteño.

—Así podré pagarte un botín extra por el uso de la misma, —rebatió Einar.

—Soy un hombre razonable, —replicó el forajido. Se volvió hacia Siriana—. Así que ahora le perteneces de verdad.

El viento soplaba frío sobre su cabeza desnuda. Recogía mechones de pelo y los barría por su cara. Agitó su túnica. Bajo los pliegues envolventes el hormigueo de felicidad había muerto.

—Sí, forajido. —Su voz era tan llana como el susurro de una hoja seca—. Según vuestras leyes, le pertenezco. Que la Gran Diosa Madre me perdone. Y tenga piedad de la tierra.

Vio que una sombra oscurecía los ojos de Einar mientras se apartaba de él y caminaba hacia el refugio donde yacía su madre. Antes de que Einar hubiera cabalgado para rescatarla, Siriana había experimentado poca culpa. Hoy había compensado toda una vida sin ella. Había mentido y engañado. Había violado un voto tras otro hasta que no le quedó nada sagrado.

Al atravesar la puerta abierta, vio al hombre sentado junto al jergón de su madre.

—No tuve que cambiarle el vendaje. Pero se puso tan inquieta que me preocupó que empezara a sangrar de nuevo, así que le di un brebaje para dormir. Desde entonces duerme plácidamente.

—Gracias.

Satisfecha de que no hubiera nada que su madre necesitara por el momento, Siriana se sentó sobre sus talones.

—¿Sabes de un sitio donde pueda bañarme? —se sentía avergonzada por preguntárselo, pero no sabía a quién más podría hacerlo y necesitaba desesperadamente un baño.

—Sí, mi señora, lo sé. Hay un lugar apartado detrás de este edificio, en la curva del arroyo.

Tras la partida del hombre Siriana encontró su mochila personal entre el equipaje. Sacó una túnica de color óxido pálido. Las cintas eran de color rojizo brillante, verde y amarillo. Las mangas eran cortas y el material ligero y fresco. Suspirando aliviada al tener una prenda para cambiarse, salió de la cabaña.

Capítulo 7

Einar agarró a Vaghn por el hombro y le hizo girar. El forajido gruñó y fue a por el cuchillo de su cinturón, pero no era rival para el hombre más joven. Rápido como un latigazo, el vikingo arrancó el arma de su vaina y la arrojó lejos de su alcance.

—Quiero que me devuelvan mi dinero y mis provisiones inmediatamente.

La virulenta maldición de Vaghn se convirtió en un quejido.

—¿De qué estás hablando?

Einar le empujó contra la puerta de la sala del hidromiel.

—Mientras nos tenías a todos aquí parlamentando esta mañana, algunos de tus ladrones rebuscaron en nuestro equipaje.

No tuve tiempo de averiguar qué se llevaron, pero lo quiero de vuelta.

Vaghn se enderezó indignado.

—Mis hombres no se llevaron nada. Estaban todos conmigo.

Einar enseñó los dientes en un gruñido.

—¡Es verdad! Lo juro. —Vaghn insistió.

Lentamente, Einar le soltó. Estaba razonablemente seguro de que podía creer al hombre, al menos en esto. Había sospechado todo el tiempo que sus hombres estaban siendo seguidos, probablemente por los ladrones que habían atacado a las sacerdotisas. Pero tenía que asegurarse. Y tenía que poner a Vaghn al corriente de lo que ocurría sin intentar conseguir su ayuda. Aunque había raramente honor entre los ladrones, Vaghn y sus degolladores no estarían ansiosos por ayudar a atrapar a otros, a menos que vieran una clara ventaja en hacerlo, o a menos que sintieran que su territorio estaba siendo invadido.

—Entonces tienes que enviar a algunos de tus hombres a ver quién anda merodeando. Tu aldea podría ser la siguiente.

Vaghn pareció reflexionar. Una repentina mirada de alarma se registró en su duro rostro.

—No habrán cogido mis dos libras de oro, ¿verdad?

Einar sonrió.

—¿Y si dijera que lo hicieron?

Vaghn se relajó.

—Entonces tendría que matarlos.

—Pues te aconsejaría que empezaras a prepararte.



Siriana se desnudó, se bañó y se limpió el pelo lo más rápido que pudo. Una vez que hubo acabado, comenzó a vestirse. Dondequiera que el lino blanco tocaba su piel húmeda, se pegaba y se volvía transparente, pero era mejor que nada. Arrodillada sobre una piedra, empezó a lavar su ropa en el arroyo que corría libremente. El agua helada hizo poco trabajo con las nuevas manchas de sangre.

Cuando hubo terminado caminó de vuelta al pueblo. Por primera vez en nueve años, caminaba con el sol en la cabeza y el viento en la cara. Sus brazos estaban desnudos, al igual que su garganta con las marcas de la boca de Einar en su piel. Se sentía

desnuda. Cuando giró en la calle, forajidos y norteños por igual la miraron fijamente. Debería encogerse ante sus miradas, pero ¿qué sentido tenía? Ahora todos la habían visto. Se sentía extrañamente libre.

Ya en la cabaña colgó un tendedero de un lado a otro de la habitación. Sobre él tendió la ropa mojada. Aren entró a grandes zancadas en la casa y asintió respetuosamente.

—Los sires están parlamentando. Os piden que vengáis. —Aren se dirigió hacia el equipaje—- Einar también me envió a buscar sus sacos del tesoro

Siriana cruzó la habitación y señaló al suelo.

—Están aquí y no en el equipaje.

Asombrado, Aren levantó el tablón y encontró las bolsas. Los músculos de su brazo apenas se flexionaron al levantarlas. Dos libras de oro era muy poco en realidad. Se preguntó qué querría Einar para que costara tan poco... o tanto. Siriana siguió a Aren hasta la puerta, donde se apoyó en la jamba y observó cómo se dirigía hacia Einar, que estaba sentado con las piernas cruzadas en la plaza ante la sala del hidromiel. Vaghn estaba sentado frente a él en casi la misma posición. Sus hombres holgazaneaban cerca. La tensión aumentó

cuando el cuervo de Einar rodeó la reunión y se dejó caer para posarse encima de un madero ennegrecido.

Aren puso los dos sacos delante de Einar, que levantó cada uno a su vez como si estuviera demostrando su peso a Vaghn.

A continuación, el joven extendió un trozo de cuero negro en el suelo, abrió las bolsas y dispuso su contenido. Primero venían dos fundas de chal de oro trenzado. Einar levantó cada uno en la mano y proclamó que pesaban media libra cada uno.

A continuación venía una pieza curiosamente tejida como Siriana nunca había visto antes. Siempre interesada por los nuevos diseños, se acercó para estudiarla. Era un broche circular de plata con dos cabezas de dragón de oro, espalda con espalda en su parte superior. Un tercer dragón en la parte inferior tenía el alfiler del broche por lengua. Aunque carecía del valor real de las piezas de oro macizo, la artesanía lo hacía valer mucho más para el comprador adecuado.

Por último, Aren sacó un puñado doble de monedas, que pasó a Einar. El sire de Dalsteinn las arrojó al suelo con una dramática floritura: un puñado de piezas de oro elaboradamente cinceladas, cada una de casi una pulgada de diámetro y con un gancho en el

borde para que su propietario pudiera atarlas, según la costumbre, a un fino lazo de alambre de oro o cuero alrededor del cuello.

Vaghn se lamió los labios. Sus ojos brillaban de avaricia. Los otros forajidos también se pusieron en guardia.

Se produjo un tenso silencio. Todas las manos rondaban cerca de sus armas. Entonces Vaghn suspiró con fuerza.

—Me habéis traído un tesoro digno.

—Espero que la información sea igual de digna, —replicó Einar.

—Lo es. —Vaghn se inclinó hacia delante, mirando más de cerca el broche. —¿Me permites?

—Sí. —Con los ojos entrecerrados, Einar observó al forajido.

Vaghn cogió la pesada pieza de oro y plata. Dándole vueltas en la mano, habló casi como para sí mismo.

—El manzano sagrado se encuentra en el corazón de un bosque y está rodeado por un enorme matorral de zarzas.

La mano de Einar salió disparada como una piedra. Arrancó el broche de la mano de Vaghn.

—Yo lo sé. Todos los hombres lo saben.

Vaghn echó mano al broche pero luego pareció pensárselo mejor.

—He oído hablar de un hombre que afirma haberlo visto.

—Todos los escoceses que conozco afirman conocer a alguien que lo ha visto, —contraatacó Einar. El asco curvó las comisuras de su boca. A su izquierda, Durin gruñó y él y Einar intercambiaron miradas.

Viento Medianoche volvió a graznar. Los brillantes trozos de oro habían atraído su mirada. Extendió las alas y se lanzó en picado, pero Einar era demasiado rápido para él. Hizo un gesto con la mano para que el gran pájaro se alejara.

—Los cuervos de Odín, —le dijo a Vaghn con voz grave—. Vuelan por todas partes y ven los secretos de los hombres. Luego regresan para posarse en los hombros de su amo y decirle lo que necesita saber.

Vaghn palideció bajo su bronceado profundamente curtido.

—Ese no debe saber mucho, —murmuró—. No te ha dicho lo que deseas.

En el tenso silencio que siguió, Einar empezó a apilar metódicamente las piezas de oro.

Las mujeres lanzaron un suspiro. Sus hombres empezaron a gruñir.

—Este hombre afirma conocer el lugar donde se encuentra, —insistió Vaghn—. Lo vio cuando viajaba por el bosque oscuro.

—¿Por qué no coge él mismo las manzanas sagradas? —exclamó Durin con desdén.

—Es un ermitaño. No las necesita.

Otro cuento, pensó Einar con cansancio, pero era todo lo que tenía para seguir adelante. Una maldición sobre esta búsqueda, sobre viajar por esta fría tierra plagada de clanes beligerantes y forajidos. Y la presencia de las dos sacerdotisas del claustro, una de ellas herida, más o menos le había atrapado aquí. Con sus hombres podría salir fácilmente de esta chusma, pero mover a las mujeres indefensas sería imposible.

—¿Dónde está este bosque oscuro? —preguntó, reprimiendo a duras penas su escepticismo.

—Está en el corazón de las tierras baldías. —Vaghn volvió a extender la mano, esta vez para coger una moneda de oro. La hizo girar entre sus dedos, dejando que el sol brillara en ella—. Pocos se aventuran en él. Los que lo hacen nunca regresan.

—Una superstición como otras muchas que ya conozco, —se mofó Einar—. Supongo que el oscuro lago lo atraviesa.

—Bueno, sí, —admitió Vaghn—. Pero es la verdad, te lo aseguro. He conocido hombres valientes que han entrado. Ninguno ha salido. Es el árbol de la Gran Diosa Madre lo que buscas, y ella lo protege. Lo ha escondido en lo más profundo del caldero de su cuerpo para que los malhechores no puedan profanar el fruto sagrado del árbol.

—¿Cómo encontraré este árbol?

Vaghn se inclinó hacia delante, ambas manos preparadas para rastrillar el oro. Sus ojos desafiaron a Einar.

—Ya te he dado suficiente información por el oro que has traído.

Einar también se inclinó hacia delante.

—No me has dicho nada que no supiera ya.

El líder de los forajidos señaló hacia donde Siriana estaba de pie junto a la carreta de bueyes.

—Antes me dijiste que tu mayor deseo era encontrar el árbol sagrado. El mío es tener a las dos mujeres. A cambio de ellas, te

traeré al hombre que dice haber visto el árbol y está dispuesto a guiarte hasta él.

—No. —Einar no miró en dirección a Siriana. No lo necesitaba. Podía verla en el ojo de su mente, cada vez más hermosa, más deseable con cada hora que pasaba. Ya no vestía la envolvente túnica del claustro, llevaba en su lugar el atuendo de una mujer forajida. Una diadema ataba su frente y dejaba que su gloriosa cabellera colgara libre. Una banda igualmente colorida entrecruzaba su corpiño, ciñendo la túnica color óxido alrededor de su estrecha cintura. La suave prenda resaltaba el suave ensanchamiento de sus caderas. Debajo de ella sus piernas eran largas y torneadas. Tragó saliva con fuerza en un intento de contener su excitación.

—Es una mujer hermosa, —continuó Vaghn—. Pero si piensas quedártela, tendrás que unirte a nuestra banda, amigo de las Tierras del Norte. De lo contrario, nunca será tuya. Todos los montañeses conocen a Siriana nea Pryse de Ailean. Es la mujer del Día sin Nombre, la dama del invierno. La mayoría de nosotros pertenecemos a un dios. Ella pertenece a dos «La tierra y el cielo» y la Gran Madre Diosa.

Einar reconoció la verdad de las palabras del forajido. Tal y como estaban las cosas ahora... Pero si encontraba el árbol y le llevaba las manzanas a Ura, entonces sería tan bueno como cualquier hombre, y plenamente digno de ella.

Una ráfaga de viento arremolinó una veintena de hojas al otro lado de la calle. Una de color rojo dorado se deslizó bajo uno de los broches del chal.

—El otoño está sobre nosotros, —dijo Vaghn.

Einar esperó. El hombre no dijo nada sin un propósito.

—Los forajidos celebramos una fiesta cada año por estas fechas.

— he oído hablar de ella.

—Es un festival de otoño y una feria comercial que suele durar unos siete días. La mayoría de los forajidos asisten.

Einar trató de imaginarse algo así con docenas y docenas del variopinto grupo por allí, bebiendo, apostando y buscando pelea.

—¿No es peligroso que todos se reúnan en el mismo lugar al mismo tiempo?

—Sí, pero es más peligroso si no lo hacemos. Cada grupo de forajidos es como un clan.

Vaghn calentó sus palabras a medida que explicaba. Sus ojos brillaron, sus gestos se ensancharon.

—Durante siete días acordamos anteponer la paz a la guerra. Es vital para todos nosotros. Es bueno que podamos resolver las disputas fronterizas sin guerras y dedicar nuestra energía a los negocios más rentables. —Se inclinó hacia delante—. Y aquí, mi amigo de las Tierras del Norte, es donde entras tú. Intercambiamos información. No por lo que decimos, porque la mayoría mentimos cada vez que abrimos la boca.

Miró a su alrededor en busca de confirmación. El resto de su grupo se rió como si hubiera hecho un buen chiste.

—Oh, no, —continuó—. Pero podemos saber dónde ha estado el otro fijándonos en sus bienes, en la ropa que lleva. Podemos adivinar adónde va por el tipo de mercancías que comercia'.

Puso su gran mano sobre las monedas de oro.

—Nos conviene a todos asistir. Lo más probable es que el que haya visto el árbol sagrado esté allí.

Miró fijamente a Einar.

—Y te llevaré a ti y a tus norteños con nosotros, si tienes estómago para ello. Por una generosa tarifa, por supuesto.

Durin se inclinó hacia delante.

—Podría ser una trampa.

Einar sacudió la cabeza.

—El primero en caer en ella sería Vaghn.

El forajido asintió.

—Estoy en lo cierto, ¿no? —dijo Einar—. Si descubrieran que me has traído, nos matarían a los dos.

Vaghn volvió a asentir.

—No son amables con los extranjeros.

Como Einar no hizo ningún movimiento hacia el oro, Vaghn empezó a apilarlo, colocando las monedas más pequeñas encima de las más grandes.

Por fin Einar volvió a hablar.

—¿Dónde os reunís para este festival? —Se oyó otro suspiro entre los forajidos. La tensión se relajó considerablemente.

—El punto de encuentro es un secreto.

—Al igual que la fecha exacta, supongo.

—Supone bien. Pero si deseas acampar aquí, en esta aldea, durante un breve periodo de tiempo, no te cobraré demasiado. —Vaghn miró a su alrededor. Su banda de forajidos reía apreciativamente. Cogió la bolsa de cerveza y se la tendió a Einar. —¿Bebemos para sellar el trato?

—No, —respondió Einar—. Quiero conocer al hombre que dice haber visto el árbol, y también quiero a las dos sacerdotisas.

—Haces un trato difícil. —Vaghn masticó una brizna de hierba —. La mujer significa mucho para ti.

—Sí.

Vaghn se encogió de hombros.

—Odio ver que nuestro trueque termine aquí.

Einar miró el oro que desaparecía en la bolsa del forajido.

—¿Considerarías alguna otra cosa?

—Soy un comerciante. —Vaghn extendió los brazos—. Acepto cualquier cosa que pueda reportarme beneficios. Ese buen caballo tuyo, por ejemplo.

Einar volvió la vista a la cabaña de Siriana y pensó en sus alforjas robadas, cargados de joyas del claustro y el manto sagrado. Él la había metido a ella y a Melanthe en sus problemas. Lo menos que podía hacer era sacarlas de allí... con su integridad y sus posesiones intactas.

—Los forajidos que atacaron a las sacerdotisas se llevaron bienes valiosos.

—Tal vez joyas del claustro, —incitó Vaghn, relamiéndose los labios ante el pensamiento. Le tentaba poderosamente. Esas piezas preciosas eran famosas por su artesanía y su exquisito diseño. De todos los objetos de valor, eran los más codiciados. Vikingos y forajidos impíos habían hecho incursiones por ellas durante años.

—Joyas del claustro. Incrustadas con joyas y amuletos mágicos y bendecidas por las damas del Santuario de la Gran Diosa Madre. Objetos de incalculable valor. —Einar disimuló su diversión ante sus propias artimañas. Era una de las habilidades que había tenido que aprender en esta maldita búsqueda. Supuso que cuando fuera demasiado viejo para ser vikingo, podría convertirse en mercader. Parecía tener talento para vender.

—Pero los ladrones están a muchos días de aquí, —protestó Vaghn.

Einar se levantó y estiró las piernas. Aren se apresuró a recoger el cuadrado de cuero negro.

—Tal vez. O quizá no. Recuerda que te dije que nuestro equipaje fue saqueado.

Los ojos de Vaghn se abrieron de par en par.

—¿Crees que...?

—Lo creo. Y planeo esta noche escabullirme del pueblo y rastrear a los ladrones.

—¿En la oscuridad? —preguntó Vaghn incrédulo.

—Si la luna está brillante, puedo seguirles la pista. Í puedo encontrar el rastro. Me muevo más rápido que ellos. Incluso pueden moverse en círculo. Saben que estamos aquí ahora, pero son codiciosos. Saben que estamos haciendo trueques. —Miró hacia las colinas—. Podrían estar sentados en una roca ahora mismo observándonos.

Los forajidos miraron a su alrededor con recelo. Un par de ellos se levantaron de un salto, con los arcos preparados, empeñados en

dar caza a quienes se atrevían a espiarles.

—No os precipitéis tanto, —les aconsejó Einar—. Mataron a tres hombres e hirieron a un cuarto, y apuñalaron a una mujer que intentaba proteger sus posesiones. No son simples ladrones. Sugiero que todos monten guardia y permanezcan cerca unos de otros. De lo contrario, podrían decidir atacar de nuevo.

—Si me permites quedarme con lo que elija de entre las posesiones robadas al claustro, entonces acepto el trato.

—Que así sea.

—Pero las mujeres deben quedarse aquí —exigió Vaghn.

—No pienso dejarlas desamparadas en medio de un campamento de forajidos. —repuso Einar enfadado.

—Te prometo que no les pasará nada. Te doy mi palabra.

Cuando Einar le miró con sarcasmo, Vaghn siguió hablando.

—En toda Escocia existe una ley que jamás se debe romper, pues se considera la más importante de las tierras baldías. Esta ley es que no se debe romper la palabra daba. Es una que todo hombre debe hacer cumplir o pronto perderá todo lo que posee. Nadie de mi banda la violará. Te garantizo la seguridad de tu mujer.

Einar le miró fijamente y luego observó los rostros endurecidos de la banda de forajidos.

—Soy un forajido, vikingo. —Los ojos negros de Vaghn brillaron en su rostro oscuro—. Pero soy un hombre de palabra.

Forajidos y vikingos parecieron sacudirse mentalmente. Casi todos empezaron a moverse y a reunirse en pequeños grupos para hablar entre ellos.

Vaghn destapó el tapón de la bolsa de cerveza y se la entregó a Einar.

—¿Brindamos por nuestro oficio?

Einar cogió la bolsa pero no se la llevó a la boca. Con el rostro duro, miró fijamente a Vaghn.

—Si mis mujeres sufren algún daño, forajido, os mataré a cada uno de vosotros, y juro que tú serás el primero.

Bradach se acercó arrastrando los pies.

—Iré contigo esta noche, lord Einar. Mis habilidades...

—Permanecerás aquí, —ordenó Einar—. Te necesitaré como guía más tarde. No te necesito para esto. Estaré siguiendo un rastro. —Con eso, sostuvo la bolsa en alto—. ¡Skoal!

Sus hombres escucharon su palabra y mientras bebía, gritaron su respuesta. Les pasó la bolsa y luego se la devolvió a Vaghn. Después de varios tragos, pasándose la bolsa de un lado a otro entre ellos, el forajido dijo:

—Haríais bien en cambiarla por dos de mis caballos.

Einar sacudió la cabeza. Había visto los caballos del forajido y sabía que eran unos jamelgos escuálidos y azotados por el viento.

—Confiaré en el mío. Él y yo trabajamos bien juntos.

Vaghn se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Oh, es más guapo, eso te lo concedo. Pero no está criado para nuestro clima. —Hizo un gesto con la mano hacia su propio semental negro con una llamarada blanca en la cara—. Estos son caballos de las Tierras Altas. Prosperan en pastos duros y necesitan poca alimentación extra. Son caballos de monta de primera, como estoy seguro que lo es el tuyo, pero están acostumbrados a atravesar terrenos pantanosos y a escalar montañas. Nunca se deslizarían por el acantilado contigo.

Einar miró al caballo como si fuera a considerarlo. En el proceso de echarle un vistazo, no pasó por alto el corvejón hinchado. Un tendón arqueado, sospechó.

Pensando que Einar podría hacer un trueque por el buen caballo del norteño, Vaghn redobló sus esfuerzos.

—Si los ladrones a los que persigues montan caballos como éstos, estarás en desventaja. Los tuyos pueden dejar atrás a sus caballos sin problemas.

No con una pata así, pensó Einar. El negro se quedaría cojo antes de haber recorrido un cuarto de milla.

—En otra ocasión, —dijo—. Esta vez tenemos ventaja. No sabrán que les persiguen.

Vaghn se encogió de hombros. Hizo un gesto a sus hombres para que se reunieran a su alrededor.

—Ahora sellaremos nuestro acuerdo con juegos.

Los juegos al final del parlamento garantizaban el trato. Aunque Einar hubiera preferido comenzar su persecución de los ladrones del claustro, asintió dispuesto a participar. Su marcha sería un insulto a Vaghn, un hombre cuya buena voluntad necesitaba, y podría indicar a los vigilantes de las colinas <<si es que los había>> que no todo era como debía ser. Debía regresar rápidamente si quería poder enviar a Siriana y a su madre a salvo en su camino y continuar su propia caza del árbol sagrado.

—¿Qué juego será? —dijo, señalando a sus hombres—. ¿Juegos de mesa o de batalla? —preguntó Vaghn.

Miró a sus hombres con complicidad, y éstos emitieron un rumor de aprobación. La idea de que podría vencer a los norteños y demostrar la superioridad de sus propios hombres hizo cosquillas a Vaghn.

—Tú eliges, —dijo Einar con ecuanimidad—. Mientras podamos apostar, disfrutaremos de la competición.

El llamado Dughald ululó de risa y agitó su arco en alto. Los demás se unieron a su aclamación. Cuando se hubieron calmado un poco, Vaghn advirtió:

—Mis hombres son buenos.

Einar sonrió a Durin, que asintió.

—Necesitarás otros mejores para derrotar a los míos.

Sus palabras resultaron proféticas, para disgusto de los forajidos. Uno tras otro, soltaron sus flechas en un blanco colgado contra la pared de zarzo de la cabaña al final de la calle. Aunque los forajidos lo hicieron bien y consiguieron colocar sus flechas dentro del centro de dos pulgadas de ancho de la diana, no pudieron superar el tiro de Einar.

En un movimiento fluido, sacó una flecha, la encajó en la cuerda y la dejó volar casi sin parecer que apuntaba. Dio en el blanco justo en el centro.

Se oyó una ovación de sus hombres y un gemido de los forajidos.

A continuación, Durin envió su hacha de combate girando contra un tronco y lo partió en dos. Ninguno pudo superar a los altos norteños. Los hombres escoceses se retiraron contrariados por la derrota.

Pero Vaghn los reunió de nuevo y repartió piezas del oro de Einar a los vencedores. Al ponerse el sol, todos se repantigaron frente a la sala del hidromiel, intercambiando apuestas y jactándose de sus pasadas hazañas de gloria.



Prefiriendo sentarse con su madre, Siriana no se había unido a los norteños durante sus juegos. Pero ahora habían terminado. El trato

estaba cerrado. Esperó ansiosa a que Einar se acercara a ella y le dijera que Melanthe y ella ya podían marcharse.

Su sombra bloqueó la puerta de la cabaña.

—Mi señora.

Ella se puso en pie de un salto. Él la cogió del brazo.

—Camina conmigo. —La condujo hacia el sol—. Pareces preocupada.

Ella no quería ir con él. Ella sabía sin duda que si él hubiera traído buenas noticias, se lo habría dicho. Con el corazón encogido, permitió que la condujera calle abajo y lejos de miradas indiscretas. Cuando estuvieron fuera de la vista de la sala del hidromiel, ella se volvió y se agarró a su brazo. Sus ojos estaban luminosos por las lágrimas que apenas podía contener.

—Me temo que la madre Melanthe está empeorando. Ahora que tú y Vaghn habéis llegado a un acuerdo, ¿podrías pedir a dos de tus hombres que nos escolten hasta el claustro? Temo que si no regresa allí, pueda morir.

Einar negó con la cabeza.

—No puedo. Tendrá que esperar un poco más. Tu madre puede descansar y recuperar fuerzas aquí con la misma facilidad que…

—¡No puede! —La paciente y sumisa sacerdotisa del claustro se había despojado de su naturaleza con la ropa. La mujer fuera de la ley le gritó—. ¡Ella morirá! Y será culpa tuya tanto como del ladrón asesino que le dio el golpe. Nos has traído aquí porque convenía a tus objetivos. No te importa lo que nos pase, con tal de encontrar tus malditas manzanas.

La cogió por los hombros.

—Me importa. Sois mi responsabilidad. No podía dejarte después de que tantos de tus guardias fueran asesinados y tu carro dañado. Ahora debes esperar un día más. Como mucho dos. Entonces lo juro.

—Escúchale, señora. —Vaghn les había seguido y ahora se acercaba—. Ha cambiado las joyas del claustro por tu seguridad. Podría habérselas quedado para él.

—No son suyas para intercambiarlas, —dijo Siriana con frialdad.

—Tampoco son tuyas en este momento, —señaló Vaghn razonablemente—. Puesto que las tienen los forajidos, les pertenece.

—Entonces voy contigo, —declaró Siriana—. Si lo que dices es cierto, encontraré el tesoro del claustro y compraré el camino a casa para mi madre y para mí.

Einar la agarró del brazo.

—No harás nada de eso. Ahora eres de mi propiedad, al igual que todo lo que posees.

Ella se apartó de él.

—Iré contigo. Si no lo hago, es probable que robes algo para ti.

—Te quedarás a cuidar a tu madre, —ordenó Vaghn con frialdad—. Esto es trabajo de hombres.

Lanzó al forajido una mirada fulminante.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—¡Díselo! —Vaghn gritó a Einar.

Einar intentó razonar.

—Puedo viajar mucho más rápido sin ti.

—¿Voy a ser un rehén? —Se apartó de ambos y miró entre los árboles hacia la calle del pueblo.

—Sí, —gruñó Vaghn—. Quiero garantías de que el norteño regresará.

—Lo hará, —dijo Siriana con sarcasmo—. No por mí, forajido, sino por la información que tienes que venderle. Y la comprará con mi oro.

—Demasiada gente está dispuesta a hacer trueques por información, —señaló Vaghn—. Yo soy el único que ‘ l tiene la mujer que quiere'.

Einar hizo un gesto al forajido para que se alejara. Puso las manos sobre los hombros de Siriana.

—Vaghn se encargará de que ni tú ni tu madre sufráis ningún daño. Es lo mejor. Créeme. Confía en mí.

Ella giró en sus brazos.

—¿Cómo es posible? He llegado a creer que eres tan ladrón como cualquiera en las tierras baldías.

—¡Siriana!

—¡Déjame ir! ¡Suéltame! —Ella golpeó los costados de sus manos sobre los antebrazos de él y forcejeó para liberarse. Se dio la vuelta y corrió de vuelta a la aldea.

Einar estaba de pie con las manos en las caderas, sacudiendo la cabeza. Estaba asqueado de sí mismo. Todo lo que ella había dicho era cierto. Y no podía garantizar que volvería con las joyas del claustro y el manto sagrado. Con los ojos encendidos, regresó a la sala del hidromiel.

—Ensilla mi caballo, —ordenó a Durin—. Y reúne a los hombres. Hablaré con ellos antes de partir.

—¿Cuándo será eso? —preguntó Vaghn.

—Ahora, —respondió Einar.

—¡Ahora! —exclamó el forajido—. Seguro que puedes esperar hasta que hayamos festejado y celebrado.

—No. Cuanto antes cabalgue, antes encontraré los bienes robados y regresaré.

—No tardará en oscurecer, —señaló el forajido.

Einar estaba cansado de discutir con él. Era un hombre de acción. Quería salir de este marasmo que parecía absorberle y encontrar la huella del casco del caballo que había visto antes en el camino. Era una huella con una extraña muesca en la pezuña; el andar del animal había tirado la pezuña hacia un lado.

Conocía a ese caballo. Y cuando levantara la vista, vería el rostro del jinete: el rostro de un asesino.

¿Hacía sólo tres días que había visto la huella? Apenas podía creer que hubieran ocurrido tantas cosas desde entonces para torcerle la vida. Miró hacia la cabaña donde sin duda Siriana se paseaba, lo bastante enfadada como para clavarle su puñal bajo las costillas.

Intentaba decidir si ir hacia ella cuando Durin salió de la sala del hidromiel conduciendo el caballo.

—El semental está listo. Las mochilas y las bolsas de provisiones están atadas a la silla.

—Quítaselas, —ordenó Einar—. No estaré fuera tanto tiempo.

Hizo un gesto a sus hombres para que se acercaran. Gravemente explicó lo que planeaba.

—Uniros a los guardias del claustro y cuidar de las damas. Son vuestra primera preocupación.

—Déjame ir contigo, —suplicó Aren.

Él negó con la cabeza.

—Esto es para mí solo. Viajaré rápido y silenciosamente, y estaré de vuelta antes de que necesite comer.

Estrechó la mano de Durin y tiró de su amigo hacia él. Sólo para sus oídos dijo:

—Si no regreso, encuentra los medios para llevarlas a ambas de vuelta al claustro. Quedarse aquí significaría la muerte de ambas.

—Sí, sire. —Durin agarró con fuerza a su joven amigo.

Einar condujo al semental hasta la puerta de la cabaña.

—Señora, te ruego que me escuches. —Silencio—. Voy a buscar el chal de tu madre. Si es tan importante como dices, el oro que pagas es una pequeña cantidad indigna de consideración.

Oyó una ráfaga de pasos y entonces Siriana irrumpió por la puerta para estrechar sus brazos.

—No se lo contaste a Vaghn.

—No se lo dije.

Ella esbozó una sonrisa singularmente dulce, una sonrisa secreta.

—Entonces serás doble y triplemente recompensado. Te lo juro.

—No lo hago por pago. —Él le cogió la mano—. Te juro que no deseo marcharme, pero no tengo elección. Esperaba llevarte conmigo o encargarme de que te pusieran a salvo, pero Vaghn no accedió.

Ante la mención del forajido, volvió a enfriarse.

—En ese caso, todos debemos ser pacientes.

—Estás cediendo sin luchar, —se burló de ella. Por primera vez desde que había comenzado el trueque, su sonrisa era genuina.

Ella levantó la mano en señal de despedida.

—Asegúrate de regresar sano y salvo.

Un tumulto de graznidos los separó. Viento de Medianoche volaba en círculos sobre ellos.

—¿Viene alguien? —Preguntó Siriana, alarmada por el ruido del cuervo.

—Probablemente no. —El pájaro bajó en picado, se posó en el hombro de Einar y le picoteó la oreja. Le pasó la palma de la mano por el lomo negro. Las plumas brillaban a la luz oblicua del mediodía —. Ha venido a pasar la noche. No le gustará que le desplacen.

Levantó la mano hacia la cabeza del pájaro. La criatura se agachó y se agitó, pero finalmente permitió que ella alisara sus brillantes plumas.

—Puede quedarse conmigo.

Einar sonrió. No podía creer que ella fuera tan amable con su mascota.

—¿Oyes eso, mendigo? Tú te quedas con la bella dama. A mí me toca cabalgar en el frío toda la noche.

Le pasó el pájaro. Viento de Medianoche parecía feliz de posarse en su muñeca, donde metió la cabeza para acicalarse las plumas.

Ansioso por alejarse, el semental dorado movió la cabeza arriba y abajo. El bocado tintineó.

—Asegúrate de volver sano y salvo, —repitió.

—Traeré tu chal, —prometió Einar—. Te lo juro.

Ella se acercó más a él.

—Lo quiero para mi madre, —susurró—, pero más aún, Vikingo, quiero que regreses ileso.

Las palabras no dichas temblaban entre ellos. Querían decirse tantas cosas, pero ninguno hablaba. Querían besarse, abrazarse con fuerza, pero no lo hicieron. Ella no podía olvidar que era una rehén por su culpa. Él no podía olvidar que al rescatarla, se había alejado aún más de su búsqueda.

Finalmente Einar se subió a la silla de montar. A Durin le dijo:

—Mantén todas las armas a tu lado, listas para su uso.

El hombre y la doncella observaron en silencio mientras él hacía trotar al caballo calle abajo hacia el crepúsculo que caía rápidamente.

Capítulo 8

Una vez entre los árboles, Einar comenzó a rodear la aldea, tomando el giro que le llevara más cerca de la parte trasera de la cabaña donde él y sus hombres habían pasado la noche. No había recorrido mucho cuando encontró las huellas de al menos dos hombres, que se dirigían hacia ella y luego se alejaban. Las huellas que se alejaban estaban más separadas y eran más profundas, como si hubieran corrido sin cuidado ahora que habían conseguido su propósito.

Einar ató las riendas del caballo a un árbol y siguió hacia donde conducían las huellas. A medida que las sombras se alargaban y empezaban a desvanecerse, se agachaba más y más, sus ojos buscando. En pocos minutos encontró lo que buscaba, lo que todo instinto, afinado por años de entrenamiento y experiencia, le decía que esperara. Un par de caballos habían sido atados en este lugar.

Las huellas eran muchas, se cruzaban unas con otras, el suelo estaba removido. Siguió las huellas que se alejaban. Tras un par de zancadas rápidas, los jinetes habían separado a los animales. Uno seguía al otro al trote. Más adelante, el sendero se ensanchó. Galoparon a la par.

A la luz mortecina, Einar vio lo que había venido a buscar: Una huella de casco con una muesca y el peculiar balanceo del casco que la acompañaba. El rastro subía casi en línea recta por la ladera de la montaña.

Einar lanzó su puño al aire, apuntando a la ruta que habían recorrido. Luego giró y corrió hacia su propia montura.

Durante casi una hora guió al gran caballo a través del espeso bosque que cubría la ladera de la empinada colina. Entre los árboles, por encima de su hombro izquierdo, vislumbraba de vez en cuando el lago Ness, que yacía como un espejo negro n el fondo de la cañada. La luna se reflejaba como un solo ojo en su superficie.

No dudaba de que los ladrones yacían durmiendo en algún lugar por delante de él. Probablemente habían acampado en lo alto de la cresta, desde donde podían contemplar la aldea y observar lo que ocurría. Allí esperarían la oportunidad de deslizarse de nuevo

hacia abajo y saquear también la cabaña de las mujeres. Sólo su temor a que Melanthe pudiera estar consciente y dar la alarma les había impedido asaltar el equipaje de las sacerdotisas antes.

Le sorprendió su persistencia. Esa misma determinación le preocupaba. ¿Por qué arriesgarse a cruzar espadas,con más de una docena de hombres armados cuando podía quedar poco que robar? Había botín para llevarse en otra parte. Einar se preguntó qué plegarias habría pronunciado Siriana para mantenerlos cerca.

A medida que cabalgaba más profundamente, el manto de terciopelo de la noche se acomodó con fuerza a su alrededor. Como había hecho muchas veces antes, dio las gracias a Ura por haberle acogido con Lord Lang de Ulfsbaer. De él había aprendido a luchar a ciegas cuando era un muchacho.

Bajo la tutela del conde, sus sentidos se habían afinado con los sonidos y los olores, y había desarrollado una especie de segunda vista. No necesitaba ver para saber que una persona estaba cerca.

Con los ojos vendados, él y su hermano adoptivo Stefan habían luchado contra guerreros experimentados con armas romas. Aunque no habían sido acuchillados ni apuñalados, los muchachos habían

resultado muy magullados y habían dado muchas volteretas antes de poder oír y sentir la presencia de otra persona.

Un revuelo de plumas, un lento batir de alas, y Viento de Medianoche se posó en su hombro. Graznando suavemente, el pájaro saltó del hombro izquierdo de Einar al derecho y viceversa. Einar encontró un puñado escaso de granos de avena en el bolsillo de su capa. Se los ofreció a su amigo.

—¿Qué haces aquí, mendigo loco? Te dejé a buen recaudo para que pasaras la noche con una bella dama.

En ese momento el semental resopló y levantó la cabeza. El pájaro y el caballo juntos alertaron a Einar de la aproximación de otro caballo y otro jinete. Alguien seguía la pista detrás de él. Una pequeña arboleda, densa y oscura, se extendía a su derecha. Apartó el semental del camino y se adentró en ellos. El caballo, Einar y el cuervo fueron engullidos por las sombras.

Desde su escondite, Einar concentró todos sus sentidos en el jinete que se acercaba.

La noche era tan nítida y clara que el clop de los cascos sonaba con claridad. Einar se descolgó el arco del hombro y Viento Medianoche bajó de un salto sobre el cuello del semental.

Tras bajar de su montura, Einar se dirigió al borde de la pequeña espesura. Escondido tras el árbol más grande, tensó su arco. Mientras esperaba, estudió la zona a su alrededor. Luego, manteniéndose en las sombras más oscuras, se movió alrededor del círculo hasta situarse donde podía dominar las dos posibles entradas a la zona.

De repente cesó el clop de los cascos del caballo. Escuchó pero no oyó ningún sonido. Un escalofrío le recorrió la espalda. Había contado con que el jinete entraría en el claro sin saber que le observaban. Einar esperó.

Silencio.

Entonces, como una aparición, una figura con túnica entró en el pequeño claro. Una silueta oscura. Por el contorno, parecía que el jinete llevaba un arco colgado de un hombro.

Su primer pensamiento fue que uno de sus propios hombres había venido tras él. Un estremecimiento de miedo le recorrió. ¿Le había ocurrido algo a Siriana o a su madre? Por el bien de la sacerdotisa, esperaba que Melanthe empezara a mejorar, pero tal vez había dado un giro para peor.

Einar observó cómo la figura avanzaba lentamente hacia el claro. Obviamente, también estaba escuchando. Einar no se atrevió a salir e identificarse. Suponía que no era uno de sus propios hombres. Enganchándose el arco al hombro y devolviendo la flecha a su carcaj, sacó su daga de la vaina y se deslizó entre los árboles hasta situarse detrás del desconocido. Se acercó más. Cuando iba a rodear con su brazo el cuello del intruso, la figura dio un salto y clavó la punta de la daga en el vientre de Einar.

—Yo no lo haría si fuera tú. —La voz de Siriana era áspera y amenazadora.

Einar maldijo al darse cuenta de que podía haber sido destripado.

—¡Mi señora!

—¡Mi sire! —Ella dio un paso atrás.

Sacudió la cabeza con disgusto. Había confundido la silueta de su cerbatana con un arco largo.

—Me seguiste hasta aquí cuando te ordené que te quedaras. ¿No te das cuenta de que casi te degüello?

—¿Quién estuvo a punto de ser degollado? —fue su réplica burlona.

Reconoció la verdad con un gruñido. Aún enfadado, intentó una nueva táctica.

—No debería sorprenderme que me hayas seguido, —retumbó —. Has desobedecido o cuestionado todas las órdenes que te he dado. Pero, ¿por qué te haces la sorprendida? ¿No me estabas buscando?

—Oh, sí, —respondió ella con descaro—, pero pensé que serías más difícil de encontrar,

Le estaba tomando el pelo, pero su punto de vista estaba bien entendido. Él no la había tratado con el respeto que se merecía.

—¿Cómo escapaste?

—Damer, el hombre que se quedó con mi madre, me ayudó, —respondió Siriana—. Estuvo de acuerdo en que necesitarías a alguien que te ayudara, que cuidara tu trasero. Obviamente, teníamos razón.

Esta vez él gruñó de verdad.

—Oh, y no te preocupes de que me sigan. Damer prometió no informar de mi desaparición hasta mañana.

—Vaghn se enfadará.

—Sí, pero el oro que acordé darle por su ayuda, le pesaba más que su enfado.

A Einar se le atragantaron estas palabras. Revelaban un lado de Siriana que no era ni sacerdotisa imperiosa ni muchacha asustadiza. Tuvo que bajar la voz en un esfuerzo por hacerla más severa.

—¿Has pensado cómo afectará tu huida a la seguridad de mis hombres y de tu madre?

—Damer dijo que se lo explicaría a Vaghn. Si fuera necesario. —Se rió brevemente.

—Bueno, mi señora, gracias a tus esfuerzos, ahora tendremos que ir juntos.

Ella le puso una mano en el brazo. Un rayo de luz de luna iluminó su rostro.

—No te enfades

—No estoy enfadado, —admitió—. ¿Qué hombre se enfadaría porque una mujer se atreviera a correr peligro para estar con él en una noche oscura en las profundidades del bosque? Estoy frustrado.

—Porque te retrasaré.

—No, porque puedes correr peligro.

—No lo haré, —le aseguró ella. Puedo ser de gran ayuda contra los ladrones.

Mientras la cogía del brazo para guiarla de vuelta a su caballo, sus labios rozaron su oreja.

—Puede que los ladrones no sean el mayor peligro al que tengas que enfrentarte en el bosque oscuro.

Ella se estremeció.

Él se balanceó en la silla de montar y le ofreció su brazo para subirla. Cuando ella estuvo bien acomodada detrás de él, arrancó a paso lento.

—¿A qué distancia está tu caballo?

—Cerca. —Fue lo más natural del mundo rodearle la cintura con los brazos. La barbilla de ella le rozó el hombro— Cuando ya no te oí moverte, decidí viajar a pie. Es mucho más rápido a pie entre los árboles que a caballo. Por supuesto, tuve que ir en silencio. Siempre existía el peligro de que pensaras que era uno de los forajidos y me dispararas.

—Nunca disparo a alguien que no conozco, —le dijo secamente.

—He traído mi cerbatana, —le dijo ansiosa, como una niña que espera su aprobación.

—Tu cerbatana no es un gran arma, ¿verdad?

—No me importaría aprender a usar un arco largo, —admitió con pesar. —Quizás tú podrías enseñarme.

—Tal vez. —Lo que él quería era subirla a su propio caballo, para que sus pechos no le oprimieran la espalda y sus brazos no le abrazaran tan cálidamente por el centro.

—¿Me dejarás montar contigo? —Suspiró pesadamente.

—¿Tengo elección, señora?

—No. —Ella sabía que había ganado. Se rió y le apretó un poco más fuerte. Su virilidad saltó a la vida.

Oyó la sonrisa en su voz y sonrió él mismo a pesar de su incomodidad. Complacerla a ella le daba placer, aunque ella pudiera suponer un problema más adelante. Se alegraba de su compañía, pero se preguntaba cómo había escapado del campamento de

Vaghn. A pesar de lo que ella creía que era la cooperación de Damer, se preguntó si se trataba de alguna trampa tendida por el forajido.

Volvieron en círculos hasta su caballo. Para su asombro, descubrió que ella había robado el corcel de nariz romana de Durin. El castrado era el orgullo de Durin, tan terco y difícil de domar como su amo. Einar sonrió al pensar en la ira de Durin cuando descubriera el robo. El aire estaría azul de maldiciones.

Einar transfirió a Siriana a su propia montura y pronto se abrieron camino a través del bosque. Seguir el rastro de los ladrones fue lento, ya que los altos árboles se adelgazaban y la maleza se hacía más espesa. Como sus voces llegaban lejos en la quietud, hablaron en voz baja.

—¿Cómo pensabas recuperar las alforjas? —preguntó ella.

—Por el camino más sencillo. —Cabalgaba inclinado sobre el arzón, con la mirada en el suelo—. Las robaré. Y luego correré hacia la aldea de Vaghn antes de que nos atrapen.

—¿Escabullirnos en el campamento y llevárnoslas? —El asombro sonaba en su voz.

—Me parece la forma más fácil. Si tienen más bolsas de otros botines, puede que ni siquiera sepan que nos las hemos llevado

hasta mucho más tarde.

—O quizás no puedan encontrar las nuestras, —señaló ella.

La luna estaba directamente encima ahora, las huellas de al menos cuatro jinetes claras en su luz. Tras un momento de silencio, hizo otra pregunta.

—¿Vas a esperar en la aldea a que Vaghn y sus forajidos te lleven a la forja?

—Sí, debo hacerlo. Debo tener la información que él jura que alguien de allí puede darme. Debo cumplir con mi búsqueda.

—¿Es algo que debes hacer o algo que quieres hacer?

—Ambas cosas. Tengo una deuda de gratitud con Ura de Dalsteinn, mi benefactor y mi sire. Fue el hombre que me dio esperanzas cuando era pequeño. Por eso me he comprometido a cumplir su desesperada petición.

Los tonos de Siriana eran apagados, casi como si hablara consigo misma.

—Ambos estamos atrapados por promesas a personas que amamos y respetamos. Pero las promesas ponen nuestras vidas en caminos distintos a los que habríamos elegido.

—Sí, tú más que nadie sabes de esas cosas. —Él recordó su apasionado relato del rechazo del hombre que debería haber sido su marido, y de la posterior vergüenza de su familia. Como él, ella había sido empujada por ese camino.

—Cuénteme cómo surgió su compromiso con esa gente.

—He llevado mi carga durante lo que parece mucho tiempo, —admitió lentamente—. aunque no han sido nueve años. Cuando era un niño pequeño, no más de cuatro o cinco inviernos, Ura me compró a un comerciante de esclavos.

—¡Eras un esclavo! —Su sangre real y su crianza retrocedieron instantáneamente ante él. Entonces su humanidad dominó y enterró esos sentimientos.

—Sí, —susurró.

Esperaba que su incredulidad no le hubiera avergonzado.

—Has conseguido una buena posición entre tu gente, —dijo ella.

—Sí, pero no lo suficiente. Ura era un hombre duro, pero. era justo. Me liberó y me crió como miembro de su familia.

—Ah. En Escocia realizamos este tipo de ceremonias de adopción. Tu padre debe ser muy generoso

—Me liberó, —repitió Einar—, pero no me adoptó. Cuando llegué a la mayoría de edad me adoptó Lord Lang, el conde de Ulfsbaer.

—Sin un nombre, ¿cómo pudiste ser acogido? —preguntó Siriana—. Tú... tú debes tener un nombre. Si no, serías... —Sacudió la cabeza mientras la esperanza se desvanecía—. Sé que tienes un nombre. Vi tu marca en tu mochila.

—Sí, señora, mi marca, pero no la de mi familia. Ura y Lang me acogieron por la amistad que sentían el uno por el otro. Durante los años que pasé con Lord Lang, llegué a respetarle y a gustarle. Su hijo Stefan y yo nos hicimos rápidamente amigos y hermanos adoptivos. Hace cinco años, acepté la daga de guerra de Stefan y navegué con él a las Tierras Altas para vengar un agravio cometido contra él y su padre.

—Me enteré de eso, —admitió—. Hiciste lo correcto y lo justo. ¿Pero te quedaste después de que Stefan hubiera vengado la vergüenza y se hubiera casado con la reina de Glen- muir?

—Sí. Había llegado a pensar que podría establecer mi hogar aquí. Entonces Ura envió un mensaje ordenándome que regresara inmediatamente a Northland. Cuando llegué, lo encontré moribundo.

—Lo siento. —Enroscó el caballo de Durin cerca del semental y puso su mano sobre la de Einar. Era un gesto que había deseado hacer muchas veces como sacerdotisa, para consolar a un penitente o a un paciente. Pero como célibe secuestrada, se le había prohibido tocar a nadie de ese modo. Ahora lo hacía con tal naturalidad que se asombraba de sí misma. Con qué facilidad se le habían escapado tales restricciones. Ahora lo tocaba sin sentirse culpable por haber violado sus votos. Quería tocarlo de otras maneras, a ese hombre viril que hacía correr la sangre por su cuerpo, que la hacía agudamente consciente de su feminidad. Apresuradamente se echó hacia atrás.

—Cuando regresé a casa, no reconocí el cortijo de mi sire, —dijo Einar sombríamente—. Yacía en ruinas. Aunque era primavera, las plantas y los animales se estaban consumiendo. Muchos de los edificios yacían en ruinas. La Gran Casa necesitaba reparaciones. El huerto de manzanas… —Se interrumpió y tragó con fuerza. —Ürа y su esposa, Nanna, tenían un gran huerto de manzanas que se extendía por muchas hectáreas. Era el orgullo y la alegría de Ura.

—Tu sire parece más un guardián de la tierra que un guerrero.

—Era ambas cosas. Fue él quien me enseñó a amar y honrar la tierra. Sus hijos, sin embargo, no querían saber nada de sus jardines y huertos. Querían saquear y expoliar. Eran hombres codiciosos que discutían continuamente sobre cuál de ellos heredaría la finca. Una noche, cuando estaban todos borrachos, quemaron los árboles frutales. Destruyeron su propia herencia. Al final los tres se mataron.

—¡Santo cielo! —murmuró Siriana—. Matar a un hermano es el más condenable de los pecados.

—Sí, Hel los reunió a todos de un golpe y los arrastró. —Cabalgaron en silencio, cada uno pensando en la tragedia que le había ocurrido al buen anciano.

Entonces Einar se sacudió para salir de su sueño.

—Los guerreros de Ura vieron en ello un presagio de los dioses. Le abandonaron en masa y juraron lealtad a otros sires.

—Todos menos tú —adivinó Siriana—. Eras el único al que Ura podía acudir en busca de ayuda.

—No, acudió primero a sus nietos, —señaló Einar—. Juró que el hombre que vengara su deshonra heredaría sus bienes. Pero sus nietos no querían saber nada de la venganza. Sin ningún amor por él

o por la tierra, navegaron a otras partes de las tierras del norte y se fueron con otros vikingos a los que consideraban mejores guerreros que Ura.

—Un clan arruinado, —murmuró Siriana.

—Sólo entonces mi sire me mandó llamar.

Cruzaron un charco poco profundo donde pudieron detenerse y dejar beber a sus caballos.

—Ura quería adoptarme, —indicó Einar—, y darme su nombre. Los dioses me habían sonreído. Mi mayor deseo era tener un nombre, dejar de ser un huérfano. Pertenecería a un clan. No. Sería mi clan. El clan del cuervo. Yo sería el jefe y todos mis hijos serían sus miembros.

Como si hubiera oído su nombre, Viento Medianoche bajó de la nada y se posó en el hombro de Einar. Sus plumas rozaron la mejilla del norteño. Entonces Einar le mandó seguir su camino y volvió sus ojos al suelo.

Las huellas eran claras en la suave arena.

—Pero primero tenía que realizar una tarea, —dijo Einar—. Era una que contaría con la bendición y la dirección de la diosa Idunn, o eso dicen los sacerdotes.

—Idunn. ¿Quién es ella?

—Ura la conoce bien, o eso dice. Es la hermana de Odín, el que todo lo ve. Ella cuida el manzano sagrado o árbol de los dioses. Su fruto supuestamente mantiene jóvenes a los dioses. Ella se le apareció a Ura en una visión y le ordenó que enviara a un guerrero dorado a buscar este árbol. Cuando llegue, deberá recoger no menos de veinte manzanas y traerlas de vuelta a Dalsteinn. De ellas, el guerrero deberá hacer un vino mágico de manzana para que Ura lo beba. Este vino le curará. Luego el guerrero debe plantar las semillas para que curen la tierra.

—¿Ura creía que tú eras el guerrero dorado?

—Sí. Creyó todo lo que te he dicho.

—¿Y tú lo crees?

Se encogió de hombros.

—Lo suficiente como para asumir la misión e intentar hacer feliz a un anciano.

—Pero esto es verdaderamente maravilloso. —Siriana rió alegremente—, Por esto, ¿serás adoptado y se te dará un nombre? Tendrás una herencia.

—Sí, pero hay más, —añadió en voz baja—. Ura estipuló que, como futuro heredero de Dalsteinn, debo casarme.

Siriana sintió un frío escalofrío instalarse en su vientre. No quería pensar en el matrimonio de Einar. No quería pensar en no volver a verle.

—Eso nos llega a la mayoría tarde o temprano, —susurró—. Mi padre lamenta de todo corazón haber defendido a Brenna y haberme empujado al claustro. Cada vez más, intenta persuadirme para que lo abandone y me case. Quiere un nieto que herede la alta silla de Aliean.

—Si te casas, lo harás con un hombre de su elección. —El corazón de Einar latía con fuerza mientras esperaba su respuesta. ¡Qué rápido había llegado a pensar en Siriana como su esposa!

—No. Puedo elegir, pero mi padre dice que mis opciones son limitadas. Muchos de los hombres elegibles me rechazarán, teniendo en cuenta la edad que tengo.

—¿Qué edad tienes?

—Un hombre nunca debe preguntarle la edad a una mujer, —le reprendió ella—. Sin embargo, te la diré ya que tú sólo me ves como una sacerdotisa. Tengo veintinueve

—Eso es ser vieja para dar a luz a tu primer hijo, —admitió—. Pero Nanna dio a luz al hijo menor de Ura a los treinta y nueve.

—Como célibe secuestrada, no tendré ningún hijo.

La declaración cayó como un muro de hierro entre ambos. Einar sintió dolor. Podía imaginarse a Siriana creciendo con un hijo, su hijo. A menudo había contemplado a las esposas de sus amigos cuando estaban embarazadas. Tenían un brillo en ellas que a él le parecía hermoso. ¿Su madre había tenido ese aspecto cuando lo llevó en su vientre? ¿Tendría una esposa suya ese mismo resplandor si estuviera gestando a su hijo? ¿Cómo sería un niño creado por él y Siriana? ¿Sería moreno o rubio? Sabía que un bebé así tendría un gran espíritu.

La fantasía de Einar lo llevó a él y a Siriana al que sería su hogar, reconstruyendo las casas, plantando los jardines y los huertos. A ella, que había sido cuidadora de la tierra, le encantaría verlos crecer. La vio de pie en la orilla esperando ansiosamente el regreso de sus viajes.

Pero todo esto nunca podría ser.

Apartó severamente esos pensamientos de su mente.

—Ura quería que eligiera una doncella para poder solemnizar los esponsales antes de partir de Northland. Me negué. Le dije que esperaría hasta que regresara con la fruta sagrada. Él podría adoptarme entonces y yo me casaría como correspondía a su verdadero hijo.

Einar recordó la advertencia de Ura: *Debes casarte con una mujer de mi elección, Einar, una de las Tierras del Norte, o no heredarás. No tendrás nombre.*

—Espero que encuentres las manzanas, —dijo Siriana—. He oído muchas cosas maravillosas sobre ellas. Los sacerdotes del Claustro de la Arboleda hacemos nuestras propias réplicas de las manzanas de nuestra diosa. En la antigüedad, Cliodna, una bella diosa del Otro Mundo, regaló una rama de plata con manzanas doradas a un héroe caído. Alrededor de sus hombros volaron tres pájaros que comenzaron a alimentarse de aquellas manzanas. Cantaron tan dulcemente que calmaron al héroe hasta que se durmió. Cuando despertó, sus heridas estaban curadas'.

—Una rama de plata con tres manzanas de oro. ¿Como la que sostuviste sobre el altar en la Víspera sin Nombre? —preguntó Einar.

—Sí. Viste mi versión del craebh ciuil. Supongo que todas las diosas también las poseen. Cuando la Gran Diosa Madre blande el suyo, hace una dulce música que inspira alegría. La fruta de nuestro huerto es dulce y saludable, y su zumo puede convertirse en un vino que une directamente a los mortales con la diosa. Cura a los enfermos y provoca el sueño. Se dice que en manos de una persona que lo merezca, la rama mágica con su racimo de manzanas puede convertirse en una lanza protectora.

—Supongo que las manzanas sagradas de Idunn podrían dar juventud a un anciano si tuviera la suerte de comerlas. Claro que sólo son alimento para los dioses.

Su tono amargo molestó a Siriana. En la quietud de la noche ya no pudo ocultar su preocupación.

—¿Por qué no crees?

Él se irguió en la silla de montar. Ella pudo ver el pálido óvalo de su rostro en la oscuridad.

—¿Por qué no crees? —repitió ella—. Todos nosotros, highlandes y norteños, creemos en dioses y diosas que parecen ser muy parecidos. Me atrevería a decir que incluso los cristianos tienen

algún tipo de creencia sobre las manzanas mágicas. Si tanta gente las cree, deben de ser reales.

Su voz tenía un tono duro.

—Mucha gente cree, pero nadie puede hablar por experiencia. Me hablas del manzano sagrado, pero ¿lo has visto alguna vez?

Lamentándolo mucho, tuvo que admitir que no lo había visto. De todos modos, deseó poder hablarle del manto sagrado y de lo que decían sus campanas. Pero ése era el secreto de Melanthe. No podía traicionar a la Elegida.

—Y tú eres suma sacerdotisa del Claustro de la Arboleda. Seguramente serías una de las que los dioses...

—No lo hagas. —Extendió la mano y le agarró del brazo—. No uses mi posición como excusa para no creer. No soy tan virtuosa.

—Eres una mujer tan virtuosa como cualquiera que haya conocido. Debe ser una leyenda. Un cuento.

—No. —Las uñas de ella se clavaron en la tierna piel de la parte interior de su codo—. Es real.

—Entonces, señora, —dijo él con su voz más formal—, ya que la Gran Diosa Madre es su diosa personal y posee un manzano de

verdad, ¿no puede suplicarle? Quiero sólo veinte de sus manzanas para salvar la vida de mi padre adoptivo. No dañaré el árbol de ninguna manera. Y sus dioses no necesitan esas manzanas para mantenerse jóvenes como los dioses de Northland necesitan las de Idunn.

La súplica de Einar, aunque pronunciada en un tono amargo y cínico, tiró del corazón de Siriana. Ella no sabía dónde estaba realmente el árbol sagrado, pero si encontraban el manto, tendría acceso a la información. ¡Qué irónico que pensara que el oro del claustro era más importante! Estaba rescatando el chal simplemente como un acto de compromiso personal. Pensó que podía ver el plan de la Gran Diosa Madre en esta extraña aventura.

Einar la había rescatado a ella y a Melanthe de los ladrones. La había salvado de los forajidos de Vaghn. Ahora la ayudaba a recuperar el chal sagrado que, con toda probabilidad, le abriría el camino hacia el árbol sagrado que buscaba.

Como todas las novicias, había hecho el voto de proteger el manzano sagrado. Sin embargo, sólo las Elegidas sabían dónde se encontraba. Sólo ellas conocían el camino a través de las espinosas zarzas que lo protegían y ocultaban de los ojos de la codiciosa

humanidad. Se reunían una vez al año para podar las zarzas y recoger las manzanas amarillas, un número determinado de las cuales se enviaba a cada claustro del bosque. Muchas de las semillas se plantaban en sus huertos. Otras se pulverizaban para utilizarlas en sus pociones medicinales.

—El Claustro de la Arboleda está rodeado de manzanos, —le dijo Siriana, con el corazón entristecido por no poder ayudarle—. La fruta ha sido bendecida y es la más selecta de la tierra. Puedes recoger algunas. Te daré nuestra receta para hacer nuestro vino especial y podrás volver a plantar tus huertos en Dalsteinn.

—En su visión Ura vio…

—Sé lo que vio, pero no notará la diferencia. Este huerto se inició con semillas del árbol sagrado, así que en cierto modo también es sagrado. Podrían salvarle la vida, Einar, y si lo hacen, serán las manzanas milagrosas que estás buscando.

—Yo notaría la diferencia, —respondió—. Debo continuar mi búsqueda de las manzanas sagradas. Sólo las manzanas de Idunn pueden salvar a Ura y a la tierra. —Sólo ellas podrían darle un nombre. Sólo entonces se sentiría con derecho a la intendencia.

—Para un hombre que no cree en los dioses, ciertamente te comportas de forma piadosa.

Gruñó y bajó del caballo para escudriñar el terreno. El terreno se había vuelto más escarpado, el suelo rocoso. Los cascos de sus caballos resonaban con fuerza en la noche.

—Yo seguiré solo, —le dijo—. Tú quédate con los caballos. Volveré

Ella ya estaba bajando de la silla de montar.

—Ata las riendas a ese arbusto —contradijo ella—, ya que iré contigo. Dos pueden buscar entre el botín de los ladrones el doble de rápido que uno.

Abrió la boca para discutir, luego se encogió de hombros.

—Asegúrate de mantener el ritmo.

Ella hizo una mueca a su espalda mientras él le guiaba por el sendero. Una niebla comenzó a levantarse entre las rocas.

—Mi sire, hoy me has pedido que deposite mi confianza en ti. Esta noche te pido que hagas lo mismo.

A la luz de la luna, ella vio cómo se alzaban sus anchos hombros, pero él no dijo nada.

—No tengas más tratos con Vaghn y sus proscritos. No saben dónde está el árbol sagrado, ni creo que se encuentren con nadie que lo sepa. Los guardianes de la tierra no asisten a las reuniones de los infractores de las leyes de dios y del hombre. Vaghn aceptará de buen grado el tesoro a cambio de inútil información-u ofrecer una retahíla de excusas de por qué no tiene ninguna información.

Einar sabía que ella tenía razón, pero era la única esperanza que tenía.

—Sí, señora. Es un riesgo que corro. A menos que tú, que afirmas que el árbol existe, puedas decirme dónde está.

—No puedo. —Ella se negó a hablarle de Melanthe—. Pero tengo acceso a gente que sí lo sabe. En cuanto volvamos al claustro, iré al Alto Consejo de todos los druidas. Le hablaré del sueño de tu padre. Y le explicaré tu búsqueda. Como soy la suma sacerdotisa del claustro, harán lo que les pida.

Resopló escéptico.

—Estoy seguro de que estarán encantados de ayudar a un vikingo.

—Tienes muchas más posibilidades con ellos que con los forajidos.

—Gracias por querer ayudarme, —dijo Einar—, pero dudo que revelen su secreto.

—No podemos sino intentarlo, mi sire. Si rechazan mi petición, la llevaré ante el Áncestro de los Días y las Noches, el Sumo Sacerdote Druida, Morcar. Estoy decidida a ello. —Cuando Einar no respondió, ella suplicó con más fuerza—. Por favor, mi sire, considéralo. Será mucho menos probable que te metan un puñal entre las costillas.

—Lo consideraré. —Cabalgaron un trecho antes de que él se aclarara la garganta—. Señora, conozco bien a Lady Brenna. Es una persona justa y honorable. ¿Por qué permitiría su hermana que cayera sobre ti la desgracia de casarte con su prometido?

Siriana se había preguntado lo mismo. Sólo podía creer que una combinación de impetuosa juventud, los celos instintivos de una hermana menor por una mayor y el apuesto rostro y los poderes persuasivos de Arlyn habían efectuado semejante traición. Normalmente nunca hablaba de los esponsales rotos sin gran dolor, pero ahora descubrió que no tenía la menor aprensión. El guerrero dorado que buscaba un milagro había obrado un milagro con ella.

—Cuando Arlyn O'lland llegó de Eire, yo estaba fuera de mí de alegría, pero me tomó una antipatía instantánea. Aplastó mi felicidad cuando me dijo que se había enamorado de mi bella hermana menor.

Einar murmuró una maldición.

—Pero tú eras la primogénita. —exclamó Einar incrédulo—. ¿Por qué tu padre te avergonzó tanto?

—Brenna era la hija de su corazón. Su madre murió cuando era un bebé. Él y yo la criamos. La amábamos, Lord Einar. Más tarde trajimos a Melanthe para que fuera su tutora. Ella también cayó profundamente bajo el hechizo de Brenna. Los tres la mimamos. Le dábamos todo lo que quería, y ella creció acostumbrada a tomar sin pensar en las consecuencias.

A Siriana se le hinchó dolorosamente la garganta al recordar la crueldad irreflexiva de Brenna.

—Creció rápida y dolorosamente, según he oído. Su matrimonio con Älba terminó en desastre en su noche de bodas. Demostró ser un hombre cruel. Bebía demasiado y la golpeaba.

—Al menos tú te libraste de eso, —comentó Einar.

—Sí. Él la habría mutilado de por vida, posiblemente incluso la habría matado, pero su gato montés de las Tierras Altas saltó sobre él y le arañó ferozmente. Más tarde mi hermana recibió una demanda de divorcio, pero el juicio fue en su contra. La asamblea creyó a Arlyn cuando la acusó de pretender ser virgen cuando no lo era. Juzgaron que ella era de su propiedad y que él podía hacer lo que quisiera con ella, —dijo Siriana—. Mientras tanto, yo estaba destrozada y decidí ingresar en el claustro para alejarme de todo —suspiró.

—Pero no es fácil abandonar el claustro una vez que se ha ingresado en él. Lo descubriste a tu pesar. —Tras un momento de silencio, Einar continuó—: Al igual que tu hermana, te convertiste en una marginada cuando Arlyn te rechazó.

Sorprendida, Siriana se paró en seco.

—No. No soy una marginada.

—Yo digo que lo eres. Por ley, la asamblea desterró a Brenna y por elección te desterraste a ti misma a un claustro.

—Mi padre me acusa de esconderme allí, —admitió ella con rigidez—. Pero no lo hago. Como tú has elegido ser guerrero, yo he elegido ser una sacerdotisa dríade.

—Pero no te gusta esa vida.

—Sí me gusta

—Mi señora —Su voz profunda le provocó escalofríos—. Te he besado y te he llevado al placer de una mujer. Eres inadecuada para la vida de un célibe.

Se detuvo a mitad de camino. Gracias a la Diosa por la oscuridad. Él no pudo ver el rubor que subía a sus mejillas.

—Un sire de buena educación no me lo recordaría.

Como para adelantarse a su discusión, Viento de Medianoche se dejó caer sobre el hombro de Einar y arrancó el broche que sujetaba su capa.

—Está buscando grano, —dijo Einar.

El propio estómago de Siriana gruñó al pensar en comida.

—¿Deberíamos parar para que coma?

Einar se rió.

—No tenemos que parar por él, pero podemos parar por ti y por mí.

Soltó un suspiro de alivio. No podía subir ni un escalón más.

—El camino es empinado y…

—Y las sacerdotisas del claustro no están acostumbradas a recorrer largas distancias a pie, —terminó Einar por ella.

Se dejaron caer juntos en medio del sendero, con la espalda apoyada en un enorme peñasco y las piernas estiradas delante de ellos. De un bolsillo de su capa, Einar sacó una torta de avena, que le pasó a Siriana.

—Son raciones pequeñas, —se disculpó—. No tenía previsto que me acompañaras.

Viento Medianoche saltó del hombro de Einar al regazo de Siriana. Sorprendido, Einar se quedó mirando al pájaro.

—Nunca había hecho eso antes. Tienes un don con los animales.

Ella pasó la mano por las plumas del pájaro. El cuervo giró la cabeza y se frotó contra ella.

—Melanthe afirma que es porque nací en el Día sin Nombre.

—¿Te pusiste nombre cuando entraste en el claustro?

—Mi madre lo eligió por mí, —respondió Siriana—. Estaba tan asustada por haber dado a luz a una hija de la noche que hizo todo

lo que pudo para protegerme. Invocó a una de las aves más sagradas y poderosas para que fuera mi tocaya. Luego realizó un ritual que me protege y me une a las Tierras Altas, a su tierra, su agua, su aire, su cielo. Todos los dioses y diosas deben protegerme porque les sirvo como guardiana de la tierra. No puedo abandonar Escocia sin arriesgarme a morir.

Viento de Medianoche le picoteó suavemente la punta de los dedos. Feliz con este momento, Siriana no quería enturbiarlo con pensamientos sobre sus votos y juramentos. Le había encantado hablar con Einar. Había demostrado ser mucho más que un guerrero. Encontró en él mucho que amar.

Dirigió su siguiente declaración al pájaro.

—Tengo un cuervo. Se llama Noche Negra y es más o menos de su tamaño.

Einar parecía interesado.

—¿Cómo la conseguiste?

—Cuando estaba recogiendo hierbas, la encontré herida en el bosque. Por supuesto, tuve que rescatarla.

—Porque era un cuervo.

—Porque estaba herida y necesitaba ayuda.

—¿Por qué no viajas con ella? —Preguntó Einar.

—Ella está a salvo en casa. Construí una gran jaula dorada para ella. Tiene su propio gran salón y un asiento alto. —Sonrió tentativamente—. Le he creado sus propias joyas, un delicado anillo para su garra derecha y una delicada cadena de oro que la ata a mi capa.

—¿Cómo puedes atarla con una jaula y una cadena? Es una criatura del viento, —protestó Einar.

—La quiero, por eso la protejo, —argumentó Siriana.

Einar vio la similitud entre Siriana y su pájaro. Ambas eran hermosas criaturas de la naturaleza. Ambas estaban en jaulas de distintos tipos.

—Los cuervos pertenecen a los dioses y al bosque. Deberían ser liberados, no encerrados.

—La jaula es grande, —explicó desafiante. Por primera vez, se sintió culpable por Noche Negra—. Tiene mucho espacio para moverse. La cadena es bastante delicada. Parece estar contenta con nuestro arreglo. —Hizo una pausa y bostezó ampliamente. La quiero. No le haría daño por nada del mundo. Ni soportaría perderla.

Al captar su bostezo, Einar abrió su capa y la atrajo bajo ella.

—Dormiremos una hora. —Cuando ella empezó a protestar, él sacudió la cabeza—. No pueden estar mucho más adelante. El descanso refrescará nuestros sentidos para lo que debemos hacer.

Era un buen hombre. Tan generoso, tan bondadoso. Se acurrucó contra él, oyendo el cálido retumbar de su corazón cerca de su oído. Sin pensarlo, le puso la mano en el pecho.

—Mi señora, —retumbó su voz profunda—. Si mantienes tu mano ahí, no descansaré. —Hizo una pausa significativa—. Y tú tampoco lo harás.

Bruscamente, la cálida camaradería que habían estado compartiendo terminó. Siriana miró fijamente la oscuridad ante ella, aterradoramente consciente del hombre que la sostenía. Era un misterio. Nunca se había dado cuenta de que un hombre podía ser feroz y gentil, un guerrero y un guardián de la tierra, un hermano que le ofrecería un manto y un amante que la acostaría sobre él. En su corazón sabía que ella y Einar de Dalsteinn nunca podrían compartir una simple amistad. Al principio habría insistido en que lo que sentía hacia él era caridad sacerdotal. Pero hacer esa afirmación

ahora sería una mentira. Lo que sentía por su guerrero dorado era deseo, todo lo abarcaba, todo lo consumía.

Quería aparearse con él, estar siempre con él.

Sintiendo el pesado peso de su llamada, como había hecho con frecuencia durante los dos últimos días, cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó contra el brazo de él. Pero no durmió. Cansada como estaba, por mucho que le doliera el cuerpo, le dolía más el corazón. Su ordenada vida se había derrumbado a su alrededor y su satisfacción con el claustro se había perdido para siempre.

Acostarse con él, se dio cuenta, marcaría un nuevo comienzo. Se abrazó a sí misma con fuerza mientras otro escalofrío la hacía temblar.

—Vas a necesitar descansar. —La voz de Einar surgió suavemente de la oscuridad.

—Creía que estabas dormido.

—¿Cómo iba a estarlo contigo temblando como una hoja?

—Estoy cansada y tengo un poco de frío. —Intentó excusarse —. No estoy acostumbrada a escalar montañas en mitad de la noche.

Él no dijo nada.

Ella levantó la vista hacia él, pero su rostro estaba en penumbra, con la luna sobre su hombro izquierdo.

—También estaba pensando en cuánto ha cambiado mi vida desde que te conocí.

—Sí, la mía también.

—Sólo nos conocemos desde hace unos días. Horas en realidad. Deseas mi cuerpo, pero no te gusto mucho, ¿verdad?

Él consideró sus sentimientos y decidió que era mejor no revelarlos. Los votos de ella los habían puesto para siempre en caminos diferentes.

—Te deseo, —confesó él—. Lo he hecho desde que te vi en el altar de la arboleda alta. La mayor parte del tiempo me caes bien, aunque a veces seas presuntuosa y arrogante.

—Lo comprendo, —replicó Siriana—. Yo siento lo mismo por ti.

—Pronto os devolveré a ti y a tu madre al claustro, y se reanudará la vida tal y como la conocíais.

—Volveré al claustro, pero no a la vida tal y como la conocía. Ahora que te he conocido, ya no soy inocente. Sé lo que quiere mi

cuerpo. —Ella volvió a estremecerse.

Su brazo se apretó alrededor de ella mientras trataba de calmarla.

—Cuando me haya ido, me convertiré en un recuerdo que se hará más tenue cada día que pase.

Ella se giró en sus brazos, colocando de nuevo la mano sobre su pecho. Esta vez no la apartó, ni siquiera cuando sintió que él aspiraba una rápida bocanada de aire.

—Antes de conocerte, mi vida se centraba en el claustro. No tenía dudas sobre quién era o qué camino había elegido. Ahora estoy desesperadamente confundida.

—Has experimentado el deseo, —convino él—. Debería lamentarlo, pero no es así. Ningún hombre que sea hombre podría lamentarlo.

—Lo has experimentado antes, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí. No he vivido una vida enclaustrada o célibe.

Ella se desplomó contra su brazo. Su mano cayó sobre su regazo.

—Aunque abandonara el claustro, no tenemos futuro juntos. Los hilos de nuestras vidas están tejidos de modo que cada uno de nosotros está ligado a su propia tierra, mi sire.

—Me temo que eso es cierto. —Su pecho se agitó de nuevo.

Mirándose fijamente a la cara, se movieron al mismo tiempo, acortando la distancia entre ellos.

—Mi sire. —Ella levantó la mano y le tocó la mejilla.

—Mi señora. —Él le cogió la cara entre las palmas y le rozó las mejillas, las sienes con las yemas de los dedos—. Vikingo y Sacerdotisa o bastardo sin nombre e hija mayor del alto rey.

Él enroscó un mechón de su pelo alrededor de uno de sus dedos.

—¿Te das cuenta de que desde que nos conocemos no nos hemos llamado por nuestro nombre?

—Sí, mi sire. Einar, —susurró ella—. Einar. —Ella le rodeó con los brazos y acurrucó la mejilla contra su pecho.

Doblándola en sus brazos, él apoyó su mejilla sobre la cabeza de ella.

—Siriana.

Necesitando y deseando consuelo más que pasión, deseando poder deshacer lo que el destino les había hecho, se abrazaron. Se frotaron la espalda. Enredaron los dedos en el pelo del otro.

—Einar. —Ella se apartó para mirar fijamente su rostro ensombrecido por la noche—. Einar de Dalsteinn. Desde el momento en que te vi en mi altar de la arboleda alta, pensé que eras el hombre más guapo de todo el mundo.

—Siriana nea Pryse de Ailean. Mi pequeño cuervo. Desde el momento en que te vi pensé que eras la mujer más bella y deseable del mundo. —Su pelo se deslizó como la seda entre sus dedos.

Nunca había sentido tanta alegría como al oírle pronunciar su nombre. Al mismo tiempo se dio cuenta de que él no tenía ningún hijo que añadir a su nombre. Era una gran pena entre sus dos pueblos no tener nombre. A ella le apenaba pensar lo mucho que él deseaba una familia y un clan. Si Ura no hubiera tenido la previsión de acoger a Einar con un conde de las Tierras del Norte, la gente habría creído que era huérfano. Como tenía amigos y un hermano adoptivo en posiciones elevadas, nadie le cuestionó.

—Si me adoptan, —dijo Einar, como si leyera su mente—, me llamaré Einar Urassonn.

—Encontrarás las manzanas, —prometió ella, más tentada de lo que nunca había estado a revelar el secreto de las campanillas del chal—. Sé que lo harás.

—Sí. —Einar le sonrió.

—Una vez que seas adoptado y tengas tu nombre, visitarás nuestro claustro. Te llamaré Einar Urassonn de Dalsteinn en Northiand. —Se rió entre dientes—. Mi lengua se cansará de decirlo.

—Más que nada en el mundo, mi dulce Siriana, quiero oírtelo decir.

—Lo haré, —prometió ella.

—Ahora, no hables más. —Acomodó su cabeza contra él—. Duérmete. En una hora debemos levantarnos. Debemos encontrar su campamento antes del amanecer.

Obedientemente ella cerró los ojos, pero no durmió. Pensó en Einar, en el hombre que le importaba... el hombre al que amaba. Nunca podría tenerlo. Aunque abjurara de sus votos, abdicara de su cargo de gran sacerdotisa y abandonara el claustro, cada uno de ellos era guardián de tierras muy lejanas. Ella estaba ligada a Escocia y a la Gran Diosa Madre. Él, a las Tierras del Norte y a Ura, su benefactora y su sire.

Capítulo 9

—Mi señora. —Siriana sintió el calor de la mano en su hombro. Él la estrechó suavemente. Tambaleante, abrió los ojos y lo miró a la cara. Contemplando aquellos maravillosos ojos ambarinos, sonrió.

—Mi sire.

—Nos hemos quedado dormidos.

Ella se dio cuenta de que la brillante luz del día los calentaba.

—Oh. Lo siento mucho. Todo esto ha sido culpa mía.

Él la fulminó con la mirada, burlón.

—Ciertamente lo fue. Prometiste no retrasarme y aquí me has hecho perder media noche.

Parecía tan verdaderamente afectada que él no pudo soportar seguir burlándose de ella.

—Pero me alegro. Me he preguntado cómo serías cuando despertaras. —Le pasó la mano por el pelo, levantando su peso, sosteniéndolo en la palma, dejándolo bajar entre sus dedos extendidos.

Ella recordó que ésa había sido una de las últimas cosas que él había hecho la noche anterior. Supuso que le fascinaba el pelo negro, ya que procedía de una tierra donde casi toda la gente era rubia.

—¿Qué aspecto crees que tengo? —murmuró.

—Eres preciosa, Siriana.

—Debes de estar cegado por el sol de la mañana, —se burló ella—. Lo último que soy por la mañana es bella.

Se había peinado con los dedos, pero seguía despeinado. Suavizaba la dureza angulosa de su rostro. Sus ojos eran cálidos, menos cautelosos de lo que Siriana los había visto nunca. La barba que le atusaba la cara añadía fuerza a sus rasgos. No era tan hermoso, pero era mucho más querido.

—Había desesperado de verte cuando despertaste por primera vez, —dijo ella—. Eres el objeto de mi deleite. Ayer, cuando te vi, habías ido al arroyo a bañarte. Estabas semidesnudo.

Agachó la cabeza como si su franca confesión le hubiera avergonzado. Una pizca de rojo manchó sus afilados pómulos.

—Es una práctica que comencé hace mucho tiempo, cuando empecé a ser vikingo. Cuando viajamos, ya sea por tierra, por mar o por ambos medios, debemos aprovechar la luz del día. Nos levantamos temprano por la mañana y viajamos tan tarde como podemos.

—Debes amar el mar, —murmuró ella, con un deje de pesar en la voz.

—Sí, Siriana, no hay mayor placer en el mundo que estar de pie en la cubierta de un barco. El chasquido del viento en las velas, el sabor de la salmuera en los labios. Un horizonte que se extiende eternamente. El amanecer y la puesta de sol. —Hizo una pausa—. ¿Nunca has navegado con tu hermana?

—Nunca. Mis deberes estaban en el claustro. Nunca tuve motivos para viajar con ella. —Fue su turno de agachar la cabeza. —Aunque no creo que ella hubiera querido que la acompañara. Cuando digo que nos hemos perdonado, no quiero decir que seamos amigas íntimas.

Ignoró el último comentario.

—No hace falta tener motivos para viajar, —dijo Einar suavemente—. Es algo que puedes hacer porque quieres.

—No una sacerdotisa enclaustrada. —Ella vio que su rostro se ensombrecía—. Pero ahora quiero hacerlo, Einar. Quiero desesperadamente.

—Entonces, Siriana, te prometo que un día la llevaré a navegar en mi barco.

—Cuéntame cosas sobre él.

Siriana escuchó mientras él hablaba de su palangrero, el Morning Star. Se imaginó el brillante despliegue de escudos cuando navegaba victorioso hacia el puerto, los estandartes que se desplegaban del mástil, la vela tensa ondeada por el viento. Podía imaginárselo al timón, dirigiendo su barco, gritando órdenes a sus hombres, guiándoles hacia grandes victorias y maravillosos premios. Se atormentó hasta que tuvo ganas de llorar.

Tragó saliva para contener el dolor.

—Suena tan aventurero.

—Siempre hay algo nuevo que ver. Una nueva tierra. Un nuevo invento.

—¿Dónde está tu barco ahora?

—Tres de mis guerreros lo tienen amarrado en un pequeño puerto de Thornsgate.

—Pronto marcharás hacia él, —dijo Siriana—, portando las veinte manzanas sagradas y esperando tu nueva vida.

Sonrió y cogió una hoja que caía del árbol que tenían encima.

—Si tú y yo no nos ponemos en marcha, no creo que lo haga.

A Siriana le encantaba verle sonreír; cambiaba todo su semblante, le hacía parecer más accesible y comprensivo, más el hombre de la casa y del campo que el guerrero. De repente tuvo la visión de un niño. Un niño pequeño de pelo rubio y blanco que alzaba los brazos hacia Einar. El norteño lo levantó sobre su pecho. El niño se rió y la miró por encima del hombro. Sus ojos eran marrones. Marrones oscuros. Como los de ella.

Einar tiró de ella para ponerla en pie y señaló hacia un estrecho arroyo de agua que saltaba de piedra en piedra en una cascada blanca.

—Date prisa. Tenemos que ponernos en marcha lo antes posible.

Mientras le seguía hasta la orilla, la desesperación se apoderó de Siriana. Einar se alejó en dirección opuesta. Supuso que iba a bañarse, pero el agua parecía demasiado fría, rápida y poco profunda para ella. Se quedó mirando fijamente a sus precipitadas profundidades, intentando leer el futuro. El niño. Cómo deseaba que ese niño fuera suyo.

Dejar de ser guardiana de la tierra sería prácticamente imposible. Tres santas mujeres habían aceptado sus votos: La Madre Bárbara, sacerdotisa del Claustro de la Arboleda; la Madre Feich, sacerdotisa que también era vidente y sanadora, así como la madre adoptiva de Cassian mac Weir; y su propia madre, Melanthe, Antigua del Claustro de la Arboleda y ahora Elegida entre las dríades. Todas habían estado presentes para aceptar sus votos; todas la habían ayudado a soportar lo insoportable en su retirada del mundo.

Tendría que pedirles a cada una por turno que la liberaran. No era posible. No podía enfrentarse a ellas y pedirles que abandonaran el lugar que le había dado santuario y la había levantado cuando estaba en desgracia.

Una tristeza se apoderó de Siriana al pensar en su madre. ¿Cómo de grave era la herida? ¿Se había infectado? ¿Acaso

Melanthe se agitaba ahora con fiebre, llamando a su hija? Ella no debería estar aquí con Einar. No estaría aquí, de no ser porque el chal sagrado con las campanas inscritas cobraba más importancia que nunca. No sólo el de su madre, sino ahora el destino de su amada dependía de su regreso al claustro Más allá, río abajo, oyó chapotear. Einar debía estar terminando sus abluciones. Era infinitamente más valiente que ella. Cuando sumergió las manos en el agua para lavarse la cara, se le entumecieron los dedos. El agua debía de estar muy por debajo del punto de congelación. Se secó y caminó río abajo en la dirección que había tomado su guerrero.

El agua saltaba por encima de un peñasco. Lo rodeó y encontró un estanque. Y allí lo vio. Aparentemente ajeno al frío, rodaba y chapoteaba en el agua como un delfín. La luz de la mañana brillaba en su pelo mojado, que tenía retirado de la cara. Le brillaba en la cara y los hombros.

El vapor se elevaba de su piel. Entonces se dio la vuelta. Una larga y suave brazada le llevó hasta las rocas. Metió las piernas debajo de él y se levantó. El agua se deslizó por su cabeza, su pecho y abdomen, sus flancos y muslos. Salió a una roca.

Siriana recuperó el aliento. Estaba desnudo. La luz del sol que se filtraba a través de la copa de los árboles captó su magnificencia y lo convirtió en uno de los campeones inmortales. Unos hombros macizos se estrechaban en una cintura esbelta, unas nalgas delgadas y prietas y unas piernas nervudas. Había visto antes hombres desnudos cuando atendía a los enfermos y heridos en el claustro, pero ninguno se comparaba con Einar. Su masculinidad la fascinaba y excitaba a la vez.

Él se volvió y ella vio su hombría.

Inclinándose, cogió un trozo de lino. Vigorosamente se lo frotó por la cara y el pelo, por debajo de los brazos y por el pecho. Sus manos y el paño bajaron más. Hipnotizada, observó cómo se deslizaban por su abdomen, por el vientre de músculos apretados hasta la oscura mancha de vello púbico. Acarició su hombría, secándola suavemente, y luego arrojó el paño sobre un peñasco cercano. Siriana contempló sin pudor su protuberante excitación. Aspiró. Quería tocarlo. Débil por sentimientos que apenas empezaba a reconocer, se recostó contra un árbol, preguntándose qué le estaba pasando. Nunca se había dejado llevar por la carnalidad. Temblorosa por la emoción y el esfuerzo de estar absolutamente callada, se alejó sigilosamente hasta su propia zona de baño.

Cuando regresó al campamento, Einar le estaba ofreciendo otra torta de avena y diciéndole que tenían que comérsela mientras caminaban.

—Date prisa, —le dijo—. No queremos perderlos, no cuando estamos tan cerca.

En lugar de adecuar sus actos a sus palabras, se inclinó sobre ella. Ante la pregunta en sus ojos, susurró:

—Migajas.

Con la yema del pulgar, le limpió las comisuras de los labios.

—Qué raro, —le dijo ella—. No he probado bocado.

—Mentí, —admitió él—. Sólo quería tocarte.

Ella estudió su boca y la textura de su piel morena por el sol. Quería saborearlo, sentir su calor, la dureza de su cuerpo que podía volverse suave, la suavidad que podía volverse dura. Incluso cuando ya no le rozaba la boca, siguió sujetándole la barbilla, mirándola fijamente a los ojos.

—Cuando vi tus ojos por primera vez, me recordaron al ámbar del Báltico, —confesó—. Nunca había visto unos ojos tan hermosos.

Einar sacudió la cabeza. Avergonzado, aunque obviamente complacido por su cumplido, trazó el arco de su ceja con la punta del dedo. Su pulgar rozó la comisura de sus labios. Como si ella fuera un sendero que quisiera recorrer una y otra vez, o uno que deseara memorizar porque nunca volvería a recorrerlo, la estudió, anotando todas las marcas del terreno, haciéndose una imagen indeleble de ella en su mente.

—Mis ojos son bastante claros. —Siriana se adelantó a lo que consideraba un halago—. Sólo son marrones. No azules. Unos ojos azules serían maravillosos. Mi hermana tiene los ojos azules.

—No, me encantan tus ojos marrones. Y no son sencillos. Son hermosos. Miro en ellos y veo el bosque. Un aliciente para vivir.

—¿Todo eso en mis ojos? —Ella sonrió ante sus absurdos.

—Y más, —insistió—. Tendré que pasarme horas leyéndotelos cuando tengamos tiempo.

—Sí.

Mientras hablaban, ambos sabían que no tendrían la oportunidad de que él le leyera los ojos más de lo que ella navegaría algún día con él. La tristeza nubló sus rostros incluso cuando Siriana volvió la cara hacia la palma de su mano y la besó. Con sus labios

eligió el mundo imaginario. Le ofrecía una alegría que el real parecía negarle.

El silencio fue roto por el parloteo de una ardilla. En un árbol por encima de ellos, les regañó por su presencia y luego agitó la cola con rabia antes de correr por la rama y desaparecer entre el follaje.

Siriana carraspeó y se apartó de la mano de Einar.

—¿Crees que los encontraremos hoy?

—Sin duda. —Einar se protegió los ojos del sol y observó los peñascos grises de la cresta que se elevaban por encima de los árboles verde oscuro. La respuesta le entristeció. No había esperado encontrar tanto placer en esta expedición. De hecho si hubiera estado solo, ya habría terminado. No se habría detenido a pasar la noche para darle la oportunidad de descansar. No habría pasado este tiempo bañándose.

Pero no habría tenido su compañía, ni estos preciosos momentos de compartir los secretos de sus corazones.

Siriana también miró a su alrededor.

—¿Dónde está Viento de Medianoche?

—Explorando, —respondió Einar—. Se cuida a sí mismo. Probablemente no le vea hasta más tarde.

—Nunca sabes si va a regresar, ¿verdad?

—No. Nunca lo sé.

Pateó un guijarro del sendero.

—Eso no me gustaría. Me gusta mi vida bien ordenada. No quiero vivir con incertidumbre, preocupándome por los que amo. ¿No te preocupas por él?

—Al principio le echaba de menos, —admitió Einar. Pero he aprendido a vivir con la incertidumbre. Tiene derecho a su libertad. Quizá uno de estos días los dioses me envíen otro cuervo que prefiera estar conmigo. Una hembra preciosa con plumas negro-azuladas y una mirada atrayente.

Ambos rieron.

En menos de una hora estaban trepando mano a mano sobre afiladas rocas grises. El rastro se había desvanecido, pero Einar confiaba en que lo encontraría al otro lado de la montaña.

Por encima de su hombro, Siriana podía ver el lago Ness, una extensión negra y plateada que se extendía hasta el horizonte

septentrional. Estaban a pocos metros de la cima de la cresta cuando cogió la manga de Einar y señaló.

—El pueblo.

—Sí. Los ladrones se sentaron aquí cerca y nos observaron. Querían más. —La miró con sobriedad—. Si hubiéramos llegado media hora más tarde durante su primer ataque, no habríamos encontrado más que los restos de una carreta de bueyes y ocho cadáveres.

Ella se estremeció.

—Pero éramos una procesión de peregrinos religiosos.

—Para ellos solo erais una presa.

—¿Cómo pueden no temer la venganza de la Gran Diosa Madre?

Los ojos ambarinos de Einar se clavaron en los de ella. Hizo un violento movimiento de corte con la mano.

—Vuestra Gran Diosa Madre ha estado notablemente silenciosa desde que empezó todo esto. No protegió a tus guardias ni a tu madre, su propia Antigua, ni a ti. Su tesoro, y un objeto que me dices que es de lo más sagrado, yacen ahora en las manos de

ladrones. Y no tienes a nadie de quien depender salvo a un incrédulo.

Siriana tragó con fuerza. Intentó tartamudear una explicación, pero él puso el pie sobre un gran peñasco y se encaramó. Sus grandes manos se cerraron sobre las afiladas rocas de la cima de la cresta y se balanceó. Había desaparecido de su vista antes de que ella pudiera reunir sus argumentos.

Al otro lado de la cresta, Siriana encontró a Einar siguiendo una especie de rastro. Un pequeño parche de tierra húmeda revelaba huellas de pezuñas profundamente incrustadas. Einar se arrodilló y las trazó con los dedos.

Siriana se inclinó sobre él, contemplando lo que le parecía un revoltijo sin esperanza a la brillante luz del día.

—¿Puedes decir cuáles son las más frescas?

—La mayoría de las veces. —Señaló una—. Ésta es nueva. Ve cómo se imprime sobre éstas. Esta de debajo es más antigua. Y pertenece a uno de los hombres que os robaron a ti y a tu madre.

—¿Estás seguro? —Siriana se inclinó más cerca.

—Sí. Reconocería esta huella en cualquier parte. ¿Ves la muesca en la pezuña? Vi una así el día que te atacaron.

—¿Cuando estabas estudiando el rastro?

—Sí.

Se levantó y siguió las huellas durante un corto trecho. Abandonó el rastro y se adentró en los árboles achaparrados de su borde. Levantando la cabeza, olfateó y miró a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Siriana.

—Humo. Alguien no apagó el fuego.

Siguió caminando a través de un grupo de árboles. Siriana le siguió. En un pequeño claro, volutas de humo ascendían débilmente en el aire. Unas pocas brasas de color rojo apagado brillaban cerca del follaje seco.

—Ahí. —Se acercó al fuego y pateó tierra sobre las brasas aún incandescentes.

—¿Cómo puede alguien hacer eso? —exclamó Siriana horrorizada—. Deben conocer las leyes del bosque.

Le hizo un gesto para que guardara silencio, luego se arrodilló junto al fuego y se alejó lentamente en abanico alrededor del campamento. Finalmente se detuvo y volvió a trazar el suelo.

—Los ladrones que robaron tus bienes no están lejos, —susurró—. Mi suposición es que se están moviendo de un lugar a otro en lugar de establecer un campamento permanente. Así hay menos posibilidades de que los sorprendan. También pueden estar retrocediendo hacia la aldea para intentar otra incursión.

Parecía alarmada, pensando en su madre una vez más a merced de hombres asesinos.

Tras asegurarse de que el fuego estaba apagado, siguieron adelante. Durante toda la tarde, Einar siguió las huellas. Siriana sacudió la cabeza asombrada cuando él le señaló una marca blanca en el lateral de un peñasco gris donde un trozo de metal había rozado contra él. En otra ocasión le mostró una roca volcada por el paso de una pezuña, exponiendo tierra fresca y húmeda a la luz del sol.

Estaban muy cerca. Como cazadores entrenados que eran, ambos caminaban tan silenciosamente como una procesión eclesiástica. Ninguno hablaba por miedo a que sus voces se propagaran y alertaran a su presa.

Entonces Einar oyó el rumor de un arroyo. Le dio un golpecito a Siriana en el brazo y le susurró:

—Puede que estén por aquí. Éste es un buen lugar para acampar.

Ella asintió y le siguió en silencio a través de la fina maleza. Cuando llegaron a un bosquecillo de árboles, vieron un claro al borde del arroyo. Unas rocas grises de tamaño mediano habían formado una especie de fortificación. Desde detrás de una de ellas, una pálida corriente de humo se elevaba en espiral hacia el cielo.

Einar le hizo un gesto para que se agachara. Juntos se arrastraron más cerca. Siriana podía sentir cómo su corazón latía de excitación. La caza estaba llegando a su fin. ¿Cómo se sentiría cuando viera a su presa por primera vez? Sabía que no podría perdonar a los hombres que le habían robado, asesinado a sus guardias y herido gravemente a su madre. ¿Querría matarlos?

Deslizándose sobre su estómago, Einar se movió hacia la derecha. Con cautela, levantó la cabeza y luego volvió a agacharse. Levantó la mano hacia ella, con cuatro largos dedos abiertos, y luego señaló.

Ella también levantó la cabeza. Cuatro hombres estaban sentados alrededor del pequeño fuego. De pelo desgreñado y espesa barba, no se distinguían unos de otros. Hombros encorvados, capas

recogidas alrededor de las orejas, asaban tortas de avena y tiras de carne en palos. Pero más allá de un peñasco, más cerca del arroyo y fuera del campo de visión de Einar, había otro hombre sentado, de espaldas a sus compañeros, con una capucha gris calada sobre la cabeza. Mientras ella observaba, él se llevó una pequeña bolsa de cerveza a la boca y ella se apartó de su posición ventajosa y se giró con cautela. Einar no la miraba. De hecho, había desaparecido. Sospechó que se había alejado hacia la derecha, probablemente explorando el campamento. La curiosidad y una profunda ansiedad la impulsaron a mirar de nuevo. Moviéndose con sumo cuidado, se deslizó por el lateral del peñasco y se levantó, apoyando la espalda contra él para darse mayor estabilidad.

No pudo ver las alforjas del claustro.

Suponía que ya se habían deshecho de ese botín. Suponga que ni siquiera eran los hombres que les habían robado. Einar podía estar equivocado sobre la huella de la pezuña. Volvió a mirar, estirándose hacia arriba, moviéndose con cautela de un lado a otro y de arriba abajo para intentar otear el campamento a través del follaje. Una mano le tocó el hombro. Unos labios rozaron su oreja.

—Cuidado.

Ella conocía su tacto. Era lo único que evitaba que gritara. Se hundió contra él.

—No veo las alforjas del claustro, —dijo ella.

Él volvió a bajar la boca hasta su oído.

—A la izquierda. Varias mochilas y bolsos grandes, algunos de tela, otros de cuero. La tuya probablemente esté entre ellas.

Siriana no pudo darse por satisfecha hasta que se arrastró hasta donde él señalaba y lo contempló con sus propios ojos. Media docena de caballos estaban atados allí también. Uno caballo de orejas puntiagudas levantó la cabeza y la miró fijamente. Resopló, luego bajó la cabeza y volvió a pastar.

Cuando estuvo segura de que los ladrones no habían prestado atención al caballo, volvió a levantarse para contemplar el montón de equipaje, gran parte de él sin duda robado. Sus manos empezaron a temblar. Estaba tan cerca y a la vez tan lejos. El tesoro del claustro, pero más importante aún, el chal. Había preocupado su mente desde que los ladrones la habían atacado a ella y a Melanthe.

En particular, le preocupaban las consecuencias que sufriría Melanthe; si no lo encontraban. Siriana había llegado a creer que su madre estaba tan conmocionada por la pérdida de la prenda que

había renunciado a las ganas de vivir. Si se la devolvían, estaba segura de que su madre se recuperaría.

Uno de los ladrones se acercó al montón de alforjas. Casi con rabia apartó las mochilas y los petates. Abrió una. Luego otra. El caballo volvió a resoplar. El ladrón se quedó helado. Miró al caballo y luego echó un rápido vistazo a su alrededor. Siriana rezó para que estuviera completamente oculta.

Finalmente encontró al que buscaba. Dejándola sin hacer ningún esfuerzo por restablecer el orden en el montículo, se reunió con sus compañeros. Una oleada de ira dejó a Siriana acalorada y mareada. Arrojar objetos sagrados por ahí como si no tuvieran importancia era un sacrilegio. Aunque reprimió su ira, se dijo a sí misma que era una ira justa.

Se deslizó detrás de la roca y se abrazó a sí misma. Las alforjas del claustro estaban a su alcance. En unas horas ella y Einar las volverían a buscar. No dudaba de que su guerrero dorado haría lo que había dicho que haría. Llevarían el chal de vuelta a Melanthe y todo iría bien. Excepto que no todo iría bien. Al mismo tiempo que encontrar el chal resolvía uno de los problemas de Siriana, creaba

otro. Cuando ella tuviera el chal, también tendría la respuesta a la búsqueda de Einar. Ella conocería la ubicación del árbol sagrado.

Sin embargo, si renunciaba a sus votos a la diosa y abandonaba el claustro, seguiría obligada por su juramento de silencio con respecto a los secretos de la Arboleda. Nunca podría divulgar el secreto del chal.

Einar le hizo un gesto desde un bosquecillo de árboles y espesa maleza. Ella se arrastró hasta él y él la guió hasta el centro.

—Esperaremos aquí, —susurró—. No falta mucho para que anochezca.

—¿Has visto al quinto hombre?

—Sí. No parece formar parte de ellos. Quizá sea algún viajero que se ha unido a ellos. —Einar estiró sus largas extremidades hacia delante y se preparó para descansar.

—¿Cómo vas a encontrar las mochilas en las alforjas? —preguntó Siriana.

—Puede que tenga que robarlo todo, hacer varios viajes. Cuento con que conocerás tus objetos por el tacto. Devolveremos lo que no queramos y seguiremos nuestro camino.

—Eso suena muy peligroso.

Sus ojos ambarinos se endurecieron.

—Puede que lo sea. Para ellos. —Sacó la última torta de avena del bolsillo de su capa y la partió en dos. Mientras le entregaba el trozo más grande, susurró—: Tal vez debería robarles también la comida.

Su estómago refunfuñó cuando empezó a masticar.

—Una buena idea.

El resplandor de detrás de las rocas se hizo más brillante a medida que la noche se oscurecía y los ladrones encendían el fuego. El zumbido bajo de las conversaciones, las risas ocasionales y el resoplido de los caballos llegaban hasta Siriana y Einar. De vez en cuando Siriana se incorporaba sobre sus rodillas y los miraba. Los cuatro se pasaban una bolsa de cerveza de un lado a otro entre ellos. Ella miró a Einar, mostrando impotencia en su rostro, pero él se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

Mientras ella seguía observando, la charla se hacía cada vez más fuerte. El hombre que se había sentado aparte se acercó de repente a la hoguera. Sus rasgos seguían ocultos por las sombras que arrojaban las llamas saltarinas. Cogió la bolsa de cerveza de una

de las tumbonas y se la llevó a la boca. Tras beber profundamente, se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Calla tus quejas. Estáis bien pagados. Se puede sacar más de ese pueblo de ahí abajo. No volveré a Eire sin ello.

Los labios de Siriana formaron la palabra.

—¡Eire! —Se dejó caer junto a Einar—. Son de Eire.

Einar se levantó con ella. Sus ojos agudos marcaron al que había hablado. Obviamente era el líder, era alto y bien formado. No podía ser el hombre que había robado las alforjas del claustro y apuñalado a la sacerdotisa. Einar miró a los otros ladrones con ojos nuevos. No se trataba de una banda ordinaria de forajidos errantes. Habían sido contratados, probablemente por el hombre que ahora les reprendía. Acercó su boca al oído de Siriana.

—¿Le conoces?

Ella negó con la cabeza.

—No puedo verle la cara. —Hacía muchos años que no pensaba en Eire. Desde luego, no desde que Arlyn O'Reilly la había traicionado y se había casado con su hermanastra. Nunca lo había visto. ¿Por qué un irlandés estaría aquí en Escocia?

Las siguientes palabras fueron ininteligibles mientras los ladrones sentados alrededor de la hoguera gruñían y gritaban a su líder. Él esperó, con el labio curvado por el disgusto, hasta que se hubieron quedado refunfuñando.

—Mañana atacaremos de nuevo. Está decidido.

Uno de los ladrones se puso en pie.

—No, Donnal. No iremos de nuevo. Tenemos más tesoro del que podemos gastar en un año. Nos costará la vida si nos atrapan.

Siriana aferró su puñal.

—Es él, —susurró—. Apuñaló a Melanthe.

Einar le cubrió la mano. Estaba fría como una piedra y temblaba.

—Cálmate, —murmuró—. No puedes cargar ahí fuera y matarle. Estás en inferioridad numérica. —Tiró de ella hacia abajo y la abrazó con fuerza mientras ella temblaba con la violencia de unas emociones que no sabía que poseía. La algarabía alrededor del campamento aumentó.

—Mujer de cabello oscuro —fueron las palabras que llegaron a sus oídos.

—Sheron, —susurró Siriana—. Es el alto rey del clan O'Reilly.

—Ah, —dijo Einar—. Hay más de lo que pensábamos. Mucho más.

La discusión se había convertido en gritos. Siriana se zafó de los brazos de Einar y se puso de rodillas. Lo que vio le heló la sangre. El ladrón que había apuñalado a Melanthe había desenvainado su espada y acuchillado al llamado Donnal.

El hombre de Eire desenvainó su propia espada y se puso en cuclillas.

—Ven a por él, —le desafió—. Llevas días deseándolo, ¿verdad, muchacho?

Con la ira avivada por la bebida, el ladrón cargó. El irlandés se hizo a un lado. La hoja del cuchillo impulsada por la fuerza del peso del ladrón le atravesó el cuerpo. Él se había sobrepasado. Sin forma de volver a ponerse en guardia, cayó hacia delante. Su grito de miedo se convirtió en un gorgoteo angustiado cuando la hoja de Donnal se clavó en su espalda.

Mientras su víctima caía, el irlandés sacó el cuchillo y giró. Su hoja goteante apuntó a los tres ladrones restantes, uno tras otro. Les retó a que se acercaran, pero no tenían estómago para ello.

Por fin señaló al cadáver.

—Sacar las tripas del campamento y enterrarlo bajo una roca.

La orden fue una prueba de su autoridad. Vacilaron sólo un minuto antes de agarrar el cuerpo por los pies y los hombros y arrastrarlo fuera de la luz del fuego.

Siriana se deslizó por la roca, con la cara apretada contra el frío granito. Había sucedido tan rápido. Tan increíblemente rápido. Acababa de presenciar un asesinato.

No importaba que el ladrón hubiera apuñalado a su madre. Era un ser humano y, sin embargo, lo habían masacrado como a un animal.

Einar la abrazó con fuerza mientras ella mojaba su túnica con sus lágrimas. Ninguno de los dos volvió a mirar hacia el campamento de los ladrones. El ruido de la hoguera cesó de inmediato. Un bajo zumbido de voces se sumió rápidamente en el silencio y el fuego comenzó a apagarse.

Consolándose con la fuerza y el calor de Einar, Siriana saboreó la cercanía. Había sido una mujer fuerte durante los últimos nueve años. Había elegido su vida y la había vivido; había tomado sus propias decisiones y había sufrido las consecuencias. Pero los

acontecimientos de los últimos días la abrumaban. Demasiada sangre, demasiada poca paz. Se alegró de apoyarse en Einar, de saber que era un hombre lo bastante fuerte y sabio como para protegerla tanto de los hombres como de los demonios.

Durante quizá media hora le permitió que la abrazara y la acariciara. Entonces se despertó. No había contado con que los fantasmas de su pasado la persiguieran después de tantos años. Los O'lland la perseguían, como habían perseguido a Brenna. Ahora que su hermana estaba fuera de su alcance y casada a salvo con Cassian mac Weir, Sheron debía de haberse fijado en la hermana mayor para volver a vengarse.

Ella bien podía imaginárselo sentado al otro lado del mar y rumiando la pérdida de su hijo. Los Donnal eran primos de los O'land. Probablemente Sheron había cavilado hasta volverse loco. Ahora temía no conocer ni un minuto de paz.

Quería quedarse en brazos de Einar y dejar que él la consolara. Quería que él librara sus batallas por ella. Pero eso no sería justo para él. Se apartó y se sentó.

—Gracias. Ya estoy bien.

Le puso la mano en el brazo.

—No dejaré que esos hombres te hagan daño. Te lo prometo, Siriana. Si necesitas un campeón, que sepas que soy el tuyo.

Se inclinó más cerca hasta que su cara estuvo a sólo unos centímetros de la de ella. A la luz de la luna apenas era suficiente para ver que la sombra de la muerte aún acechaba en sus ojos fijos. Escúchame. Lo que hicimos no fue del todo apareamiento, pero fue parte del apareamiento, y no fue fingido. Eres mía. Nadie ni nada te hará daño a ti ni a nadie de tu familia.

Ella sabía que él le estaba haciendo una promesa. Aún así, ella lo apartó.

—Gracias por ofrecerte a ser mi campeón. Es más de lo que jamás hubiera soñado. Pero ésta es una batalla que debo librar sola y a mi manera. Una vez que tenga el chal, podré volver con Melanthe.

Él sacudió la cabeza, a punto de hablar, pero ella le puso los dedos sobre los labios.

—Mi madre y yo volveremos al claustro. Cuando esté totalmente recuperada, nos refugiaremos en otro claustro, uno del que Sheron y los O'lland no sepan nada.

—Eso no es luchar, Siriana. Eso es correr. ¿Planeas huir el resto de tu vida?

—En cierto sentido es correr, —reconoció—, pero no por mí misma. Es la única forma de proteger a Melanthe. No pretendo que los O'Reilly maldigan a nadie más a quien ame.

—Negándote a ti misma la alegría del amor, —dijo él en voz baja.

—Negándome a mí misma un campeón, —declaró ella.

—Los desafiaré uno a uno, —prometió—. ¿Cuántos puede haber?

Ella tomó sus grandes manos entre las dos suyas. Las de él eran tan cálidas; las de ella, tan frías.

—No, no quiero que mueras por mi culpa. Cojamos las alforjas y escapemos. Nadie tiene por qué enterarse. Con un poco de suerte no se darán cuenta hasta que hayamos entregado el tesoro a Vaghn y nos hayamos marchado con Melanthe.

No dijo nada. No podía discutir con ella en ese momento, pero se juró a sí mismo que nunca se apartaría de su lado mientras corriera el menor peligro. La habilidad con la que el hombre llamado Donnal había matado demostraba que era un enemigo formidable. Si

se le dejaba sin vigilancia, Siriana sería capturada con toda seguridad.

En tenso silencio, esperaron a que los ladrones se instalaran para pasar la noche. Finalmente, cuando tres de los hombres se envolvieron en sus mantos y se tendieron para dormir, Siriana sacó su cerbatana. De nuevo Donnal se había alejado de los demás para ocupar su lugar de espaldas a la roca, completamente oculto del campamento. Desde donde Einar y Siriana le observaban, quizá no supieran que estaba allí.

—Con todas esas rocas a su alrededor, —dijo Einar—, me va a resultar difícil aturdir al vigilante.

—Tendré que acercarme más.

—No, me acercaré yo. Podrías despertarlos. —indicó Einar.

—No lo haré, —prometió ella—. Recuerda que me colé en tu cueva sin que lo supieras.

Sus dientes blancos destellaron en una sonrisa.

—Sí, así fue

Agazapados, ella y Einar se abrieron paso trabajosamente entre las rocas, hasta que estuvieron más cerca del campamento,

hasta que tuvo al vigilante a la vista. Se inclinó hacia un lado y hacia otro; avanzó hacia delante, hacia atrás, hacia un lado. Finalmente se acomodó en su posición, respiró hondo unas cuantas veces y levantó la pipa. Por un segundo se preguntó cómo se sentiría si estuviera enviando un dardo envenenado a un miembro del clan O'Reilly. ¿Podría hacerlo? ¿Podría matar a un hombre? Con frialdad se puso la boquilla entre los labios, apuntó y disparó el dardo. El vigilante dio un respingo y se golpeó la espalda antes de volver a calmarse. Pasaron los minutos. Lentamente su cabeza se echó hacia delante sobre su pecho.

—Bien hecho, —la felicitó Einar—. ¿Cuánto tiempo debemos esperar?

—Está dormido, —aseguró ella—. Date prisa. Dura poco tiempo.

Einar se deslizó en el campamento y buscó entre el equipaje, encontrando que era una tarea más difícil de lo que había previsto. Pasando las yemas de los dedos por encima de las mochilas, encontró primero unas pesadas telas de vela, gastadas y hechas jirones. Las levantó a un lado. Un fardo largo, comparativamente

ligero para su tamaño y forma, rodó y cayó al suelo con un golpe seco.

Los caballos levantaron la cabeza y se agitaron. Uno resopló y pataleó. Einar se tiró al suelo y esperó, conteniendo la respiración. No oyó ningún ruido procedente de la hoguera donde yacían los tres hombres envueltos en sus mantos. La cantidad que habían bebido estaba actuando probablemente como una poción para dormir. Aún así, buscó uno tras otro en las bolsas. Por fin encontró una bolsa de cuero que pesaba mucho en sus manos, tanto como el plomo o el oro. Debajo de ella había otra prensada casi plana. Plana y ligera. Frotó sus manos sobre su superficie. Sus lengüetas trazaron el craebh ciuil labrado en su solapa. Los tenía. Se levantó con el ligero morral y se lo echó al hombro.

Los cascabeles del chal tintinearon. Se quedó helado en el sitio. Se había olvidado de los cascabeles.

Uno de los ladrones se revolvió y se levantó sobre un codo. Estaba de espaldas a Einar, pero el guerrero no se atrevió a moverse. Un paso y las campanas podrían sonar de nuevo.

En un movimiento grácil y sin esfuerzo, Siriana se levantó de detrás de una roca y lanzó otro dardo. Alcanzó al somnoliento

hombre en el hombro. Gruñó, se pasó la mano por el pecho y levantó la cabeza como si estuviera escuchando. Poco a poco su cuerpo volvió a deslizarse dentro de su saco de dormir.

Rápidamente recargó la pipa, lista por si otro hombre se despertaba. Einar se deslizó por el espacio intermedio. Le pasó el brazo por el hombro y juntos se apresuraron hacia un tronco. Deslizándose tras él, buscó la alforja.

—El chal está aquí, —susurró Einar—, o al menos las campanas.

Ella sonrió.

—Las he oído.

Lo abrió y cerró la mano sobre la lana. Las campanillas tintinearon. Sintió un estremecimiento de alegría y alivio. ¡Melanthe se recuperaría!

—¿He acertado con la alforja? —preguntó Einar.

—Sí. —Oyó el alivio en su voz y se emocionó al saber que la había puesto él—. Son éstas.

Deslizó la mano dentro de la otra mochila para sentir la forma y el peso de un par de objetos. Luego alargó la mano y atrapó la de

él. En un gesto impulsivo llevó la palma de él contra su mejilla.

—Lo has traído todo, mi campeón.

Su corazón aceleró sus latidos. Luego, con una sonrisa, se echó al hombro la mochila con los objetos de oro en su interior.

—Ahora, —le dijo—, quédate cerca de mí. No dejes que me adelante más de uno o dos pasos. Debemos viajar rápido y tenemos un largo camino por delante.

Volver sobre la cresta no fue tan difícil como subirla la primera vez. Einar les llevó por la ruta más directa e hicieron buen tiempo. Al otro lado, sin embargo, el tiempo había cambiado. Una tormenta soplaba por el Moray Firth desde el Mar del Norte.

El aire era pesado. El viento les azotaba el pelo y la ropa. Las nubes se agolpaban para cubrir la luna. El lago hervía de olas blancas.

Einar maldijo en voz baja.

—Se avecina una tormenta. No nos atrevamos a quedarnos atrapados a la intemperie en lo alto de este peñasco. Nos alcanzará un rayo. Coge mi mano. —Así lo hizo—. ¡Ahora corramos!

Bajaron por el sendero. Les había llevado medio día subir desde donde habían dejado los caballos. Ahora parecían volar montaña abajo. Siriana nunca había cubierto terreno tan rápido.

El guerrero dorado tiraba de ella tan rápido que daba zancadas gigantescas. Si tropezaba, él no permitía que cayera sino que la arrastraba hacia adelante.

De repente, el aire sobre el lago pareció explotar. Los relámpagos crepitaron a través de un enorme banco de nubes, se clavaron en el agua en al menos media docena de lugares y se extendieron en todas direcciones. Casi en el lugar exacto en el que habían llegado por la cresta, golpeó como una bola de fuego, desmenuzando la roca y enviando una columna de humo hacia arriba.

Como si el rayo hubiera abierto las nubes, empezó a llover a cántaros.

Einar agachó la cabeza y siguió avanzando. El agua les salpicó hasta que Siriana no pudo ver. Le aplastó el pelo contra las mejillas. Le llenó los ojos, la nariz y la boca.

De repente, Einar la sacó del sendero y ella cayó contra el costado de su yegua. Habían llegado a los caballos.

Capítulo 10

Einar subió a Siriana al semental y colgó la alforja de oro sobre la cruz de la yegua. Se ató las riendas de ambos caballos a la cintura antes de continuar por el sendero. Pero el camino se hizo cada vez más traicionero.

El agua caía en forma de láminas, tan rápido que era como vadear un torrente. Contuvo la respiración por miedo a que uno de los caballos perdiera el equilibrio y todos se deslizaran por el monte.

El viento aullante azotaba los árboles. Las hojas, ramas, ramas enteras raspaban su piel mientras la furia de la tormenta amenazaba con derribarlo todo por la ladera de la montaña.

Los relámpagos surcaban el cielo. Los truenos retumbaban.

—¡Debemos parar! —gritó Siriana por encima del estruendo. —Creía que podríamos dejarla atrás, pero no podemos, —gritó por

encima del hombro—. Tendremos que refugiarnos hasta que remita.

—Ayer vi una pequeña cueva detrás del sendero. Si puedo encontrarla, nos acomodará a nosotros y a los animales.

Encontrarla sería muy complicado. Sus ojos eran inútiles en la oscuridad. Hizo bien en mantener los pies debajo de él y conducir a los caballos hacia abajo a paso de caracol. Sólo cuando relampagueaba podía ver adónde se dirigía.

Al final un relámpago le mostró un oscuro agujero en la ladera de la montaña. Rezando para que sus ojos no le engañaran, condujo a las monturas entre los árboles. La maleza le desgarraba los pantalones. Tropezó y se tambaleó mientras las rocas giraban bajo sus pies.

Otro latigazo directamente sobre su cabeza hizo que el paisaje fuera tan brillante como el día. El trueno retumbó en el mismo instante con una intensidad ensordecedora. Un rayo de fuego mellado descendió y partió un árbol a la derecha. Siriana gritó. La yegua relinchó presa del pánico e intentó huir. Sólo la gran fuerza del semental y el valor de Einar mantuvieron unido al grupo. A la luz del fuego que ardió durante un minuto antes de que la lluvia lo apagara, pudo ver para guiarlos hasta la cueva.

Lo primero que hizo fue ayudar a Siriana a bajar de la silla de montar. Ella sollozaba de alivio. Einar respiró profundamente. Los caballos también estaban temblando, con las cabezas colgando y los costados agitados como si hubieran corrido una milla. El mero hecho de estar fuera de la lluvia torrencial parecía una bendición. El agua helada caía como una cortina delante de ellos. Del mismo modo, una auténtica cascada de agua bajaba a toda velocidad por la ladera de la montaña.

Otro relámpago reveló la parte trasera de la cueva. Einar vislumbró un pequeño montón de leña y los restos de un fuego. Se apresuró hacia ella y se arrodilló para hacer un inventario. Había tenido suerte. Alguien había estado aquí antes que él. En pocos minutos había sacado pedernal y percutor de su alforja y había encendido el fuego.

Cogió la mano de Siriana y la guió hasta él. Ella estaba entumecida por la conmoción y el frío. Sin esperar permiso, le quitó la capa y la extendió sobre unas rocas para que se secara.

Colgó su propia capa sobre la entrada de la cueva para que no entrara la lluvia. Profundizó las sombras. Luego se dejó caer sobre

sus pasos e inclinó la cabeza. Había hecho lo que se había propuesto. Podrían descansar aquí durante la noche.

La tormenta pasaría y no dejaría ningún rastro que los ladrones pudieran seguir si se daban cuenta de la falta de las mochilas. Podía imaginarse la tormenta azotando el campamento de los ladrones, apagando su ira. Estarían demasiado ocupados en mantenerse secos como para comprobar su botín.

Por la mañana podría llevar a Siriana de vuelta con su madre y enviarlas de vuelta. ¿Por qué no le agradaba ese pensamiento? ¿Por qué sentía como si una parte importante de su vida estuviera a punto de serle arrancada?



Siriana fue la primera en levantar la cabeza y mirar a su alrededor. El resplandor anaranjado de las llamas creaba calidez e intimidad en los pequeños confines de la caverna. Vio a Einar sentado con las rodillas recogidas, los brazos apoyados en ellas, la cabeza inclinada sobre las muñecas bloqueadas.

Él la había traído sana y salva. La aventura estaba a punto de terminar e iban a triunfar.

Como si sintiera su mirada clavada en él, Einar levantó la cabeza. Sus ojos brillaban con un cálido ámbar a la luz anaranjada del fuego. Le tendió la mano y ella entró en su abrazo como si le perteneciera.

—Deberías dormir, —le dijo—. Aún nos queda un largo camino por recorrer.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Un relámpago brilló detrás de la capa del vikingo. Un trueno retumbó desde más lejos. Ella le rodeó la cintura con los brazos y le abrazó con fuerza.

—¿Crees que deberíamos arriesgarnos y seguir cabalgando?

Él agachó la cabeza y posó sus labios en la frente de ella.

—Sí, deberíamos.

—Pero no por la tormenta, —dijo ella, y levantó la cabeza para que los labios de él recorrieran su sien hasta llegar a su mejilla.

—No, —convino él. —No a causa de la tormenta.

Ella inclinó la cabeza hacia atrás. Cuando le miró a la cara, vio reflejado en sus ojos la misma hambre que sentía en sí misma. Ni el

pan, ni el queso, ni la carne ahumada, ni el mejor banquete, podían calmarla para ella. Las emociones, candentes y apasionadas, la inundaron. No podía dejar de mirarle.

—No me mires así, Siriana, —le advirtió—. Soy un hombre que ha sufrido mucho estos días desde que entraste en mi vida.

—Lo sé.

La cueva era demasiado pequeña. Cuanto más tiempo permanecían aquí, uno al lado del otro, más los empujaba a estar juntos. Bruscamente, Einar se incorporó y pasó por delante para mirar fijamente hacia la lluvia torrencial.

—No cesa, —gritó—. Vamos a estar aquí un buen rato.

Quitó las monturas de los lomos de los caballos y utilizó pieles de oveja para frotar a los animales. Luego volvió para reunirse con ella junto al fuego.

—Al menos la lluvia borrará nuestras huellas en caso de que dejáramos alguna para que la siguieran.

Se había peinado el pelo con los dedos mientras él no estaba. Ahora ondeaba alrededor de su cara. Parecía casi una niña, excepto, por supuesto, por el glorioso cuerpo que la lluvia había revelado al

mojar sus ropas, de modo que se le pegaban por todas partes. Dulce tormento.

Desde el primer momento en que la había visto, había quedado hechizado por su belleza física. Pero cuanto más tiempo pasaba a su alrededor, cuanto más aprendía sobre ella, más intrigado se sentía por la persona que llevaba dentro. Más llegó a reconocer su valía. Era ingeniosa, con un sentido del humor seco que él disfrutaba. Para ser una mujer de paz, era enérgica. En la Víspera sin Nombre él había pensado que ella brillaba con el resplandor de la luna. Esta noche era la encarnación del relámpago, salvaje e indómita, una con la naturaleza que la rodeaba.

Ningún hombre podría haber tenido una mejor compañera de misión. Einar había conocido a muchos hombres que no pensaban ni actuaban tan rápido como ella. Habían atravesado la montaña casi a la carrera, pero ella les había seguido fielmente. No se había quejado cuando él la había manejado con rudeza, ni cuando los árboles le habían azotado la cara y el cuerpo. Él no dudaba de que estuviera magullada.

Se lamió los labios. Le gustaría posar su boca sobre cada magulladura y besar el dolor para que desapareciera.

Bajo su mirada, ella se movió y se sonrojó.

—Fuiste muy valiente, Einar de Dalsteinn. Eres un hombre decidido. No dudo de que encontrarás el árbol sagrado. Espero que sea realmente lo que deseas.

Se acercó más.

—Suenas como si tuvieras dudas.

—Oh, no por ti, sino por mí misma, —apartó la mirada hacia el corazón del fuego—. Antes de que llegaras a mi vida, sabía lo que quería. Ahora estoy segura de que no lo quiero en absoluto. Si encuentras el árbol, te irás. No creo que vuelva a verte. —Ella le devolvió la mirada—. Pero esa es mi pérdida, no la tuya.

Él no dijo nada. ¿Había oído bien? Ella iba a echarle de menos. Fuera, la lluvia continuaba incesante. Dentro, su deseo mutuo también era incesante.

Einar le tendió la mano.

—Ven Siriana. Siéntate y descansa. Esta noche no hay comida, pero al menos estarás bien abrigada. Mañana al amanecer regresaremos a la aldea.

Se sentaron juntos. Un palo se rompió en el fuego, lanzando una pequeña lluvia de chispas.

—¿Crees que Donnal nos perseguirá? —preguntó Siriana—. A estas alturas podrían haber descubierto el robo.

—Dudo que hayan descubierto nada. —Se rió—. Estaban casi todos borrachos cuando se enrollaron en sus capas. Desde que empezó a llover, sin duda han estado buscando algún lugar donde mantenerse calientes y secos. No pensarán en otra cosa hasta mañana.

—¿Entonces?

—Dudo que asocien el robo de las alforjas con nosotros. Pensarán que uno u otro la cogió. Después de que se hayan acusado mutuamente durante un tiempo, pensarán que tal vez pasaron por allí otros forajidos. Como es a ti a quien persiguen y eres una sacerdotisa del Claustro de la Arboleda, pensarán que has regresado al claustro.

—Estoy regresando al claustro, —le recordó ella.

Él la miró pero no dijo nada. Su expresión la perturbó tanto que buscó distraerlo. Echó mano a la alforja del claustro, queriendo

examinar su contenido con más cuidado, para asegurarse de que todo estaba como debía.

Lo primero en salir fue el chal. Apretó sus pliegues contra su rostro. Hilado en el claustro y tejido con la más fina lana peinada, era suave contra su rostro, aunque fuerte. El tintineo de las campanas llenó la cueva. El delicado tintineo atrajo a Siriana hacia su magia.

—Curará a Melanthe, —le dijo soñadoramente—. Será una medicina tan buena como todas las hierbas de Escocia.

Las campanas volvieron a tintinear con un nuevo sonido. Ella dejó caer el chal y lo miró horrorizada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Einar.

—Sonaba como un canto. ¿No lo oíste? —Se retorció las manos, intentando borrar de ellas el tacto del chal.

Él se encogió de hombros.

—Hacía una música dulce, pero no oí ninguna voz. ¿Qué importa si está cantando?

—Cura a los enfermos, pero también canta por los muertos. Precede a sus espíritus al Otro Mundo. —Ella lo miró con espanto.

Él le puso la mano en el brazo.

—Tiene tantas propiedades que yo no me preocuparía. Fue un accidente. Ven, enséñame el tesoro. Eso es lo que le interesa a un vikingo. —Le sonrió y movió las cejas—. No me mojé tanto por un chal de mujer

Ella le apartó la mano del brazo y le hizo una mueca.

—Deberás mirar el chal porque eso vale más que todo el tesoro del mundo. —Aún sonriendo, se estiró junto a ella y pasó la mano por los flecos del chal. Las campanas estaban extrañamente silenciosas. Levantó la mirada inquisitivamente.

Ella se mordió el labio.

—No creo que tengas derecho a tocarla. Es un objeto sagrado. No sonará para ti.

—Casi nos atrapan cuando sonó en el campamento de los ladrones, —le recordó él secamente.

Volvió a dejarlo en el suelo pero giró una de las diminutas campanillas en su mano. A la luz del fuego pudo ver el diminuto ogham fedha grabado en su interior.

—Me pregunto si los O ' landeses tenían idea de su importancia —comentó, dejando caer de nuevo la campana sobre el material. La miró fijamente, con el rostro grave.

—Nadie lo sabe, —replicó Siriana. *Ni siquiera tú*, pensó con el corazón encogido—. Melanthe me lo dirá cuando llegue el momento.

Einar cogió un broche de oro macizo, elaborado y engastado con cornalinas y lapislázuli. Quedó inmediatamente impresionado por la superioridad de la factura. Lo dejó en el suelo y cogió un anillo. Era lo bastante grande para el pulgar de un hombre, un anillo engastado con un precioso cairngorm, un anillo para un alto rey. ¿Lo había hecho para su padre?

—¿Los diseñaste y realizaste tú misma? —preguntó.

Siriana asintió.

—Son preciosos. El trabajo más exquisito que he visto, y he visto muchas joyas durante mis viajes.

—Gracias, —murmuró Siriana—. Éstas fueron bendecidas por las damas del Santuario de la Gran Diosa Madre. Espero que su valor sea muy alto. Vaghn debería estar satisfecho con su trueque.

Einar cogió una cadena, observando que cada eslabón había sido forjado a mano y pulido hasta alcanzar un alto brillo. La cadena

colgaba de sus dedos como un líquido. Un pequeño amuleto de oro giraba primero a un lado y luego al otro.

—Es mi pieza favorita, —dijo Siriana.

La sostuvo a la luz.

—Una manzana. ¿Todo lo que elaboras son manzana?

—En realidad no. Pero nuestro talismán es el craebh ciuil, así que muchas tallas y representaciones de manzanas aparecen en nuestro trabajo. Esta pieza de joyería está especialmente bendecida por la Gran Diosa Madre. —Desabrochó el broche de la tapeta de su túnica y tiró de él para liberarlo del material. Dejando el amuleto de manzana en el suelo, cogió el broche que ella le entregaba.

—Melanthe lo diseñó para mí, —indicó Siriana con orgullo—. Yo hice la fundición y el engaste, pero ya ves cómo cada una de nosotras lleva a la diosa en el corazón y en la mente

Lo acercó al fuego, trazando visualmente el motivo de la manzana. Las piedras azabache incrustadas brillaban tan negras y relucientes como el pelo de Siriana. Tuvo que contenerse para no cerrar la mano sobre ella y sujetarla con fuerza.

—Uno de estos días, —comentó a la ligera—, tendré que contratarte para que me hagas un talismán.

—Uno con ámbar, —señaló Siriana—. Hasta entonces, déjame darte uno ahora.

Recogiendo el pequeño amuleto de manzana, se impulsó sobre sus rodillas y se inclinó sobre el jergón.

—Vaghn no sabe cuántas joyas hay en la bolsa, así que te doy ésta. Rezo para que sea un talismán poderoso para ti. —Le pasó la cadena por la cabeza—. Rezo para que la Gran Diosa Madre, en su sabiduría, te guíe hasta el árbol sagrado.

El broche resbaló de sus dedos mientras él aspiraba su fragancia. Sus manos rozaron sus hombros. Su rostro se inclinó hacia él. Involuntariamente él la cogió por los codos. Sus ojos se abrieron de par en par. Su aliento se escapó entre los dientes. La túnica -desabrochada ahora- resbaló por su hombro, revelando la cremosa hinchazón superior de sus pechos.

Durante mucho tiempo se quedó mirando su piel, su hermosa piel. Quería tocarla, saborearla. Como aturdido, levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos. Eran como oscuras sombras nocturnas de terciopelo. Ella estaba frente a él, de espaldas al fuego. Las llamas brillaban a través de su pelo negro, resaltándolo en azul

plateado. Liso y espeso, fluía sobre su cuerpo. Era la encarnación del misterio y la belleza de la noche.

Lentamente tiró de la tela hacia atrás por encima de su hombro y juntó la tapeta con el puño. Sin decir palabra, Einar la apartó de él y se levantó. Cuando él se volvió, ella volvió a abrochar la tapeta con el broche.

Levantando el borde de la capa sobre la entrada, respiró hondo.

—Lo peor de la tormenta ha pasado. Será mejor que reemprendamos el viaje.

Había roto el hechizo por su propia voluntad. La cueva ya no parecía dorada en oro. Ya no les abrazaba cálidamente. En un silencio incómodo, Siriana y Einar recogieron sus pertenencias y volvieron a empaquetar los caballos. Él terminó antes que ella y salió de la cueva. Ella se quedó atrás, asegurándose de que había guardado todo en su lugar. Él aún no había regresado cuando ella terminó.

Finalmente salió al exterior. Avanzando por el sendero ablandado por la lluvia, siguió sus huellas. Le sorprendió la poca evidencia que había de que hubiera ido por allí. Aquí había

abandonado el sendero y serpenteado entre un grupo de árboles. Ella le siguió. No había caminado mucho cuando lo vio arrodillado, con su puñal en la mano. Una pequeña criatura yacía en el suelo frente a él, luchando y gimoteando. Era un cervatillo.

—¡No! —Corrió hacia Einar—. No lo mates. —Se arrodilló y le cogió las manos—. Es sólo un bebé.

Einar apartó sus manos de las de ella y se balanceó sobre sus rodillas. Con el hombro, le apartó una madeja de pelo de la frente.

—Si hubieras mirado, habrías visto que intentaba liberarlo de las espinas.

Siriana miró las zarzas que aprisionaban las patas traseras del cervatillo.

—Está enredado. Cuanto más lucha, más se enreda. —Miró a su alrededor—. Sus madres se esconden cerca de aquí, estoy seguro. Si lo libero, podrá volver con ella.

Siriana metió la mano en su carcaj y sacó uno de los diminutos dardos. Sin necesidad de su cerbatana, introdujo la punta en el cuello del cervatillo y pronto se quedó dormido.

—¿Le hará daño la droga?

Siriana se encogió de hombros.

—Estará un poco tembloroso. Eso es todo.

Entonces ella también sacó su cuchillo y ayudó a Einar a liberar al cervatillo. Arriesgando las manos, el norteño apartó las zarzas. Cuando Siriana habría alcanzado a la criatura, él la detuvo

—Procura no tocarlo, —le advirtió Einar—. Su madre no lo reconocerá si dejamos demasiado de nuestro olor en él.

Juntos caminaron de vuelta a los caballos y montaron. Cuando pasaron junto al cervatillo, vieron que se había levantado sobre unas patas tambaleantes. Se alejó oscilante cuando se acercaron.



A lo lejos, Vaghn vio que se acercaba una tormenta. Experto en juzgar el tiempo sobre el lago, se compadeció de Einar y Siriana en la montaña. Esperaba que la tormenta pasara su furia antes de llegar a la aldea. Estar varado aquí con una mujer enferma no era de su agrado.

Sacudió la cabeza antes de entrar en la cabaña. Dame se levantó a su encuentro.

—Me alegro de que hayas venido. Está empeorando. Nada de lo que le doy parece ayudar. Le está subiendo la fiebre.

Melanthe yacía en el jergón, dando vueltas y murmurando. Su piel estaba blanca excepto por el rubor rojo de sus mejillas. Sus ojos se habían hundido en sus cuencas. A veces los abría, pero no enfocaban nada.

—Necesito tu ayuda. Tenemos que bajarle la fiebre.

—¿Estás sugiriendo que la pongamos en agua fría?

—Debemos hacerlo. La corriente la refrescará.

Sacudió la cabeza. El tratamiento era arriesgado. Los hombres fuertes a veces morían de shock. Aun así, no tenían muchas más opciones. Se dirigió a la puerta y gritó:

—Bradach, Durin, Aren.

En breve, aún poniéndose la ropa y las armas, los hombres se apresuraron a entrar en el edificio.

—Aren, —ordenó Vaghn al joven norteño—, recoge leña y enciende el fuego aquí dentro. Asegúrate de que Dame tenga

suficiente agua fresca y vendajes.

El joven asintió y se apresuró a salir de la habitación.

—Vikingo —Vaghn se volvió hacia Durin, que se había acercado para mirar a la enferma. —El estado de la sacerdotisa ha empeorado. Le ha subido la fiebre. Dame cree que si la metemos en el arroyo el agua fría le bajará la fiebre.

—Esto es una locura, —objetó Durin—. Podría matarla. El agua está fría y la noche es fría. Se acerca una tormenta. Seguro que cogerá un resfriado. Einar no lo aprobaría.

—No está aquí para preguntar, —respondió Bradach—. Es decisión de Vaghn.

Dame puso la mano en la frente de Melanthe. Sacudió la cabeza ante el calor.

—Soy una especie de sanador, vikingo. Lo que Vaghn y yo proponemos es bueno. Está demasiado caliente.

—Sí, —asintió Bradach.

Durin fulminó con la mirada al guía.

—¿Qué sabrás tú de eso? Eres uno de ellos. Si te hiciera caso, me harías creer que es el mismísimo Odín que ha venido a curarla.

—No, no es un inmortal, —aseguró Bradach secamente—. Pero le conozco. Era un sacerdote druida, pero fue desterrado por desobedecer un juicio.

Durin miró a un lado y a otro entre el proscrito y el guía. Su expresión revelaba claramente que no confiaba en ninguno de los dos. Einar había jurado cuidar de esta mujer, y él era el hombre de Einar.

Dame se apresuró a llegar a su lado.

—Me acusaron de ser un traidor. Me habrían quemado vivo. Vaghn creyó en mi inocencia y abogó por mi liberación. El consejo no quiso revocar su sentencia. Cuando Vaghn me rescató, fue despojado de su nombre y de su clan y desterrado de las Tierras Altas. Hemos vivido aquí desde entonces.

Se volvió hacia Vaghn.

—Es un hombre justo. Puedes confiar en él.

—No sabe nada de curación, —objetó Durin.

—Pero yo sí, —insistió Dame—. Está muy enferma, Vikingo. Puedes verlo por ti mismo. Esta puede ser su única esperanza.

Ďurin negó con la cabeza. Se arrodilló junto a Melanthe y le puso la mano en la frente. Estaba ardiendo al tacto. Ella abrió los ojos, pero aunque brillaban, no le reconoció. Necesitaba ayuda, pero el choque de una corriente fría…

—Puede morir a consecuencia de este tratamiento.

—Sin duda morirá si no lo hacemos, —insistió Dame.

—Escucha, vikingo, —añadió Vaghn—. Durante mis viajes he visto a sanadores colocar hielo alrededor de los enfermos para bajar la fiebre, y ha dado resultado. Como no tenemos hielo, el arroyo parece la mejor idea.

Durin capituló. La mujer tenía mucho calor. No le cabía duda de que estaba a punto de morir.

—Ella pertenece a mi sire, —dijo—. Yo la llevaré.

Vaghn se volvió hacia Bradach.

—Ya que este vikingo quiere hacerlo él mismo, ayuda al otro a reunir leña. Ten preparadas toallas y ropa limpia para ella cuando volvamos.

Durin cogió a Melanthe en brazos. Él había sido quien la había rescatado cuando la hirieron por primera vez. Le sorprendió lo ligera

que era. Debajo de las envolventes túnicas, debía de estar consumiéndose. Con cuidado de no tocarle el hombro, la sacó por la puerta.

Dame y Vaghn siguieron al vikingo hasta el arroyo y se metieron en el agua. El agua estaba tan fría que le sorprendió. Sin mostrar ninguna emoción, sin emitir ningún sonido, Durin avanzó por los bajíos hasta las aguas más profundas. A excepción del rostro de Melanthe, sumergió su cuerpo. La sacerdotisa se agitó débilmente y luego cayó en un estado de inconsciencia más profundo. Con el castañeteo de sus dientes, Dame se unió a Durin al otro lado de la Anciana y le bañó la cara con agua fría. Vaghn se puso junto a él. Tenía los ojos cerrados; sus labios se movían en una oración silenciosa.

Finalmente el forajido asintió y regresaron al refugio. Dame envió a los hombres fuera. Luego despojó a Melanthe de sus ropas y volvió a vendar su herida. Envolvió a la sacerdotisa en cálidas mantas. Le secó el pelo con un paño.

Luego el propio Dame se puso rápidamente ropa seca. Tocó con la mano el pulso que latía en la garganta de la sacerdotisa.

Quizá el agua fría le había bajado algo la fiebre, pero el corazón latía rápida e irregularmente. Sacudió la cabeza.

Rezó para que Siriana regresara pronto. Si no lo hacía, Dame temía que no viera a su madre con vida.



La tormenta había pasado cuando Einar y Siriana regresaron a la aldea de Vaghn. Ambos estaban empapados, pero después del incidente en la cueva, ninguno había sugerido que se detuvieran.

La hoguera central del campamento parpadeaba tenuemente a través de las sombras nocturnas, y las luces brillaban dentro de la cabaña donde yacía Melanthe. Mientras Einar y Siriana cabalgaban calle arriba, Vaghn salió de una puerta, con una antorcha en la mano.

Puso la palma de la mano sobre la brida de Einar.

—¿Encontraste al hombre que atacó a las dríadas?

—Sí. —Einar desmontó—. El tesoro está aquí para ti. —Cogió la antorcha de Vaghn y la acercó a Siriana, que apoyó la mano en las

alforjas que llevaba sobre la cruz de su caballo.

El forajido se adelantó y miró el craebh ciuil marcado en el cuero.

—Muy bien. Recé para que vinieras pronto. La vieja está muy débil

Siriana bajó de su caballo, tirando de las alforjas con ella. Antes de que el norteño o el forajido pudieran ayudarla, se apresuró a entrar en la cabaña.

Dame la recibió en la puerta.

—Has vuelto.

—Sí, y he traído el chal sagrado, —dijo Siriana.

Dame se hizo a un lado.

—Vaghn y yo hemos estado cuidando de ella, —dijo ansiosa—. Hemos hecho todo lo que hemos podido.

Siriana se despojó de su capa. Se quitó los guantes y se los metió bajo la faja. Luego se arrodilló junto al jergón.

Durin entró a grandes zancadas en la habitación.

—He hablado con Einar, mi señora, y me ha dicho que hable con usted.

—¿De qué se trata? —Sus ojos no se apartaban del rostro demacrado de su madre. Puso una mano en la frente de Melanthe mientras con la otra le palpaba el pulso en la muñeca.

Escuchó mientras le contaba que a instigación de Vaghn había llevado a su madre hasta el arroyo y la había mantenido en el agua helada durante varios minutos.

—Me sonó a brujería, —dijo—. La palpé y estaba muy caliente. Temí por ella, pero me convencieron de que sabían lo que hacían. Aun así la sostuve, ya que no iba a dejar que la ahogaran.

Siriana sonrió al hombre de Einar.

—Hiciste bien, Durin. Te honro por haber cuidado de ella. Muchas gracias.

—¿Entonces hice lo correcto? ¿No hice daño a la gentil dama?

Ella negó con la cabeza.

—Hiciste bien.

Mientras el norteño abandonaba la habitación, Siriana examinó a su madre. Dame revoloteaba sobre ella, explicándole las razones del baño frío.

—Descansó mejor durante un rato. Juro que lo hizo. Pero su fiebre ha empezado a subir de nuevo. —Siriana abrió la mochila y sacó el chal. Lo sacudió suavemente. El dulce tañido de las campanas llenó la habitación. Pero en el momento siguiente llegó un sonido como de canto de las campanas doradas. De nuevo Siriana estuvo a punto de dejar caer la prenda sagrada. Se sacudió. La fina lana fluía entre sus dedos, pareciendo tirar hacia la Antigua.

Siriana puso la prenda en manos de su madre.

—Es el chal, madre. El chal sagrado. Te lo he traído de vuelta. Ni tú ni el claustro sufriréis vergüenza. Está a salvo. Y ahora estarás a salvo. —Si la sacerdotisa oyó la voz de su hija, no dio ninguna señal.

Con una mano, Siriana empujó las alforjas del claustro hacia los pies de Dame

—Por acuerdo con Vaghn, el resto de esto te pertenece.

Dame apartó las alforjas.

—Quizá una infusión de té y miel con un poco de hidromiel ayude a tu madre. Iré a preparar un poco.

Siriana asintió y el hombre se apresuró a salir.

Armándose de valor, Siriana retiró las vendas de su madre. La visión de la herida la puso enferma. Estaba horriblemente hinchada, con vetas rojas que irradiaban de ella en todas direcciones. La costra sobre la herida parecía como si fuera a reventar en cualquier momento. Quizá Melanthe estaría mejor si se la drenaran, pero Siriana temía la conmoción que sufriría el sistema de su madre si intentaba abrir la herida con un cuchillo. En lugar de eso, puso vater sobre el fuego y rasgó tiras de lino fresco para mojarlas en él cuando hirviera. Mientras trabajaba murmuraba oraciones a la Gran Diosa Madre por el cuidado y el amor de su fiel sacerdotisa.

Dame llegó y se fue a lavar las vendas sucias. Al quedarse sola de nuevo, Siriana se cambió su túnica mojada por otra seca. Cuando empezaron a surgir burbujas en el agua, Siriana sumergió las tiras en el líquido hirviendo y las escurrió. Sus manos se ampollaron, pero ése era un pequeño precio a pagar por la salud de su madre. Cuando hubo hecho todo lo que pudo, tomó asiento junto a su madre e inclinó la cabeza.

Mientras el fuego ardía bajo y las sombras se alargaban, oyó el ruido sordo de unas pisadas. Los cascabeles dorados de los flecos del chal vibraron donde yacían en el suelo.

Einar vino a colocarse detrás de ella. Se inclinó y miró fijamente el rostro desencajado de Melanthe.

—¿Cómo está?

—Le he cambiado el vendaje y le he puesto una compresa caliente en la herida. —A pesar de la incomodidad, Siriana juntó las manos con fuerza. El miedo la carcomía—. Ahora viene la parte más dura de la espera.

—¿Llegamos a tiempo?

—No lo sé. —Sacudió la cabeza. El cansancio era como una droga en su organismo. Apenas podía sentarse erguida, pero sabía que no podría dormir.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte? —preguntó Einar.

—No.

Se levantó, frustrado. Sus ojos se posaron en el menguante suministro de leña.

—Voy a buscar más leña para el fuego. Volveré más tarde. También veré que te traigan comida.

Ella no respondió. Cuando se marchó, las campanas volvieron a vibrar; sin embargo, cuando Dame regresó con una infusión en una

taza de peltre, no hicieron ningún ruido. El forajido se arrodilló junto al jergón.

—Me quedaré con ella esta noche. Necesitas descansar.

Cansada, Siriana se pasó una mano por el pelo seco, apartándose los enredos de los ojos.

—Gracias, pero de todas formas no dormiría.

El hombre asintió, como si lo entendiera.

—Ven a buscarme si necesitas ayuda.

Siriana asintió y Dame se marchó.

Para cuando Einar regresó con la leña y un paquete de tortas de avena frescas y queso envuelto en un paño de lino, Siriana estaba estirada en el jergón junto a su madre.

No la molestó, pero cogió ropa seca de su propio equipaje y se acercó a la alcoba oculta tras la plataforma de la cama. Allí se cambió de ropa. Cuando regresó, extendió sus ropas húmedas sobre el extremo de la plataforma y se sentó junto a la hoguera central. Sacando su daga, cogió un trozo de madera y empezó a tallar.



Mirando fijamente a través del agujero del techo, Siriana tocó el suave material del chal donde yacía junto a su madre. Temblorosa por una poderosa sensación de presentimiento, pasó los flecos por sus aletas. Las campanas volvieron a cantar. Las dejó caer como si la hubieran quemado.

—Siriana.

Se incorporó como un rayo y se volvió hacia su madre.

—Melanthe.

La Elegida de la Gran Diosa Madre se lamió los labios secos y rozados. Su voz era un susurro.

—¿El chal?

—Está aquí, Madre. Está aquí. Estás envuelta en él. —Siriana guió la frágil mano de Melanthe hasta los flecos. Las campanillas cantaron suavemente.

Los ojos de Melanthe se abrieron de par en par ante el sonido. Cerró la mano sobre ellas para que cesara su música. Una mirada de inefable tristeza se posó en su rostro.

—Es tu chal, madre, —susurró Siriana—. Lo encontramos. Einar lo encontró para nosotras. —Movió el chal para que las campanas volvieran a cantar.

Melanthe estaba tan débil que no podía levantar la cabeza. Siriana levantó el chal para que lo viera.

Melanthe cogió el borde y tiró de él hacia abajo para que quedara sobre su cuerpo.

—Te confío esto, hija mía. Cuando me haya ido…

—No, no, madre, —la interrumpió Siriana. Ella no soportaba oír a su madre hablar de la muerte. Hablar de ella podría acercarla—- No te ocurrirá nada. Descansa y ponte bien.

Pero Melanthe no se callaría.

—Procura que el chal llegue sano y salvo al Claustro de la Arboleda. Nadie, absolutamente nadie, debe leer las campanas. Contienen demasiada magia.

—Sí, —murmuró Siriana. Al mismo tiempo lanzó una mirada de reojo en dirección a Einar. Él no debería estar oyendo esto, sin embargo, ¿cómo podía echarlo? Lo quería cerca de ella.

Melanthe no podía haber visto su mirada, pero alzó la voz.

—El hombre que nos rescató de los atacantes... ¿está aquí?

—Estoy aquí, mi señora. —Einar se acercó al jergón y se arrodilló junto a Melanthe.

—¿Quién es usted, sire?

—Einar de Dalsteinn.

—Un norteño, —dijo Siriana—. Amigo íntimo de Brenna y Cassian mac Weir y hermano adoptivo del Alto Rey Stefan de Thornsgate. Es nuestro campeón, Madre.

Durante todo este largo discurso, Melanthe miró fijamente a Einar. Sus ojos brillaban de fiebre.

—Luchó contra los forajidos y rescató nuestras alforjas, —añadió Siriana.

—Eso es bueno, —respiró Melanthe. Por un momento sus ojos brillaron con ternura, y parecía casi como su antigua yo de nuevo—. Eres un hombre apuesto.

Einar sintió que se ruborizaba. Las mujeres siempre le habían hecho cumplidos. A menudo sus cumplidos habían sido el preludio de desear su cuerpo. Pero los elogios de esta anciana le hicieron sentirse humilde.

—Se lo agradezco, mi señora.

—El brillo dorado del día, —dijo Melanthe emocionada. Dejó que su mirada se deslizara hacia Siriana—. El resplandor plateado de la noche.

Fue el turno de Siriana de apartar la mirada.

—Madre, por favor.

—No creo que seas verdaderamente feliz en el claustro.

Einar se puso rígido. Miró directamente a Siriana, que se inclinó hacia su madre, dejando caer su pelo entre ellas como una cortina negra. Apenas podía contenerse. Quería alcanzar el cuerpo de la sacerdotisa y apartar el pelo.

—Aunque abandone el claustro, —argumentó Siriana—, estaré para siempre bajo el hechizo mágico de mi nacimiento. Siempre seré una guardiana de la tierra.

—¿Te gustaría liberarte de ambas cosas? —preguntó Melanthe.

Siriana era dolorosamente consciente de que Einar escuchaba cada palabra que pronunciaban.

—No lo sé. A veces.

Melanthe sonrió amablemente a Einar.

—Mi sire, ¿podemos mi hija y yo tener unos minutos para nosotras?

—Sí, señora. —No quería dejarlas, pero cumplió sus deseos. Cuando se hubo retirado al otro extremo de la habitación, Melanthe dijo—: Madre Bárbara y Madre Feich estaban conmigo cuando naciste. Las tres oficiamos el ritual en el que te dediqué a la Gran Diosa Madre. A través de sus oraciones y su magia, quedaste ligada a la tierra. Dudo que exista un hechizo para revertir el anterior. Si lo hay, una o ambas mujeres lo tendrían. —Agarró las manos de Siriana, su voz más urgente a medida que se debilitaba—. Son tan viejas que debes tomar una decisión pronto. Una vez que hayan muerto, estarás atada para siempre.

Los ojos de Melanthe se cerraron. Aunque sus labios se movían, su voz parecía provenir de algún lugar lejano.

—Entre las mujeres eres una gran bendita, hija mía. Al igual que la Gran Diosa Madre, la dualidad de la tierra y la luna, provee a su tierra y a su pueblo, tú debes hacer lo mismo. Como guardiana de la tierra, debes procurar que sea fuerte y saludable.

Al principio, ser guardiana de la tierra había sido un gran honor para Siriana. Lo había considerado su deber sagrado. Pero cuanto

más conocía a Einar, más deseaba ser su amante, su esposa y la madre de sus hijos.

Siriana subió las piernas hasta sus pechos y los rodeó con los brazos. Apoyando la mejilla en las rodillas, contempló a su guerrero dorado de pie junto al fuego, con el rostro iluminado por las llamas.

Las manos temblorosas de Melanthe se deslizaron sobre el chal, tocando los cascabeles y los flecos, y luego se quedaron quietas. Siriana pensó que su madre se había quedado dormida hasta que volvió a hablar.

—¿Cómo se enteraron los forajidos y los ladrones de la existencia del chal sagrado?

—No lo hicieron, —respondió Siriana—. No eran forajidos tras nuestros bienes. Eran O‘ Ilands.

—O‘ llands, —murmuró Melanthe—. Cassian debería haber marchado contra Sheron y haberlo matado.

—Oímos un poco de la conversación, sólo unas palabras. Sospechamos que de algún modo sabían que regresábamos del santuario. Sheron debe estar loco. Es ridículo buscar venganza por la muerte de Arlyn. Ya han pasado nueve años.

—Perdió a su hijo, —murmuró Melanthe entre labios febriles—. No tuvo otro. Todo lo que tiene es la venganza.

—No te preocupes por eso, madre. Pronto estaremos a salvo. Einar nos devolverá al claustro mañana. Cuando estés bien y fuerte, partiremos hacia otro claustro, uno tan lejano que nadie lo sabrá. Allí estaremos a salvo.

—No, hija, no puedes hacer eso. —La voz de Melanthe se redujo a un escueto susurro—. No debes huir de los O'lland. Tu padre y yo te ayudamos a hacerlo una vez. Deberíamos haberte negado el claustro y haberle negado a Arlyn la mano de tu hermana. Deberían haberle enviado de vuelta a Eire en desgracia. —Tenía la mandíbula desencajada y le temblaba un músculo—. No volverás a huir. Algún día no tendrás dónde esconderte Te lo digo porque yo hice lo mismo. Si tuviera que volver a hacerlo, hija mía, lucharía por mi marido. No habría aceptado un divorcio para que él pudiera casarse con otra.

Siriana se quedó boquiabierta de sorpresa ante el pronunciamiento de Melanthe.

—¿Amas a Pryse?

—Sí, siempre lo he hecho y siempre lo haré. —Dos lágrimas rodaron por sus mejillas marchitas—. Ojalá pudiera verle y oír su voz.

A punto de llorar ella también, Siriana asintió.

—Cuando le conocí, era joven y orgullosa. Pensaba que era un bárbaro. Era un campeón de campeones, pero era un hombre rudo, siempre vestido con el atuendo del bosque. Había sido educado en Eire. Había aprendido el poder de las palabras, de las piedras y las hierbas. Conocía las canciones que llevaban a la gente de este mundo al otro. Sabía escribir el ogham —Se sumió en el silencio, en sus recuerdos. Luego empezó a tararear.

Siriana se puso rígida. Su madre estaba tarareando la canción de las campanas. Cuando volvió a hablar, su voz era infinitamente más débil.

—Pensé que Pryse no era digno de mí. Me casé con él y te di a luz, pero luego me convencí de que estaba destinada a una vocación más elevada. La acepté, pero dejé a las personas más queridas del mundo para mí: mi hija y mi marido.

—Haz que Einar envíe un mensajero a Pryse, —comentó Siriana—. Que se reúna con nosotros en el claustro cuando nos

volvamos. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —No tendrás que quedarte en la Arboleda. Puedes ir con él. Te quedan años. Buenos años. Podéis estar juntos.

—Demasiado tarde, —susurró Melanthe—. Me han confiado demasiados secretos. No puedo marcharme si no es para ir al Otro Mundo. —Cerró los ojos, aunque mantuvo agarrada la mano de Siriana—. Tú aún tienes tiempo. Yo no. Prométeme que considerarás lo que te he dicho, Siriana.

—Lo haré.

Metió la mano en la palangana y escurrió el paño, limpiando suavemente la cara de su madre.

—¿Sientes dolor?

Melanthe sacudió la cabeza.

—¿Puedes comer un poco de caldo?

De nuevo el temblor. Durante mucho tiempo su respiración fue el único movimiento a su alrededor. Entonces se despertó.

—Avisa también a Brenna.

—Lo haré.

Siriana alisó el pelo de su madre. Se sintió sorprendida al comprobar que bajo su mano la piel se sentía bastante fresca. Quizá su madre se estaba recuperando. Las hierbas, el baño frío, la restauración del chal sagrado habían obrado un milagro.

De repente, Melanthe aferró el chal como si temiera que se lo arrebataran de nuevo. Tocó los flecos y acarició cada una de las campanillas.

De nuevo, en lugar de un tintineo, emitieron un sonido como de canto. Se llevó el dobladillo a los labios y lo besó. Sus ojos se abrieron de par en par. Miró por el agujero del tejado justo cuando los primeros rayos de sol empezaban a surcar el cielo.

—Siriana, —llamó suavemente.

—¿Madre?

—Es hora de cantar.

—¡Hora de cantar! —gritó Siriana—. ¡No, Madre, no! No puede ser. —Sus lágrimas, que había contenido durante tanto tiempo, cayeron de sus ojos. Se puso en pie de un salto—. No. No lo haré. No puedes pedirme eso.

—Debes hacerlo, —dijo Melanthe.

—¡No!

Apartándose de la pared, Einar se apresuró a llegar al lado de Siriana.

—¿Qué ocurre, Siriana?

—¡No puede marcharse!

—Pero es hora de que cruce al otro lado. Lo sabes, ¿verdad?

Siriana se giró y enterró la cara en el hombro de Einar. Fue una reacción instintiva. Buscó consuelo en la persona que se había convertido en su fuente de consuelo. Sin darse cuenta de que lo hacía, le entregó una parte de su carga para que la compartiera. Sus fuertes brazos se abrieron y se cerraron con fuerza en torno a ella.

Por encima de su cabeza, los ojos oscuros de la anciana sacerdotisa se encontraron con los ojos ambarinos del guerrero vikingo. Pasó entre ellos un entendimiento.

Entonces Siriana se liberó del abrazo de Einar. Se dejó caer junto a su madre y se concentró en el rostro pálido y hueco. Melanthe se estaba muriendo. Su madre. No la Anciana del Claustro de la Arboleda, no una dríade, no una paciente de la enfermería, sino su madre. Siriana no la dejaría marchar. No podía. Desesperada, agarró las manos de Melanthe y las rozó.

—Tenemos el chal, —insistió Siriana—. Vas a ser curada. Ocuparás tu lugar como Elegida. Es tu destino. La Gran Diosa Madre.

—Ella me ha traído aquí, al bosque que tanto amo, —dijo Melanthe—. Si cruzo por aquí, es aquí donde deseo ser enterrada.

Siriana se giró para mirar suplicante a Einar.

—El norteño ha prometido escoltarnos hasta el claustro. Lo hará, madre. Einar, di que lo harás. —Sin esperar su respuesta se giró de nuevo hacia su madre—. Él nos protegerá. Te sentirás mejor cuando amanezca del todo.

Einar se dejó caer detrás de Siriana y la rodeó con los brazos. Temblaba tanto que se sentía como un pájaro capturado al que se le fuera a romper el corazón de tanto latir.

—No puedes morir, madre.

—Siriana, —susurró Melanthe—. Canta para mí.

Siriana había llevado a mucha gente al Otro Mundo con la magia de sus canciones. Eran las canciones que las campanas habían estado cantando toda la noche. Pero ella no podía cantar para Melanthe. No lo haría. Mientras ella no cantara las canciones, Melanthe viviría.

—No puedo.

No podía soportar perder a su madre. Melanthe era su amiga más querida y cercana. Nunca volvería a verla, nunca volvería a hablar con ella, nunca escucharía sus palabras de sabiduría y de amor.

—Debes hacerlo. —Melanthe pareció exhalar las palabras—. Debo cruzar, y no hay nadie con quien prefiera hacer el viaje que contigo. Es mi derecho y tu deber, hija mía.

Siriana se zafó de los brazos de Einar y se paseó por la habitación. Durante toda su vida había sabido que Melanthe moriría antes que ella, pero ahora no estaba preparada para esto.

Arrodillado junto a Melanthe, Einar pensó en Vaghn. Tal vez el sacerdote desterrado…

—¿Puede alguien más cantar para usted, mi señora?

—No.

—Siriana —llamó Einar—. Tienes que cantar. No la abandones ahora.

—No.

Pero incluso mientras Siriana pronunciaba la palabra, se sintió invadida por una calma y una tranquilidad interiores. La fuerza fluía a través de ella. Con la palabra aún resonando en el aire, regresó al jergón y se arrodilló. Cogiendo la mano de su madre, entrelazó sus dedos. Pronto su voz llenó la habitación.

Hay una isla lejana

Alrededor de la cual brillan los caballos del mar

Un curso justo sobre el que surge la ola blanca. Cuatro pedestales la sostienen.

Su voz se elevó desde el techo y se extendió a través de la puerta. Vaghn la oyó y Dame también. Los guardias del claustro la oyeron e inclinaron la cabeza en señal de dolor.

Pilares de bronce blanco bajo ella Brillando a través de eones de belleza

Tierra encantadora a través de las edades del mundo, Sobre la que caen las muchas flores.

Aren y Sven y Calam y, por último, Durin lo oyeron. Apretó los puños que tenían la fuerza para asestar la muerte con su gran hacha de batalla, pero no la fuerza para retener la muerte.

Entonces, si uno ve la Tierra Plateada

Sobre la que llueven piedras de dragón y cristales,

Los árboles dan manzanas doradas de un sudor sobrecogedor. No esperan ni pudrirse ni morir.

Einar lo oyó todo como transportado atrás en el tiempo, de vuelta al alto altar de la arboleda donde su amada había cantado las alabanzas de la Gran Diosa Madre. Aquella noche no la había oído con claridad debido a la distancia y al susurro del viento, pero esta noche los tonos claros y dulces le llegaron al corazón. Levantó el talismán de manzana de su cuello y lo sostuvo para que Melanthe lo viera.

Melanthe asintió con la cabeza. Cerró los ojos y empezó a respirar profundamente. Sus dedos revolotearon sobre el chal una

vez más, capturaron una campanilla cantarina y sonrieron. Su vida se apagó con la voz de la campana.

Capítulo 11

Einar abrazó a Siriana mientras el último estribillo de la canción se desvanecía de sus labios. Ella le rodeó la cintura con los brazos y se pegó a él mientras sus lágrimas empapaban su túnica. Le había dicho a Melanthe que era su campeón, pero en ese momento era más. Siriana necesitaba su fuerza y su calor. Necesitaba su amistad. La abrazó durante mucho tiempo hasta que sus temblores se calmaron y sus sollozos se desvanecieron en el silencio. Finalmente, tras apartarla suavemente de él, se dirigió a la puerta.

—Durin. Aren. Venir.

Dame había estado esperando junto a la puerta y entró primero. Se arrodilló junto al cuerpo de Melanthe y se dirigió a ella formalmente.

—Si me lo permite, mi señora, consideraría un honor preparar el cuerpo de su madre para el entierro. Oí que le cantabas de camino al Otro Mundo.

—Sí, —susurró Siriana.

—Usaríamos una de nuestras tiendas para confeccionar un sudario en el que enterrarla, —continuó Dame—. Tenemos una verde, sólo un poco más oscura que su túnica.

Siriana no pudo responder. Tenía la garganta demasiado hinchada de tanto llorar. Asintió con la cabeza.

—¿Y el chal? —preguntó Dame. —¿Desea que la entierren con el?

—No. —Cuando Siriana se negó a moverse fue Einar quien respondió por ella. Suavemente, aflojó los dedos de Melanthe y levantó el chal para liberarlo. Las campanillas tintinearon una melodía dulce y galante, como deben hacerlo las campanillas. Einar lo envolvió alrededor de los hombros de Siriana.

Ella se estremeció y lo aferró con fuerza.

—Tu túnica está estropeada, —dijo—. Habrá que enterrarla con una de tus túnicas.

Cuando Dame se marchó, Durin y Aren llevaron el cuerpo de la sacerdotisa tras ella. Al quedarse solo, Einar llevó a Siriana hasta el fuego, se sentó en el suelo y la estrechó entre sus brazos. Apretó la cara contra su pelo. Amante del tacto de las hebras sedosas, le pasó la mano por los hombros hasta la parte baja de la espalda. En lugar de despertar su pasión en aquel momento, la suavidad y feminidad de ella le tranquilizaron.

—Nuestro viaje iba a ser tranquilo, —murmuró ella—. Una peregrinación anual al santuario. Nada más. Ella hundió la mejilla en su pecho. Einar disfrutó de la, presión y el calor contra él.

—Nada más. Murió por mi culpa.

—No, Siriana. Como sacerdotisa, sabes que la muerte forma parte del círculo de la vida. Todos pasamos por ella.

—¡Pero en el claustro la necesitaban en este mundo! —Siriana buscó su rostro con los ojos empapados en lágrimas.

—Tú la escuchaste. Ella amaba a mi padre. ¿Qué voy a hacer sin ella? ¿Qué puedo decirles a Pryse y a Brenna?

Sus lágrimas frescas mojaron el pecho de Einar, pero él sólo la abrazó con más fuerza, pasándole la mano por la cabeza y por el

pelo. Le dio un beso reconfortante en la coronilla. Finalmente, las lágrimas amainaron. De vez en cuando, ella moqueaba.

A Siriana le gustaba la sensación de su mano en su pelo, el roce de las yemas de sus dedos a lo largo de su cuero cabelludo. Cerrando los ojos, se relajó contra él. Apoyó la palma de la mano sobre su broche, que llevaba como colgante. Sin ella saberlo, se había convertido en su talismán. Por el momento no le importaba quién era ni qué buscaba. Tampoco le importaba que fuera una gran sacerdotisa del claustro más grande y prestigioso de toda Escocia. Ella necesitaba y deseaba su fuerza y su protección. Bajo su oído oyó el fuerte latido de su corazón, rítmico y poderoso. Einar de Dalsteinn estaba vivo, y ella necesitaba la vida, tal vez ahora más que nunca.

Quería enterrar sus penas en el calor de su deseo, pero no podía hacerlo. Tenía que pensar en el claustro, en sus votos tanto a él como a la Gran Diosa Madre. Y se debía honestidad a sí misma y a Einar.

El norteño apiló más leña en el fuego. Las llamas saltaron al aire. Sentada en el jergón, Siriana echó un vistazo a su ropa mojada

extendida para que se secara junto a la suya. Vio que había dejado caer su mochila junto al pozo de fuego.

—¿Vas a dormir aquí? preguntó.

—Sí. Vaghn y los forajidos lo esperan. —Él la miró desde debajo de los párpados encapuchados—. Y pensé que no deberías estar sola esta noche.

Tienes razón. Te quiero conmigo, pensó ella. Pero no habló. Su pena la mantuvo en silencio.

—Pasé por la tienda de Vaghn cuando fui en busca de leña. Quería que te dijera que está más que satisfecho con las joyas. Las tenía extendidas sobre la mesa ante él y estaba escudriñando cada pieza. Nunca ha visto joyas que la igualen en diseño y artesanía.

—Le comprará todas las mujeres que él y sus hombres quieran, siempre que alguien tenga mujeres para comerciar, —fue el amargo comentario de Siriana.

Einar le puso la mano en la boca para detener los malos pensamientos.

—También le dije que al menos uno de los ladrones era irlandés y le expliqué por qué creemos que te atacaron, —dijo Einar

—. Le hice saber que van a establecer cuarteles de invierno en las tierras baldías si no se matan entre ellos antes.

Siriana asintió.

—Tiene derecho a saberlo.

Einar se sentó al otro lado del jergón.

—Por la mañana, después del entierro, Durin y Aren te acompañarán al claustro.

Ella se puso rígida. Dentro de ella surgió una pequeña llama: el comienzo de una resolución. Ya no tengo una necesidad apremiante de regresar a la Arboleda. Tenía prisa por el bien de nuestros heridos. Ahora tengo otros asuntos que considerar.

—¿Y el chal? —preguntó Einar—. ¿No lo necesitan en el claustro?

—Ahora que la Elegida ha cruzado al Otro Mundo, deberá ser devuelto al Santuario de la Gran Diosa Madre, pero de nuevo no tengo motivos para darme prisa. Puedo quedarme aquí hasta después del perdón de los forajidos. Podemos esperar que Vaghn cumpla su palabra y que el hombre que ha visto el manzano sagrado esté allí.

Einar sabía que debía enviarla por su camino, fuera de peligro, pero no quería que se marchara. De hecho, quería que se quedara. Un pensamiento vikingo salvaje había revoloteado por su mente más de una vez. Podría secuestrarla, llevársela con él a las tierras del norte y amarla hasta que se olvidara por completo del claustro y sus restricciones.

—No sé cuánto tiempo puedo tardar, —dijo a medias—. Podrían ser semanas.

—No importa, —replicó ella. Sus ojos se clavaron desenfocados en el corazón de las brasas incandescentes de la hoguera. Podía sentir su calor en la sangre. Se quitó el chal del hombro y se pasó los flecos y los cascabeles por las manos, como hacía con sus cuentas de meditación. La prueba de la magia del chal residía en su silencio. O si cantaba, ella ya no podía oírlo.

Einar la observó inquietar los cascabeles, haciéndolos sonar con un tintineo de música áspera y frenética.

—¿Has leído el encantamiento?

—No. —Siriana arrugó de pronto el chal en su mano. Cayeron nuevas lágrimas. Su vida era tan complicada que no sabía qué hacer

ni adónde acudir. Su padre era como nada para ella comparado con lo que había sido su madre.

Einar la abrazó, estirándose sobre el jergón y haciéndola caer a su lado., Cogió su capa y la extendió sobre ellos. La luz del día era fuerte en la cabaña, pero ninguno de los dos había descansado realmente en dos días y dos noches.

—Duerme, —murmuró—. Te abrazaré.

—No puedo.

—Inténtalo, —susurró, sus manos recorriendo sus hombros y bajando por su espalda. Contemplando el fuego, que ahora era un lecho de brasas incandescentes, la estrechó entre sus brazos. Su corazón se hinchó de amor por ella. Quería protegerla del dolor y del daño. Finalmente, ella cayó en un sueño agitado.

Einar se relajó. Sus ojos también se volvieron pesados, pero estaba lejos de tener sueño. Siriana se revolvió y hundió las nalgas en su cuerpo, haciendo que sus pensamientos pasaran lentamente de la comodidad y el consuelo a la necesidad y el deseo. Al tocar su cuerpo hermosamente esbelto, sus pechos y caderas redondeados, la deseó como un hombre desea a una mujer.

Se levantó y encendió el fuego. Cuando regresó al jergón, ella había sacado una de sus piernas de debajo de la manta. La túnica le subía por el muslo. La parte inferior de su nalga estaba desnuda para él. Ella se dio la vuelta y él vio el triángulo oscuro de vello en la unión de sus muslos.

La idea de penetrarla le sacudió, pero no le sorprendió. Se estaba endureciendo, preparándose. Sus apetitos eran fuertes y hacía mucho tiempo que no los satisfacía. Pero no se aprovecharía de la pena. Bajándole la túnica, volvió a tumbarse en el jergón y la estrechó entre sus brazos una vez más. Suspirando profundamente, cerró los ojos y la abrazó, rezando para que ambos encontraran descanso.



Vestida con una túnica verde oscuro, Siriana ofició el entierro de su madre mientras la luz moría en el oeste sobre el lago. La luz de las antorchas brillaba suavemente, iluminando la silueta del cuerpo que yacía acurrucado de lado sobre un féretro de madera.

La Elegida había sido preparada para su sueño final como habría dormido en vida. Su túnica verde había sido recogida sobre su cuerpo, el talismán dorado colgaba entre sus pechos. Le habían subido las rodillas hasta el pecho, para que durmiera como una niña. La habían envuelto en otro trozo de lana verde cortada de la tienda que le había proporcionado Vaghn.

En el féretro, a su lado, había pedernales para su fuego, su daga y un cuenco de manzanas y otro de grano. Para sorpresa de todos, Rangwald había añadido una bolsa de cerveza, diciendo con vergüenza que el Otro Mundo podría ser un lugar seco. Siriana ya había derramado sus lágrimas. Ahora no quedaba nada más que decir. Puso la mano en el hombro de su madre una vez más a modo de despedida con la promesa de que se encontrarían en el Otro Mundo. Entonces se completó la ceremonia. Como en las tierras baldías no había ningún túmulo o tumba en la que enterrar a Melanthe, Vaghn había sugerido la cueva en la que Einar y Siriana habían pasado la noche. En penosa procesión llevaron su cuerpo hasta ella y lo depositaron en su interior. Luego, los vikingos y los forajidos se esmeraron en cerrar la entrada con piedras, para no dejar rastro de que era el último lugar de descanso de una gran

sacerdotisa del Claustro de la Arboleda. Einar rodeó a Siriana con el brazo mientras caminaban por el sendero hacia la aldea.

—Durin y Aren están listos para escoltarte hasta el claustro. Vaghn ha proporcionado un nuevo eje para el carro, para que así puedas moverte con más rapidez y seguridad. Lo volverán a embalar y estará listo para partir con la luz de la mañana. Sólo tendrás que pasar una noche más en este lugar,

Siriana no levantó la cabeza y continuó caminando impasible por el sendero. Bradach le alcanzó y tiró de su manga.

—Er... Lord Einar. —El vikingo frunció el ceño al guía—. Er... si ya no necesita mis servicios, podría... pagarme y enviarme de vuelta con la sacerdotisa. Les guiaría de vuelta al Claustro de la Arboleda gratuitamente.

La boca de Einar se torció de disgusto.

—Estoy seguro de que los guardias del claustro de Lady Siriana pueden encontrar su propio camino de vuelta. Y la razón por la que no te he pagado es que no hemos encontrado aquello a lo que prometiste llevarme.

La sonrisa congraciadora de Bradach se convirtió en un ceño fruncido.

—Te guie hasta Vaghn. Él te mostrará el camino. Me debes dinero.

Einar cogió al hombrecillo por el hombro y lo sacudió.

—Se te pagará cuando termines tu trabajo. Ahora adelántate y ayuda a empaquetar la carreta.



—Alguien ha muerto. —Arrastrándose como lobos de árbol en árbol, el irlandés Donnal y sus hombres observaron la procesión del entierro que subía desde el pueblo—. Están trayendo el cuerpo para enterrarlo. Habrá ricas ganancias, —dijo el ladrón a su lado con un gruñido.

—Bien. Me gusta la idea. Los muertos no se oponen cuando les robas.

—Idiota, —gruñó Donnal—. No habrá nada que merezca la pena llevarse en esa cámara. ¿Crees que los forajidos enterrarían algo que pudieran vender o trocar? No. La vieja sacerdotisa ha

muerto, o eso creo. La joven está viva y es a ella a quien busco. Sheron pagará por ella, y mucho.

Como era costumbre, habían preparado un pequeño festín funerario para celebrar la ascensión y el paso al Más Allá que se estaba produciendo en la cámara funeraria en ese mismo instante. Incapaz de comer, Siriana rodeó lentamente el carro, tocando la carga que los vikingos y Bradach estibaban en él, pero sin fijarse realmente en ella. Finalmente se alejó.

—Einar, voy a dar un paseo. Quiero un poco de tiempo para mí.

—No te alejes mucho, —le advirtió—. Pronto caerá la noche. Esto siguen siendo tierras peligrosas.

Se quedó en la calle y observó cómo ella se dirigía hacia el lago. Luego dirigió su atención a cargar su carro. Él y Durin revisaron el propio vehículo para comprobar que estaba bien reparado y que haría el viaje de vuelta al claustro.

A Einar le entristecía la muerte de Melanthe, pero le entristecía más la idea de separarse de Siriana. Aun así, el sentido común le decía que ella necesitaba la seguridad del claustro. Recrear su vida sin su madre sería una tarea difícil y dolorosa para ella, pero cuanto más lo retrasara, más doloroso sería.

Habló con los guardias del claustro, incluido el herido. Todos estaban ansiosos por regresar. Podía contar con ellos para trasladar la carreta de bueyes con toda rapidez y ser diligentes en su custodia.

La luna estaba saliendo sobre las montañas al otro lado del lago cuando Siriana regresó. Fue directamente a la cabaña donde había muerto su madre y regresó al poco rato, con los brazos llenos de ropa.

Aren corrió a aliviarla de la carga, pero ella negó con la cabeza. Llevaba dos bolsas colgadas de los hombros. Se volvió hacia Einar.

—Vaghn compartió su comida con nosotros.

Einar sonrió.

—Buen muchacho. Ponlas en el carro. Siriana, —la llamó, pero ella ya había entrado y bajado la solapa tras de sí.

Al fondo, los otros forajidos habían empezado a desmontar sus tiendas y a empaquetar sus caballos. Durin comprobó y apretó las correas de cuero que sujetaban la mercancía. Dando un último paseo alrededor del carro, golpeó las ruedas y comprobó por última vez el nuevo eje.

—Parece que funciona bien, —dijo Einar.

—Sí. —Durin enderezó las líneas de plomo—. Es un desperdicio esperar hasta la comida de la mañana para iniciar el viaje. Tenemos todo lo que necesitamos. Cojamos a la dama y pongámonos en camino. Nos espera un largo viaje.

Einar miró especulativamente hacia la tienda donde estaba Siriana y entró.

—¿Siriana?

Su túnica yacía en el suelo. Se agachó y cogió un puñado de la tela. Cuando la levantó, sólo sostenía tiras deshilachadas de material. La mayor parte de la tela permanecía en el suelo. Se dio cuenta de que había sido rasgada y hecha jirones. Su inquietud crecía a medida que recogía tira tras tira de material. La ira de Siriana parecía emanar de cada trozo.

—Me estabas llamando. —Siriana salió de detrás de la tela colgante que separaba las dos partes de la tienda. Desde las sombras salió a la luz, extendiendo los brazos—. ¿Qué te parece mi ropa nueva?

Con la boca abierta, Einar se quedó mirándola. Llevaba pantalones y chaleco de cuero negro, una túnica amarilla y botas hasta la rodilla. Se había recogido el pelo de la cara y se lo había

sujetado con horquillas doradas. Le colgaba en una gruesa trenza por la espalda.

Tragó saliva.

—Pero eso es lo que llevan los forajidos.

—Así es como viste Siriana nea Pryse.

No era la ropa lo que le preocupaba. Era el tono de Siriana, su expresión facial, su postura. Atrás habían quedado los suaves ojos marrones que albergaban compasión y caridad por el mundo. Su postura era la de una extraña, una extraña dura y amargada. Si no la hubiera conocido tan bien, la habría tomado por una forajida. Einar se sobresaltó más que cuando la capucha cayó de su rostro para revelar que era la mujer de sus sueños.

—¿Y el claustro? ¿Tu claustro?

—En una época fui lo bastante arrogante y presuntuosa como para creer que el claustro me pertenecía. —Su voz tenía un toque de hierro que él nunca había oído antes—. Pero no es así. Pertenece a todas las dríades. Hay otra entre ellas que puede guiarlas tan bien o quizá mejor que yo. No volveré. Renunciaré a mis votos. Abandonaré el claustro.

Aún sosteniendo la tira de material verde en la mano, negó con la cabeza.

—Siriana, ahora está sumida en la pena. No es probable que tomes las mejores decisiones...

—No estoy segura de haber tomado nunca las mejores decisiones, —lo interrumpió.

—Es la pena quién habla, Siriana. Vuelve al claustro. Date tiempo para curarte. Luego toma tus decisiones.

—Ya he reflexionado mucho sobre el asunto...

—No, no lo has hecho, —suplicó.

Ella le quitó el fajo de tela de la mano y lo arrojó al brasero de carbón que había en el centro del suelo de la tienda. Olió un momento y luego se encendió.

—He reflexionado mucho sobre el asunto, Donnal es primo de los O'lland. Sé lo que piensa. Cree que soy la hermana más blanda, la que tiene más probabilidades de no darles problemas. Tenías razón cuando dijo que he estado huyendo de la vida

—Siriana, —protestó Einar—, eres…

Ella no le dio oportunidad de hablar.

—Pero te equivocabas en cuanto a por qué huía. Huía de mí misma, no de Arlyn. Por mi cobardía, permití que Arlyn trajera la desgracia y el sufrimiento a toda mi familia. Sheron mantiene una enemistad silenciosa entre mi familia y la suya. Como no, envió a Donnal. Y... —Ella vaciló, conteniendo un sollozo—. Y mi madre murió.

—Te equivocas al tomar esta misión por tu cuenta, Siriana, —dijo Einar—. La culpa no es tuya más de lo que lo es de la hermana que te desposó, o del padre que te envió al claustro porque parecía el camino más fácil. Incluso tu madre te arrastró dentro, aunque sospechaba que no tenías una verdadera vocación.

Siriana se giró hacia él, con la mano en su daga.

—No culparás a mi familia.

—Tampoco dejaré que asumas toda la responsabilidad. Deberías volver con tu padre y tu hermana.

—Brenna ha hecho su parte para borrar la vergüenza de su nombre, —insistió Siriana—. Ahora debo vengar todos estos males que nos han hecho a Melanthe y a mí. Nuestro nombre debe ser limpiado.

Einar la agarró de las manos.

—Eres una gran sacerdotisa. Una mujer de paz.

—¿Quién eres tú para hablar de paz, vikingo? —Ella se soltó y echó hacia atrás la solapa de la tienda. Su esbelta figura con su nueva ropa ajustada se silueteaba contra el fuego que había cocinado el festín funerario de Melanthe. Vaghn y sus forajidos seguían sentados a su alrededor, al igual que los demás vikingos que esperaban las órdenes de Einar—. Yo era una gran sacerdotisa. Y una cobarde.

Salió a la noche y se adentró en aquel círculo. Extendió los brazos sobre las llamas. El humo se elevó hasta la pálida luna.

—A partir de ahora, norteños y forajidos, escucharme. Seré una mujer de guerra. Hago aquí un nuevo juramento. Seré mi propia campeona de la venganza. Soy Siriana la Vindicadora.

Los hombres la miraron, algunos con asombro, otros con incredulidad. Los más venales entre ellos la miraron lascivamente.

Los puños de Einar estaban apretados. Tenía la mandíbula tan dura que un músculo le saltó en la mejilla cuando se unió a ellos junto al fuego.

—Se necesita algo más que una declaración para hacer un campeón.

—Me entrenaron para ser una guerrera, —replicó Siriana. Su color había subido, sus ojos centelleaban—. Como mi padre no tenía hijos varones, enseñó a sus hijas a defenderse a sí mismas y a su tierra. Las preparó para convertirse en herederas del alto asiento de Aliean.

—Una cerbatana y una daga no derribarán a los enemigos, —se burló Einar.

Ella se puso sobria al instante.

—Tienes razón, por supuesto. No soy tonta. Por eso te pido ayuda. Puedo usar mi daga para desenterrar raíces y mi cerbatana para derribar animales pequeños, pero mis otras habilidades sufren por el mal uso. Necesito que alguien me ayude a recuperar mi habilidad como guerrero. Quiero que alguien me enseñe a usar la espada y la lanza, el arco y la flecha. —Hizo una pausa. —Eres el mejor que he visto. Me gustaría contar con tu ayuda.

Einar negó con la cabeza.

—Tengo mi propia búsqueda. Me quedaré en las tierras baldías hasta que haya aprendido más sobre el árbol. Podría estar aquí todo el invierno.

—Entonces me quedaré contigo y contrataré tus servicios. ¿Qué pago considerarías justo?

Hizo un movimiento cortante con la mano.

—No quiero un pago. Quiero que vuelvas al claustro donde estarás a salvo.

—No. Esta herida se ha enconado dentro de mí durante nueve años. Debe ser sangrada. Si hubiera venido como debía hace años, mi madre estaría hoy sana y salva. Escucha, Einar de Dalsteinn, lo haré con o sin tu ayuda. —Miró al otro lado del fuego la expresión de asombro de Vaghn—. Los forajidos estarán más que encantados de enseñarme.

—Su precio será demasiado alto, —advirtió Einar.

—Pide lo que quieras. Estaré encantado de ayudarte, —vociferó el pelirrojo Rangwald. Se calmó cuando Einar le lanzó una mirada que prometía matar.

Como un oso cebado por lobos, balanceó la cabeza de uno a otro. Finalmente acabó fulminando con la mirada a Siriana.

Tuvo que aceptar que ella se había decidido. Ante sus ojos había pasado de ser la dulce sacerdotisa enclaustrada a una decidida vengadora. Era una mujer fuerte, firmemente decidida a realizar esta

hazaña, pero había estado secuestrada durante nueve años. Sus fortalezas y talentos, que tan bien le habían ido en la pacífica comunidad, eran inútiles en el despiadado mundo que la rodeaba. Tenía que protegerla tanto de sí misma como de los demás.

No podía hacerla cambiar de opinión. No podía dejarla sola. Sus errores serían demasiado costosos, quizá incluso mortales.

—Te entrenaré, —aceptó finalmente—, pero reconocerás que yo soy el guerrero. Mis decisiones son definitivas.

Ella asintió.

De pie a la luz de la hoguera, con el humo ante ella, tenía un aspecto bárbaro. Casi podía creer que era una de las hijas de Odín, una valquiria guerrera. Los pantalones de cuero ceñían con fuerza sus curvas de mujer. Se ceñían como una segunda piel a sus largas piernas. Parecía más alta e infinitamente más deseable. Cuando Einar alzó por fin los ojos y la miró a los suyos, Siriana sonrió.

Sintió el fuerte tirón de la atracción por ella. Extrañamente, sintió que debía volver a presentarse ante ella. Se había sentido mucho más seguro con una sacerdotisa del claustro tranquila y sin pretensiones. Esta nueva mujer era decidida y exigente.

Le tendió la mano. Ella puso su mano en la de él y dejó que le guiara lejos del fuego.

Caminaron juntos hasta el arroyo. La luz de la luna brillaba sobre ellos, dorando de plata el largo cabello rubio de él. Midió su estatura con la de ella. Aunque alta para ser mujer, era al menos quince centímetros más baja.

Asimismo, su cuerpo era casi frágil comparado con el de él. Su pecho, sus brazos, sus muslos. Ella se estremeció.

La prueba de que realmente había dejado atrás el claustro estaba en el calor que se enroscaba en su vientre. Le había subido la sangre. El fuego que había quemado los trozos de su túnica, y el humo que había llevado sus palabras a los cuatro rincones de la tierra, habían calentado su deseo.

—No hay más barreras entre nosotros, Einar, —dijo ella.

Él soltó su mano y se apartó de ella, casi como si le tuviera miedo.

—Me temo que las hay. Es fácil decir que has renunciado a tus votos, pero ¿qué tiene que decir tu corazón sobre el asunto?

Ella sacudió la cabeza con impaciencia. ¿Acaso creía que conocía su propia mente?

—Acudo a ti, Einar de Dalsteinn, como mujer, no como sacerdotisa. Quiero que seas mi hombre.

En cuanto pronunció las palabras, deseó poder retirarlas. Él la consideraría una descarada.

—Quería oír esas palabras a las pocas horas de conocerte, —contestó él—. Quería abrazarte y hacerte mía. Incluso soñé con secuestrarte a la manera vikinga y llevarte a mi tierra natal y amarte hasta que olvidaras por completo ese claustro y esos votos. —Su sonrisa era luminiscente.

—Entonces ayúdame a vengar a mi madre y a mi familia y no tendrás que secuestrarme. Vendré voluntariamente.

—No. —Extendió el brazo para rechazarla—. Conoces mi situación. No soy digno de ti, ni aunque abandones el claustro en desgracia. No tengo un nombre.

—Pero lo conseguirás si encuentras las manzanas. Y lo harás. Sé que lo harás.

—Incluso entonces no puedo ofrecerte matrimonio.

—No lo he pedido, —le recordó ella—. Entiendo que las diferencias básicas entre nosotros no han cambiado. Tú estás ligado

a las tierras del norte y yo a Escocia. Pero podemos estar juntos hasta que te marches.

Einar le dio la espalda. El arroyo brillaba como diamantes a sus pies. Ella se movió para colocarse detrás de él. Apoyando la palma de la mano en su hombro, le dijo suavemente:

—Te amo, Einar de Dalsteinn. Haría cualquier cosa por casarme contigo y vivir el resto de mi vida contigo. Sabiendo que no puedo, aceptaré lo que pueda tener.

Einar se mantuvo de espaldas a ella.

—¿Eres lo bastante fuerte para aceptar mi amor? —preguntó al fin.

Los grandes hombros de Einar se hincharon. Negó con la cabeza. Luego giró sobre sí mismo y la estrechó entre sus brazos. Los pechos de ella se aplastaron contra el ancho pecho de él.

—Sea por fuerza o por debilidad, Siriana, debo tenerte.

Siriana levantó la boca y él la aplastó con su beso.

—¡Einar! —gritó Durin desde la aldea—. ¿Nos vamos o nos quedamos?

Einar la cogió de la mano y juntos se apresuraron a volver al fuego moribundo.

—Siriana no volverá al claustro, —anunció—. Se quedará con nosotros en la aldea y esperará noticias de Vaghn después del forgathering.

—Así que no regresará al claustro. —Vaghn apareció a caballo de entre la oscuridad. Cruzó los brazos sobre el arco de su montura. Las tiendas de los forajidos habían sido empaquetadas y todos estaban listos para partir.

—Así es.

El druida convertido en forajido sacudió la cabeza. Observó sus ropas con ojo crítico. La cerbatana estaba atada a su hombro, el carcaj a su cintura, la daga en su bota.

—Piénsalo bien. Una vez hecha tal elección, no puede haber vuelta atrás.

—Lo he pensado bien y he decidido quedarme junto alhombre que amo.

Vaghn echó hacia atrás su hermosa cabeza y se rió.

—Ah, así que así sopla el viento. Mi enhorabuena, lord Einar.

—Tengo una deuda que saldar y quiero hacerlo por mi cuenta.

Los ojos de Vaghn se entrecerraron.

—¿Los ladrones que asesinaron a tu madre y robaron tu tesoro?

—Sí, —dijo ella sombríamente.

Hizo un gesto a sus guardias del claustro y los apartó. Mientras Einar daba las últimas instrucciones a sus hombres, ella se despidió de los suyos.

—Regresar al claustro. Sven y Calam, los norteños, os acompañarán fuera de las tierras baldías hasta el camino, que luego podréis seguir por vuestra cuenta. Lleva mi mensaje a las buenas hermanas. Diles que voy a vengar la muerte de la Antigua, Melanthe.

>>Y si te place visitar la corte del alto rey en Ailean, entrega un mensaje similar a mi padre, Pryse mac Russ. Dígale que Melanthe ha muerto, asesinada por ladrones junto a un líder irlandés llamado Donnal. Dile... —Hizo una pausa mientras la pena guerreaba con su necesidad de venganza. Tragó con fuerza—. Dile que estoy a salvo y que volveré a casa cuando haya terminado mi tarea. Compartiré los detalles de mi viaje cuando regrese.

—Lo haremos, mi señora —Cada uno de los tres se inclinó a su vez. Uno tras otro montaron en sus caballos

—Mi señora, —dijo el último en subir—. Siento que no hayamos podido salvar a la madre Melanthe. Era una dama gentil y una inocente. Los malhechores que hicieron esto deberían ser condenados a vagar para siempre.

Una tristeza inefable por la pérdida de su madre, y de una parte de su propia vida, la invadió. Algo se estaba yendo con ellas. Lo estaba perdiendo irremediablemente. Sin embargo, dio una palmada en el hombro del guardia.

—Es exactamente lo que pienso.

Se alejaron en la oscuridad con Sven y Calam cabalgando delante. Su número se reducía a Siriana y Einar, Durin y Aren. Bradach, el guía de las tierras altas, merodeaba entre las sombras.

Vaghn los miraba en silencio. Pensó en los cuatro asesinos en algún lugar de los bosques sobre el lago. Se volvió hacia Dame.

—¿Crees que deberíamos llevarlos con nosotros? —El hombre asintió.

Rangwald se pasó una mano por su enjuta barba pelirroja.

—No está permitido, Vaghn.

—¿Y si fueran parte de nuestra banda?, —preguntó su jefe.

—Sí, —murmuró Dame.

Rangwald bajó la mano por la cicatriz de su cara. Una sonrisa torcida levantó su fea boca.

—Sí, eso lo arreglaría todo. —Paseó una mirada de aprobación sobre los vikingos—. Añadiría cuatro guerreros más experimentados a nuestras filas y nos daría más poder de negociación. El guía y la mujer no comerán mucho.

Vaghn se rió.

—No, no comerán mucho. Y ella podría llegar a ser más fiera que tú, Dame. —Miró al grupo en busca de acuerdo. Todos asintieron—. Entonces les invitaremos.

El líder de los forajidos adelantó su caballo.

—Mi sire y mi señora, hemos votado. Nos gustaría que se unieran a nosotros, si están dispuestos.

Siriana se acercó a Einar, cogiéndole el antebrazo.

—Es perfecto, —susurró—. Como forajido, puedes asistir a la reunión y decidir si la información que te ha dado el hombre del que

te ha hablado Vaghn es verdadera o falsa.

Einar asintió. A Vaghn le dijo:

—Nunca consideré que pudieras viajar conmigo.

Vaghn se rió del espíritu del vikingo.

—Oh, sí, podríamos viajar contigo. Pero yo iré delante. Escúchame, norteño, estás más cerca de encontrar el árbol sagrado de lo que has estado nunca. No sé si el hombre que lo ha visto estará aquí este año, pero se rumorea que sí. Aprovecha el momento. No se sabe dónde estará durante el próximo forgathering.

—Si no viene, espero que le devuelvas el oro a Siriana.

—Eso ya lo veremos, —dijo Vaghn con amargura—. Un forajido podría arruinar su reputación si devolviera el oro de alguien.

—¿Y qué hay de la seguridad de Siriana? —preguntó Einar.

—No garantizo la seguridad de nadie, —respondió Vaghn. —Pero generalmente hay una tregua que se mantiene en el forgathering.

—Deberíamos ir, Einar, —instó Siriana—. Veamos qué puede decirnos este hombre sobre el árbol sagrado.

Le lanzó lo que pretendía ser una mirada disuasoria, pero ella se limitó a sonreír.

—Ayer intentabas convencerme de que no hiciera caso a los forajidos. ¿Por qué has cambiado de opinión?

Ella vaciló. No se atrevía a decirle que quería ir al forgathering con la esperanza de ver y poder matar a Donnal. Sus labios se curvaron en una sonrisa al pensar que el espíritu de Melanthe, apenas fresco en el Otro Mundo, sería seguido por aquellos que habían destruido su existencia terrenal. Qué digno testimonio del valor de Melanthe. Qué orgullosa se sentiría cuando su juicio fuera pronunciado por la Gran Diosa Madre.

Siriana tenía que convencer a Einar de que debían ir.

—He reflexionado sobre el asunto, —dijo al fin—. Me equivoqué al intentar persuadirte de que acudieras a los druidas en busca de información. Ellos deberían ser tu última esperanza. Es su deber proteger el árbol. Si creyeran tu historia, y no hay garantía de que lo hicieran, incluso con mi recomendación, se ofrecerían a enviar a uno de los ChOsen a recoger la fruta y traértela de vuelta. No te permitirían recogerla tú mismo. Si existe tal hombre que conozca la

ubicación del árbol, probablemente le diría dónde está, por un precio.

—Sí, —asintió Vaghn—. Por un precio. Recuerda, norteño, todas las cosas son alcanzables si tienes el Oro.

Einar cogió la mano de Siriana y la giró para que le mirara.

—¿No te asusta estar aquí, en las malas tierras? —preguntó Einar—. ¿Lejos de tu claustro?

—No, aquí es donde quiero estar. En espíritu, he estado lejos de mi claustro desde que nos salvaste de los ladrones. Sólo que no sabía que lo estaba. —Se dio cuenta de que decía la verdad. Unos días antes, Siriana no habría podido responder con tanta sinceridad. Una a una las restricciones del claustro habían caído. Cuando ya no las tenía tras las que esconderse, se había convertido en ella misma. Era Siriana nea Pryse. Había recuperado su sentido de sí misma.

Y esto había coincidido con su decisión de abandonar el claustro. Cuando se había dado cuenta de que su madre había muerto y se había ido para siempre, había sentido que los grilletes se deslizaban de sus miembros. No pertenecería a nadie a menos que se entregara a sí misma. Y se había entregado, al menos por un tiempo, a Einar de Dalsteinn.

—Durin. Aren. —Einar miró a cada uno por turno—. Cada uno de vosotros tiene voz en este asunto. ¿Nos unimos por un tiempo a los forajidos?

—Sí, —dijo Aren inmediatamente. La idea de cabalgar con un grupo de forajidos y asistir a una reunión donde habría mucha emoción y muchos concursos de fuerza y destreza le complacía enormemente.

—¿Durin?

—Creo que es algo bueno, mi sire, —respondió el hombre del hacha—. Si vas a encontrar algo que está oculto, ¿quién mejor para decirte dónde buscar que un ladrón?

—Entonces iremos.

—¿Tenéis mercancías para el trueque? —Vaghn observó el carro con ojo calculador.

—Sí, —respondió Siriana.

—Déjame verlas—, dijo Vaghn—. Te diré si merecen la pena.

Siriana cruzó los brazos sobre el pecho y negó con la cabeza.

—No, mi sire. Las verás cuando los vean todos los demás en el forgathering. Pero te dejaré elegir primero, te lo prometo.

Vaghn se rió.

—Desde el primer momento en que te vi, Siriana nea Pryse, supe que serías una buena comerciante.

—Los norteños no tenemos bienes que puedan ser objeto de trueque, —recordó Einar a Vaghn.

—Ah, pero protegerás las de tu señora. —El líder de los forajidos agitó el brazo—. Viajemos.

Listos para cabalgar, ansiosos por llegar a la forja, los forajidos y los vikingos que aún no montaban a caballo se subieron a sus monturas. A la luz de la luna, el líder de los forajidos levantó la mano y les indicó hacia delante. En silenciosa procesión avanzaron por el bosque. Las campanas tintineaban. El cuero de las monturas crujió. Los cascos de los caballos golpeaban la piedra.

Einar y Siriana se colocaron en la parte trasera. Detrás de ellos cabalgaban Durin y Aren, este último excitado más allá de lo creíble por unirse realmente a una banda de forajidos, aunque sólo fuera por un tiempo.

A medida que la luna iniciaba su curso por el cielo y las estrellas empezaban a desvanecerse en la luz grisácea, Siriana sintió como si cabalgara hacia una tierra desconocida. Al igual que su

madre, estaba entrando en el Otro Mundo. Habiendo conocido sólo la aldea del rey en Ailean y el Claustro de la Arboleda, se encontraba en su primera gran aventura.

Siempre se había puesto en el papel de la hermana mayor, la cuidadora. Brenna era la que navegaba en alta mar y llevaba una vida de osadas aventuras. Ahora Siriana se daba cuenta de que ella también podía. La elección siempre había sido suya.

Capítulo 12

A primera hora de la tarde del día siguiente, la compañía entró en un claro cubierto por el espeso follaje. Restos carbonizados de fuegos anteriores atestiguaban su frecuente uso como campamento. Cerca de allí, Siriana oyó el rumor de un arroyo que fluía rápidamente.

—Pasaremos aquí la noche. —Dame se deslizó fuera de su silla de montar y estiró sus miembros acalambrados—. Y partiremos al día siguiente, después de la comida de la mañana.

Siriana también desmontó, siempre contenta cuando podía dar un descanso a sus caderas y nalgas. Extender los muslos sobre el lomo de un caballo era algo a lo que aún no se había acostumbrado. Sin embargo, estaba impaciente por seguir con su búsqueda.

—Hay varias horas más de luz durante las que podríamos viajar. ¿Por qué no seguimos cabalgando?

—No hace falta, —dijo Dame—. Hemos dejado tiempo de sobra para viajar hasta el forgathering, y queremos estar descansados cuando lleguemos.

La brisa del atardecer atrapó mechones de pelo que escapaban de la trenza de Siriana y se los pasó por la cara. Ella los atrapó con los dedos y se los acomodó detrás de las orejas. Aún no se había acostumbrado a que su pelo estuviera libre de la cofia.

Dame dio las riendas de su caballo a uno de los forajidos e hizo un gesto a Siriana para que hiciera lo mismo.

—Camina un poco conmigo. Pronto entenderás por qué elegimos este lugar.

—Siriana lo siguió por un sendero estrecho y sinuoso hasta el arroyo. El agua era pura, casi blanca como el cristal en algunos lugares, azul como el hielo en otros. Danzaba a lo largo, ondulando y salpicando, rociando sobre las rocas, barriendo alrededor de otras. Siriana se arrodilló y ahuecó las manos para beber. Estaba tan fría que le dolían los dientes.

Caminaron sobre hojas caídas que adornaban el sendero de ricos colores otoñales dorados, escarlatas y anaranjados. Finalmente llegaron a una zona apartada rodeada de enormes rocas grises y flanqueada por árboles.

Dame se deslizó por un espacio entre los monolitos de granito hasta un pequeño claro. Como una cueva sin techo, los peñascos rodeaban una zona donde una mezcla de arena y arcilla había creado un suelo.

—Qué lugar tan hermoso, —exclamó Siriana—. ¿Cómo lo encontraste?

—Lo encontré hace años. Es donde solía acampar. —Dame no se atrevió a mirarla mientras decía—. Esta noche tú y Einar podréis tenerlo.

Los ojos de Siriana se abrieron de par en par. Miró a su alrededor con una tímida sonrisa curvando sus labios.

—Es tan encantador que no seré descortés diciéndote que no deberías, pero ¿estás seguro?

—Sí. Quiero que dispongas de este lugar para pasar la noche. Os dará intimidad y estaréis más seguros.

—Gracias. —Siriana inclinó la cabeza.

Dame agitó una mano como si quisiera quitarle importancia.

—Que seamos forajidos y parias no significa que hayamos abandonado la civilización por completo.

—En efecto.

—Entonces está decidido. Haz que tus hombres suban tus bultos hasta aquí. Pueden extender tu jergón y encender el fuego.

La idea de lo que les esperaba a ella y a Einar esa noche hizo que las mejillas de Siriana se encendieran. Al mismo tiempo, sintió un estremecimiento de gratitud, casi como si aquella mujer forajida hubiera ocupado el lugar de una madre, proveyéndole «de una forma extraña» lo que equivalía a su noche de bodas.

Regresaron al claro y lo encontraron lleno de actividad. Un fuego ardía en el centro. Los hombres habían colocado un trípode de metal sobre él, y las mujeres añadían ingredientes a un caldero colgado del soporte.

Habían encendido antorchas y las habían clavado en el suelo, marcando los límites del campamento. A su alrededor, se distribuían palés.

—Esta noche tendremos una comida caliente —se quejó Dame —. Y un poco de diversión.

Siriana observó cómo uno de los forajidos se sentaba bajo un árbol y comenzaba a afinar un instrumento musical.

—¡Un arpa! —exclamó—. Vamos a tener música.

—Sí —respondió Dame—. Esta noche cantaremos y bailaremos. Después de las primeras escarchas, el invierno llega rápido. La vida ya es bastante dura para quienes tienen un techo. Para los que somos como nosotros, es una lucha que a veces perdemos.

Siriana se estremeció mientras asentía. Los inviernos de las tierras altas eran una lucha para todos. Miró al otro lado del campamento y vio a Einar hablando con Vaghn entre los árboles. Los ojos de Einar se encontraron con los de ella. Se dio cuenta de que debía de estar esperando a que ella mirara a su alrededor y lo viera. Sonrió.

Habló con el forajido y los dos hombres se acercaron a ella a través del claro.

—¿No es maravilloso? —señaló hacia los colores cambiantes del bosque que les rodeaba—. Y pensar que hace sólo unos días le tenía miedo al bosque.

—Puede ser un lugar temible, señora —advirtió Vaghn—. Nunca lo subestimamos. Siempre nos sobrecoge. Y las bestias no

son nuestra mayor preocupación. Los peligros que se esconden en él pueden estar sobre ti antes de que puedas desenvainar la espada.

—Sí —murmuró—. Estáis siendo tan amables que casi había olvidado que viajaba con forajidos.

Vaghn sonrió.

—Pensamos que compensaría en alguna medida el disgusto anterior.

—Sí —replicó Dame socarronamente—. Vosotros dos habéis pasado muy poco tiempo juntos.

—Einar —se dirigió Siriana—, ¿podrías hacer que uno de los hombres me siguiera con nuestros fardos? Encenderé un fuego y extenderé nuestros jergones para pasar la noche.

Einar tomó la mano de Siriana entre las suyas.

—Ya he enviado a uno de los hombres a realizar esas tareas. Llevaré lo que quieras cuando subamos juntos.

—Pero no tan pronto —protestó Vaghn—. Tendremos partidas esta noche. Quiero tener la oportunidad de recuperar lo que perdí con tu arco.

—Como quieras forajido. Pero prepárate para perder. Mis hombres y yo ganaremos fácilmente.

—Ah, la jactancia de un héroe. ¿Pero puedrás estar a la altura? —Vaghn se rió—. Creo que esta vez será más difícil.

Riendo, los dos hombres se separaron. Vaghn y Dame volvieron al fuego central. Einar y Siriana caminaron hacia el arroyo. El vikingo la cogió por la cintura y la subió a un peñasco gris. Ella puso sus manos sobre las de él y lo miró fijamente a la cara. Eran conscientes el uno del otro como nunca antes. Sus cuerpos habían conocido sus deseos durante tanto tiempo. Sus corazones y mentes también estaban en sintonía. Había llegado el momento de disfrutar del dulce placer de la pasión.

—Siriana, ¿comprendes perfectamente lo que está a punto de suceder?

Ella bajó los ojos ante la intensa mirada ámbar de él.

—Ya ha sucedido.

—No. Esta noche pasará más de lo que podrías soñar. Aún no es demasiado tarde. Dilo y te dejaré dormir sola. Pero entiéndelo bien: si subo contigo, iré como tu hombre, y entonces no podrás volver al claustro.

—Sí, lo comprendo y estoy de acuerdo.

Un músculo se tensó en su mandíbula. Rodeó su cintura con la mano y la atrajo contra él. Su boca se abalanzó sobre ella, besándola con labios, lengua y dientes. El deseo la recorrió como un relámpago sobre el lago.

Por fin levantó la cabeza.

—Entonces estamos de acuerdo. —Juntos comenzaron a subir por el sendero.

—Ojalá ya hubiéramos asistido al forgathering —dijo Siriana, afligida—. Dame me habló de la hermosa ropa que hacen trueques. Me encantaría tener un vestido nuevo.

—Te compraré uno —prometió Einar.

—Sí, pero no a tiempo para la celebración de esta noche. —Sonrió—. Quiero estar guapa para ti. Cuando iba a casarme con Arlyn, mi padre dispuso que me confeccionaran vestidos muy hermosos, así como joyas para adornarlos y linos finos para nuestro lecho nupcial.

A Einar se le cayó el semblante.

—Todo esto, está mal.

—No, no —replicó ella—. Esto está bien. Seremos muy, muy felices. Ni todos los hermosos vestidos y joyas del mundo hicieron feliz a mi hermana en su noche de bodas.

—Nuestro primer banquete juntos será una comida preparada por forajidos en un campamento. —Einar apretó los dientes—. Debería avergonzarme.

—Jamás —respondió Siriana—. Vamos a compartir una intimidad que me negué cuando entré en el claustro. Me entusiasma la idea de formar parte de una pareja. Caminaré a tu lado, me sentaré a tu lado y, más tarde, me acostaré a tu lado.

Extendió los brazos y giró sobre sí misma.

—Estoy tan emocionada.

Einar rió entre dientes. La cogió por la cintura y la atrajo contra él

—Los festejos te entusiasman, ¿verdad?

—Sí, hacía mucho tiempo que no asistía a un banquete fuera del claustro. —Le miró fijamente a sus hermosos ojos ámbar—. Y nunca he asistido a uno en compañía de un hombre.

—¿Este será el primero? —preguntó incrédulo.

Ella asintió, reconfortada por el asombro en su rostro.

—Me alegro de que sea conmigo, Siriana.

—A mí también me gusta. Todo es mucho más bonito cuando puedo compartirlo contigo. —La abrazó más fuerte, su mejilla rozando su pelo—. Van a tener música y baile, Einar.

—¿Sabes bailar?

—Sí. Pryse se aseguró de que adquiriera todas las gracias que una mujer debe tener para ser una buena esposa. ¿Y tú?

—Sí, fue parte de mi entrenamiento como guerrero.

Estuvieron callados un rato. Ella le besaba el cuello, rozaba con sus labios el lóbulo de su oreja, retorciéndose cuando él la atormentaba de la misma manera. Luego se apartó.

—Echaré de menos las fiestas del claustro, especialmente la fiesta de la manzana.

Sonriendo, Einar la observó alisarse el pelo y recuperar la compostura. Luego volvió a rodearla con los brazos, como si no pudiera apartar las manos de ella.

—Es apropiado que la manzana sea tu talismán. Es lo que nos unió. Si Ura no hubiera perdido sus huertos, nunca habría venido

aquí en busca del árbol.

Le rozó las mejillas con los dedos. Las manos endurecidas por el callo, que empuñaban armas con precisión mortal, la tocaron con infinita ternura.

—Piel del mismo color suave que la flor del manzano, tan tersa como los pétalos.

El delicado color tiñó sus mejillas. Terminó de soñar despierta, se quitó la capucha y la túnica. Deseaba entregarse a él por completo. Se alegraba de que todas las barreras entre ellos hubieran desaparecido. Ella lo recibiría con cariño, y él la amaría en respuesta.

—La manzana en sí es deliciosa —murmuró contra su mejilla—. La probaré.

—Sí, Einar. Ya es hora.

Le cogió la nuca y tiró de ella para acercarla. Sus bocas se tocaron, cálidamente al principio, luego acaloradamente.

Ella separó los labios. Einar respondió a la invitación deslizando su lengua en la húmeda dulzura. Ella inhaló profundamente mientras él exploraba su boca, besándola a fondo y satisfactoriamente. Se separó de él y le pasó la mano por la cara y los labios. Le delineó las cejas.

Mientras se miraban, los ojos de ella se oscurecieron hasta arremolinarse de pasión. Tan oscuros que parecían azabache en lugar de marrones. Pero eran seductores, irresistibles. Llamaban a su alma.

—Me enciendes, Einar. Apenas puedo esperar a que nos apareemos.

—Yo tampoco puedo, —murmuró él.

Aún podían oír la charla y las risas cada vez más fuertes mientras forajidos y vikingos se instalaban en el campamento para esperar a que se sirviera la cena. Poco a poco el ruido fue desapareciendo. Siriana y Einar entraron en un mundo mágico que sólo les pertenecía a ellos.

Él le rodeó la cintura con los brazos y la alzó contra su pecho.

Bajo su esternón, ella podía sentir los latidos de su corazón. Contra su vientre, su órgano masculino se endurecía y palpitaba.

Ella tomó sus labios. Con un sonido grave, él profundizó el beso. Dejó que ella se deslizara por su cuerpo hasta que estuvo de pie sobre sus propias fuerzas. Pero ella no se sostenía por sus propias fuerzas. Se aferró a sus hombros y se apretó contra él. Cada

nervio de su cuerpo le dolía por él con un dulce dolor. Aspiró estremecida.

—¿Siempre tendrás este efecto sobre mí?

—Eso espero, Siriana.

Ella se apartó. Con las manos entrelazadas, se acercaron a la entrada de su enramada entre las rocas.

Un fuego ardía y su cama había sido hecha. Sobre el jergón se habían tendido ropas limpias y hermosas. Una túnica roja para ella. Pantalones marrón oscuro y una túnica verde bosque para él. Botas para los dos. Cintas y fajas estaban esparcidas. Joyas.

Ella jadeó.

—¿De dónde han salido?

—De Vaghn. Hice un trueque por ellas, —respondió Einar.

—¡Oh, Einar! —lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fuerza —. Esta noche es para nosotros.

—Sí.

—No sé cuándo he estado tan emocionada.

Se acercó apresurada al jergón. Arrodillándose, recogió su túnica y deslizó los dedos por el tejido. Acarició la trenza nórdica que

decoraba la tapeta del cuello, reconociendo la labor minuciosa. Luego fue pasando las cintas una a una, deteniéndose en una roja, descartándola tras un instante de duda. Probó otra, hasta que finalmente eligió una dorada, la que más le agradaba.

Después, examinó las joyas con calma, pieza por pieza, dejando que la luz jugara con cada una. La última que tomó fue un brazalete. Era antiguo, de diseño sobrio pero elegante. Lo sostuvo en la palma, recorriéndolo lentamente con los dedos. Al fin se lo colocó en la muñeca. Extendió la mano, giró el brazo y contempló la joya, como si buscara en su brillo una confirmación silenciosa.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Es la pieza de joyería más hermosa y única que he visto nunca, Einar. No he visto muchas de tan alta calidad. ¿A quién se lo compró?

—Es de una antigua, —respondió—. Me pertenece desde que tengo uso de razón.

—¿Era de tu madre? —murmuró Siriana.

Él se encogió de hombros.

—Quiero pensar que sí. Lo llevaba puesto cuando Ura me compró a su cargo. Como el brazalete era sencillo, mi antiguo dueño

no le dio ningún valor. Cuando Ura le interrogó al respecto, dijo que lo llevaba puesto cuando me robaron. Ura y Nanna siempre creyeron que pertenecía a alguien de mi familia, quizá a mi madre.

—Lo llevaré siempre, —prometió Siriana.

Poniéndose en pie de un salto, le plantó besos en los labios, las mejillas y la barbilla. Entre beso y beso, dijo:

—Gracias, Einar. Me has hecho muy feliz.

Su rostro resplandeció. Su sonrisa le deslumbró. Sus ojos brillaban.

—Al hacerte feliz, —confesó Einar, —yo también soy feliz.

—A mí me pasa lo mismo. —Ella se inclinó, recogió la túnica y la sostuvo frente a ella. Se acercó al arroyo y se inclinó para mirar su reflejo—. Me has regalado un tesoro muy hermoso.

—Si algo tan simple te da tanto placer... —murmuró con una sonrisa—, tendré que asegurarme de darte muchos más en el futuro.

Todavía apretando la túnica contra su pecho, Siriana le miró.

—Me encantan la ropa y las joyas, —dijo suavemente—, pero estaba pensando en los regalos más importantes que me has concedido, Einar. Amor y felicidad.

Sentándose a su lado, Einar tomó la túnica por el hombro y se la retiró suavemente de las manos, dejándola a un lado. La atrajo hacia sí y besó la punta de su nariz, luego apretó los labios contra cada uno de sus párpados, uno tras otro. Le susurró besos a lo largo de la mandíbula y por la sien.

—Serás la mujer más bella de la fiesta, amor mío, con o sin túnica.

—Y tú serás el hombre más apuesto, mi amor.

—Ah, Siriana… —rió con calidez—. Eso es mucho suponer. Yo no me he visto así. Pero tú sí me has visto desnudo.

Su sonrisa se convirtió en una risa traviesa.

—No hago ninguna suposición, mi guerrero vikingo. ¿Creías que te permitiría ver mi desnudez sin ver la tuya?

Se echó hacia atrás.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Te espié mientras nadabas y te bañabas durante el tiempo que rastreamos a los ladrones irlandeses.

—Mi pequeña sacerdotisa, te estás convirtiendo rápidamente en una libertina.

—Sí, lo soy, y lo encuentro muy placentero.

Sin tocarla en ningún otro sitio, le rozó los labios con besos suaves y los apretó contra la comisura de los labios.

—¿Te aparearás conmigo? —preguntó Siriana.

—Sí.

—¿Vamos a hacer más de lo que hicimos la última vez?

—¿Quieres que lo haga?

Le cogió la cabeza con la mano y atrajo su boca contra la suya.

—Sí.

Cuando él se apartó, su mano tan grande y fuerte empezó a acariciarle suavemente los zarcillos recalcitrantes de la cara. Le dio la vuelta y le desató pacientemente las cintas del pelo y peinó sus largos mechones de la trenza.

—Siempre he soñado con hacer esto —le dijo.

A la luz del sol que se desvanecía, su pelo oscuro brillaba con un azul plateado.

—Y esto.

Él la rodeó con la mano y desabrochó su broche del escote de su túnica. Le pasó los labios por el lateral del cuello y le plantó un beso en la punta del hombro. El deseo ardió a través de Siriana, inflamándola, sensibilizándola. Ella se estremeció.

—Cada vez eres más deliciosa, —murmuró con fuerza.

Cuando sintió la caricia abrasadora de sus dedos callosos sobre los pechos, Siriana gimió suavemente. Él soltó las manos, y el tejido de la túnica resbaló aún más, dejando al descubierto sus pezones endurecidos.

Con un gruñido, la giró entre sus brazos. La fuerza y la brusquedad del movimiento la sorprendieron. Su boca se cerró sobre su pecho, succionando el pezón con ansia. Siriana gritó al sentir cómo su lengua encontraba la punta y se enroscaba en torno a ella, desatando un placer tan intenso que su cuerpo volvió a estremecerse.

Reuniendo toda su voluntad, se apartó ligeramente. Disfrutaba de sus caricias, pero también deseaba acariciarle. Tiró de la tapeta de su túnica, sintiendo cómo la prenda descendía por sus hombros hasta caer a sus pies. Con la tela amarilla tendida como el reflejo de

la luna, Siriana se alzó, majestuosa, tan serena y radiante como la diosa lunar.

Su cuerpo respondiendo a su sensualidad, la evidencia de su excitación empujando contra sus pantalones, Einar miraba hipnotizado.

—Si no te desnudas más rápido, me sentiré tentado de arrancarte la ropa

—Tu amenaza me excita, —confesó Siriana—. Doblemente cuando en su día afirmaste no estar interesado en lo que había bajo mi capucha.

—Pero lo estaba. Me enfureciste y me intrigaste. Me enamoré inmediatamente de la dama del invierno.

Se acercó más a ella, para tocar con la boca el broche que colgaba entre sus pechos. Ella sintió la suave presión del oro contra su piel, el roce de sus labios mientras él subía con sus besos por la delicada cadena hasta el lóbulo de su oreja. Atrapó la cadena y retiró el colgante, dejándolo caer sobre la túnica de ella.

Vestida con los pantalones y las botas, se acercó al jergón, se agachó y se quitó con cuidado la ropa por la que Einar había hecho el trueque. Sentada, se quitó las botas y desabrochó los calapiés de

la parte inferior de cada pernera de sus pantalones. Se levantó y se desabrochó la faja. Al separarse el cuero, los pantalones se deslizaron por sus piernas.

Einar se quedó mirando los pequeños calzoncillos blancos que le ceñían desde la cintura hasta la parte superior de los muslos. Los calzoncillos le ceñían las caderas y mostraban toda la longitud de sus piernas.

—Los calzoncillos de hombre nunca han tenido un aspecto tan atractivo.

Se bajó los pantalones, acercándolos a su túnica. Desató el cordón de los calzoncillos, separó el material y salió. El lino blanco revoloteó hasta el suelo.

Hipnotizado, Einar se quedó mirando mientras ella se tumbaba, sus movimientos deliberadamente sensuales. Se estiró sobre el jergón. Los ojos de Einar se oscurecieron. Su pecho se agitó con el esfuerzo por controlar su respiración.

—¿Quién está tardando demasiado en desnudarse, Einar?

Sin apartar la mirada de ella, Einar empezó a desvestirse tan metódica como deliberadamente. Se quitó las armas, los guantes y

las muñequeras. Su túnica fue lo siguiente. Se la pasó por la cabeza y la dejó caer sobre la de ella.

—Pueden mantenerse calientes el uno al otro, —dijo en voz baja.

Sentado en un peñasco, se quitó las botas y se levantó. Esperó, dejando que Siriana le mirara como él la había mirado y apreciado.

Ella tocó visualmente cada rasgo de su rostro, su pecho cubierto por la mata de pelo dorado, su vientre delgado y duro. Era todo piel bronceada por el sol y músculos. Era suyo para amarlo.

Ella se quedó sin aliento cuando él desabrochó el primer lazo de su ancho cinturón de cuero. El segundo. El tercero. Separó el cuero. Empujó el cinturón, los pantalones y los calzoncillos sobre sus caderas en un movimiento suave. Él se enderezó y ella se quedó mirando la mata de pelo castaño dorado de la que brotaba su hombría, excitada y palpitante.

Estaba duro y listo para ella.

Por un momento, un temblor de miedo femenino primitivo chocó contra su excitación. Después de aparearse con Einar, sabía que no sería la misma, ni física ni emocionalmente. En su unión, le

estaría dando a Einar un regalo mucho más preciado que su virginidad. Le estaría entregando su corazón. No lo había hecho por ningún hombre, pero quería hacerlo por Einar. Nada la detendría ahora.

Inspiró profundamente. Su pecho se dilató, la parte inferior de su cuerpo palpitó. Su voz era ronca.

—¿Estás segura, Siriana? Debes estar muy, muy segura.

—Sí, Einar. No estoy renunciando a mi fe en los dioses. Simplemente estoy cambiando la forma en que la vivo. —Extendió la mano hacia él—. Ven, amor mío… esto es lo que deseo.

—Es lo que he querido toda mi vida, —murmuró él.

Se trasladó al jergón donde se tumbó, enderezando su longitud junto a la de ella. Sus cuerpos susurraban seductoramente el uno contra el otro. Inclinó la cabeza y besó lentamente la curva suave y vulnerable de su garganta. Ella se retorció, intentando acercarse más a él, deseando más de las maravillosas sensaciones que golpeaban como un relámpago su cuerpo.

Sus labios suaves y cálidos rozaron los de ella. Se besaron una y otra vez. Se burló de ella y la atormentó con ligeros roces, con suaves cariños, hasta que finalmente reclamó su boca.

Entre beso y beso, Siriana murmuró acaloradamente,

—Me enamoré de ti la noche que te vi en el altar de la arboleda alta. Cuando me rescataste, supe que la vida no volvería a ser la misma. No podía dejarte marchar.

—Eso es lo que yo sentía por ti, —susurró—. Te he buscado con tanta diligencia como al árbol sagrado.

Ella capturó su boca en un beso caliente y exigente que le impidió hablar. Él aplastó su cuerpo contra el de ella; su pecho se frotó contra sus pezones sensibilizados, su estómago contra el de ella. Su hombría se burlaba de su feminidad, le prometía un placer más profundo. Jugueteó con sus dedos entre el vello de su pecho y se encontró embelesada por los contornos duros y musculosos de su cuerpo.

Mientras se besaban, Siriana le acarició las nalgas; amasó la carne nervuda. Le pasó las manos por la columna vertebral y por los hombros. Sus dedos se enredaron en su pelo. Sus besos se volvieron más hambrientos y devoradores. Una oscura pasión fluía a través de ellos. La fuerza de su lengua, la dura longitud de su cuerpo, la penetraban con una urgencia feroz. Ella lo acogió con la misma urgencia.

Se retorció bajo sus amorosas ministraciones.

—¡Einar!

—Sí, mi amor, nos estamos preparando.

—No me estoy preparando, —casi jadeó ella—. Estoy preparada.

Él besó sus pechos, su cintura. Su lengua dibujó eróticos dibujos por todo su estómago y alrededor de su ombligo. Sus dedos se surcaron en el crujiente cabello dorado y tiró de su cabeza hacia arriba.

Einar la amaba con la boca y con las manos. Recorrieron su vientre hasta el triángulo velludo. Sus dedos se deslizaron por la suavidad, encontrando el lugar que ansiaba.

Cuando Siriana sintió su mano entre las piernas, un estremecimiento la recorrió. Recordó el placer que él le había proporcionado el día en que Vaghn la obligó a autentificar su reclamo. Cerró los ojos, y suaves suspiros escaparon de sus labios. Cuando él posó la palma sobre el montículo de su feminidad, sus dientes rozaron sus pechos, recorriéndolos desde la plenitud de los pezones y de vuelta, en un vaivén que la hizo temblar.

El placer fue tan grande que Siriana gritó. Aún así, ella quería más. ¡Tenía que tener más! El tórrido anhelo la recorrió. Sus caderas se movieron contra la mano de él. Cuando sintió que su dedo se deslizaba lentamente en su interior, ella dejó de respirar por completo. Luego inhaló bruscamente. Él le estaba haciendo el amor como la primera vez.

Ella volvió su boca hacia la de él.

—Einar.

—Está bien, mi amor. Esta vez te llevaré hasta el final. Te lo prometo. —Selló su palabra con otro beso.

Atrapada por el placer que él creaba en ella, arqueó su cuerpo. Suplicó que la liberara.

—¿Quieres que te enseñe a convertirte en una guerrera, mi amor? —murmuró él con voz grave—. También voy a enseñarte a ser una amante.

Al mismo tiempo que deslizaba la lengua en su boca, le introdujo un segundo dedo. Siriana gimió cuando él la estiró lentamente, abriéndola por completo a su tacto, preparándola para su entrada. Una tensión extraña y palpitante se acumuló en su

interior. Lo rodeó con los brazos y se aferró a él, mientras él seguía moviendo la mano, buscando con precisión el lugar exacto.

Toda la sensación de Siriana se centró en el punto de placer bajo la mano de Einar. De repente explotó, y ella arqueó su cuerpo mientras se convulsionaba alrededor de sus dedos palpadores.

—Einar. Einar. Einar. —Susurró su nombre una y otra vez.

Se marchitó en sus brazos, la cabeza rodando hacia un lado, la respiración agitada. Einar le frotó la espalda con un movimiento tranquilizador. Siriana se sentía tan débil que apenas podía hablar.

Le pasó la mano por el pecho hasta el estómago y más abajo. Lo tocó. Estaba completamente excitado. Oyó su respiración entrecortada.

Ella se inclinó sobre él, su pelo recorriendo su pecho.

—¿Y tú? —Él rió entre dientes.

—No hemos hecho más que empezar, amor. —Se levantó, la cogió por los hombros y la tumbó boca arriba.

Su boca descendió hasta la de ella, y Siriana la recibió con calidez, acogiendo también su lengua. Su cuerpo se amoldó al de él

mientras lo rodeaba con los brazos y deslizaba las manos por su piel resbaladiza de sudor.

Él bajó el peso de su cuerpo sobre el de ella, su rodilla separando las piernas de ella, su mano acariciando la cara interna de su muslo. Esta vez ella sabía sin lugar a dudas que él le haría el amor de una forma diferente. Consumarían su acoplamiento. Ella sintió la dureza de él al tocar su virginidad. Un escalofrío de placer la recorrió y aspiró profundamente.

Él despegó sus labios de los de ella. Sus ojos estaban túmidos de emoción.

—Dolerá un momento. Después el dolor habrá terminado y el placer comenzará.

—Tenerte no puede doler tanto como no tenerte, —susurró ella —. Te quiero dentro de mí, mi amor.

Él se adentró en ella con un empuje lento y tierno.

Ella lo recibió por completo, haciendo una mueca de dolor momentánea cuando él rompió su virginidad. A medida que la abría, a medida que llenaba su feminidad, una sensación maravillosa la inundaba.

—Estás tan apretada, Siriana, —susurró Einar. Se quedó quieto, apoyado en sus manos sobre ella, mientras sus cuerpos se acomodaban el uno al otro—. Seré suave contigo.

—No. —Su voz estaba espesa de pasión—. Acompáñame.

—Lo haré.

Se retiró apenas un poco y volvió a penetrarla. Siriana apenas podía creer que su cuerpo pudiera contenerlo. Le encantaba sentirlo dentro, creciendo y palpitando. Le fascinaba el peso de su cuerpo sobre ella, sus caricias que la hacían arder de pasión. Estaba desbordada de calor. No pensaba en otra cosa que en alcanzar la satisfacción definitiva a su lado.

Él empujó dentro de ella. Ella se arqueó para recibirle. Más alto subieron. Más rápido se movían. Nuevas y vivas sensaciones brotaron de la parte inferior de su cuerpo; ella clavó los dedos en los hombros de él.

—¡Einar! —gritó.

—Sí, mi amor.

—Te amo. —Ella se tensó, luego se convulsionó alrededor de él —. Te amo.

Él empujó una y otra vez, su cuerpo se puso rígido mientras saboreaba su propia liberación. Él gritó su placer, y ella recibió su semilla en su vientre. Un sentimiento de asombro la invadió.

Él se desplomó sobre ella, y ella lo sostuvo con suavidad. Cuando intentó separarse, ella se negó a dejarle ir. Permanecieron así, tumbados juntos durante largo rato. Finalmente, él se apartó y cubrió a ambos con una capa.

Aun abrazándola, le acarició la garganta y el hombro con ternura.

Manteniéndola aún abrazada, le acarició la garganta y el hombro.

—Te quiero.

—Te quiero.

Permanecieron tumbados largo rato, con los brazos y las piernas entrelazados, los cuerpos respirando a un ritmo perfecto.

Entonces se escucharon unas risas.

—Las festividades están a punto de comenzar, —dijo Einar.

Siriana soltó una risa irónica.

—Ya han empezado, mi amor

Capítulo 13

Sumidos en una alegría que nunca antes habían experimentado, Siriana y Einar volvieron a hacer el amor. Luego se bañaron juntos en el arroyo mutuamente. Bromearon y rieron y se besaron mientras se vestían el uno al otro para el banquete. Siriana no recordaba cuándo había sido tan feliz.

A lo lejos, oyó risas y alegría provenientes del campamento, y eso le insufló nueva vida. Apartó por un momento el pensamiento de que su madre había cruzado al Otro Mundo, de que viajaba con forajidos, y de que se encontrarían con aún más marginados de la sociedad. Hace unos días, Siriana habría considerado todo un horror, no una aventura. Ahora, veía el mundo con otros ojos.

Después de ponerse su nueva túnica, Einar le estrechó las manos.

—El rojo te sienta precioso.

—Es uno de mis colores favoritos —respondió ella—. Durante años, tras entrar en el claustro, lo eché de menos. Ahora puedo llevarlo de nuevo.

Cogió su broche, que llevaba ahora como colgante, y deslizó la cadena por su cuello, acariciándola con los dedos.

—Me conformaría con ser este broche —confesó Einar—, para yacer aquí, sobre tu hermoso pecho cremoso.

Ella se estremeció de placer.

—Aunque me gusta el broche y lo conservaré siempre, prefiero con mucho tener a un hombre a mi lado.

—¿A tu lado? —se burló él.

—En mi cama.

Riendo exultante de vida y amor, Siriana giró sobre sí misma para que él pudiera ver completamente la túnica que llevaba puesta.

—Aunque me encanta esta túnica, debo confesar que encuentro los pantalones mucho más cómodos de llevar.

Einar enarcó una ceja.

—¿Vas a llevar sólo pantalones a partir de ahora?

Siriana se rió.

—No, sólo cuando viaje.

Caminó alrededor de su campamento y recogió su ropa. Cuando sus prendas estuvieron en orden, ella recogió sus armas. Mientras le entregaba la suya a Einar, miró críticamente su propia cerbatana y daga.

—¿Tenía Vaghn armas para el trueque? —preguntó.

—Algunas.

—Tendré que hablar con él sobre una espada, —dijo. —Hasta que pueda fabricar la mía propia, necesitaré una para practicar.

La necesidad de armas y de venganza trajo a su mente pensamientos sobre su madre. La atormentaban y la entristecían. Aunque Siriana personalmente no tuviera cuentas que saldar con los ladrones que las habían atacado y robado sus bienes, tenía una que saldar por Melanthe.

—Siriana, —empezó Einar—, no hay necesidad de que…

—Al igual que tú debes buscar el árbol sagrado, —le interrumpió ella—, yo debo vengar la vergüenza vertida sobre mí y

sobre mi casa. Me gustaría que empezaras a instruirme mañana por la noche, cuando paremos para acampar.

—Puede que Vaghn no tenga un arma adecuada para ti, —argumentó él, desesperado por aplazar este entrenamiento. Temía que la colocara irrevocablemente en un camino que podría llevarla a la muerte. El líder de los ladrones, Donnal, era un hombre completamente despiadado. Había matado sin ningún reparo. A los otros ladrones no les había importado su camarada caído más que la caída de una hoja—. No tienes la fuerza de un hombre. Necesitas un arma especial, una hecha para tu mano. De lo contrario, no podrás usarla adecuadamente.

—Es posible que Vaghn tenga una adecuada para mí.

—¿Cuándo vas a devolver el chal al santuario? —preguntó Einar.

—Más adelante. —Siriana recordó con el corazón agradecido cómo había recuperado el chal de manos de su madre y lo había envuelto alrededor de sus hombros—. Por ahora está a salvo con nosotros. Nadie conoce su verdadero valor.

—Ni siquiera yo, —señaló Einar.

Ella se sonrojó, incapaz de encontrar su mirada. Ansiaba contarle el secreto, pero sabía que no tenía derecho a hacerlo. Además, si alguien que no fuera un Elegido intentaba leer las inscripciones de las campanas, el chal podría no desvelar sus secretos.

—Su valor es principalmente para el santuario y los claustros. Después de que hayamos asistido al forgathering y hayas hablado con el hombre que se dice que ha visto el árbol, enviaré un mensajero a Pryse y a Brenna. Quiero que se reúnan conmigo en el claustro, para que pueda llorar con ellos la muerte de Melanthe. Al mismo tiempo podremos devolver el objeto sagrado como una familia. Y tú formarás parte de ella, lo juro.

—¿Me incluirías? —preguntó incrédulo. Su última afirmación le había impactado y conmovido profundamente. Él nunca había formado parte de la familia de nadie. ¿Amar a Siriana nea Pryse lo incluiría en una familia?

Siriana captó la expresión de sus ojos. Sonrió.

—Por supuesto. —Inhaló—. Ven, amor, ya es hora de que nos unamos a las otras festividades. La cena huele delicioso, y hace mucho que no pruebo una comida recién hecha.



El campamento principal ardía con el fuego y la luz de las antorchas. La primera hoguera se había transformado en un pozo de llamas mucho más grande. Sobre ella, una enorme parrilla de hierro forjado sostenía calderos donde se cocinaba la comida, asada en cenizas o sobre espetones. El campamento vibraba con ropas de colores vivos y otros signos de jolgorio. Se habían extendido pieles en el suelo, y los guerreros holgazaneaban, hablando y riendo entre ellos. Cerca, una pareja jugaba al zorro y la oca con piezas de hueso burdamente talladas sobre un tablero pintado.

—¡Que empiece la fiesta! —gritó alegremente uno de los forajidos.

Sonó un cuerno. Sonaron platillos. Un gaitero y un arpista hilaron una melodía. Un tambor de mano proporcionó el zumbido inferior.

Los forajidos empezaron a aplaudir al compás. Vaghn levantó los brazos y gritó al grupo:

—¡Que empiece el baile!

Einar y Siriana se acercaron a las suaves pieles y mantas de vivos colores que cubrían el suelo. Se sentaron en ellas y se apoyaron en las sillas de montar, mientras observaban los burdos bailes de los forajidos. Einar vio la punta de un juego de mesa que sobresalía de debajo de una de las mantas. Sabía lo que les esperaba a él y al líder de los forajidos más tarde.

Cuando estuvieron cómodamente sentados, Vaghn les ofreció una taza de cerveza.

—Es de la mejor calidad.

Einar tomó un sorbo y saboreó su gusto.

—Sí, lo es.

—Mi sire forajido, —comenzó a hablar Siriana— ¿tienes una espada por la que pueda hacer trueque? Me gustaría tener una para poder empezar a practicar.

—Sí. —Vaghn la miró con fascinación calculadora—. Tengo una que podría quedarte bien. Pero el precio será alto. Es un arma extremadamente fina.

—Robada al mejor fabricante de espadas, sin duda, —comentó Einar secamente.

Vaghn se encogió de hombros.

—Sólo lo mejor merece el riesgo,

—Déjame verla, —pidió Siriana—. Luego regatearemos el precio.

—Rangwald, —llamó Vaghn—, trae esa espada con la empuñadura bañada en plata.

—Mientras esperaban, los forajidos siguieron bebiendo cerveza. Un grupo de ellos estaba enfrascado en una partida de dados, apostando en cada lanzamiento. Los perdedores gemían y los ganadores vitoreaban. Sven y Calam se acercaron y fueron invitados a participar. Los montañeses agradecieron la oportunidad de probar suerte con los vikingos.

Vaghn sirvió cerveza a Einar.

—¿Y si los ladrones que robaron a las damas asisten al forgathering? —preguntó Vaghn.

—Dijiste que no podían sin permiso —contraatacó Siriana.

—Tal vez ya tengan permiso, —replicó el jefe de los forasteros. —Incluso su líder, del que dices que es irlandés, puede vagar por las tierras baldías. En ese caso, el consejo no tomará ninguna medida. Cualquier agravio que tengan debe resolverse entre vosotros.

—Si los veo, así lo resolveré. —La voz de Siriana era grave. Sonaba con determinación—. Los reconoceré, pero no me conocerán. Nunca han visto mi cara. Sólo conocen a una gran sacerdotisa, una mujer vestida con una túnica verde oscura y una capucha.

—Reconocerán a Einar y a sus guerreros, —señaló Vaghn. —Son los que te rescataron.

—No sospecharán que soy la mujer que buscan. He jurado vengar el honor de mi nombre y de mi familia, y lo haré.

Vaghn la miró con escepticismo y luego a Einar.

—No sería ventajoso para ti, ni para mí, que los forajidos del forgathering supieran quién eres en realidad. Sentirían que les he engañado trayendo a unos extraños. Vuestras tiendas deberían instalarse detrás de las nuestras.

El vikingo negó con la cabeza.

—Te agradecemos que nos lleves contigo. Si Donnal la encuentra…

—Te será difícil protegerla, —terminó Vaghn por él.

Siriana podía sentir cómo crecía su ira.

—Os pido a ambos que se guarden su juicio. Tenemos casi una semana antes del forgathering. Estoy dispuesta a hacer todo lo que pueda para recuperar mis habilidades.

Einar puso los ojos en blanco con disgusto.

—Puede que no sea capaz de enseñarte lo suficiente. —Vaghn bebió un profundo trago de cerveza—. Si estás decidida a matar a estos hombres mientras estés en las tierras baldías recuerda. La lucha debe ser justa. A nadie le importa quién lucha con quién mientras le dé una oportunidad. Es nuestra única ley, y se aplica a todos. Einar tiene razón. Puede que no sepas lo suficiente para ganar.

—De cualquier forma, el combate será justo, —prometió Siriana—. Como tú, Vaghn, he sido entrenada para ser druida. Es nuestro deber resolver todas las disputas y cuestiones de honor. Si se ha cometido un crimen o un asesinato, debemos decidir la culpabilidad o la inocencia.

—Sí. Así debe ser.

Rangwald regresó portando un grueso fardo envuelto en tela. Depositó el fardo sobre las mantas entre Einar y Vaghn y desplegó la tela para revelar no una, sino cinco espadas.

Con una sonrisa dentada, Vaghn las recorrió con el brazo.

—Comprueba cuál te queda mejor, Siriana.

Siriana cogió una por una cada espada, flexionando la mano alrededor de la empuñadura y balanceándolas en el aire. Las cinco estaban hechas para guerreros, y todas resultaban igual de pesadas y torpes para ella. Deseó tener consigo la espada que su padre había mandado forjarle años atrás. Necesitaba un arma cuyo pomo encajara con precisión en su mano, cuya longitud, desde la empuñadura hasta la punta, coincidiera con la de su brazo.

Se fijó en las inscripciones de las armas y en sus nombres. Ningún guerrero quería el arma de otro hombre a menos que su anterior propietario se hubiera distinguido a sí mismo y al arma en la batalla. Cuando eso ocurría, a partir de entonces portaba una gran magia. Ella dudaba bastante del valor probado de estas armas. ¿Cómo habían llegado los forajidos hasta ellas si no era porque sus

anteriores propietarios habían sido derrotados y las espadas habían demostrado su debilidad?

Recordándose a sí misma que esto era sólo para practicar, Siriana seleccionó la espada que parecía más ligera. También era la mejor trabajada. Una gran joya roja centelleaba en la empuñadura. Por las runas talladas en la hoja, pudo leer que su nombre era Diente de Lobo.

Se la entregó a Einar para que la inspeccionara. Él la tomó de ella y asintió. Su mano era demasiado grande para la empuñadura. Tapaba la joya. Pasó los dedos a lo largo de la hoja y estudió el pavonado para asegurarse de que no tenía ningún defecto detectable.

—El peso me viene bien —dijo Siriana, evaluando el arma en su mano.

—Y el equilibrio parece sólido —añadió Einar, asintiendo con aprobación. —Miró a Vaghn—. Por supuesto, es algo pobre.

—Solo sirve para practicar —opinó Siriana, probando el equilibrio con una mueca de decepción—. Buscaré en otra parte una espada bien forjada... y, con suerte, con algo de magia. Diente de

Lobo debía de ser un espadachín mediocre que resbaló y acabó muerto.

Vaghn sonrió con picardía, como el lobo cuyo colmillo pretendía ofrecer. Reconocía a una hábil negociadora cuando la veía.

—No, señora —replicó—. Fue uno de los más grandes guerreros. Con esta espada mató a muchos hombres. Ha probado sangre gala e irlandesa. Su dueño murió de una fiebre en los pulmones, y su esposa la vendió porque no podía soportar verla allí, inerte, sin uso.

—Entonces debía de ser un hombre diminuto —añadió Einar, uniéndose al regateo con una sonrisa burlona—. Quizá un hombrecito moreno del lejano sur.

—No, era un hombre enorme, —negó Vaghn—. Usaba esto como daga. Su gran espada era el doble de larga que esto. ¿Qué tienes en tu pobre alforja que sea de igual valor?

Siriana sonrió.

—Tengo un tapiz tejido por las damas del santuario. —Pasó la mano por encima de la tela sobre la que estaban sentadas y sacudió la cabeza—. No se trata de cosas tan pobres como éstas, sino de

objetos notables que servirían como asiento de honor para un alto rey forajido. Es mucho más rico que éstos.

—Pero es sólo uno. —Sacudió la cabeza—. En realidad tengo dos y sabes que son mucho más valiosos que esta pequeña espada.

—Tiene un rubí en la empuñadura, —contraatacó Vaghn—. Los rubíes traen buena suerte. Tu vida estaría protegida por su magia.

—Dudo que sea un rubí. Puede ser granate o un trozo de cristal rojo, —comentó Siriana a nadie en particular.

—Tiene una gran magia, —insistió Vaghn, ignorando su comentario—. Te servirá bien mientras aprendes.

—No hay magia en esta espada, —se mofó Einar—. El hombre que la empuña tiene una gran destreza y un poco de suerte cuando es joven. Aprende más permaneciendo vivo.

Todos le miraron incrédulos.

—Daré dos tapices por él, —declaró Siriana, golpeando el suelo en el que estaba sentada. —Aunque me hayas robado al hacerlo.

—Permitiré que la espada pase a tus manos por ese pobre precio, como muestra de mi hospitalidad. —Vaghn golpeó a su vez el suelo.

—Hecho.

—Hecho.

Einar sacudió la cabeza con disgusto.

—Aren, trae los tapices para Siriana ya que está decidida a cambiar bienes de calidad por basura de inferior calidad.

En cuanto Siriana le dijo al joven lo que tenía que buscar, Aren corrió hacia su zona de descanso. Regresó en breve con los tapices enrollados. Los desenrolló en el suelo delante del forajido.

—¡Traed antorchas! —gritó Vaghn.

Los proscritos se agolparon y acercaron las antorchas a la tela. Los hilos plateados y dorados se reflejaban en la luz. Vaghn pasó sus manos sobre la preciosa tela.

Los ojos de Vaghn se iluminaron de placer.

—Son espléndidos. —Vaghn miró a Siriana, con el rostro encendido—. Me has intercambiado cosas maravillosas. Te juro que la espada es buena aunque no perteneció a un hombre que la usó como daga.

Todos rieron.

—Ahora, amigos míos, vamos a celebrarlo.

Comieron, bebieron, hablaron y rieron. Uno tras otro se contaron acertijos. Luego empezaron los juegos.

Lucharon. Rangwald era fácilmente el más fuerte entre los montañeses hasta que el gran Durin de los vikingos aceptó su desafío. Los hombres se despojaron de sus túnicas y pantalones. En calzones, lucharon entre sí.

Rangwald era enjuto y ágil, pero Durin era corpulento. Sus grandes hombros y enormes muslos dominaban al otro hombre. Después de muchos gruñidos y esfuerzos, Durin se lanzó repentinamente hacia abajo y levantó al forajido en brazos. Mientras los otros montañeses gemían y maldecían, Durin estampó al pelirrojo contra el suelo y lo inmovilizó.

Se oyó un aullido de angustia al caer el campeón, pero casi de inmediato los forajidos aclamaron al nuevo campeón con buen ánimo y le arrojaron trozos de joyería. Le nombraron brindis tras brindis.

Uno tras otro, los guerreros se desafiaron con lanzas y dagas y dardos. Lanzaban sus armas a dianas para ver quién podía acercarse más al centro. Hicieron apuestas. Celebraron la victoria y la derrota.

Sólo cuando los fuegos se apagaron y la cerveza había nublado sus sentidos, encontraron sus pieles y se acurrucaron para pasar la noche.

Vaghn se recostó perezosamente en su nuevo tapiz.

—¿Qué hay de ti y de mí, vikingo? No hemos probado la fuerza del otro.

Einar señaló.

—¿Es un juego lo que veo escondido bajo ese almohadón azul? —A Vaghn le chirriaron los dientes—. Sí, pero tú no podrías jugarlo, amigo mío. Es del lejano Oriente y muy difícil de dominar. Es el arte de la guerra entre reinos. Este juego ha viajado cientos de millas y ha pasado por muchas manos para llegar hasta mí. Puede que no haya otro igual en todas las islas.

—Un juego de guerra. —Einar estaba intrigado.

—Sí, con altos reyes y reinas, torres, sacerdotes druidas y soldados, y lo más asombroso de todo, comandantes elefantes.

—Enséñamelos. —Einar se inclinó hacia delante.

Vaghn apartó la almohada y acercó la tabla lacada al centro de las mantas. Vació dos bolsas y colocó las piezas de juego. En un

extremo del tablero a cuadros, como en el que se podría jugar a las damas, dispuso piezas doradas con incrustaciones de piedras rojas. En el otro extremo dispuso piezas incrustadas con piedras azules.

Siriana se inclinó para coger una pieza alta con una corona tallada en la parte superior que representaba a un alto rey.

—Es exquisita

—Puedo enseñártelo, —dijo Vaghn a Einar—, pero no esperes ganar. Como no lo has jugado antes, no habrá apuesta.

Einar pasó la mano por el tablero. Él también cogió una de las piezas de juego: un bloque tallado con patas y una extraña pieza alargada delante como una nariz muy larga.

—Un elefante, —le dijo Vaghn—. Nadie ha visto uno. Sospecho que es una bestia de las hadas.

Einar resopló ante la idea y lo dejó en su sitio. Miró a Siriana.

—¿Qué color eliges, Siriana?

—Rojo, —respondió ella con prontitud.

—Que esa el rojo. —Einar ladeó la cabeza y miró fijamente a Vaghn—. ¿Cuál es tu apuesta, forajido?

—Perderás, —advirtió Vaghn. —Es un juego difícil.

Einar se encogió de hombros.

—Jugar sin una apuesta es perder el tiempo.

—Muy bien. Tu arco largo y tus flechas si gano.

Einar miró el tablero. Había visto el juego una vez en un viaje a través del Báltico y en el corazón de Russ. Lo había jugado una vez, pero había perdido de mala manera. Sin embargo, ahora era mayor y tenía más experiencia en la vida y en las estrategias de la guerra. El forajido podría ganar, pues probablemente era experto. Por otro lado, tal vez no hubiera jugado tan a menudo como le hubiera gustado porque no hubiera tenido oponentes contra los que jugar.

El silencio se había apoderado del grupo mientras observaban a los líderes. Todos intuían que el ganador de esta partida se ganaría un gran respeto y honor. Einar cogió varias de las piezas y las estudió mientras recordaba sus movimientos específicos. Le tenía un cariño excepcional a su arco y no le gustaría perderlo. Pero no podía rechazar el desafío.

—Hecho. —Einar dio una palmada en el suelo—. Aren. Trae mi arco y mis flechas. ¿Y qué vas a apostar tú Vaghn?

Los espectadores sonrieron con aprobación y murmuraron entre ellos mientras hacían sus apuestas.

—Lo que quieras —Vaghn extendió los brazos magnánimamente, seguro de que ganaría.

—Seis de tus caballos «a mi elección» si gano.

—¿Seis de mis escuálidos caballos? Creía que no te gustaban.

—Siempre puedo usar monturas extra para nosotros seis. Además, estos animales están criados para el clima. Pueden atravesar ciénagas con la misma facilidad que trepar por un monte. —Sonrió—. Cuando los gane, tendré algo para canjearte por el tesoro del claustro.

—Seis caballos. —Vaghn estuvo de acuerdo. Se rió y dio una palmada en el suelo delante de Einar—. ¡Hecho!

Siriana se acercó a Einar y miró fijamente el tablero. Forajidos y vikingos se cerraban a su alrededor. Dos cabezas agachadas contemplaban las piezas del juego.

—Puedes hacer el primer movimiento, —ofreció Vaghn generosamente.

Einar movió el alto rey dos casillas hacia delante. Las cejas de Vaghn se alzaron. Mostró los dientes en un gruñido al darse cuenta de que su oponente ya había jugado antes.

A partir de entonces fue atacar y defender mientras los hombres deslizaban sus piezas por las casillas. Vaghn jugaba con una seguridad y confianza que daban fe de sus habilidades. Einar jugó con tiento, con cautela. Aun así, consiguió sorprender a Vaghn con sus formaciones abiertas.

El forajido era un veterano y un despiadado. Una a una, atacó las piezas de Einar y las retiró del tablero. Sin embargo, Einar supo dar casi tan bien como recibió y se defendió, por lo que Vaghn perdió casi tantas piezas como él.

Entonces llegaron a un punto muerto y la partida se ralentizó. Cada uno meditó su siguiente movimiento. Los forajidos y vikingos que habían estado observando se alejaron hacia sus mantas. Sólo quedaron Einar y Siriana, Vaghn.

Einar se quedó mirando las piezas de juego que representaban al comandante elefante. Según la gente de los países de Oriente Próximo, que moldearon el juego según su estrategia militar, este jugador era el más importante y el segundo después del alto rey. Por esta razón, cuando el alto rey se veía amenazado de captura, podía cambiar de lugar con el comandante elefante y así escapar.

—Estás a punto de perder a su comandante elefante, —advirtió Vaghn a Einar—. El alto rey no tendrá dónde moverse. En el próximo movimiento el yelmo será capturado—. Movió la pieza druida para amenazar a otras piezas en diagonal.

Einar se recostó y estudió el tablero. El forajido había capturado con éxito a su líder guerrero más poderoso y había reducido sus fuerzas. Sólo quedaban el thane del rey y un par de hombres para proteger al alto rey. El rey de Einar estaba más cerca del perímetro exterior del tablero que el de Vaghn, pero éste estaba más cerca de ganar la partida.

—Estás acorralado, vikingo, sin forma de escapar, —dijo Vaghn mientras utilizaba a su druida para derribar del tablero al comandante elefante de Einar—. ¿Te rindes?

—No.

—Sin su líder, los guerreros tienen tendencia a dispersarse, —se burló Vaghn.

—Mis guerreros no lo harán, —dijo Einar. Señaló su pieza del alto rey—. Todavía tienen a su rey y a su thane.

Vaghn se apoyó en el codo y miró a Einar con una sonrisa en los labios. Ignorando la mirada sardónica, Einar se concentró en el

tablero y en las piezas que le quedaban. Tenía que haber una forma de escapar. Si quería conservar sus fuerzas, alcanzar el otro borde y ganar la partida, si quería salvar su arco, debía sacrificar a los guerreros.

A Einar no le importaba perder una partida, pero no quería perder su arma más preciada. Mientras observaba fijamente, oyó el batir de unas fuertes alas. Medianoche.

El viento llegó como un mensajero de la mismísima Hel y se posó en su hombro. Vaghn se sobresaltó. Durante unos segundos, el miedo lo hizo palidecer. No podía creerlo. Los cuervos a veces llevaban mensajes a los druidas desde el Otro Mundo. Que el vikingo tuviera una criatura así posada en el hombro lo inquietaba. Cuando se dio cuenta de que la criatura era una mascota, se relajó, pero en ese tiempo Einar ya había movido una pieza: el alto thane de la reina.

Vaghn se quedó mirando. El alto rey estaba solo, desprotegido, vulnerable. Sorprendido, el forajido frunció el ceño.

—¿Seguro que quieres hacer eso, vikingo?

—Estoy seguro.

Vaghn deslizó a uno de sus hombres para capturar la pieza de sacrificio de Einar. Siriana suspiró.

Einar cogió a uno de los sacerdotes druidas de su alta reina y barrió al comandante elefante de Vaghn, dejando al alto rey totalmente expuesto. Vaghn no tenía guerreros que pudiera interponer entre el druida y el alto rey. No podía mover a su alto rey hacia la línea del thane de Einar. Einar levantó la pieza del alto rey de Vaghn para que Siriana pudiera verla.

—Como dijiste, Vaghn, solo uno puede ganar. —Y Einar había ganado. ¡La victoria sabía dulce!

Siriana le dedicó una gran sonrisa y le dio una palmada en el hombro.

Vaghn miró aturdido la pieza de juego que Einar sostenía en el aire. Volvió la vista al tablero, donde el alto rey de Einar estaba sentado en solitario esplendor.

—El vikingo gana —concedió finalmente Vaghn—. De acuerdo con nuestro desafío, puedes elegir cualquier... eh... —Se aclaró la garganta—. Puedes quedarte con seis de mis caballos.

—Acepto los caballos con profunda gratitud —dijo Einar con una reverencia burlona.

—Los ganaste limpiamente. Jugaste el juego con gran habilidad —reconoció Vaghn—. Te mereces los caballos. Te servirán bien en tu búsqueda del árbol.

Recogió el arco de Einar y pasó la mano apreciativamente por su curva.

—Es una buena arma. Ojalá hubiera sido mía.

—Una de las mejores —convino Einar.

Vaghn se lo devolvió, y Einar se lo echó al hombro. Se levantó.

—Ahora, con tu permiso, a mi dama y a mí nos gustaría retirarnos.

Vaghn les hizo un gesto para que se retiraran y se rellenó su jarra de cerveza.

—Otro día, vikingo, te ganaré el arco.

—Te daré la oportunidad —prometió Einar.

Guió a Siriana a través del campamento. Mientras caminaban, Siriana dijo:

—Pensé que ibas a perder tu arco.

—Yo también —admitió Einar—. Si fuera un supersticioso, diría que Viento de Medianoche me trajo indicaciones de Odín sobre qué

pieza mover.

—Quizá lo hizo —insinuó Siriana.

—No. No oí nada. Mi mente me dijo que el cuervo distraería al druida de su plan.

Cuando llegaron a la cima de la pendiente cercana a su zona de descanso, Siriana miró el cielo, resplandeciente por la luz de las estrellas.

—Esta noche ha sido maravillosa. Ojalá todos nuestros días fueran tan felices como este.

Entraron en su campamento. El fuego no era más que brasas de color rojo dorado. Einar lo alimentó hasta que las llamas se enroscaron e iluminaron sus rostros. Él y Siriana se desnudaron y se deslizaron bajo su capa.

—Y todas nuestras noches tan maravillosas como esta —murmuró Einar, estrechándola entre sus brazos.



Durin apartó a Einar a la mañana siguiente, cuando el thane bajaba a la zona central de reunión para romper el ayuno.

—Bradach desertó durante la noche.

Einar alzó una ceja con recelo.

—¿Sin su dinero?

Durin dedicó unas cuantas palabras a describir la ascendencia de Bradach, en particular la relación de su madre con su padre. Luego continuó:

—Cogió el caballo de Aren y saqueó varias de nuestras mochilas.

—¿Consiguió algo de gran valor?

Durin resopló.

—No teníamos nada de gran valor, salvo nuestro orgullo. ¿Lo cazamos?

Einar se encogió de hombros.

—No. Dejarlo marchar. Aren puede quedarse con dos de los caballos que gané anoche. Con ellos puede conseguir uno bueno en el *forgathering*.

Durante diez mañanas, tras comidas frugales de tortas de avena con un poco de miel, la compañía siguió adelante. A medida que se alejaban por la orilla sur del lago encantado, Siriana sentía crecer la excitación de Einar. Hasta el momento no se habían cruzado con ninguna otra banda de forajidos, pero a veces el sonido de cascos y el chirrido de arneses les advertía de que otros también se dirigían a la reunión.

Cada día, Siriana vestía pantalones y túnica. Se trenzaba el cabello en una sola trenza y usaba una diadema de cuero. Había practicado con su cerbatana hasta que la boca y la lengua le dolían, y también había perfeccionado su uso de la daga. Einar había envuelto su espada en tela para protegerla, y la hacía blandirla cada mañana y tarde para que se acostumbrara a su peso antes de practicar juntos. Cada día ganaba más fuerza y confianza, pero Einar aún no la había enfrentado en combate simulado.

También se estaba convirtiendo en una mujer obsesionada. Su único pensamiento era vengar la vergüenza provocada en su nombre. Einar no podía culparla; había aceptado el credo del guerrero. Vivía según él.

Sus días estaban llenos de viajes; sus tardes, de práctica; sus noches, de amor salvaje. Con cada jornada que pasaba, Einar y Siriana se amaban más profundamente. Y cuanto más profundo era su amor, menos hablaban del futuro; vivían el presente. Se entregaban el uno al otro. Tomaban para sí.

Lejos del resto del campamento, Einar y Siriana yacían bajo un manto en su jergón. Como las noches se volvían más frías con cada día, ambos dormían ya con sus túnicas y ropa interior.

El aire era enérgico, pero el cielo estaba despejado y cuajado de estrellas. El mes de Bramblemoon era la época más hermosa del año, pensó Siriana. La escarcha había teñido las hojas otoñales de un color pleno. A ella le encantaba.

Ambos estaban cansados. Como llegarían al punto de encuentro al día siguiente, Vaghn se había esforzado más de lo habitual esa noche. Habían tomado una comida fría y luego se habían relajado alrededor del fuego. Siriana y Einar se habían ido directamente a la cama.

—Mañana llegaremos al Forgathering —dijo ella. Dándose la vuelta, se apoyó en él—. ¿Estás emocionado?

—Ave. Y temeroso —admitió él—. Me pregunto si este no será otro sendero que no lleva a ninguna parte.

Siriana pensó en el chal de las alforjas del claustro. Muchas veces había estado tentada de contarle el significado de las inscripciones en las campanas. Aunque ella no pudiera leerlas, podrían encontrar a alguien que sí. No se atrevía. Aunque se había despojado de las vestiduras del claustro, tanto física como emocionalmente, no se había desprendido de su integridad. No violaría un juramento sagrado.

—Tal vez el hombre que sabe dónde está el árbol ni siquiera exista —dijo Einar—. Podría ser uno de los planes de Vaghn. Para él es prestigioso llegar al Forgathering con guerreros de calidad como mis hombres. Y sabe que no somos parias, que no vivimos según su código. Por eso puede confiar en nosotros. Pero no estoy seguro de que nosotros podamos confiar en él.

En privado, Siriana también dudaba de la existencia del hombre que había visto el árbol sagrado, pero no creía que el líder de los proscritos mintiera por prestigio.

—Tenemos que creer a Vaghn. No nos ha dado motivos para no hacerlo.

—No —murmuró Einar, aunque suspiró.

—Si no encuentras el árbol, ¿seguirás buscándolo? —preguntó Siriana—. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Para siempre?

—No. Stefan y su padre han estado navegando entre Thornsgate y Northland con cierta regularidad. Me mantienen informado sobre la salud de Ura. Cuando ella muera, mi misión, aunque no se haya cumplido, habrá terminado.

Siriana se mordió el labio y se pasó un brazo por los ojos.

—¿Estás ansioso por volver a tu tierra natal?

Él la abrazó con fuerza.

—Sólo deseo quedarme contigo, Siriana.

Se puso de costado. Sus frentes se tocaron. De un golpe torcido y cruel, el destino los había unido, pero también había asegurado su separación definitiva. Mientras cabalgaran por las tierras baldías con forajidos, podrían fingir. Pero llegaría el día en que saldrían del bosque oscuro, darían la vuelta al lago encantado y regresarían a sus respectivos hogares. Sus destinos los llevarían por caminos distintos.

Einar la atrajo más a él e inhaló su dulzura femenina, dejándose llenar por ella, aliviando su corazón cargado. Sus labios buscaron los de ella, y Siriana lo recibió ardiente, exigente. Abrió la boca y acogió su lengua en la suya. Cerró los dientes suavemente a su alrededor. Él tembló en su abrazo. Ella lo soltó.

—Ámame, amor mío —susurró.

Deslizó las manos alrededor de sus nalgas, atrayéndolo contra su vientre. Einar gimió. Sus manos recorrieron su cuerpo, acariciando sus pechos a través de la túnica, enviándole ráfagas de placer, encendiendo en ella un deseo febril.

Sus labios siguieron un rastro caliente por sus pechos, subieron por su cuello y la reclamaron de nuevo con un beso profundo y escrutador. Su lengua la acariciaba con maestría, como si cada movimiento conociera sus secretos. Había poseído su cuerpo al romper su virginidad. Ahora, con un simple beso, prometía conquistar su alma.

Siriana giró el rostro, sintiendo el calor de su boca. Respiraba con dificultad. Había resistido el sacrificio de su doncellez, pero eso no era más que una membrana. Ahora él le pedía el alma, y ella se la entregaba con gozo.

Los labios de Einar descendieron por sus mejillas mientras sus manos amasaban sus pechos, haciendo que sus pezones se endurecieran. Cuando los hizo rodar suavemente entre sus dedos, Siriana se estremeció desde la cabeza hasta los pies.

—Cada día estás más dulce. Más ardiente —dijo Einar—. No puedo vivir sin ti.

Ella abrió los ojos y lo miró fijamente.

—A veces siento que eres una poción y que soy adicto a ti —confesó.

—Si tuviera poderes mágicos, lanzaría un hechizo que resolviera todos nuestros problemas —murmuró ella—. Uno que nos permitiera estar siempre juntos.

Sus manos acariciaron su cuerpo desde las nalgas redondeadas hasta los hombros y de vuelta a las caderas. Ella se entregó cuando él la atrajo contra el calor duro de su deseo. Sonrió y ronroneó, plena de satisfacción.

Giró las caderas contra su excitación. Él gimió y la abrazó más fuerte, fundiéndolos. Se movían el uno por el otro, por sí mismos y por el otro. Su placer era uno solo.

La lengua de él recorrió con fuego el cuello de Siriana.

—Quiero estar dentro de ti otra vez.

—Sí, mi amor. Yo también.

Siriana ardía de deseo. Le dio lo que él quería; tomó lo que ella misma deseaba. El beso fue profundo, húmedo, cargado de pasión. No quería ternura. Necesitaba una unión urgente. Con los brazos enredados a su cuello, se aferró con fuerza. Cuando al fin terminaron el beso, levantó la cabeza.

Tocó sus pezones, duros contra la túnica, y las sensaciones la recorrieron dulcemente. Einar se inclinó hacia sus pechos. Los tocó. A través de la tela, ella sintió el calor húmedo de su aliento.

Cuando sus dientes cerraron suavemente en torno a un pezón, ella gritó de placer. Con una mano en su nuca, lo acercó más a ella, apretando su cuerpo al suyo.

—Desvísteme —susurró—. Hazme el amor.

Sus manos bajaron a su cintura. Unos tirones bastaron para quitarle la túnica y dejar al descubierto sus pechos, hinchados y palpitantes de deseo. Él los poseyó, y de nuevo ella sintió el estallido ardiente de la necesidad. Cada caricia le recordaba lo vacía que había sido su vida sin él, cuánto lo anhelaba.

Antes de darse cuenta, Einar estaba arrodillado sobre ella. Le desabrochó los calzoncillos y los deslizó por sus piernas. Ella sintió la ráfaga de aire en su piel.

Einar le sujetó un pie con cada mano. Aunque siempre le habían parecido grandes, ahora sus manos parecían aún más inmensas. Con el pulgar dibujó figuras sobre su piel. Siriana gritó de placer, sin saber hasta entonces cuán sensibles eran sus pies y tobillos. Las caricias avivaron su deseo. Ella gemía y se retorcía.

—Dulce, dulce Siriana —susurró él.

Cuando ella creyó que no podría soportarlo más, él llevó su pie a la cara.

—Amo cada parte de ti, mi señora.

Besó la planta de su pie y luego frotó sus mejillas barbudas contra el empeine. Ella se estremeció, se arqueó. Con la punta de los dedos, Einar trazó una línea de fuego bajo su arco. Su pelvis ardía. Sentía un vacío que solo él podía llenar.

—Einar… —dijo ella, enredando las manos en su cabello—. Ahora.

Él la soltó, se irguió y comenzó a besarla a lo largo de las piernas, subiendo por su cintura, sus pechos, su cuello. Rozó sus

labios, su pulso, sus pezones. Ella gimió.

Sus labios tocaron los suyos, y ella lo sujetó con fuerza. Como su lengua la había penetrado antes, ahora la de ella lo hacía. Deslizó una mano entre sus cuerpos hasta su vientre. Sintió el vello crujiente, bajó hasta la cintura del pantalón, lo abrió y lo deslizó. Sus dedos recorrieron la piel caliente, satinada, y redescubrieron los contornos de su hambre.

—Te has entregado a mí, amor mío —murmuró él—. Es hora de que yo me entregue a ti.

Ella bajó la cabeza y rodeó su pezón con los labios. Giró la cabeza para rozarlo con su cabello. Empezó a acariciarle el otro pezón con la lengua. Una mano se hundió en su melena mientras la otra tocaba con ternura sus partes más íntimas.

—He querido tocarte así —susurró— desde aquella mañana en que te vi bañándote.

Einar jadeaba. Siriana bajó la cabeza. Su pelo y sus labios rozaban su abdomen. Su lengua dibujaba caminos sobre los músculos tensos. Le acarició los muslos. Luego se sentó a horcajadas sobre él, descendió lentamente y se echó hacia atrás sobre las rodillas.

Envuelta en el brillo de las estrellas, dejó que él la contemplara.

—Siriana… —su voz era ronca.

Ella lo recibió dentro de sí, con calor húmedo. Se inclinó sobre él, apoyada en las palmas de las manos. Le rozó las piernas con las plantas de los pies, estirando su cuerpo sobre el suyo.

Einar atrapó uno de sus pezones en la boca y tiró de él suavemente. Le sujetó las nalgas con ambas manos. La acomodó y comenzó a moverse.

Deseosa de complacer y ser complacida, Siriana se movió con él. Sus cuerpos danzaban al unísono. Cuando el clímax se acercó, Siriana jadeó, pero no soltó su boca. Le acarició las nalgas mientras él hacía lo mismo con las suyas. El último empuje los unió, y ella se derrumbó sobre él, respirando con agitación. Cerró los ojos, entregada al dulce después.

Einar le apartó los mechones húmedos. Le trazó el contorno de las orejas, de los pechos. Le hizo cosquillas en las nalgas.

Ella se quedó tumbada con la cabeza sobre su pecho.

—Me alegro tanto de tenerte conmigo —susurró—. No sé cómo habría soportado la muerte de Melanthe sin ti.

—Lo habrías hecho —dijo él—. Eres una mujer fuerte.

—Sí, lo habría hecho —admitió ella—, pero con más dificultad.

Tras unos momentos maravillosos escuchando su respiración, sus latidos, susurró:

—Buenas noches, amor mío.

Él le susurró lo mismo.

Capítulo 14

Bradach se retorcía y chillaba de terror, anticipando la agonía que se avecinaba.

—Te digo que la vieja sacerdotisa murió. La vieja. Sus guardias volvieron al claustro.

—No…no.

Sus protestas se elevaron a un grito cuando la punta de la espada de Donnal penetró en su ropa y extrajo sangre de la tensa piel de su vientre.

—Pero la joven no se fue con ellos, ¿verdad?

Bradach se puso de puntillas. Podía sentir la sangre resbalando por su muslo. Desesperado miró de una cara vulpina a la otra. No había piedad por ninguna parte. El par que lo sujetaba y el

que estaba de pie detrás de Donnal podrían haber estado mirando a un conejo que Donnal estaba a punto de despellejar para la cena.

—Sí. Sí. ¡Sí! ¡Eso es! Así es!

—¿Así que se está abriendo de piernas para el vikingo?

—No. ¡Sí! —Bradach no sabía qué respuesta quería el hombre. La punta del cuchillo se retorció y volvió a aullar.

Donnal sonrió. Les dedicó una rápida sonrisa a sus hombres.

—Entonces podemos tener un turno con ella antes de llevarla de vuelta a Sheron.

El calor se encendió en sus ojos. Sólo uno de ellos parecía escéptico.

—Es grande ese vikingo.

Donnal gruñó.

—Cobarde. —Volvió a prestar atención a Bradach—. ¿Adónde se dirigen?

Bradach vio su oportunidad. Una escasa, pero una oportunidad.

—Te llevaré allí, —suplicó—. Sin coste alguno. Puedo guiarle hasta ellos.

—¿A dónde? —Donnal puntuó su pregunta con un giro de cuchillo.

—¡Ay! Al forgathering de los forajidos. Te llevaré allí. Juro que puedo guiarte…—. No llegó a terminar la frase.

Donnal clavó su cuchillo en el corazón del escocés, lo retorció y retrocedió mientras la sangre vital seguía la hoja hasta el suelo. Él y los demás se habían dado la vuelta y se dirigían hacia los caballos antes de que el cuerpo dejara de retorcerse.



Vaghn condujo a su tropa hacia un peñasco gris desplomado que se extendía a lo largo del corte en la cordillera. Mientras Einar cabalgaba a su lado, el forajido señaló la estrecha entrada en forma de ojo de cerradura por la que pronto cabalgarían.

—Ésa es la entrada. Al otro lado está la cañada oculta.

Einar lo miró asombrado.

—¿Cómo has podido descubrir un lugar así?

—Quizá lo encontró el primer forajido que huyó a esta tierra o tal vez lo encontraron más tarde. Todo lo que sé es que se ha convertido en el lugar de los forajidos y nadie más pasa por aquí salvo ellos.

Como para demostrar la veracidad de su afirmación, un hombre barbudo levantó la cabeza de entre las rocas que yacían en lo alto del peñasco inclinado. Unos ojos afilados escrutaron los rostros que cabalgaban en solitario hacia él. En su mano sostenía un poderoso arco, apuntando al corazón de Vaghn.

Vaghn levantó la mano.

—Saludos, Pebyt. ¿Todo va bien?

—Saludos, Vaghn. Todo está bien. Veo que tienes nuevos hombres contigo. —Los ojos de Pebyr se entrecerraron mientras estudiaba cada rostro por turno. Su mirada volvió a Einar, que cabalgaba directamente detrás de Vaghn en el pasadizo narrot.

—Unos pocos, —dijo Vaghn con facilidad—. Un alto rey no se tomó muy bien que unos norteños le engañaran.

El guardia dio un ladrido de risa.

—Los altos reyes no lo ven con buenos ojos. —Miró fijamente a Einar, luego a Siriana y después a Durin, Aren, Calam y Sven. El

momento estaba muy cargado. Luego asintió—. Pasar.

Uno a uno cabalgaron por el estrecho corte, con las rodillas casi rozando los lados del granito.

—¿Cómo pasan los carros por aquí? —quiso saber Einar—. Creía que habías dicho que esto era una feria comercial.

—Hay un corte más ancho en el extremo sur de la cañada, —dijo Vaghn—. Y una franja de playa en el lado norte, donde da al lago. Pero sólo los más atrevidos traen mercancías por agua.

Siriana se inclinó hacia delante para susurrar sólo para los oídos de Einar.

—Saben que deben temer a los kelpies.

El vikingo gruñó y encorvó sus grandes hombros, como si tratara de ignorar el zumbido de un insecto.

El caballo de Vaghn tiró contra la subida, la coronó y empezó a bajar por el otro lado.

—¡Sacar los estandartes! —gritó jubiloso—. ¡Que nos vean llegar!

La vista que se extendió ante Siriana era pura magia. Entre los árboles verde oscuro de la orilla del gris lago, un poblado temporal

de tiendas de colores brillantes y cobertizos portátiles se extendía a lo largo de la cañada. Delante de las tiendas se alzaban estandartes tan alegres como los que ella había visto en las ferias de Inverness o Forres.

Bajo los estandartes rojos, dorados y negros del propio Vaghn, la tropa hizo una gallarda entrada por el centro de la foresta. El antiguo druida y Vaghn parecían estar en su elemento, intercambiando saludos con caras conocidas, lanzando y aceptando desafíos de los líderes de otras bandas y, en general, haciendo saber a todo el mundo que habían llegado.

Cabalgaron cañada abajo, abriéndose paso a través de los espacios que quedaban entre las diversas tiendas donde se podían vender mercancías a todo el mundo, la gente podía parlamentar y regatear entre sí y el ganado podía ser acorralado. Delante de las tiendas ardían pequeñas hogueras. Sobre cada una de ellas había rejillas de hierro y espetones para cocinar. Deliciosos olores llenaban el aire.

Siriana tuvo que tragar saliva; no había comido nada desde que habían roto el ayuno a primera hora del día. Aunque miró con nostalgia cuando un vendedor levantó varios palos con carnes

asadas chisporroteando en sus extremos, la tropa siguió trotando con elegancia. El imán que los atrajo fue el único edificio permanente de la zona: una enorme sala de hidromiel.

Un gran fuego ardía en el espacio que se había despejado delante del edificio. Vaghn levantó la mano. Rangwald bajó de un salto e hizo ademán de coger la brida del jefe forajido para que pudiera desmontar a lo grande.

De la puerta de la sala del hidromiel salieron varios hombres del sello de Vaghn, hombres oscuros con ojos de halcón. Aunque sonreían, daban palmadas en la espalda a Vaghn y estrechaban su mano con fuerza, Siriana tuvo la sensación de que nada de aquella camaradería era real. En sus corazones y mentes, caminaban solos, cada uno por separado, una ley para sí mismo.

Cuando ella acercó su caballo, Einar echó una rienda a su semental para cortarle el paso.

—No lo hagas, —le ordenó—. Agacha la cabeza y ponte la capa sobre las piernas. No quiero tener que luchar contra todos por ti.

Ella le dirigió una mirada desafiante, pero entonces se dio cuenta de que varios de los jefes forajidos, terminados sus saludos, estaban escudriñando a la tropa de Vaghn con especial atención a

los nuevos. Sin discutir, se subió los bordes de la capa por encima de la rodilla y retrocedió hasta el centro de un cuadrado formado por los cuatro vikingos de Einar.

—Te han reservado tu sitio, Vaghn, —oyó decir a uno de los hombres—. Pero antes de irte, entra y bebe con nosotros. Cuéntanoslo todo.

El forajido hizo señas a Einar para que se uniera a él y todo el grupo entró en la sala del hidromiel. Rangwald condujo a los demás al lugar señalado.

El olor a comida estaba siempre presente en el campamento. Los hombres salían constantemente en expediciones de caza y regresaban con piezas recién cazadas. Otros pasaban horas junto al lago pescando. Sus mujeres habían traído sacos de nabos, cebollas y avena con los que preparar guisos y sopas, así como barriles de queso y mantequilla para enriquecer los platos.

Al menos cuatro cerveceros habían sido invitados a asistir porque sus ales y cervezas eran populares entre los forajidos. Se colocaron enormes barriles en las colas de los carros y los hombres trajeron sus propias jarras para llenarlas a cambio de un precio.

La mayoría de los forajidos habían extendido artículos para la venta o el comercio sobre caballetes o sobre manteles en el suelo delante de sus tiendas.

Siriana se maravilló de la variedad de sus mercancías. Nunca había visto nada igual.

—Es asombroso, —comentó cuando Aren se presentó para ser su acompañante durante el día—. La artesanía es realmente notable en algunos de los artículos. En otros es muy tosca. Y sin embargo, las mercancías están expuestas una al lado de la otra.

El muchacho vikingo disimuló una sonrisa. Se sentía infinitamente mayor

—Estaría bien tener una espada mejor. —El hombre que vendía las espadas la miró.

Ella sacó un broche de oro como pago.

Aren tiró con fuerza de su brazo.

—No, señora —susurró—. Es de Lord Einar. Es muy valioso.

El hombre le oyó. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—El broche por la espada. —Miró la hoja—. Quiero una inscripción en ella.

Hizo un gesto a uno de sus compañeros para que se acercara.

—Muchos lo hacen. Algo feroz. Canilis puede hacerlo por usted.

Sacó un cuadrado de cuero del interior de su túnica y se arrodilló para desplegarlo sobre la tela. Los hombres se inclinaron sobre ella. Casi de inmediato, el que se llamaba Canilis se enderezó, con los ojos muy abiertos. Sacudió la cabeza.

—El craebh ciuil —murmuró—. Quieres el craebh ciuil.

Levantó la cabeza de su diseño de rama y manzanas.

—Sí. Y tengo derecho a llevarlo.

Siguió negando con la cabeza, pero el vendedor de espadas le dio una bofetada en un lado de la cabeza y le maldijo por tonto. Por fin el hombre gimoteó que lo haría.

El comerciante le tendió la mano.

—El broche.

—Cuando se entregue la espada.

Dio una palmada.

—No puedo venderlo después de que lleve inscrito ese nombre suyo.

Aun así, ella vaciló.

—¿Cómo sé que no te irás?

Enfadado, levantó las manos.

—¿Crees que eres la única que me comprará? Vete a menos que quieras comprarlos todos. Tengo un negocio que atender. —Fuera de sí por la exasperación, enganchó el pulgar hacia la maleza —. Coge tu espada rota. Tal vez puedas encontrar un herrero que la repare.

Ella arrancó el broche de la solapa y lo arrojó al suelo.

—En tres días —exigió.

Los dos hombres intercambiaron miradas. Canilis agachó la cabeza.

—En tres días —murmuró.

Se alejó a grandes zancadas, con la mano agarrando la tapeta de su túnica y con Aren pisándole los talones.

Los dos bordearon a un hombre que movía tres pequeñas cáscaras de nuez alrededor de la parte superior de una mesa. Los hombres hacían cola para hacer apuestas sobre qué cáscara cubría una pequeña roca roja.

—¿Sabes dónde está Einar? —preguntó ella.

Aren tragó saliva.

—En la sala del hidromiel participando en los juegos. Vaghn ha hecho grandes apuestas sobre su fuerza.

Pasaron junto a las tiendas donde los comerciantes pregonaban sus mercancías, pero Siriana ya no prestaba atención. Sus oídos ardían de ira. Podía sentir el aliento caliente en la garganta.

Se adentró en la sala del hidromiel. Justo dentro se vio obligada a detenerse. La sala estaba abarrotada. Los forajidos flanqueaban las mesas de caballete, bebiendo e intercambiando cotilleos, jactándose de sus grandes hazañas. Rugía de risa y gritaban de rabia. El maestro de juego caminaba arriba y abajo entre ellos, tomando las apuestas y blandiendo un poderoso garrote mientras amenazaba a los que discrepaban demasiado.

—¿Lo ves? —preguntó Aren.

El joven miró a su alrededor. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro al ver a todos los jugadores.

—Le buscaré —dijo.

Ella vio que estaba ansioso por estar entre ellos.

—Ve y únete a ellos —le aconsejó—. Aquí estaré a salvo. Puedo cuidarme sola.

Antes de separarse de ella, Aren la miró con curiosidad.

—¿A quién busca? ¿A Vaghn, a Einar o a los ladrones irlandeses?

Su rostro era frío como el invierno. Sus ojos brillaban como el hielo.

—A todos —dijo—. Tengo muchas cuentas que saldar.

Aren tragó saliva.

—Ahí está lord Einar. —Apartando a la gente con los hombros, Aren se abrió paso entre la multitud.

Al pie del estrado en el centro de la sala del hidromiel, Einar estaba sentado en un taburete ante una mesa de caballete. Frente a él se sentaba un hombre enorme. La parte superior de sus brazos eran como troncos de árbol. Sus antebrazos eran como enormes jamones. Su cara roja resplandecía entre una maraña de pelo y barba salvajes. A su alrededor los hombres hacían apuestas.

Vaghn presumía en voz alta de que Einar, a quien llamaba el «Vikingo de Oro», era su hombre.

—Siriana —Einar se levantó cuando Siriana llegó a su lado. Cuando le estrechó la mano, pasó el dedo por el brazalete que le había regalado. No pareció notar la ausencia del broche. Se le había subido la sangre vikinga—. Me alegro de que estés aquí. ¿Tienes una ficha para darme suerte?

—La necesitarás —gritó una voz áspera—. Gare rompió los brazos de dos hombres en la última forgathering.

Siriana no podía creer el tamaño del hombre. A su lado, los brazos y hombros de Einar, que ella sabía que eran fuertes como el hierro, parecían los de un niño.

—Cinco veces campeón —gritó otro.

Siriana observó a Vaghn haciendo apuestas. Podía ganar mucho dinero. Se preguntó si apostaba con Einar o contra él.

No podía dudar de que el jefe de los forajidos había sospechado al menos que la espada era defectuosa. Se prometió a sí misma enfrentarse a él y exigirle una reparación.

Por ahora miró los ojos dorados de Einar. Tenían confianza. Sonreía, aunque la tensión de su cuerpo era evidente en la flexión

de sus músculos.

Ella miró a Gare. Era poderoso y temible, pero tenía cierta opacidad en los ojos. Se volvió hacia la asamblea y levantó el brazo.

—¡Mi hombre le derrotará!

Mientras los vikingos y los forajidos de Vaghn vitoreaban, ella se quitó la cinta de la cabeza y la colocó sobre el hombro de Einar como señal. Luego la cubrió con la mano.

Tan lejos había llegado de su vida enclaustrada que no pensó en tocarlo en público. Aun así, no se colgó de su cuello ni le besó como había visto hacer a otras mujeres con sus hombres.

—Un talismán. —Su mano cubrió la de ella durante un instante —. ¿No hay manzanas?

—No hay manzanas, pero sí mucha magia.

Se dejó caer en el banco y adoptó su posición.

—¡El juego está a punto de comenzar! —gritó el maestro—. ¡Vengan todos! Hagan sus apuestas ahora.

—¡Doble al vikingo! —gritó Vaghn.

Por encima del rugido de los excitados hombres, el maestro gritó las instrucciones.

Ambos hombres apoyaron los codos en la mesa, la mano derecha apretando la mano derecha. El objetivo del juego era forzar la mano del oponente contra la mesa sólo con el peso y la fuerza del brazo y el hombro.

Aunque parecía bastante sencillo y relativamente seguro, se sabía que los brazos de los hombres se partían como palos secos, se habían roto muñecas y aplastado manos.

—¡Empezad! —gritó el maestro.

El rugido de la multitud se elevó hasta el pandemónium.

Con la primera flexión de sus músculos ondulantes, Gare forzó la mano de Einar hacia la izquierda. La cara de Einar se puso roja. Las venas de su brazo se abultaron al hincharse los músculos. Apretando los dientes, gruñó y empujó contra la mano de Gare.

El forajido era duro y estaba decidido a ganar. Los compañeros de Gare que estaban detrás de él se rieron e hicieron comentarios sobre los vikingos de muñeca flácida.

Sonriendo con confianza mientras miraba a su alrededor a sus partidarios, el forajido cogió una jarra de cerveza con la mano libre y se la bebió de un trago.

Los vítores de la multitud sacudieron las potentes vigas de la sala de hidromiel.

Con el rostro ensombrecido por el esfuerzo, Einar volvió a levantar el brazo del forajido. La jarra de Gare cayó al suelo. El hombre gruñó, se agitó y empujó de nuevo el brazo de Einar hacia abajo. Temblaba peligrosamente cerca de la mesa.

El maestro de caza se acuclilló y miró, pero el dorso de la mano de Einar no llegó a tocarlo.

Siriana contuvo la respiración mientras los forajidos empezaban a murmurar entre ellos.

Hasta hoy Gare había sido el campeón de lucha de brazos. Nadie le había oprimido durante tanto tiempo.

Entonces, lentamente, el brazo de Gare empezó a ceder. El forajido hizo una última mueca, entonces su mano golpeó la mesa y la multitud estalló en vítores.

El sudor corría por los rostros de ambos hombres. La mandíbula de Einar se tensó por el esfuerzo. Sus hombres empezaron a sonreír.

—¡Hazlo, Einar! —gritó Durin—. Es una losa de grasa y, además, está medio borracho.

—¡Hazlo! —gritó Aren.

Los brazos volvieron a erguirse. Entonces, despacio, muy despacio, Einar presionó los de Gare hacia atrás. Ahora era el forajido quien tenía la cara roja. Inspiró, dejando al descubierto sus dientes marrones y desiguales. Empujó contra la mano de Einar, pero sus fuerzas estaban agotadas. Einar mantuvo la presión firme. La expresión de Gare cambió a una de desesperación.

El maestro de juego se acercó al lado de la mesa de Gare, atento al momento en que el dorso del puño tocara la superficie. La multitud había enmudecido, salvo por los jadeos y gemidos de los combatientes.

Con un poderoso grito, Einar forzó la mano del forajido contra la mesa y la mantuvo allí. El maestro de juego golpeó la madera para señalar que la contienda había terminado.

—¡El hombre de Vaghn ha ganado! —gritó.

Einar se levantó entre los vítores de sus hombres y los gritos de decepción de los forajidos. Levantó en alto su brazo victorioso. Aren recogió sus ganancias. Los forajidos de Vaghn y los vikingos empezaron a cobrar sus apuestas.

Volviéndose hacia Siriana, Einar le hizo una reverencia.

—Gracias a ti, Siriana.

—En absoluto, Einar —repuso ella, poniéndole la mano en la parte superior del brazo—. Has ganado gracias a tu prodigiosa fuerza.

De repente, la expresión de Einar cambió. Miró fijamente la tapeta por donde se abría la túnica de ella. Siriana alzó la barbilla, con los ojos desafiándolo a decir algo.

Se ahorró una explicación cuando Vaghn le palmoteó la espalda y lo hizo girar.

—¡Nos has hecho ricos a todos! —declaró jubiloso.

Los ojos de Einar se entrecerraron.

—Ahora encuéntralo, Vaghn. Llevamos dos días en este lugar y aún no me he acercado al árbol.

A Vaghn se le escapó una sonrisa.

—Llega tarde —protestó—. Es un ermitaño. No le gustan las multitudes.

El gran brazo de Einar, el mismo que había derrotado a Gare, rodeó el hombro de Vaghn. Su gran mano apretó.

—Encuéntralo. O lo lamentarás mucho.

El forajido aspiró hondo. Sus negras pupilas recorrieron la multitud, pero nadie más se dio cuenta de que estaba angustiado. Finalmente, asintió, aunque con cierta falta de convicción.

Einar lo soltó y dio un paso atrás. Le dirigió una larga mirada más, y luego centró su atención en Siriana.

—¿Dónde está tu broche?

En lugar de responder, Siriana agarró la capa de Vaghn antes de que pudiera escabullirse.

—Vaghn, me has vendido una espada defectuosa.

El forajido empezó a negar con la cabeza, pero ella levantó la mano.

—¡Un golpe, Vaghn! Un solo golpe de una espada menor y la hoja se partió.

—Te juro...

—Eres un ladrón —interrumpió ella—. Debería haber sabido que no debía comprarte nada, pero mi necesidad era grande. Aún lo es. —Dejó que su ira se dirigiera a Einar—. ¿Viste el defecto de la hoja?

Él cruzó los brazos ante el pecho.

—Te dije que no había magia en ella.

Su respuesta le hizo arder la sangre. No había negado ni confirmado su acusación, pero ella estaba bastante segura de que había visto algo en la espada que le hizo dudar. Aun así, él la había dejado cambiar preciosos tapices por falsos bienes. Y él había cambiado su oro por su propia información.

Y ahora luchaba y jugaba con esas leyes ajenas como si fuera uno de ellos.

Giró sobre sus talones y empezó a abrirse paso entre la multitud.

Einar lanzó a Vaghn una mirada furiosa. El forajido se encogió de hombros como diciendo que no tenía moral ni responsabilidad si alguien se sentía engañado.

—Yo no fabrico las espadas. Vendo lo que robo.

Una intensa frustración invadió a Einar. ¿Esta insensata búsqueda nunca terminaría? Había cogido el oro del claustro para comprar información que probablemente sería inútil cuando por fin la consiguiera... si es que alguna vez la conseguía. La madre de su amada había muerto, y ella podría haber estado en peligro por una espada defectuosa. Tenía todo el derecho a estar enfadada con él. Y

aquí estaba él, participando en juegos estúpidos mientras a su alrededor la escoria de la tierra se alborotaba y se revolvía, gritando, bebiendo, sudando, apestando.

Hizo un gesto a Aren.

—Usa lo que tengas que usar de ese montón de monedas que has ganado para recuperar su broche.

—Sí, lord Einar. —El muchacho se alejó corriendo. Durin llegó a su lado.

—¿Problemas?

—Cómo siempre desde que empezamos este viaje —respondió el vikingo.

Su amigo asintió.

—Ura nunca supo lo que me pidió que hiciera. El precio de mi nombre puede ser demasiado alto para pagarlo.

Su amigo asintió con simpatía.



Siriana regresó a la tienda de Einar. Cuánto añoraba el consejo de Melanthe. Por primera vez en su vida, se sentía verdaderamente sola. Cayendo de rodillas, abrió la alforja y sacó el chal sagrado, la posesión más preciada de su madre. Las campanillas tintinearon una música tierna mientras se rodeaba los hombros con la suave lana azul y se lo envolvía en los brazos.

Se arrodilló allí durante un largo minuto, intentando calmar sus pensamientos, pero los ruidos del campamento se inmiscuían en su meditación. Necesitaba estar lejos. Tenía que alejarse. Su cuerpo temblaba y su respiración se aceleraba. Después de nueve años en la paz del claustro, el choque de tanta gente le robaba la capacidad de pensar.

Con el chal envolviéndola desde los hombros hasta justo por encima de las rodillas, Siriana se alejó a toda prisa entre las tiendas. Descuidada del camino, no prestó atención a los forajidos que intentaban tentarla con sus mercancías chabacanas. Cabizbaja, con las manos enterradas bajo los suaves pliegues azules, huyó hacia la paz del bosque, a cualquier lugar donde pudiera estar sola. Por el camino, la gente la empujaba, y aquí y allá un perro salía corriendo para ladrarle y chasquearla.

Entonces pasó por delante de la última fila de tiendas. Al aire libre, respiró hondo antes de adentrarse en el bosque. Después de los olores de la humanidad, el aire era nítido y limpio. Después de los abigarrados colores de las tiendas y los vestidos, el verde oscuro era tranquilizador. Después del ruido de cientos de voces, la quietud la invadió como un bálsamo.

Se detuvo y apoyó el hombro contra un árbol. Después del tumulto de la recogida, la paz era bendita. Cerró los ojos.

Un brazo duro rodeó su cintura. Una mano le cubrió la boca.

—Te tengo —gruñó una voz masculina mientras Siriana era arrastrada más adentro del bosque—. Es la sacerdotisa. ¿Quién más llevaría el chal con las campanillas? Vino del claustro Satch-els. La tenemos, Donnal.

Siriana forcejeó. Dio patadas y puñetazos, pero el chal, con sus campanillas tintineando salvajemente, le atrapaba los brazos y no podía ver detrás de ella.

Además, el hombre era fuerte. Aterrizó con una patada afortunada en su espinilla. Él gruñó. Entonces su brazo alrededor de la cintura se tensó tanto que ella no podía respirar. Podía sentir

cómo sus costillas se doblaban bajo la fuerza. Su visión empezó a desvanecerse. ¿Iba a aplastarla hasta matarla?

—¿Qué tienes ahí, Ulad?

—Es la joven de la que nos habló el escocés. Lo juro.

Mientras hablaba, el llamado Ulad le rodeó la cintura con el brazo.

Desde la orilla de un arroyo que corría velozmente, una figura se levantó y acechó hacia ella. Siriana aspiró un suspiro desesperado y lo dejó escapar en un grito de terror.

El irlandés estaba ante ella. No con una capucha ocultando sus rasgos. No en la oscuridad de la noche. No a distancia. Sino tan cerca que podía poner la mano sobre su pecho.

Una pesadilla cobró vida. Por un momento pensó que estaba soñando. Se parecía a Arlyn O ‘ lland. ¿Cómo podía ser? Arlyn estaba muerta. Le habían dicho que había muerto. Además, antes de morir, el gato montés de su hermana le había arañado la cara. Esa no podía ser Arlyn.

Incluso en la oscuridad del bosque, sus ojos azules brillaban sobre sus pómulos afilados. Su alta frente blanca estaba tal y como

la recordaba, enmarcada por una masa de rizos castaños. Era tan guapo como siempre... y tan malvado.

—Siriana nea Pryse.

—¿Donnal? —susurró ella.

Él asintió. Su puño le levantó la barbilla y le giró el rostro hacia arriba. Sus ojos la escrutaron.

—Greine O'Donnal. Prima de Arlyn. Heredera de la casa de O ‘ lland... a menos que me lo estropees. Pero no creo que lo hagas. Así que esta es la hermana que el alto rey de Sligo nos ha enviado a buscar.

—¿Por qué habéis venido a por mí? —preguntó ella—. ¿Por qué venir desde tan lejos y matar a tanta gente?

—Sheron. —Dio un paso atrás—. El viejo quiere un hijo de tu cuerpo. Quiere engendrar un heredero que reemplace a los dos que ha perdido. Nunca lo logrará.

Siriana se estremeció ante la entonación llana de su voz. Recordó la noche en que había matado a su propio hombre sin más remordimientos que si hubiera matado a una rata. Recordó a sus guardias asesinados, hombres buenos, competentes, pero no rivales para asesinos despiadados. Y, por encima de todo, recordó a su

madre, una mujer verdaderamente buena y amable, muriendo de fiebre y dolor. Estaba claro que este hombre era pura maldad.

—Déjame ir —dijo—. Dile a Sheron que no pudo encontrarme.

—Es una idea —rió él. Su mano se deslizó por el cuello de ella y entró en el hueco de su túnica. Cerró los dedos sobre su pecho—. Pero eres una moza bonita y fogosa.

Siriana había liberado su mano del chal. Como la gata salvaje de su hermana, arañó su mano allí donde él se atrevía a tocar su cuerpo. Donnal le cogió la muñeca con la otra mano y le dio una bofetada en la mejilla.

—Bonita y fogosa. —Su mano se cerró sobre la pulsera que le había regalado Einar. Con un giro se la quitó y la levantó—. De oro. Bien. Pero no es suficiente. Si tienes el chal, debes tener también el oro. ¿Dónde está el resto?

—Donde nunca lo tendrás.

Él miró por encima de su cabeza a Ulad.

—Átala. Ella puede entretenernos durante el viaje. —Se inclinó hasta que su susurro caliente rozó su mejilla—. Siempre podemos dejarla caer por la borda en la costa irlandesa.

Un barrido de su pierna la hizo tropezar. Unas correas de cuero le mordieron las muñecas y luego los tobillos. La tenían atada e indefensa mientras aún intentaba recuperar el aliento.

Donnal montó en su caballo. Ulad vaciló antes de entregársela.

—Tu montura ya tiene un tendón arqueado —advirtió el ladrón —. Por muy ligera que sea, sigue siendo peso extra.

—Ella cabalga conmigo —gruñó Donnal—. No le pasará nada hasta que yo lo diga.

Con un encogimiento de hombros, el ladrón la arrojó sobre el arco de la silla de montar. Siriana gimió cuando el peso de su cuerpo volvió a dejarla sin aliento. Iba a tener una cabalgada dolorosa. El tintineo de las campanillas sonaba como un llanto.

Se acercaba la noche. Nadie sabía que había sido secuestrada. Además, era posible que Einar no viniera a por ella de todos modos. Sin duda estaba enfadado porque ella había trocado su broche por una espada. Podría dejarla para proseguir su búsqueda. Su única salvación podría ser su fuerza, su destreza… y la pequeña daga que llevaba atada al muslo.

Entonces recordó la noche en que había visto a Einar rastrear a esos mismos hombres a la luz de la luna. Él y su cuervo tenían un

amor especial por la noche. Era una tonta si pensaba que él no vendría. Era su campeón.

Por una cuestión de orgullo, no permitiría que se la arrebataran. Compuso su mente para rezar a la Gran Diosa Madre, pidiendo ayuda, fuerza y —sobre todo— perdón.

Mientras los ladrones se alejaban cabalgando por la estrecha cañada, sus dedos se movieron en la oscuridad, se cerraron en torno a uno de los cascabeles tintineantes y lo arrancó del chal sagrado. Rezando encarecidamente, lo dejó caer.

Capítulo 15

Apartando su jarra de cerveza, Einar se retorció en el banco y estiró el cuello para ver a través de la multitud que se agolpaba en la sala del hidromiel. La ceremonia estaba a punto de comenzar. Todos los líderes forajidos se habían reunido esa noche para elegir entre ellos al que sería su caudillo durante el próximo año.

¿Dónde estaba Siriana? Debería haberse recuperado de su ira. Había enviado a Aren a recuperar el broche y, de paso, a pagar la espada. El muchacho había regresado puntualmente con la noticia de que, puesto que el gran vikingo dorado la estaba comprando, estaría lista con la inscripción completa al día siguiente.

Einar se relajó. Siriana se alegraría cuando regresara. Todo volvería a estar bien.

¿Por qué no venía? Eso de huir como una niña a la que se le ha negado el capricho ya era bastante malo. No debía mantenerse alejada y hacer pucheros. Definitivamente, las cosas no le iban bien.

Sonó la sirena.

Vaghn se abrió paso entre la multitud y subió al estrado. Los tapices que le había quitado a Siriana por la espada defectuosa cubrían dos sillas colocadas una junto a la otra en el centro. Por lo que Einar podía ver, la elección del próximo alto rey forajido era una mera formalidad. Vaghn miró irritado a su alrededor. Al ver a Einar tan cerca, levantó su jarra de cerveza y brindó.

Einar lo miró: el jefe de los forajidos vestía con el atuendo más brillante que pudo reunir, con un pesado torque de oro alrededor del cuello y al menos dos anillos en cada dedo. Einar se miró a sí mismo, vestido con ropas sencillas y sólo un brazalete como adorno.

—Cuando aparezcan los demás hombres, comenzará la ceremonia.

Se dejó caer en su silla, con cuidado de no arrugar el magnífico tapiz, y tendió su jarra para que la llenara un joven que pasaba por allí. Bebió y luego eructó.

—Aún tenemos tiempo. El lurhorn no ha sonado por tercera vez.

Einar dio un sorbo a su cerveza. Su mirada volvió a la entrada. Finalmente, vio llegar a Dame, que se abría paso entre la multitud.

En lugar de tomar asiento de inmediato en el estrado, se detuvo frente a Einar.

—¿Has visto a Siriana?

Sacudió la cabeza.

—Iba a decirme algo, pero no pude encontrarla por ninguna parte —frunció el ceño—. Pensé que ya estaría aquí

—Ella... eh... salió a dar un paseo —dijo Einar—. Debería volver en cualquier momento.

—He buscado por toda la reunión y no la encuentro —señaló Dame—. Alguien la vio yendo hacia el arroyo, pero para entonces ya era tarde y decidí venir aquí.

Sin decir palabra, Einar se levantó y atravesó el Gran Comedor. En la puerta, arrancó una antorcha de la ménsula y cruzó las puertas abiertas. Con Aren detrás, serpenteó entre las tiendas y puestos hasta salir del claro.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Aren.

—No estoy seguro, pero Dame dice que no ha encontrado a Siriana por ninguna parte.

—Salió a dar un paseo. La reconocí por detrás porque llevaba el chal de su madre —se defendió el chico—. No pensé que nadie la molestaría. Todo el mundo ha obedecido las normas.

Einar no contestó. En su lugar, se concentró en el terreno. Se detuvo junto a un enorme árbol. La visión del césped desgarrado le heló la sangre.

—Creo que la han secuestrado —señaló con la antorcha—. ¿Ves? Aquí hubo un forcejeo. Las huellas de Siriana están aquí... y las de alguien más. Alguien debió arrastrarla. Mira cómo se clavan sus talones.

Siguió las marcas hasta el arroyo. Allí se arrodilló y tocó el suelo con la mano. Su dedo trazó una marca: una huella de pezuña con muescas.

—El irlandés.

—¿Los hombres que la atacaron a ella y a Melanthe?

—Los mismos.

—Pero dijo que no sabrían quién era. Siempre iba vestida con túnica y manto.

—Llevaba el chal —señaló Einar—. Debieron reconocerla.

Einar cerró el puño. Esa prenda estaba en la raíz de todos sus problemas. Debió dejar que la enterraran con Melanthe. En lugar de eso, él mismo se la puso sobre los hombros.

El susurro de las hojas le hizo levantar la cabeza.

—Einar —llamó Durin.

—Por aquí —respondió.

El vikingo, vestido con el traje chillón de los forajidos, salió a grandes zancadas del bosque hacia la orilla.

—Vaghn me envió a buscarte. Quería que supieras que el viejo Ovar de Wicke está aquí. Es el hombre que Vaghn te trajo a conocer. Debería llegar a la sala del hidromiel antes de que termine el banquete de esta noche.

—¿Ovar? —Einar sacudió la cabeza. Sus ojos escudriñaron el suelo junto al arroyo. ¿Por dónde se habían llevado a Siriana? No podía fallarle su instinto ahora.

—¿Einar? —Durin le puso una mano en el brazo—. ¿Me has oído? El hombre que tiene la información que necesitas. Estarás cara a cara con él en una hora.

Einar se dio la vuelta. De repente, las palabras de Durin calaron. Toda su alma gritaba, pero no podía abandonar a Siriana. Ella estaba en peligro. Asintió secamente.

—Vaghn te quiere en la sala del hidromiel ahora, para que te sientes a su lado en el estrado. Vamos, Einar.

—Siriana ha desaparecido —respondió Einar.

Durin silbó entre dientes.

—Entonces envía a uno de nosotros a buscarla. Eres el invitado de honor de Vaghn. Perderse el banquete lo avergonzaría y puede que no te lo presente.

—Creo que ha sido secuestrada.

—¿Por el irlandés?

—Creo que sí. Volver al pueblo y tomar nuestros caballos. El tuyo, el mío y el de Aren.

—¿Y Ovar de Wicke? —preguntó Durin.

—Tendré que hablar con él más tarde.

Durin golpeó la palma de su mano con el puño.

—Ese es el propósito de nuestro viaje, Einar. No puedes apartarte ahora.

—No puedo abandonarla.

En ese instante, a Einar no le importaban Ura ni las veinte manzanas mágicas. Sólo le importaba Siriana.

—Deprisa, Durin. Trae los caballos tras de mí. Seguiré el rastro con la antorcha.

Antes, Einar pensaba en los cambios de Siriana. Ahora, mientras seguía el rastro en la oscuridad, se maravillaba del cambio en sí mismo. Cuando la rescató a ella y a Melanthe de esos mismos hombres, no olvidó su propósito. Siempre había sido importante; todas sus decisiones se basaban en su necesidad, no en la de ella. Ahora había dejado de lado la suya. Ella era su propósito para vivir.

—Debo salvar a Siriana —hizo un gesto a Aren, que lo seguía —. Vuelve y trae a Sven y Calam. Os necesitaré a todos. Nada de luchas salvajes berserker. Esta vez debemos salvar a la dama a toda costa. No nos superarán en número. Y no tomaremos prisioneros.

—Sí, Lord Einar —el joven se alejó corriendo.



El estómago de Siriana era una sólida magulladura por haber rebotado contra la silla de montar. Le dolían las costillas. Su cabeza palpitaba como si fuera a estallar. La noche se había vuelto fría mientras bordeaban el lago negro. Deseó tener una de las capas forradas de piel de Einar. Deseó tener el broche de Einar para sujetar su túnica, ahora abierta por encima de los pechos. Enredó los dedos en un cascabel del chal y lo retorció.

—Gran Diosa Madre, perdóname en mi dolorosa necesidad —murmuró.

El terreno era rocoso. Las piedras giraban bajo los cascos de los caballos. Tenían que ladearse para sortear los peñascos. Entonces el caballo de Donnal tropezó gravemente. Cabizbajo, con los costados agitados, berreó. El irlandés maldijo. Sacando su daga, pinchó el anca del animal. Este levantó la cabeza y se lanzó hacia delante. Todos oyeron el chasquido de su pata delantera. El valiente animal gritó como una mujer. Sólo la fuerza de Donnal al tirar de su cabeza evitó que todos cayeran.

Uno de los ladrones bajó y se arrodilló junto al caballo.

—Tiene la pata rota —informó.

Donnal maldijo. Bajó y tiró a Siriana contra él.

—Te lo dije.

El hombre llamado Ulad se acercó con su caballo.

—Deberías haber robado un caballo para ella... o haberla hecho caminar.

Siriana sintió a su captor ponerse rígido. Sus manos fueron de hierro cuando la apartó. Retrocedió unos pasos hasta el esbirro.

—Eso hiciste —dijo con voz afable. Luego, con la misma daga, apuñaló hacia arriba. El ladrón forcejeó, pero Donnal hundió la hoja hasta que todo cesó. El cuerpo se deslizó al otro lado de la silla.

Siriana gimió de terror. La locura de Arlyn se multiplicaba por diez en esta prima.

Como si nada hubiera ocurrido, Donnal volvió junto a ella. Cortó sus ataduras con el cuchillo ensangrentado.

—Creo que puedes montar a horcajadas después de esto —dijo —. No intentarás escapar, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Déjalo —dijo a otro de sus hombres—. Tenemos un par de horas antes del amanecer.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó el otro, cauteloso.

—No. Sólo intento alejarme del campamento. No tiene sentido luchar con los vikingos si no es necesario. Y no sabemos qué harán los forajidos cuando encuentren a ese guardia muerto en el paso.

De vuelta a la montura, su número reducido a tres, Siriana dudaba de llegar siquiera al final de la cañada. Parte de ella rezaba para que Einar llegara pronto. Otra parte rezaba para que no lo hiciera.

Envolvió la mano en otro cascabel, luego lo soltó. No era necesario aún. El hombre muerto y el caballo lisiado marcaban su rastro.



Los vikingos cabalgaban en fila.

—Tenemos que parar, Einar —gritó Durin—. Está demasiado oscuro y corremos el riesgo de perder el rastro.

Si Einar lo oyó, no lo demostró. En un bolsillo llevaba dos campanillas del chal sagrado. Ella las estaba dejando como rastro. Él era su esperanza. No la decepcionaría.

Se recostó sobre el cuello del caballo. Sus ojos ardían. Un hombre obsesionado, determinado a rescatar a Siriana. Sus hombres lo seguían en silencio. Una obstinación antinatural se apoderó de él. Mientras cabalgara, tenía el control. Si se detenía, lo perdería.

Los árboles se hicieron más espesos, el terreno más abrupto, y la pared de la cañada se alzaba hacia el cielo.

Volvió a preocuparse por Siriana. ¿Tenía calor? ¿Estaba herida? ¿Estaba siendo maltratada?

Juró en voz baja que Donnal moriría con el águila de sangre a cuestas si ella sufría algún daño.

Durin se acercó a su lado.

—Los caballos están agotados. Será mejor que nos detengamos aunque sea sólo una hora. Así esperaremos a que salga la luna.

Einar no respondió.

Durin miró a los demás y volvió a él.

—Sire Einar. Si no nos detenemos, me veré obligado a pedir que levanten la mano.

Einar suspiró. Se frotó la cara, parpadeando como un búho.

—Aye... sí, tienes ese derecho. Pero, ¿lo ejercerás?

—No. Te quiero como nuestro líder, pero quiero que ejerzas cautela y sabiduría. Como debe hacer un líder.

Durin esperó. Cuando Einar no respondió, añadió:

—Estás demasiado cerca de esta mujer para hacer un buen juicio. Si te agotas y nos agotas a nosotros, ¿cómo nos las arreglaremos cuando...

Einar lanzó un suspiro. Mirando por encima de su hombro, vio a Sven desplomado en la silla de montar. De hecho, Thorinn tenía su brazo alrededor de Aren para evitar que el joven se cayera.

—Sí, Durin, tienes razón. Descansaremos.

Se detuvieron para pasar la noche. Negándose a sí mismos la comodidad de un fuego, se envolvieron en sus capas forradas de piel y durmieron.

Tieso, con las articulaciones doloridas, Einar se levantó antes del amanecer. Lo mismo hicieron sus hombres. Con poca

conversación se ocuparon de sus necesidades personales. Einar se adentró en el bosque, luego al arroyo donde se lavó la cara y las manos. Cuando regresó, Durin y Aren estaban encorvados.

—¿Estáis mirando las huellas? —preguntó Einar.

—Ave. Se mueven en esa dirección. —le informaron a Einar.

En silencio montaron y salieron. A la luz del día, fijados en el rumbo, los vikingos siguieron al irlandés con facilidad. De vez en cuando se cruzaban con una campana dorada, que Einar se guardaba en el bolsillo. Su música era apagada contra su muslo, pero el sonido reconfortaba su corazón. Era como si Siriana le estuviera cantando. Habían cabalgado un buen trecho cuando una sombra negra se cruzó en su camino. Viento de Medianoche bajó en picado y se posó en el hombro de Einar.

—Salve, viejo amigo. —Einar alisó las plumas que cubrían el lustroso lomo—. Pensé que esta vez habías volado para siempre.

El cuervo graznó.

—Siempre me sorprende la forma en que ese pájaro te sigue el ritmo, —dijo Durin—. La sacerdotisa diría que es mágico.

—Si creyera eso, creería que Odín me lo envió para susurrarme al oído. Él sería parte de la búsqueda: mis ojos por encima de las

copas de los árboles. ¿Qué dices, amigo? —El cuervo batió las alas y se fue volando.

La mañana llegó y se fue, pero Einar no se detuvo a comer. Sólo pensaba en Siriana. La amaba y no podía' vivir sin ella. Había pensado que nada era más importante para él que adquirir un nombre, pertenecer a una familia. Pero todo eso palidecía hasta la insignificancia si no tenía a Siriana. Ella era lo más importante de su vida, y renunciaría al honor y al prestigio por ella. Viento de Medianoche apareció de nuevo, surcando el cielo, dando vueltas, graznando roncamente. Se dejó caer sobre el hombro de Einar, se alejó volando, remontó el vuelo, regresó y volvió a volar. Intentó posarse sobre la cabeza del caballo, pero sólo consiguió asustar a la bestia de tal manera que relinchó y medio se encabritó.

—Algo va mal, —sugirió Durin.

—Sí, —coincidió Einar—. Son ciertamente los ojos de Odín. Quizá nos estemos acercando a los secuestradores.

Se detuvo en un pequeño cruce, dejó que los caballos bebieran y se arrodilló para estudiar las huellas de los cascos. Luego llevó a su caballo al otro lado del arroyo y se arrodilló para mirar de nuevo.

Sacudiendo la cabeza, se puso en pie. El miedo le atenazaba el corazón. Lentamente, con más cuidado, registró la zona una y otra vez.

—Algo ha ocurrido, —les dijo—. No encuentro la pezuña con muescas.

Sus hombres bajaron de sus caballos y comenzaron a buscar también.

—Creo que ahora sólo hay tres caballos, —dijo Durin al fin.

—Dispersaros a lo largo de las orillas, —ordenó Einar con voz ronca—. Y encontrar ese cuarto caballo. No podemos seguir hasta que lo encontremos.

Durin miró fijamente a su líder. El rostro de Einar estaba vacío de color. Su boca parecía que nunca volvería a sonreír. Durin había navegado y cabalgado con Einar durante muchos años. Por primera vez vio a su líder víctima de sus propias emociones. Durin había sabido que Einar se sentía atraído por la sacerdotisa; tendría que estar ciego para no saberlo. Pero no se había dado cuenta de lo profundos que eran sus sentimientos.

Giró sobre sí mismo y dio una palmada a Aren en el hombro.

—Busca bien, muchacho. Por el bien de nuestro sire.



Menos de media hora después, con Viento de Medianoche para ayudarles, encontraron el caballo. Cabizbajo, con los ojos cerrados, se mantenía sobre tres patas a cincuenta metros río abajo en un denso bosquecillo.

—¡Einar! —gritó Aren—. Tiene la pata rota. ¿Qué hacemos?

Los hombres mayores intercambiaron miradas. Durin puso su brazo alrededor del hombro del joven.

Antes de que pudiera llevárselo, Sven gritó desde las rocas.

—Por aquí. —Allí, alojado entre dos peñascos, estaba el cuerpo frío y flácido de uno de los ladrones.

—¿Qué ha pasado? —Aren caminó detrás de un árbol, para no tener que mirar al hombre asesinado.

Einar se encogió de hombros.

—No hay honor entre estos hombres, Aren. Igual que no hay honor entre Vaghn y su tropa, aunque son mejores que la mayoría.

Mi suposición es que el caballo de alguien se rompió la pata, y por eso destriparon a este hombre por su montura.

—Pero

—Ven, muchacho. —Por encima del hombro hizo un movimiento cortante a Calam, que asintió con sobriedad y se puso en marcha para acabar con el sufrimiento del caballo lisiado.

De nuevo en el sendero, los cinco se pusieron en marcha con un propósito más sombrío. Muerte en la batalla podían entender los vikingos. Y el honor al vencedor. Pero el asesinato y la crueldad no podían soportarlos.

—Moveros lo más silenciosa y rápidamente posible, —ordenó Einar—. Ellos tendrán que moverse más despacio. Ahora sólo cuento tres caballos. A menos que el irlandés haya matado a otro de sus hombres, alguien estará montando con Siriana. Deberíamos alcanzarlos fácilmente.

—Eso es, —respondió Aren—, si volvemos a encontrar sus huellas. Cada vez es más difícil. Esa enredadera que cuelga de los árboles borra las huellas cuando sopla el viento.

—Sí, y el bosque es cada vez más espeso, —refunfuñó Durin

—Y más oscuro, —añadió Calam.

Las hojas crujieron a su alrededor a medida que el viento arreciaba. Las huellas se borraron delante de ellos. Einar estaba a punto de pedir un alto cuando oyó un pequeño tintineo. Saltó de su caballo y lo llevó hacia delante. Allí, entre las hojas que soplaban, había otra campanilla dorada.

La cogió y la sostuvo para que los demás la vieran.

—Siriana nos conduce hacia ella, —gritó.

Una milla tras otra quedaron atrás, y continuaron siguiéndola lo mejor que pudieron. Pero cuanto más viajaban, menos evidentes se hacían las huellas.

Tuvieron que detenerse con más frecuencia y estudiar el terreno; tuvieron que buscar huellas. Finalmente las perdieron por completo.

A una orden de Einar, cada uno de ellos se abrió en abanico en una dirección diferente, dieron vueltas alrededor, pero no encontraron nada. Einar no sabía qué camino tomar. Él y sus hombres habían memorizado sus puntos de referencia para poder regresar a la forja, pero no tenía ni idea de lo que les esperaba.

En ese momento, Viento de Medianoche se dejó caer sobre la rama más baja de un árbol y miró a su alrededor, con el brillo de sus

ojos ambarinos. De repente, con un ronco carcajada, meneó la cabeza dos o tres veces y navegó hasta el suelo. Se levantó con algo en el pico Dio una vuelta y lo dejó caer al suelo a los pies de Einar. Cayó con un suave ping y rodó.

Einar la recogió.

—Otra campana, —exclamó—. Este es el camino. —Miró al pájaro donde estaba posado en una rama acicalándose las plumas—. Los ojos de Odín.

Se sacudió y se quedó un momento pensativo. Finalmente dijo:

—Todos vosotros vinisteis conmigo en busca del manzano sagrado. Anoche abandoné la búsqueda para buscar a Siriana nea Pryse. Estamos cerca de encontrarla, pero podría ser peligroso.

Su mirada recorrió los rostros de sus hombres.

—Yo seguiré cabalgando tras la mujer. Si queréis uniros a mí seréis bienvenidos, pero si deseáis regresar a la sala del hidromiel, también podéis hacerlo. No guardaré rencor, sea cual sea vuestra decisión.

Durin se adelantó.

—Cabalgaré contigo, Einar.

—Y yo. —Uno a uno, los demás dieron un paso al frente.

Rápidamente volvieron a montar, se separaron y cabalgaron lentamente. Ćonstantemente buscaban las huellas, los rasguños en las rocas y, lo más importante, el destello de las campanas.



Cuanto más se adentraban los ladrones en el bosque y más se alejaban de la forja, más temerosa se volvía Siriana. Los dos hombres que le quedaban al irlandés intercambiaban miradas de vez en cuando y, gradualmente, empezaron a quedarse atrás. Donnal murmuraba amenazas a su hombro, pero parecía más nervioso por la espesura del bosque, las extrañas lianas que les atenazaban los hombros y la inquietante ausencia de sonido.

Siriana se dio cuenta de que cabalgaba con un loco hacia un bosque del que Vaghn había dicho que los hombres nunca regresaban.

Una y otra vez rezó a la Gran Madre Tierra. Durante la cabalgata, se las había arreglado para arrancar los cascabeles de los

flecos, uno a uno, y dejarlos caer en el sendero. Casi habían desaparecido todos, pero el tintineo era tan fuerte como siempre.

Magia, pensó. Estoy rodeada de magia.

Finalmente, el irlandés se detuvo para pasar la noche. Estaba tan oscuro, y se encontraban tan adentrados en el bosque, que Siriana no tenía ni idea de dónde estaban. No oía agua que indicara un arroyo o un riachuelo cercano.

Uno de los hombres de Donnal le dejó los pies atados, pero le desató las manos. Agradecida, bebió el agua que le ofreció mientras el otro construía una pequeña hoguera. Aunque Siriana estaba demasiado lejos para beneficiarse de su calor, podía ver mejor a los hombres por su suave resplandor.

Agotada y dolorida por la cabalgada sobre la montura de Donnal, se hundía rápidamente en el sueño cuando el primo de Sheron se levantó y se acercó a ella. Se estremeció al ver cómo su parecido con Arlyn se reforzaba en su mente.

Con una alforja colgada al hombro, Donnal se arrodilló junto a ella. La miró solemnemente, con una expresión escalofriante. Sus ojos recorrieron su carne, y ella estuvo segura de que evaluaba su cuerpo bajo la ropa.

—Muy bonito —murmuró.

Sus duros dedos se deslizaron por la abertura de su túnica y encontraron su pezón. Observando atentamente su reacción, se lo pellizcó. A pesar de su determinación por permanecer quieta, ella se retorció de dolor.

—Qué sensible…

Mordiéndose el labio inferior, apartó la cabeza y se preparó para aguantar. Para su sorpresa, él retiró la mano. Su voz era perfectamente normal, aunque un poco ronca, cuando preguntó:

—¿Tienes hambre?

Ella no quería comer. La comida era lo más alejado de su mente en ese momento, pero sabía que debía mantener sus fuerzas.

Sin esperar respuesta, él se descolgó la mochila del hombro y le dio un poco de carne seca y un trozo de pan. Regó la comida con un trago de agua fresca. No bebió más porque quería retrasar lo más posible el tener que ocuparse de sus asuntos personales delante de ellos.

Cuando terminó, asintió y se levantó.

—Puede que llegues a la costa irlandesa.

Él volvió al fuego. Se envolvió los hombros con el chal y escuchó la conversación. Los hombres discutían sobre la dirección que debían tomar al día siguiente. Dos de ellos discrepaban sobre los puntos de referencia por los que habían pasado.

Estaban perdidos.

Perdidos en un bosque tan oscuro que la noche parecía viva y mortal. No podía ver más allá del círculo de la hoguera. Estaban perdidos, y ella estaba perdida con ellos: absolutamente abandonada y sola.

Sus muñecas estaban en carne viva y cubiertas de costras donde las correas las habían mordido. Imaginaba que sus tobillos estaban igual. Cuando no la veían, se afanaba en desatarlas, pero no podía aflojar los nudos. El irlandés los había retorcido en un patrón tan complicado que desafiaba a sus dedos.

Los dos ladrones se arrebujaron en sus mantas para dormir. Donnal se acomodó contra una piedra. Se sentó frente al fuego, con los ojos fijos en su dirección. ¿Podría verla? De algún modo, ella dudaba que pudiera. Pero no le hacía falta. Sabía lo que quería saber de ella.

Decidiendo que cualquier cosa que hiciera sería mejor hacerla por la mañana, Siriana finalmente se dispuso a pasar la noche. Se le habían caído todas las campanillas de oro menos una. Eran tan pequeñas que temía que a Einar no se le ocurriera buscarlas.

Cerrando los ojos, se desplomó contra la roca. Agotada, dormitó tranquilamente hasta que la luz empezó a delinear el cielo oriental. Oyó el graznido de un pájaro y abrió los ojos para ver un enorme cuervo negro que volaba en círculos sobre ella. Aún medio dormida, no se movió.

¿Era Viento de Medianoche? El cuervo volaba en círculos como lo había hecho el pájaro de Einar cuando Vaghn y sus hombres cabalgaban hacia la aldea.

Se tensó mientras la esperanza surgía en su interior. Gran Diosa Madre, rezó, que sea el pájaro de Einar. Que Einar me encuentre.

Se incorporó; su corazón latía erráticamente. La sangre le corría por todo el cuerpo. Escuchó con todos sus sentidos. Durante largo rato no oyó nada más que el pesado silencio. Alzó la vista, pero el pájaro había desaparecido. ¿Se lo había imaginado? Entonces escuchó el gorjeo de otro ave: un canto extraño, distinto a

cualquiera que hubiera oído en las Tierras Altas. Pero lo reconoció. Lo había escuchado una vez, cuando Einar y Aren lo utilizaron tras cruzar a las tierras baldías. Una llamada de respuesta resonó desde algún lugar a la derecha.

Otra más. Una cuarta. Y, rápidamente, una quinta.

El campamento de los ladrones estaba rodeado. Y ella sabía por quién. ¡Cinco! ¡Einar y sus cuatro vikingos!

Habían venido a rescatarla.

Con cautela, subió las rodillas hasta el pecho y volvió a trabajar en sus ataduras. Quería estar preparada para correr hacia la ayuda. Una vez más, no logró deshacer los nudos. Sus manos estaban húmedas de sudor.

Aunque había oído las señales, no estaba preparada para lo que vino después: el aire se rasgó de repente con gritos de batalla que hervían la sangre. Provenían de todas partes, retumbando en sus oídos. Incluso ella, que sabía quién los lanzaba, sintió escalofríos.

Aterrados, los forajidos irlandeses se pusieron en pie de un salto. Aprovechando su desconcierto, Siriana rodó sobre sí misma y comenzó a arrastrarse.

—¡No, mujer, no harás eso! —gritó Donnal. Se lanzó por los aires y cayó con fuerza sobre su cuerpo, arrancándole el aliento de los pulmones. Envolviéndola con los brazos, la alzó y se la echó al hombro antes de salir corriendo hacia los caballos.

—¡Siriana, ¿dónde estás?! —la profunda voz de Einar retumbó desde detrás de la espesura de enredaderas.

—¡Einar! ¡Por aquí! —gritó ella.

Donnal la inclinó sobre su hombro y le abofeteó la cara.

—¡Cállate, zorra!

El golpe le escoció en las mejillas; un zumbido le llenó los oídos. Donnal se agachó y cortó de un tajo las ataduras de sus tobillos. Agarrándola por un muslo, la colocó sobre el lomo del poni y se encaramó frente a ella. Un rápido giro de las riendas hizo que las muñecas de Siriana quedaran atadas firmemente a las de él. Partieron al galope.

—¡Einar! —volvió a gritar ella.

Donnal rió entre dientes.

—Mejor reza para que no te siga. Si tu vikingo intenta dispararme, te disparará a ti. Si se acerca demasiado, te mataré yo

mismo. Sheron tendrá que creer que moriste a manos de otro.

—Más te vale dejarme aquí y decirle que no lograste atraparme —argumentó Siriana—. Así escaparás ileso. Si me llevas contigo, Einar se encargará de que no salgas con vida de estas costas.

Como si sus palabras lo invocaran, oyeron el galope de un caballo tras ellos.

—Es Einar —aseguró Siriana—. Ganó cinco de los mejores caballos de Vaghn, el jefe forajido. Montará uno de ellos.



Sin pensar en el peligro, con el único propósito de rescatar a Siriana, Einar se lanzó en persecución por el denso bosque. Torció entre árboles, sorteó matorrales y arbustos, rodeó rocas salientes y montículos de tierra. Se abrió paso entre las enormes enredaderas que colgaban en profusión.

Aunque había amanecido, el bosque era tan espeso que la luz apenas penetraba. A través de aquella oscuridad turbia, Einar siguió

adelante. Sabiamente dejó que su caballo se adelantara. No creía posible que el bosque se volviera más salvaje, pero lo hizo.

Los arbustos le rozaban las pantorrillas y los muslos, le enganchaban el manto. Espinas de un centímetro de largo rasgaron la tela y la piel debajo. Todo su cuerpo ardía, pero no se detuvo, ni siquiera contempló hacerlo.

Finalmente, vio al caballo con dos jinetes silueteados. Instó a su caballo a avanzar, animándolo, suplicándole. Se sacó el arco del hombro y preparó una flecha.

—¡Siriana!

Ambos jinetes giraron la cabeza, pero Einar reconoció a su amada por la forma en que su cabello se agitaba alrededor de sus hombros. El cobarde la había colocado detrás de él.

El vikingo no tuvo más remedio que volver a guardar la flecha en el carcaj y seguir cabalgando.

Pudo ver cómo el irlandés azotaba al caballo por la cruz. La montura cobró velocidad y luego se precipitó a través de un dosel de enredaderas.

Solo estuvieron fuera de su vista unos segundos, pero cuando el caballo de Einar se zambulló entre las mismas enredaderas, ya no

estaban. Los había perdido.

Einar no podía creer lo que había visto. ¿Adónde habían desaparecido? ¿Qué clase de lugar era esa larga cañada sobre el negro lago Ness? El vello se le erizó en la nuca. ¿Había estado persiguiendo a un kelpie? Los cascabeles del bolsillo de su capa tintinearon.

Impulsó a su montura hacia adelante y hacia arriba, hasta que, de repente, salieron de la línea del bosque. El caballo aminoró la marcha.

Estaba oscuro al ser noche cerrada. Sin embargo, sabía muy bien que había atacado el campamento de Donnal a plena luz del día. Lo había planeado así para no arriesgarse a disparar una flecha a Siriana por error.

Einar se deslizó de la silla de montar y caminó cautelosamente hacia adelante. Un barranco bostezaba ante ellos. Vio el brillo blanco de las rocas en las profundidades. ¿Cómo podían brillar las rocas si no había luz?

Escuchó. El único sonido era el viento que soplaba entre los árboles a sus espaldas y el chapoteo de las aguas en la lejana orilla del lago. Al menos, pensó que era el chapoteo del lago. Se giró para

volver sobre sus pasos. En algún lugar del barranco oyó el tintineo de unas campanas.

Cuando se volvió, las campanillas de su propia capa le respondieron con un sonido parecido a una carcajada. Ya no podía dudar de que algo más allá del entendimiento humano actuaba a su alrededor. Debería regresar si valoraba su vida.

Pero no valoraba su vida tanto como valoraba su amor. No tenía elección si quería encontrarla. Volvió a montar y dejó que el caballo se abriera paso con cuidado por la empinada pendiente.

Cuanto más se acercaba a las relucientes rocas, más espesas se volvían las espinas. Como cuchillas, cortaban su ropa. Las mismas enredaderas por las que cabalgaba también estaban cubiertas de espinas. Arañaban y rasgaban los guantes de cuero que sujetaban las riendas. Como puñales, empalaban su capa e intentaban arrancársela de los hombros. Los cascabeles tintineaban a cada paso.

Cabalgaba hacia un zarzal. Un zarzal mortal. Nunca había visto uno, pero había oído hablar de ellos, donde las enredaderas podían crecer tan gruesas como los troncos de jóvenes arbolillos. Muchas de

sus espinas eran lo suficientemente grandes y fuertes como para ser utilizadas como estacas de tienda. Brillaban como las rocas.

Siriana gritó.

El caballo se detuvo y Einar se dio cuenta de que, de algún modo, había alcanzado el centro del zarzal. Se sintió sobrecogido. Una mirada atrás le mostró que el camino que había estado siguiendo había desaparecido. Sintió cómo temblaba su caballo. Bajó para examinarlo. Para su asombro, parecía ileso, sin un solo rasguño.

—¡Siriana! —gritó Einar. No obtuvo respuesta.

Era extraño, pero a pesar de las espesas zarzas y la oscuridad que lo envolvía, tanto el centro del zarzal como las espinas a su alrededor eran ligeros. Brillaban. Brillaban como cristal.

Desmontando y desenvainando su espada, comenzó a avanzar, abriéndose paso a través de la espesa maraña. Por muy cuidadosamente que procediera, las espinas aprisionaban sus pantalones. Le acuchillaban la carne.

—¿Siriana? —llamó desesperadamente. No obtuvo respuesta.

Siguió cortando.

—Siriana.

—Einar —fue su débil respuesta.

Se puso rígido.

—¿Dónde estás? Respóndeme para que pueda encontrarte.

—Por aquí… aquí.

Dio un cuarto de vuelta y apuntó con su espada. Con renovada energía y fervor acuchilló, avanzando lentamente.

—Las espinas —gimoteó—. Estoy atrapada en ellas. No puedo moverme. Oh, date prisa, Einar.

—Ya voy, mi amor. Estaré allí en un abrir y cerrar de ojos.

—Sabía que vendrías. Recé a la Gran Diosa Madre.

—¿Dónde está el irlandés? ¿Dónde está el ladrón asesino?

—Me tiró de su caballo y se zambulló entre las espinas sin mí.

Por fin Einar la encontró. Pudo ver su cuerpo a través de las espinas. Se temió lo peor.

—¿Qué tan mal herida estás?

—Cortes, sobre todo. Y alguna que otra magulladura.

Se abrió paso entre las zarzas, pero en cuanto dio un paso, estas cerraron filas tras él. Se estaba convirtiendo rápidamente en su prisionero, al igual que ella. Las espinas se clavaban en su capa, en su túnica, en sus pantalones de cuero. Se hundían en sus muslos. Incluso sus pantorrillas y pies, protegidos por pesadas botas, no eran rival para los feroces dardos.

Sangrando y desgarrado, llegó hasta ella. Yacía de espaldas, enredada entre lianas que brillaban como el cristal en la oscuridad. De pies a cabeza, estaba ensangrentada.

Su túnica y el chal sagrado estaban hechos jirones. Incluso su pelo se hallaba enredado en las espinas. Ni siquiera podía mover la cabeza. Sin embargo, era la visión más hermosa, sin duda la más preciosa que Einar había visto jamás. Se arrodilló junto a ella y le cogió una de las manos. Intentó sostenerla con suavidad, pero ella se aferró a él.

—Abrázame, Einar. Solo abrázame.

Vio los cortes en la comisura de sus labios, los labios hinchados, la sombra de un moratón en la cara donde sus captores la habían golpeado. Odiaba al irlandés con un odio asesino. Si el hombre aún vivía, Einar juró que lo mataría.

—No sabía si me encontrarías —susurró—. ¿Las campanas?

—Sí. Seguimos las campanas.

Como en un acuerdo, el tintineo dorado sonó a su alrededor.

—¿Y los otros ladrones? —preguntó ella.

—Estoy seguro de que mis guerreros los han capturado. Solo quedaban dos. Donnal es un amo cruel.

—Sí, lo es.

Parecía agotada. Lentamente comenzó él a cortar las zarzas para apartarlas de su cuerpo. Se estremeció de dolor cuando tuvo que arrancarle una espina clavada en la carne.

—Tranquila, mi amor —canturreó—. Pronto serás libre.

—Deprisa —susurró ella—. Este lugar me da miedo.

Sin detenerse a respirar, continuó:

—Estaban perdidos, ¿sabes? Los ladrones no tenían idea de dónde estaban. Pero siguieron cabalgando a ciegas, guiados por Donnal. Está loco. Tan loco como su primo Arlyn.

—No pienses en él —dijo Einar—. No volverá a molestarte, te lo juro.

—¿Conoces el camino de vuelta al forgathering?

—Sí, todos memorizamos nuestros puntos de referencia.

Incluso mientras hablaba, se dio cuenta de que no tenía ninguno en ese lugar oscuro. Las espinas asesinas estaban por todas partes. Si fuera un hombre de oración, rezaría ahora.

Suavemente, le tocó la pierna.

—Hay tres espinas clavadas en tu muslo. Dos pequeñas y una bastante larga. Es como el astil de una flecha, mi amor.

Ella asintió y respiró hondo.

—¿Llegó tu hombre al forgathering?

—Sí.

Sacó las dos espinas más pequeñas. Ella hizo una mueca de dolor.

—Así que Vaghn decía la verdad.

Einar se inclinó más cerca y cogió el extremo de la espina larga. Estaba profundamente clavada. Iba a dolerle cuando la extrajera.

—¿Qué dijo sobre el árbol-ee-ee…?

Su pregunta terminó en un pequeño grito cuando Einar arrancó la espina de la herida.

—Aún no he hablado con él —señaló Einar, sosteniendo la espina en alto—. Es del tamaño de una lanza de caza, con púas para que la extracción sea dolorosa, si no imposible.

—¿No has hablado con él?

Ella intentó incorporarse, apartando las zarzas para llegar hasta él.

—¿No le hablaste?

—No, no mientras tú estabas en peligro.

Einar apretó la mano contra la herida para detener la sangre que corría libremente.

—Oh, Einar. Es lo que has esperado, lo que has buscado durante dos años. Desde que me conociste, no he hecho más que retrasarte en tu búsqueda del Árbol. Ahora, cuando estás tan cerca de lograrlo, te apartas para venir a por mí.

Se rió suavemente.

—Dijiste que el precio de protegerte sería alto, Siriana. Y lo ha sido. Pero lo pago de buen grado, y pagaría más si fuera necesario.

Le apartó el pelo enmarañado de las mejillas y le dio un beso dulce en la frente.

—Una espina más, mi amor, y un par de zarzas, y te tendré fuera de aquí.

Las hojas muertas del suelo crujieron. Algunas de las enredaderas vibraron. Einar miró a su alrededor. No vio nada.

Entonces oyó el deslizamiento, el siseo. Miró de nuevo. Una serpiente brillante se deslizaba entre las zarzas, ondulando hacia Siriana. Su lengua parpadeaba ominosamente.

—¿Qué es? Oh, Einar…

—No te muevas —susurró él.

Ella obedeció, sin apenas atreverse a respirar.

Las zarzas protegían a la criatura, y no había manera de que Einar pudiera matarla desde donde estaba. Tendría que esperar su momento y arriesgar sus vidas, la de ella y la suya.

La serpiente levantó la cabeza. Sus escamas brillaban con una luz sobrenatural. Clavó sus ojos relucientes en Siriana. Tensa como la cuerda de un arco, se enroscó, lista para atacar.

Los colmillos, como diminutos dardos, relucían. El veneno se acumulaba en sus puntas.

Einar sudó frío, pero no apartó los ojos del reptil. En el mismo instante en que la serpiente se lanzó, Einar introdujo la mano entre las zarzas. Las espinas cortaron como cuchillos sus guantes de cuero, pero con una mano agarró a la serpiente por la base de la cabeza. Con la otra sujetó la cola azotadora. Se puso en pie de un salto y la giró sobre su cabeza. Con toda la fuerza de sus poderosos brazos, la lanzó lejos, muy lejos de su vista.

—¡La has matado! —gritó Siriana—. ¡Has matado a la serpiente, Einar!

—Sí, mi amor. O al menos la he enviado tan lejos que no podrá volver a molestarnos.

—Oh, Einar…

—Está muerta —la tranquilizó.

Como un berserker, trabajó para liberar a su dama. Sin importarle el dolor, hundió las manos en las zarzas. Cortó cuando pudo. Agarró las lianas con las manos desnudas y tiró de ellas. Cuando por fin la hubo liberado, la abrazó con fuerza, su sangre entremezclándose mientras se aferraban el uno al otro.

Por Odín, ¡no podía vivir sin ella!

Ella le tomó las manos y apartó el cuero destrozado para mirar los profundos cortes en sus palmas. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Por mí —susurró. Le levantó las manos y presionó suavemente sus labios sobre las heridas—. Por mí.

Capítulo 16

Einar la abrazó con fuerza.

—Casi te pierdo, —murmuró—. Primero por el irlandés, luego con las zarzas y después con la serpiente.

Su agarre se tensó al imaginar que nunca volvería a abrazarla, que nunca la vería sonreír. Ella gritó y él tiró hacia atrás

—La silla de montar, —explicó ella—. Me magulló el estómago.

Ella apoyó una mano ensangrentada en su mejilla manchada de barba.

—Pero no me perdiste. Me salvaste.

Einar estrechó a su preciosa mujer entre sus brazos y se abrió paso cuidadosamente a través de la espesura de zarzas. Esta vez las zarzas parecieron apartarse mágicamente de su camino. Casi

parecían separarse para que él pudiera caminar a través de ellas. Cuanto más se acercaba al borde, más claro se volvía el cielo hasta que salió al claro a plena luz del día con un sol brillando en lo alto.

Se dio la vuelta. Las zarzas se habían cerrado tras él, las gruesas lianas negras estrechamente entrelazadas.

Subió por la pendiente, saliendo del barranco, hasta que encontró un lugar para acampar cerca de un pequeño charco de agua clara. Todavía sujetando a Siriana, utilizó sus pies para rastrillar un gran montón de hojas. Con cuidado, la tumbó encima de ellas.

—Dame un poco de tiempo, —murmuró—, y atenderé tus cortes. Necesito encender un fuego y encontrar a mi caballo.

—Estoy bien, —aseguró ella, con los ojos cerrados—. Me levantaré dentro de un rato. —Pero los oscuros huecos bajo sus ojos y pómulos, y la palidez de sus labios, traicionaban su mentira. No iba a estar bien durante mucho tiempo.

—Descansa. —Acomodó sus manos heridas sobre su vientre y se apresuró a buscar su caballo. Debido a sus heridas, Siriana iba a necesitar a la bestia para el viaje de vuelta.

Para su sorpresa, Einar encontró al animal dócilmente de pie al borde de las zarzas. Le acarició con el hocico casi como si se

alegrara de verle, y mantuvo las riendas sueltas mientras él la conducía de vuelta al campamento.

Lo ató, desató su rollo de su montura y lo dejó caer cerca de Siriana. Luego se concentró en encender un fuego. En cuanto las llamas estuvieron ardiendo, sacudió su jergón en el suelo y echó un vistazo a su contenido. Una jarra de peltre, un cuchillo extra, algunas tortas de avena y un pequeño paquete de especias envuelto en un paño de lino, media docena de flechas y una túnica de lana. Miró desde ellos al pálido rostro de Siriana. Su miedo aumentó.

Tras despojarse de sus propias ropas, la desnudó, la cogió en brazos y la llevó al caudaloso arroyo. La vadeó hasta que ambos estuvieron completamente sumergidos. Poniéndola de pie, le lavó suavemente la sangre de la cara, el cuello y los hombros. Temblando, ella se aferró a él.

—No pasa nada, —le aseguró. Pensó fugazmente en sí mismo, el guerrero vikingo, estrechando a una mujer desnuda entre sus brazos y pensando sólo en su salud. Era una muestra de su amor por ella.

—Te pondrás bien. Yo cuidaré de ti.

—Los cortes no son malos, —indicó ella entre dientes castañeteantes—. Sólo que son muchos.

—Demasiados, —convino él, frunciendo el ceño.

Los ojos de ella se deslizaron por su cuerpo desnudo. De nuevo sintió una ráfaga de amor. Incluso en su dolor, ella se preocupaba lo suficiente por él como para querer que su cuerpo estuviera bien.

—¿Y tus heridas? —preguntó ella.

Él se encogió de hombros.

—Sobre todo cortes en los brazos y las manos. Estaré Bien.

Cuando empezó a lavarle los muslos, las lágrimas le quemaron los ojos. Las heridas punzantes eran profundas, la piel amoratada y descolorida. Su carne ya había empezado a hincharse.

—Si no tenemos cuidado, éstas podrían volverse dañinas.

Se miró a sí mismo y sacudió la cabeza. Estamos aún más lejos del claustro que cuando hirieron a Melanthe. Debemos esperar que el agua clara haga su trabajo.

Cuando estuvo limpia, la llevó de vuelta al campamento y la puso de pie de nuevo. Rápidamente la secó, exprimiendo todo el agua que pudo de su pelo. Rasgó el trozo de lino en tiras para

vendar la peor de sus heridas. Luego cogió su túnica limpia, la sacudió y se la puso sobre la cabeza.

Extendió su jergón sobre las hojas y la tumbó, la cubrió con su capa forrada de piel y se puso su propia ropa. Cuando la tuvo arropada, echó más leña al fuego. Tras sacar su jarra de cerveza de la alforja, se dirigió al estanque y la llenó. Cuando regresó, la puso sobre el fuego.

—Voy a comprobar la zona. Es probable que el irlandés esté ya muy lejos, pero no queremos correr riesgos.

Como muestra de su cansancio, apenas asintió cuando él salió del campamento. Había empezado a dolerle el muslo, un dolor profundo que se extendía lentamente por todo su cuerpo. Los ojos le ardían, los párpados le pesaban tanto que no podía mantenerlos abiertos. Se sentía tan mal que no podía pensar. Buscó el olvido del sueño. Haciéndose un ovillo, se acurrucó en la túnica de Einar. Inhaló y trajo a su interior la fragancia del hombre. Se sintió segura y protegida.

Estaba dormitando cuando oyó acercarse a Einar. Sus pasos eran ligeros; aun así, ella le oyó. Se arrodilló junto al jergón.

—Siriana, —la llamó en voz baja.

—Sí.

—He rastreado toda la zona. No hay rastro de Donnal. —Suspiró—. Supongo que es demasiado esperar que esté muerto en alguna parte.

—Iba a tirarme por la borda en el mar de Rish.

Oyó gruñir a Einar. Cuando consiguió abrir los ojos, él estaba de pie junto a ella, con los puños abriéndose y cerrándose mientras respiraba. Sus ojos ambarinos escrutaban los árboles y las zarzas, deseando que Donnal apareciera para poder matarlo.

Le puso la mano en el tobillo.

—Le has ahuyentado. No pensemos más en él.

Volvió a acuclillarse junto a ella.

—¿Cómo te sientes?

—Como si hubiera estado en una batalla, —murmuró. —Sólo puedo imaginar cómo debes sentirte. Tanto si querías ser mi campeón como si no, te has visto obligado a asumir ese papel. Has tenido que luchar contra ladrones, secuestradores, forajidos y una tormenta. Puede que te contrate para desafiar a Sheron, Alto Rey del Clan O ‘ Iland de Sligo.

—Desafiaré con gusto a Sheron por ti, y a cualquier guerrero que él quiera enfrentar contra mí. No volverá a tocarte ni a ti ni a tu familia. Te lo juro.

—Gracias, —susurró ella, y sonrió tanto como se lo permitieron sus labios hinchados.

Cogiendo el agua caliente que quedaba, Einar le preparó un té con la corteza de canela de su paquete.

—No llevo conmigo ninguna bolsa de avituallamiento, Sólo un par de estas eternas tortas de avena. Más tarde cazaré algún alimento de verdad.

Agradecida, aceptó la jarra y sorbió la bebida caliente. Puso la torta de avena a su alcance y fue a ocuparse de los caballos.

Cuando por fin se sentó, ella le entregó la taza medio vacía. Se dio cuenta de que ella no había tocado la torta de avena.

—No, tómatela tú. —Se la acercó de nuevo, pero ella sacudió la cabeza y volvió la cara. A él no se le escapó el leve rubor de sus pómulos—. Necesitas el alimento, amor, mucho más que yo.

Ella no contestó. Al cabo de un minuto volvió a mirarle.

—Espero que el hombre espere a que vuelvas, —dijo. Luego, repentinamente ansiosa, levantó a medias la cabeza—. El chal... las campanas.

—El chal estaba estropeado. —Señaló un montón de tela azul —. Lo que queda de él está allí con los restos de tu túnica.

—Oh. —Se echó hacia atrás y cerró los ojos. El chal sagrado destruido. Querida Gran Diosa Madre, comprende y perdona.

—En cuanto a las campanas. —Einar extendió la mano a través de ella para localizar el bolsillo de su capa forrada de piel y sacar una pequeña bolsa—. Todo lo que encontré está aquí.

Ella le cogió la bolsa y frotó las yemas de los dedos sobre el suave cuero trabajado.

—¿Crees que deberíamos volver ahora al forgathering en lugar de quedarnos aquí fuera?

—Ojalá pudiéramos, pero mi caballo necesita descansar antes de que pueda pedirle que lleve el doble tan lejos tan pronto. Lo empujé mucho más allá de sus fuerzas para encontrarte.

Siriana se metió la bolsa bajo la barbilla y volvió a tumbarse.

—Tú también necesitas descansar.

Einar le tocó la frente con la mano.

—Tienes fiebre. Veamos si podemos bajarla y detener la hemorragia antes de seguir viaje.

—Te perderás tu reunión con el hombre, —se inquietó ella.

—Puedo buscarle de nuevo. —Le acarició las manos—. Mientras sepa que existe, siempre puedo ir en su búsqueda.

Ella se incorporó bruscamente. Aunque su cabeza daba vueltas, estaba decidida a no costarle a Einar su única oportunidad. Él la había salvado. Ella le debía su vida. Le debía su nombre. Levantó la bolsa de campanillas. Estaban en silencio, como si cantaran en lugar de tañer.

—No tienes que volver a encontrarlo. Tu búsqueda ha terminado, Einar Urasson, Lord Einar de Apelstadi.

Se balanceó hacia atrás, rodeando con el brazo una pierna doblada.

—¿Conoces el camino?

—No. —Ella se inclinó hacia delante y le cogió la mano. Colocando la bolsa en ella, cerró sus dedos sobre ella. Las campanas

suspiraron con un sonido como de canto—. Las direcciones están inscritas en las campanas.

Él la miró con asombro.

—Ese es el encantamiento mágico, —supuso.

—Sí.

Cerró los ojos mientras fragmentos de dolor dividían su visión en bandas de luz y oscuridad. No quería ver la decepción o la ira en el rostro de Einar por no habérselo dicho antes. Pero la oscuridad de su mente le trajo aún más dolor. Recordó su alegría y la felicidad de Melanthe cuando su madre se convirtió en una de las Elegidas. Melanthe, muerta a los quince días de su coronación. Siriana tragó saliva con fuerza.

¿Las campanas estaban cantando de nuevo la canción de la muerte?

Como desde muy lejos, la voz de Einar llegó a sus oídos.

—Lo has sabido todo este tiempo.

Ella abrió los ojos para encontrarse con su mirada furiosa. Nunca había mirado el ámbar pulido con tanta dureza.

—Quería decírtelo, pero no podía.

—¿A causa de tu juramento a la Gran Diosa Madre?

—Sí, a causa de mi juramento.

Abrió la bolsa y vertió las campanas. Cada una hablaba con su propia voz mientras rodaban sobre el manto. Sosteniendo cada una en alto, miró la escritura dentro de sus gargantas doradas. No le sirvió de nada. No podía leer el fedha ogham.

—Puedo leerlos, —le aseguró Siriana en voz baja—. Aunque sería más fácil si aún estuvieran en el chal porque estarían en el orden correcto.

—Sirvieron a un propósito mayor cuando las arrojaste al camino para que yo las encontrara. —Las recogió en su mano y las devolvió a la bolsa.

Dejándola caer sobre el jergón junto a ella, la envolvió con la capa y se levantó.

—Voy a dar un paseo.

—Estás enfadado, —llamó ella tras él.

—No. Estoy sorprendido y frustrado. —Se detuvo, con los puños apretados a los lados.

—¿Pero también enfadado?

—Sí. También enfadado. Por la forma en que el Destino ha jugado con nosotros. Enfadado porque no confiaste en mí lo suficiente como para contarme la verdad hasta hoy. Sabes que no habría esperado que violaras tu sagrado juramento.

—Mis razones son muy complicadas. Mientras mantuviera la verdad cerca de mí, podría guardarla. Si una vez te decía que la sabía, no confiaba en mí misma para no traicionarla.

Tras escucharla se marchó, con pasos pesados. Estuvo ausente tanto tiempo que Siriana empezó a preocuparse. Una oscuridad temprana se asentó sobre el bosque, y el fuego ardía bajo. Pero se sentía demasiado agotada para echarle más leña. Se pasó la mano por el brazo y descubrió con horror que la pulsera que le había regalado Einar había desaparecido. Recordó cuando el irlandés se la había quitado y deslizado en su bolsa. Estaba en su bolsa. A Einar le habían robado la pulsera. Lo único que tenía de su infancia.

Débil como estaba, se impulsó sobre sus pies. Incapaz de razonar, estaba tan angustiada que dio varios pasos tambaleándose antes de que Einar viniera corriendo hacia ella.

—¡Siriana! —gritó.

Estaba tan angustiada que siguió tambaleándose.

—Mi brazalete, —murmuró—. Se la ha llevado.

—Siriana. —Einar la cogió por los hombros—. ¿Qué te pasa?

—Mi brazalete. Me lo robó. Ya no está. El brazalete que me diste. Tu brazalete de herencia.

Su sonrisa era como un cálido sol en un día frío.

—Cálmate, amor. Es sólo un brazalete.

Caminó con ella de vuelta al jergón, la tumbó y la arropó bajo las sábanas.

—Todo irá bien —prometió—. He encontrado algo para nuestra cena.

Sacó una serpiente sin cabeza, gemela de la que había matado entre las zarzas.

—¿Eso? —Ella frunció el ceño.

—Esto. —La aderezó y la cortó en pequeños trozos, que envolvió en hojas y ensartó con pequeñas ramitas—. Puede que no sea la comida más sabrosa que hayas comido nunca, pero detendrá el mordisco del hambre.

Con un palo, introdujo las hojas en las brasas del fuego. Mientras se cocinaba la comida.

Varias horas después, cayó en el delirio. Revolviéndose en el jergón, lo miró sin reconocerlo. Estaba caliente y fría por turnos a veces ardiendo de fiebre y luchando contra los sudores, a veces temblando con temblores helados, con los dientes castañeteando. Cuando un ataque de escalofríos especialmente fuerte se prolongó sin cesar, Einar se arrastró bajo el manto y la estrechó entre sus brazos, utilizando su cuerpo para calentarla. Pero en general se sentía impotente. Nada parecía servir de nada. Su estado empeoraba. Poco a poco sus escalofríos disminuyeron y finalmente cesaron por completo, pero estaba muy caliente.

Einar yacía allí, preguntándose qué hacer, cómo salvarla. Ahora comprendía su desesperación cuando su madre estaba enferma, sus sentimientos de impotencia aguda.

Vaghn y Dame habían sumergido a Melanthe en agua fría para bajarle la fiebre. Einar haría lo mismo por Siriana. Deslizándose por debajo de la capa, se desnudó por segunda vez y le quitó la túnica. Después de envolverla en el manto se dirigió al agua y se metió en el agua. La mantuvo allí hasta que ella se estremeció convulsivamente y le castañetearon los dientes.

La devolvió al jergón, la secó y la volvió a vestir. Se deslizó bajo el manto y la trajo a sus brazos. La cuidó toda la noche.



Siriana se despertó y sintió el calor y la fuerza de Einar envolviéndola.

—¿Cómo te encuentras?

—Adolorida y débil, —respondió ella. Después de un momento, preguntó—: ¿Has vuelto a llevarme al agua?

—Sí. Casi pasamos la noche allí. Te bañé primero y luego te llevé de vuelta varias veces porque estabas febril y delirante.

Trazó con sus dedos los pómulos de Siriana.

El sofoco que había estado allí durante tanto tiempo se había desvanecido hasta adquirir un color más natural.

—Te ha bajado la fiebre. Con un poco de suerte, no volverá. Tus heridas deberían estar limpias ahora.

No pudo resistir su impulso. Ella yacía mirándole con sus ojos marrones tan llenos de amor, que hicieron que su corazón diera un vuelco. Apretó los labios contra su frente, sus mejillas y, al final, su boca, que tembló y se abrió para él. Bebió de ella como de la copa de la vida.

La deseaba, pero suspiró y levantó la cabeza.

—¿Tienes hambre?

—Un poco.

Tengo algo de comer.

—La serpiente. —Ella arrugó la nariz.

—Evitará que tu estómago ruja su descontento y te dará fuerzas.

Le metió la mano bajo el manto y la rodeó con la prenda. En cuanto se hubo levantado, se acercó a la ropa rota de Siriana y recogió lo que quedaba del chal.

—¿Qué hacemos con esto?

Sintió como si le arrancaran el corazón del pecho.

—Quémalo.

—¿Estás segura?

Ella asintió. Endureciéndose, observó cómo él la arrojaba al fuego. Ésta era la segunda prenda sagrada que había quemado. La primera había sido su túnica. Estaba agradecida por todo lo que había aprendido durante sus años en el claustro, pero esa fase de su vida había terminado.

Como en una afirmación de su nueva vida, el humo ondeó en el aire. El material ardió y luego no quedó más que una fina lámina de ceniza. Una brisa errante sopló por el suelo, la recogió y la esparció por las rocas grises, donde desapareció por completo.

—Se ha ido, —murmuró—. Ha regresado a la Gran Diosa Madre. —Después de un rato preguntó—: ¿Nos buscarán tus guerreros?

—Primero llevarán a los muertos y a los prisioneros a la forja. No olvides que este es territorio de forajidos. Los delincuentes les pertenecen.

—No me imagino a Vaghn ni a ninguno de los suyos siendo indulgentes con ellos, —dijo Siriana.

—No. Son forasteros que han violado su código.

Einar levantó una pequeña rama para clavarla más profundamente en el fuego. El borde chamuscado le cortó los

rasguños abiertos. Hizo una mueca de dolor.

—Déjame ver tus manos, —pidió ella—. ¿Te las has dañado?

Él sonrió.

Dejó la daga en el suelo y giró ambas manos para que ella pudiera ver los arañazos en las palmas.

—Llevaba guantes de cuero que me protegían.

Ella se llevó las manos a la cara y se las besó, en un gesto que recordaba al de la noche anterior, cuando él la había sacado de las zarzas.

—Gracias por cuidar de mí. —Oyó un relincho y miró a su alrededor—. ¿Cómo está tu caballo?

—Debería poder viajar mañana.

—Yo también debería —indicó Siriana.

—No podrás si sigues sin comer

Volviendo a su tarea, cortó rápidamente la serpiente en trozos del tamaño de un bocado.

De mala gana, con muchas muecas, se tragó el primer bocado.

—No está tan mal, Einar. Probablemente la parte más desagradable es la idea de comérsela.

—Sí. —Pedazo a pedazo le dio de comer.

—Pensé mucho en las campanas anoche, —dijo al fin—. No quiero que me las interpretes. Quiero saber dónde está el árbol, pero no quiero que rompas tu juramento sagrado.

—Tú no crees en la Gran Diosa Madre, —le recordó ella—. ¿Qué más da si rompo un juramento a algo que no es real?

—No creo ni en sus bendiciones ni en sus maldiciones, —convino él.

—¿Entonces por qué?

—Tú crees en ella.

—Sí, creo en ella, —respondió Siriana—. Como las zarzas, estos juramentos se han enroscado a mi alrededor hasta que he permitido que me estrangulen. Tu propósito es bueno y verdadero. La Gran Diosa Madre te dará su bendición, creas o no.

—Entonces, llévame hasta el árbol.

—Tal vez lo haga, —replicó suavemente Siriana. —Te ha acercado al árbol más de lo que estabas antes.

—También podemos ver la situación desde otra perspectiva. Nunca has estado tan cerca de la muerte como desde que te rescaté de los secuestradores.

—Voy a interpretar las campanas, —declaró Siriana, sentándose y extendiendo la mano para coger la bolsa—. Que utilices la información o no es tu elección. Me llevará más tiempo porque están mezcladas, pero las leeré.

Bajando la cabeza, abrió la bolsa y esparció las campanillas por el suelo. Einar la dejó con su tarea. Cogiendo su arco y sus flechas, se adentró en el bosque y cazó algo. Regresó pronto con dos conejos. Los arrojó al suelo y luego construyó una rejilla de roca sobre el fuego. Arrancó un gran trozo de corteza de un tronco caído y lo colocó encima de las rocas. En cuanto hubo aderezado los conejos, los cortó en trozos y los dejó caer sobre la corteza, Cuando estuvieron hechos, colocó el cuenco de corteza entre él y Siriana.

—Oh, Einar. —Ella suspiró—. Esto huele tan bien…

Usando su daga, apuñaló el primer bocado y se lo ofreció.

—Está caliente, —advirtió.

Con cautela, ella arrancó la carne con los dientes. Era dura y fibrosa, pero nunca nada le había sabido tan bien.

Mordisco a mordisco devoraron uno de los conejos, dejando el otro para la cena.

—¿Viste algo inusual cuando caminabas por el bosque? —preguntó Siriana.

Einar se recostó contra el peñasco, estiró una pierna, subió la otra y la rodeó con un brazo.

—¿Como qué?

—Por lo que hemos oído, sabemos que el árbol está en el bosque oscuro. Estamos en el bosque oscuro. Y está protegido por un matorral de zarzas. Y hemos estado en un zarzal.

—Sí, —confesó—, yo mismo he buscado hoy el árbol. Pero tendría que ser mágico para sobrevivir en medio de las zarzas. Allí no crece nada más que más zarzas.

—Sin embargo, hay caminos que las atraviesan, —le recordó Siriana.

—Eso pensé anoche cuando salí contigo, —le dijo Einar—, pero hoy no he visto señales de ninguno.

—Tiene que haberlas, —insistió Siriana—. Así es como los Elegidos llegan hasta el árbol para ocuparse de él. Vamos a caminar

alrededor de la espesura ahora, Einar, y ver lo que podemos encontrar.

—¿Crees que deberías caminar?

—Sí, aunque lo haré un poco más despacio de lo habitual, —respondió ella—. Pero estaré bien.

Con su espada, cortó un bastón para cada uno, y paso a paso descendieron la pendiente y caminaron por el borde del zarzal. Negras y pardas, las enredaderas parecían alzarse en el aire, tan altas que Einar no podía ver por encima de ellas, tan densas que no lograba atisbar lo que había al otro lado.

No importaba cuánto se esforzaran, por más que caminaran en cualquier dirección, no hallaban un solo paso entre las zarzas. Siriana se estremeció al ver el tamaño de las espinas, el grosor de las lianas. Einar la atrajo hacia sí.

—Es tan feo, —susurró ella.

—Sí.

—¿Cómo podría ocultar tanta belleza como el árbol sagrado?

—Yo también me lo he estado preguntando. —Hizo una pausa —. Pero anoche, habría jurado que había algo mágico en él.

Ella se giró para mirarle y tomó sus manos entre las suyas. Yo también. Cuanto más cabalgábamos, más oscuro se volvía y más sentía la magia.

—Nunca había visto la luz de la luna tan radiante como la que brillaba sobre nosotros.

—No sobre Donnal y sobre mí —susurró ella—. Estaba tan oscuro y frío como una tumba. Y era horrible.

—Quizá sea sólo una leyenda —prosiguió Einar—. Quizá en otro tiempo crecían aquí manzanos, pero las zarzas los fueron venciendo uno a uno, hasta que finalmente sólo sobrevivió un árbol. La gente que cruzaba el bosque contaba historias sobre él. Con el tiempo, en los relatos, el árbol se volvió sagrado. De algún modo, se convirtió en el árbol mágico de los dioses.

Mientras él hablaba, Siriana se sentía obligada a creer. ¿Cómo podía algo tan encantador y maravilloso como el árbol sagrado vivir en medio de tanta desolación?

Más que nunca, estaba decidida a interpretar el mensaje de las campanas. Le aterraban las maldiciones de la Gran Diosa Madre y lamentaba quebrantar una promesa hecha al claustro, pero juró que

Einar tendría su último deseo: su nombre, su familia, su clan. La respuesta estaba en su mano, y se la daría.

Cuando regresaron al campamento, despejó una zona de tierra, encontró un palo y empezó a transcribir las letras de las campanas a la tabla de tierra. Al anochecer estaba agotada y aún no había empezado a dar sentido al ogham fedha.

Volviendo del caballo, Einar anunció:

—Partiremos al amanecer.

—Al principio odiaba estar aquí, —dijo Siriana—. Ahora odio la idea de irme. Estamos cerca del árbol, Einar. Lo sé. Puedo sentirlo.

A Einar le preocupaba que Siriana siguiera intentando interpretar las campanas. Varias veces más había intentado disuadirla, pero ella se negaba a abandonar su estudio. Cuando ella se levantó y desapareció en el bosque, él se dirigió hacia donde ella había estado trabajando y se arrodilló.

El chal había desaparecido, consumido por el fuego. Las cenizas habían regresado a la tierra de la que habían salido. La Gran Diosa Madre las había acogido de nuevo en su seno.

Einar nunca había dado demasiada importancia al aspecto ritual de la religión, pero, por lo que había oído acerca de aquella

gran diosa, supuso que aceptaría con gratitud las campanillas para proteger su árbol.

Con un movimiento de su robusto brazo, borró las letras que Siriana había estado transcribiendo laboriosamente en el polvo. Cuando su mano se cerró sobre las campanillas, éstas tintinearon suavemente. Las dejó caer dentro de la bolsa de cuero y caminó hasta el borde de las zarzas. Tirando del cordón, abrió la bolsa y golpeó las campanillas contra la palma de su mano.

Las contempló largo rato. Eran hermosas. De oro macizo, con un intrincado diseño grabado en cada una. Y, en su interior, unas letras crípticas. Letras que, tal vez, podían conducir del mundo de lo real al mundo de la magia.

Reconsideró la idea de regresar al campamento y dejar que Siriana intentara interpretarlas una vez más. Pero no pudo. Sabía, en el fondo de su corazón, que jamás encontraría el árbol con aquellas campanillas. Y temía que Siriana saliera herida por su causa.

Por primera vez en su vida, se dirigió a un ser cuya presencia no podía percibir de ningún modo, un ser en cuyo poder nunca había creído del todo.

—Gran Diosa Madre. Te apareciste a mi sire y benefactor en sueños y le diste instrucciones para salvar su vida y su tierra. Durante dos años he buscado el árbol sagrado sin hallarlo. Pero no permitiré que Siriana viole su juramento por ayudarme. Te devuelvo tu secreto.

Una a una, arrojó las campanillas a la espesura.

Cuando la última desapareció entre las zarzas, devolvió la bolsa vacía a su capa.

—Tu secreto está a salvo, Gran Madre.

—Ahora quizá nunca encuentres el árbol —dijo Siriana suavemente desde detrás de él.

Se dio la vuelta. No la había oído llegar.

—No. Estaba preocupado.

Extendió las manos, pidiéndole perdón.

—No podía dejar que lo hicieras.

—¿Por qué no?

Cruzó los brazos sobre el pecho y miró a lo lejos.

—Porque… algunas cosas son mágicas y sagradas.

—Oh, Einar. —Se acercó a él y le rodeó con los brazos—. ¿Y ésta es una de ellas?

—Sí.

Aunque a Siriana le entristeció la idea de que Einar nunca encontrara el árbol, ocultó su sonrisa contra su pecho. Recordó la noche en que había contemplado por primera vez la belleza ambarina de sus ojos.

Ella había pensado que él carecía de sentido de la reverencia. Ahora lo sabía mejor. Era un hombre con emociones y convicciones profundas y sentidas. Buscaba el honor, pero siempre tenía más honor que cualquier otro hombre que ella conociera.



Durin, Aren, Sven y Calam regresaron a la forja con dos prisioneros. Empujaron a los ladrones hasta dejarlos frente a la asamblea de forajidos reunida en la sala del hidromiel. El edificio rebosaba de gente.

Aunque era ya el octavo día, ninguno de los *ternts* había sido desmontado. Nadie se había marchado a casa.

Sentado en el asiento alto, Vaghn contempló con desagrado a los dos cautivos.

—Habéis traído la perturbación a nuestra asamblea y a nuestra tierra.

Los demás proscritos que ocupaban el estrado asintieron. Gruñidos de ira retumbaron en cientos de gargantas. Los ladrones se acobardaron el uno contra el otro. Uno intentó protestar, pero fue acallado por gritos furibundos.

Un anciano enjuto, vestido con una larga túnica gris y sandalias, se hallaba sentado a la derecha de Vaghn. Si las tierras baldías tenían un alto consejero, ése era Ovar de Wicke. Había vivido en la zona mucho antes de que se conociera como *badlands*, mucho antes de que se convirtiera en refugio de parias.

Él y Vaghn habían forjado una amistad duradera. Con su sabiduría y habilidad, habían mantenido un tenue orden en aquella tierra bajo el lago. Para mantener alejados a los extraños, se aseguraron de alimentar rumores sobre un lago encantado por

monstruos y caballos mágicos, y un bosque oscuro y traicionero del que ningún hombre regresaba jamás.

El último diente de Ovar se le había caído hacía años, y su pelo blanco, ralo y seco, sobresalía de su cabeza como las hoces de una bestia alterada. Su disgusto y su ira eran ahora palpables mientras fulminaba con la mirada a las desventuradas criaturas que Durin había puesto de rodillas.

—Nunca, en los treinta años que llevo en estas tierras, había sido secuestrada una mujer durante el forgathering —dijo Vaghn.

—Ella nos robó el chal —protestó uno de los ladrones—. Era nuestro.

—Pero vosotros se lo robasteis a ella —replicó Vaghn.

Los dos se miraron con verdadero miedo.

—No. Se lo robamos a dos sacerdotisas —confesó uno.

—¿¡Sacerdotisas!? —tronó el viejo Ovar—. ¿Qué clase de escoria sois? ¿No tenéis vergüenza?

El que no había hablado hasta entonces rompió a llorar ruidosamente.

—Sí, y matasteis a una de esas sacerdotisas —continuó Vaghn con voz grave—. La otra sobrevivió... y se unió a mi banda de guerreros.

Los ladrones lo miraron fijamente, luego se miraron entre ellos. Al final, uno se encogió de hombros.

—Es cierto. Es la gran sacerdotisa, Siriana *nea* Pryse. Pertenece al Alto Rey Sheron, de la Bahía de Sligo, en Eire. Envió a sus parientes a buscarla porque ella lo deshonró. Cuando la recobráramos, recibiríamos una gran recompensa. —Elevó la vista hacia las cejas de Vaghn, que parecían tronar sobre él—. Piedad. Somos ladrones, como todos vosotros. No pensaríais tan mal de esto si lo hubierais hecho vosotros mismos.

—Puede que así sea fuera del *forgathering* —dijo Vaghn—, pero vosotros actuasteis violando nuestras leyes. Entrasteis en nuestro *forgathering* y robasteis a uno de mis forajidos, porque Siriana *nea* Pryse era uno de los míos. Desobedecisteis nuestras normas. *Castigo es lo que merecéis. ¡Y castigo es lo que tendréis!*

—¡Sí! —gritaron los asambleístas al unísono, golpeando con las palmas de las manos los tableros de las mesas.

Los forajidos alzaron la voz en señal de acuerdo. La sala del hidromiel retumbó con sus gritos.

—¡Tortura! ¡Lenta y dolorosa!

—¡Sí! —resonó en todas las gargantas.

Cuando el tumulto se calmó, Ovar se inclinó hacia adelante. Sus ojos, llenos de fuego, se clavaron en los hombres acobardados.

—¿Hasta dónde os adentrasteis en el bosque?

Los hombres sacudieron la cabeza con desconsuelo.

—No lo sabemos.

—Cita un punto de referencia.

—Estaba demasiado oscuro. No vimos ninguno. Nos perdimos en cuanto nos alejamos del arroyo con la mujer —explicó uno—. Era un bosque espantoso, sin senderos ni señales de gente.

Vaghn agitó la mano.

—¡Rangwald! Llévatelos lejos.

—¡No! ¡No! —gritaron los ladrones, pero Rangwald ya los había agarrado por el cuello a cada uno y los arrastró fuera del vestíbulo.

—¡Bebamos! —tronó Vaghn.

Los forajidos vitorearon con entusiasmo. Impartir justicia siempre era un trabajo sediento.

Ovar se llevó las manos a la cara.

—Hace cincuenta veranos, Vaghn, elegí venir aquí para recluirme y proteger el árbol de los malhechores.

—Has desempeñado bien tu tarea.

—En todos esos años, sólo he visto el árbol una vez, pero sé dónde está. Incluso si conduzco a ese vikingo del que me has hablado hasta él, no puedo garantizar que lo verá. Es mágico. Todos lo contemplan, pero pocos lo ven.

—Sí —suspiró Vaghn con pesar—. Yo mismo he ido muchas veces, pero nunca lo he visto.

—Dices que este hombre es digno de su fruto.

—Sí. Y también la mujer. Si alguien puede verlo, son ellos.

—Entonces, amigo mío, quizá no tenga que revelar nada. Tal vez la Gran Diosa Madre los guíe ella misma hasta el árbol.



La oscuridad se asentó sobre el campamento mientras Siriana y Einar yacían juntos sobre el manto forrado de pieles. El fuego ardía con fuerza, y sombras doradas danzaban sobre ellos.

—¿Estás segura de que te has recuperado lo suficiente para emprender nuestro viaje mañana? —preguntó él.

—Sí —respondió ella—. Espero que el hombre esté allí y podamos hablar con él. Estamos cerca de encontrar el árbol, Einar. Puedo sentirlo.

—Me he sentido así muchas veces —dijo él—, y siempre me he decepcionado.

—Esta vez no sucederá —profetizó ella con firmeza—. Vamos a encontrarlo.

Él se incorporó y se inclinó sobre ella.

—A veces me pregunto cómo sería todo si tú y yo fuéramos liberados de nuestros juramentos. ¿Cómo serían nuestras vidas si sólo tuviéramos que pensar en nosotros mismos?

Le pasó las manos con suavidad por la curva de los hombros. Dejó caer besos leves sobre cada herida donde una espina había

atravesado su carne.

—He pensado mucho en ello —confesó ella—. Cómo nos sentiríamos si pudiéramos darnos el uno al otro libremente, sin pensar en que alguien podría salir herido.

Le cogió el rostro entre las manos y acercó sus labios a los suyos en un beso infinitamente dulce, carente de pasión, pero lleno de promesas.

—Cuanto más estoy contigo —dijo ella—, más quiero estar contigo. No puedo imaginar mi vida sin ti. ¿Qué será de mí si no puedo liberarme de mis votos?

—Sí… Tal y como están las cosas, el futuro parece muy sombrío. Estoy ligado a Ura por un juramento de sangre. Debo seguir buscando el árbol sagrado y regresar a Northland con las manzanas. Aunque Durin me ha aconsejado que éste sea el último viaje, lo encontremos o no. Yo…

Sacudió la cabeza.

—No puedes deshonrar a tu *sire* —terminó ella por él.

Apoyó la mejilla en su hombro.

—Ya no eres una sacerdotisa del claustro. Eres la hija del Alto Rey, y tu hijo será el heredero del Alto Asiento. Tu venganza contra Sheron será tomada por tu padre. Tu deber es casarte donde él ordene. Él elegirá a un hombre honorable.

—Ningún hombre es más honorable que tú.

Ambos se movieron al mismo tiempo y sus bocas se encontraron en un beso caliente y desesperado. Ella recorrió su espalda con las manos, acariciando y amasando, subiendo y bajando por la hendidura de su columna vertebral. Tras un beso largo, ardiente y exigente, levantó la cabeza.

—Debemos tener cuidado. —Le miró los labios hinchados—. Tus heridas…

—La única herida que sufro —dijo ella— es en el corazón.

Ella le tocó la cara, guiando su boca hacia la suya al mismo tiempo que él le tocaba los pechos. Se entregó a la riqueza de sus caricias, a la promesa de la posesión final. Cuando él despegó sus labios de los de ella, se apartó para mirarla, para apreciarla. La luz del fuego reflejaba sus rasgos faciales llenos de pasión. Unas pestañas oscuras acariciaban sus mejillas doradas. La virilidad de Einar se endureció.

—Hace mucho tiempo, mi amor —Siriana se sentó y capturó la cabeza de Einar entre sus manos—, te pregunté si eras lo bastante fuerte para aparearte conmigo, sabiendo que no podríamos estar juntos mucho tiempo.

—Sí.

—Me respondiste que no sabías si era por fuerza o por debilidad, pero que debías tenerme.

Apretó la cabeza de ella contra su pecho y enterró la mejilla en las sedosas hebras de su cabello negro.

—Ahora, mi sire, sé cuándo va a ser necesaria la fuerza. Cuando ya no podamos estar juntos.

Siriana reclamó su boca en otro beso desesperado.

—Aunque puede que nunca te tenga —susurró—, voy a tocar todo lo que pueda de ti. Tu cuerpo.

Repartió besos por su cara.

—Tu corazón.

Apoyó la mejilla en su pecho y escuchó la cadencia palpitante.

—Tu alma.

Ella levantó la cabeza. Él bajó la suya y sus labios se tocaron. Se besaron larga, dura y escudriñadoramente. Cuando por fin Siriana soltó su boca, Einar temblaba de intensa excitación. Le cogió la mano y la enroscó en torno a su palpitante bastón. Ella suspiró, amando la tibia firmeza de él.

—Sí —susurró.

El pecho de él rozó los pechos de ella. Cuidadoso con sus heridas, extendió sus piernas a la longitud de las de ella y la atrajo hacia el apretado y cálido círculo de sus brazos. El aroma de ella le llenó la cabeza y el fuego de su pasión se hizo uno con el de él. Ella le tocó; él la tocó. Cada uno redescubrió las zonas sensibles del otro. Se retorcieron bajo sus caricias de amor.

Él la alivió, bajó todo su peso sobre ella. Suavemente, la instó a separar las piernas y tocó su feminidad con su firme virilidad. Siriana abrió más las piernas y arqueó las caderas para recibirlo. Einar empujó lenta y profundamente, y luego se detuvo para dejar que la cálida carne de ella se abriera y palpitara a su alrededor. Sus labios capturaron los de ella en un beso largo y profundamente satisfactorio mientras empezaba a acariciarla suavemente. Siriana se movió con él.

Einar oyó sus gemidos y quejidos. Su necesidad de liberación aumentó. Espoleado por los gritos y los empujones de ella, se zambulló profunda, rápida y ferozmente. Temblaban en una llamarada incontrolable de pasión. A Einar le dolía todo el cuerpo por la necesidad de liberar el ardiente deseo que le lamía por dentro. Oyó su jadeo y la suave carne que le rodeaba se estremeció. Gritó y enterró la cara en su pelo dulcemente perfumado. Ella lo estrechó contra sí y se meció hacia delante y hacia atrás con él mientras flotaban suavemente de vuelta a la tierra.

Después se tumbaron juntos. Siriana apoyó la cabeza en el pecho de Einar. Él le pasó las manos por el pelo.

—Te quiero —murmuró ella.

—Te quiero —susurró Einar.

Había encontrado a su alma gemela, la única mujer que le había llegado al corazón. Él la amaba, y ella lo amaba a él. ¿Por qué no era eso suficiente?

Lamentando extrañamente su inminente partida del oscuro bosque, Einar permaneció despierto durante largo rato, abrazando a Siriana mientras ella dormía. La primera luz se abría paso, gris, a través de la oscuridad de primera hora de la mañana, seguida de los

colores más suaves del amanecer, que bañaban el cielo de lavanda, azul, rosa y, finalmente, dorado. Suaves vientos otoñales soplaban a través del bosque. Entre el melodioso susurro de las hojas, juraría haber oído el tintineo de las campanas del claustro. Pero no podía ser. Aun así, se tensó, escuchó.

Oro. Había oro por todas partes, dorando cada roca, cada árbol, cada espina, cada zarza. Se levantó sobre un codo y miró hacia el este. Nunca había visto un amanecer igual a ese.

—Siriana. —La sacudió—. Despierta.

Secándose el sueño de los ojos, ella se incorporó.

—¿Ya es hora de irnos?

—No. Mira el amanecer.

Siriana miró fijamente hacia arriba, a un cielo bañado por la luz del sol. Se levantó para ver un bosque exuberante y colorido.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando, mi amor?

—Mira. —Señaló las zarzas.

De algún modo, con sus espinas punteadas de oro, los zarzales parecían más cálidos, más suaves, menos amenazadores.

Asombrada, Siriana se levantó lentamente. La capa se deslizó hasta su talle.

—El zarzal —murmuró—. Parece un nido de oro.

—Sí, lo veo.

Mientras miraban fijamente, el sonido de las campanas llegó a sus oídos. Hipnotizados, ambos contemplaron cómo la luz fluía sobre las espinas, avanzaba más lejos, más deprisa, hasta estrellarse contra un gran tronco. Ante sus atónitos ojos apareció un enorme árbol, surgiendo de en medio de las zarzas. Un árbol con hojas de plata purísima y manzanas doradas colgando de sus ramas.

—Antes no estaba ahí —susurró Einar—. Lo juro.

—No —convino ella—. Aparece por arte de magia. ¿No oyes las campanas?

En efecto, las oyó: un sonido como ningún otro.

Un rayo de luz, como una lanza dorada, brilló entre las zarzas. Sin apartar los ojos de la claridad, Einar se puso los pantalones de cuero y luego las botas. A su lado, Siriana se levantó del jergón, rodeando su cuerpo desnudo con la capa forrada de piel. Su cabello le caía por la espalda como un velo de seda.

—El árbol, Einar —susurró, asombrada—. Hemos encontrado el árbol.

—Lo hemos visto —corrigió él—. Ahora tenemos que llegar a él.

Sin miedo, bajó del jergón. Si el suelo era áspero o doloroso bajo sus pies descalzos, no lo mostró. Como una sacerdotisa en camino hacia el altar, ella siguió la luz, y él la siguió a ella. La alcanzó y, tomados de la mano, recorrieron el freno. A medida que se acercaban, la luz les reveló un sendero estrecho.

—¡Einar! —gritó Siriana—. ¡Mira!

Juntos se adentraron por el sendero. Un silbido les rozó los oídos, como si serpientes acecharan en las zarzas.

Bajo las puntas doradas de las espinas se abría una negrura espantosa y terrible. Las espinas parecían crecer, girar, retorcerse, extenderse hacia ellos, sin llegar a tocarlos, pero amenazándolos constantemente.

—Quizá sea mejor que me esperes aquí fuera —le advirtió él—. Esto es traicionero. No sé...

—Voy contigo —gritó ella—. Vamos a ver el árbol juntos, Einar, y vas a conseguir tus manzanas. Y Ura y su tierra se curarán.

Tendrás tu nombre, Einar. Tendrás una familia y un clan. —Le pasó el brazo por los hombros.

Una vez quise esas cosas para mí, amor mío. Ahora las quiero para ti. Solo si las tengo, podré tenerte sin deshonrarte.

Ella sacudió la cabeza.

—Si la Gran Diosa Madre lo ordena, me tendrás tanto si tienes un clan como si no.

Llegaron al final del sendero. En el centro de un claro hermoso y verde se alzaba el enorme manzano. Sus ramas estaban cargadas de fruta, y su fragancia los envolvió.

—Oh, Einar —gritó Siriana—. Es tan hermoso, tan mágico.

—Sí, mi señora, lo es.

Él levantó la mano, con los dedos temblorosos. Apenas podía creerlo cuando sus dedos se cerraron alrededor de la primera manzana. El final de su búsqueda estaba tan cerca.

Cuando regresara con la fruta, Ura estaría curada. La tierra volvería a prosperar. Arrancó una. Luego otra, y otra. Sus brazos quedaron llenos. Contó veinte.

Cuando terminó, contempló el árbol.

—Gracias, Gran Diosa Madre —dijo en voz baja—. Devolveré tu magia a la tierra de donde vino. Esto lo juro.

Siriana nea Pryse, antaño Gran Sacerdotisa del Claustro de la Arboleda, se arrodilló al pie del árbol y tocó con la mano su raíz.

—Dame tu permiso, Gran Diosa Madre. Te ruego que vayas a ser guardiana de la Tierra del Norte con mi amor.

A su alrededor sonó el tintineo de pequeñas campanillas.

Ella se levantó y guió el camino de vuelta a través de los zarzales, que ya no siseaban ni arañaban, sino que brillaban dorados a su paso.

Einar colocó cuidadosamente las manzanas en el centro de su paleta y enrolló los bordes alrededor de ellas. Las ató firmemente a la parte trasera de la silla y alzó a su dama ante él. Juntos emprendieron el regreso a la ferrería.

Aunque ambos estaban contentos por haber encontrado las manzanas, un aire de melancolía flotaba sobre ellos. En las tierras baldías habitaban un mundo distinto, con leyes distintas. Allí podían estar juntos. Podían amarse. Pero no cuando regresaran a las Tierras Altas. Ambos pensaban en Pryse mac Russ, el Alto Rey de Ailean.

Ambos pensaban en los votos de Siriana, de los que aún dos sacerdotisas debían liberarla.

Hacia el mediodía se detuvieron para dar de beber al poni y para comer. Antes de volver a montar, Einar abrió el rollo de paleta. Aún atrapado en su milagro, quiso tocar las manzanas para asegurarse de que eran reales. Sacó una.

—¡No!

—¿Qué ocurre? —Siriana se apresuró a llegar a su lado. Sus ojos se abrieron de par en par. Él contemplaba una fruta seca y marchita. Esa misma mañana había estado hermosa, madura y suculenta.

—Estas no pueden ser las manzanas mágicas —dijo Einar.

Pero para Siriana, eran las más mágicas de todas.

—Sí lo son —afirmó—. No puedes dejar de creer en ellas ahora. Aún estamos en las garras de la magia.

Él sacó varias más. Todas estaban marchitas y secas.

—¿Cómo voy a hacer vino con esto?

—Lo harás —prometió ella, tomándolas con delicadeza y devolviéndolas al rollo.



Los forajidos se alinearon a ambos lados del camino. Entre vítores y el estruendoso tintineo de las armas, Einar y Siriana cabalgaron hacia la sala del hidromiel. Dame y Vaghn los esperaban en los escalones del edificio junto a un anciano de cabello blanco.

Los cuatro vikingos, aún vestidos como forajidos, bajaron de un salto los escalones y corrieron a tomar la brida de su jefe, escoltando a la pareja por el pasadizo. Durin lo miró inquisitivamente y Einar asintió.

Aren sonrió por encima del hombro.

—Hemos traído a los dos ladrones.

—Buen hombre —le felicitó Einar.

—Te lo agradezco, Aren —añadió Siriana—. Siempre has atendido mis necesidades.

Cuando llegaron a la sala del hidromiel, Einar desmontó y entregó las riendas al más joven de los vikingos. Alzó los brazos y Siriana descendió con gracia hasta el suelo.

—Aren, ¿tienes un regalo para mi señora?

El joven sonrió y salió disparado.

—Empezábamos a preocuparnos por ti —dijo Vaghn, mientras observaba los arañazos y moratones de Siriana—. Un día más y tus hombres habrían salido a buscarte.

—Un día más y habría esperado que lo hicieran —respondió Einar.

Desató el rollo de la parte trasera de su montura y se lo metió bajo el brazo.

—Mi señora, ¿necesitas tratamiento para tus heridas? —preguntó Dame.

—Gracias —murmuró Siriana—. Las hemos curado y ya están sanando.

El anciano se acercó e inspeccionó su brazo. Tocó ligeramente uno de los arañazos.

—Las espinas los causaron —murmuró.

—Sí.

—La mayoría no sobrevive a las zarzas.

—El hombre que me secuestró no esperaba que lo hiciera —admitió Siriana—. Me dejó caer en ellas y me abandonó a mi suerte.

Para su placer, relató su historia para que todos la oyeran, empezando por su secuestro en el arroyo.

—Lord Einar de Dalsteinn me rescató.

Los vikingos aclamaron.

—¿Y el irlandés?

—Morirá —prometió Einar—. Lo he jurado.

En ese momento, Aren regresó corriendo y le entregó a Einar un largo objeto envuelto en tela. Einar se volvió hacia Siriana y se inclinó formalmente.

—Para ti, mi señora.

Maravillada, ella apartó la tela. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Allí yacía su broche, pulido y espléndido, prendido al cuero de un apuesto sarga-bardo que sostenía la espada por la que había trocado tantas cosas que apreciaba.

—Para ti —continuó Einar—. Con la esperanza de que nunca tengas que desenvainarla, salvo en la práctica.

Sonrió mientras prendía el broche al hombro de su capa y se colgaba la vaina del brazo.

—Ese es también mi mayor deseo, mi sire.

—Me alegro de que no tuviéramos que adentrarnos más en el bosque de lo que lo hicimos —dijo Durin—. Fue una visión espeluznante.

Vaghn se aclaró la garganta y le indicó a Einar que se acercara.

—He prometido presentarte al hombre que ha visto el árbol. Ha visto las zarzas, pero aún no ha alcanzado su meta. —Antes de que Einar pudiera hablar, Vaghn hizo un gesto al anciano—. Este es Ovar de Wicke. Es mi amigo y consejero, y el único hombre que puede darte finalmente lo que buscas.

Ovar se rió.

—Soy su consejero solo cuando estoy de acuerdo con él. Venga. Parlamentemos en mi tienda.

Vaghn lideró el camino desde el salón del hidromiel.

Cuando los tres hombres estuvieron en la tienda de Vaghn, este les sirvió a cada uno una jarra de cerveza.

—¿Querías hablarme del árbol sagrado, vikingo? —preguntó Ovar.

—Así es —respondió Einar—. Pero ahora ya no es necesario.

—¿Por qué? ¿Has encontrado la respuesta que buscabas? ¿O has renunciado a tu búsqueda?

—Encontré mi respuesta —dijo Einar simplemente—. Esta mañana.

Ovar miró profundamente los ojos ámbar de Einar. Por fin sonrió.

—Vi el árbol por la tarde. El sol era brillante. El más brillante que había visto nunca. Fue la única vez que lo vi.

—Las zarzas lo protegen y lo escudan —indicó Einar—. Y la luz debe brillar de cierta manera antes de que uno se dé cuenta de que el árbol crece en medio de las zarzas.

—No me adentré en la espesura —dijo Ovar con un suspiro—. Vi el árbol desde lejos. ¿Cogiste alguna fruta?

—Sí, suficiente para hacer un vino curativo y para replantar los huertos de la finca de mi sire.

—¿Son doradas estas manzanas? ¿Son grandes, hermosas y sabrosas? —preguntó Ovar.

—Sí.

Tanto Ovar como Vaghn sonrieron.

—Ahora están arrugadas. No sé si valdrán...

—Sí, mi sire —aseguró Ovar—. Valen más que todas las riquezas del mundo juntas. Has arrancado las manzanas mágicas de la Gran Diosa Madre. Verdaderamente has caminado entre los consagrados.

—¿Significa esto que tu estancia en las tierras baldías ha terminado? —preguntó Vaghn.

—Sí, amigo mío, así es.

Vaghn suspiró.

—Supongo que debo devolver gran parte del tesoro del claustro. —Luego se animó—. Tal vez vuelvas de vez en cuando de visita. Volvería a jugar contigo e intentaría recuperar al menos parte del tesoro. Debo conservar mi reputación de forajido.

Einar sonrió.

—Siempre que anhele aventuras, volveré.

Vaghn rió.

—¿Y ahora viajarás a las Tierras del Norte?

—Ave. Pero antes llevaré a Siriana a su claustro. Quiere reunirse con sus amigos y su familia. Luego «si la Gran Diosa Madre lo desea» viajaremos a mi hogar, al otro lado del mar.

Vaghn se sentó con una sonrisa de satisfacción.

—Había pensado que habría un matrimonio entre tú y Siriana.

Einar se puso sobrio.

—La Gran Diosa Madre y Odín Todopadre tendrían que trabajar juntos en eso. ¿Cómo puede casarse la hija de un alto rey con un vikingo de las tierras del norte?

Capítulo 17

Siriana aceptó agradecida la ayuda de Dame, que se disgustó al ver los arañazos y moratones, así como la terrible herida de espina en el muslo.

—Me temo que eso puede dejar cicatriz.

Siriana se puso unos pantalones negros de lana y unas botas negras forradas de piel, como las que llevaban las otras mujeres forajidas.

—Un pequeño precio a pagar por encontrar el manzano sagrado.

—¿Lo viste realmente? ¿Te paraste bajo sus ramas? —La voz de Dame estaba llena de asombro.

—Ave —Siriana sonrió—. Y observé mientras mi amor arrancaba las veinte manzanas que había buscado durante dos años.

Su búsqueda ha llegado a su fin. Las presentará a su sire en Dalsteinn.

Dame también sonrió.

—Es un milagro que solo una diosa podría realizar.

Siriana abrochó la tapeta de su túnica de seda roja con el broche de Einar. Por último, se ciñó la espada.

—Realmente no necesitas llevar eso —dijo Dame—. Aquí estás a salvo.

—Einar se preocupó lo suficiente como para recuperarla para mí —replicó Siriana—. La llevaré puesta hasta que él me ordene que me la quite.

Siriana y Dame salieron de la tienda y caminaron de vuelta hacia la sala del hidromiel. A su alrededor reinaba el ajetreo del mediodía. Los vendedores de vituallas pregonaban ruidosamente sus viandas, panes y frutas. Los proveedores de ales describían las virtudes de sus brebajes en voz alta. Dame se detuvo a regatear con uno. Aunque Siriana tenía hambre, siguió caminando, ansiosa por volver con Einar.

De repente, una mano dura cayó sobre su hombro. Sintió el pinchazo de una hoja en las costillas.

—Grita y será el último aliento que des.

Reconoció la voz al instante.

—¡Donnal!

—Seguro que no creías que podrías escapar de mí, mujer. Sheron pagará oro por ti.

La empujó hacia un espacio entre dos tiendas, donde un mercader había dejado su carro. Haciéndola girar, la empujó de espaldas contra la sólida rueda de roble.

Ella miró su apuesto rostro. Tan apuesto. Tan malvado.

Aun así, intentó razonar con él.

—No seas tonto. Estás arriesgando tu vida por algo que obtendrás de todos modos cuando Sheron muera. Déjame ir. Dile que morí en las zarzas de las rocas sobre el Lago Ness. Dile que apenas escapaste con vida.

—¡No! —Sus dientes rechinaron sobre la palabra. Pequeñas motas de saliva aparecieron en las comisuras de su boca. Sus ojos brillaron. Los ojos de Arlyn, pero con más que el atisbo de locura de Arlyn. Estaba claro que era más peligroso y estaba más

desquiciado de lo que Arlyn lo había estado nunca—. Te llevaré de vuelta. Fijará la fecha de la boda.

—¿Fecha de la boda? —Como atrapada en una pesadilla, perdió el aliento—. ¿Qué quieres decir?

—¿No te lo dije? Tiene la intención de sacarte más hijos. Pero ese infierno nunca vivirá para acostarse contigo.

La mano de Donnal bajó de su hombro a su pecho. Lo apretó cruelmente y luego intentó meter la rodilla entre las piernas de ella.

—Tendrá un accidente. Muy triste. Una caída de un caballo. Un incendio en los juncos de su cámara. Me casaré contigo en su lugar. Y entonces…

No pudo soportar más este cautiverio. Mejor morir que soportar ese atropello. Si intentaba gritar, él la sentiría llenar los pulmones de aire.

—¡Monstruo! —Ella echó la cabeza hacia atrás y le escupió en la cara.

Él se echó hacia atrás, sobresaltado.

Y ella se lanzó hacia un lado, dando una voltereta sobre el hombro cuando su cuerpo golpeó el suelo. Su brazo derecho golpeó

su costado y se incorporó sobre una rodilla con la espada desenvainada.

Con un rugido, él saltó tras ella, pero patinó hasta detenerse con la punta a un palmo de su vientre.

Ella abrió la boca para gritar, luego una sonrisa crispó las comisuras de sus labios. Mientras él la miraba fijamente, ella se levantó y retrocedió paso a paso hasta salir al camino que llevaba a la sala del hidromiel. Mantuvo la muñeca giratoria, moviendo la punta de la espada en un círculo cerrado, siempre entrenada en su vientre, cogiendo el tacto del arma.

Por un momento fugaz pensó en Diente de Lobo, la hoja defectuosa que Vaghn le había vendido. Su peso añadido le había servido de mucho. Su nueva espada, Craebh Ciuil, se sentía ligera y mortal. Su mano y su brazo eran fuertes.

Con una mueca, Donnal desenvainó su propia espada y la siguió. En el instante en que apareció en el camino, Dame gritó y corrió hacia la sala del hidromiel, llamando a Vaghn y a Einar.

—Todo habrá terminado para cuando lleguen —gruñó el irlandés—. A menos que sueltes ese juguete y vengas conmigo, juro que mi espada beberá tu sangre.

—Es fácil matar a hombres que no esperan morir —se burló Siriana—. Veamos cómo eres cara a cara, a plena luz del día y delante de testigos.

En su locura, Donnal no dedicó ni un pensamiento al círculo de forajidos que se formaba rápidamente a su alrededor. En su lugar, rugió de nuevo y lanzó un tajo con su espada. Ella saltó hacia un lado para esquivar la hoja y ripostó. Él había puesto demasiado peso en el golpe como para retroceder antes de que la punta de su espada le atravesara la parte superior del brazo.

Aulló mientras la sangre aparecía en el desgarrón de su túnica. Se pasó la mano por la herida y saltó hacia atrás.

Los forajidos lanzaron una aclamación.

—¡Apuesto por la mujer! —gritó un forajido emprendedor.

—¡Hecho! —Un par de hombres rebuscaron en sus bolsillos en busca de sus monederos.

—¡Apuesten por el hombre! —gritó otro—. Ella tuvo un golpe de suerte. Su alcance la supera por unos buenos quince centímetros. Está acabada en tres pasadas.

El círculo de espectadores se ensanchó mientras Siriana y Donnal se rodeaban, sus espadas moviéndose, cortando el aire,

amenazantes.

La mente de Siriana estaba llena de las enseñanzas de Einar y de las palabras de su padre, Pryse mac Russ, un famoso espadachín en su época. Un ataque frontal directo nunca serviría. Su alcance era demasiado corto. Él la mataría antes de que su espada pudiera tocarle, simplemente enderezando el brazo.

Debía hacer que se comprometiera y luego retroceder. Debía agacharse y seguirle. Sobre todo, debía seguir girando a la izquierda, porque él era diestro.

Mantente detrás del brazo de tu adversario, le había dicho Pryse. Si intenta cogerte por encima, sumérgete y apuñala hacia arriba.

—Tira la espada y no te haré daño —gritó Donnal, con el rostro contorsionado por la furia. Además de ver su espada azotando constantemente, vio la hostilidad en los rostros a su alrededor. Esa gente conocía a Siriana por ser amiga de Vaghn. Él mismo era un extraño en el campamento—. No creas que te perdonaré porque eres una mujer.

—Mírate a ti mismo —llamó Siriana—. Tú eres el que está sangrando.

Volvió a rugir y le asestó un tajo a la cara. Ella cedió ante la embestida. Detrás de ella, el círculo se dispersó y se cerró tras él.



Einar, Vaghn, Ovar y los vikingos de Einar irrumpieron por la puerta de la sala del hidromiel. Einar se habría arrojado por los escalones y habría atacado a Donnal con sus propias manos si Ovar y Vaghn no le hubieran atrapado.

Vaghn sujetó el brazo derecho del vikingo con fuerza.

—Debe responder ella misma a este desafío.

El anciano agarró a Einar por el hombro izquierdo.

—Está luchando como debe —le aconsejó—. Mírala. Está claro que sabe lo que hace.

En ese momento Donnal profirió un terrible juramento y se abalanzó directamente sobre Siriana. Ella lo esquivó y le asestó un tajo en la cadera mientras él se lanzaba de lleno. Gritó de rabia y se revolvió. De nuevo ella cedió ante una lluvia de tajos a diestro y

siniestro. Él no parecía pensar en golpear, sino simplemente en hacerla retroceder y aliviar su frustración.

Mírala —susurró Durin al oído de Einar—. Está jugando con él como con un pez. Cuanto más se enfada él y más energía gasta, mejor lucha ella.Le has enseñado bien.

Einar se relajó ligeramente. Le gustaría poder atribuirse el mérito de la lucha de Siriana, pero en realidad la había entrenado poco. Solo los ejercicios de fortalecimiento que la obligaban a mantener el brazo firme y la punta en alto eran obra suya. Pudo ver que su oponente flaqueaba claramente. La sangre le corría por el brazo y por la parte exterior del muslo.

Pero el combate no había terminado. Ahora sería más cauteloso, más calculador. No podía ganar. Einar luchó por separarse de Vaghn y Ovar, pero le sujetaron con fuerza.

—Ríndete —gritó Donnal—. Serás una alta reina en Eire.

Siriana se rió en su cara y acuchilló su espada. El acero chocó contra el acero y saltaron chispas.

—¿Crees que volvería con la familia que avergonzó a la mía? Arlyn me rechazó. Pasé nueve años en un claustro por la vergüenza

que me infligió. Luego atacó a mi hermana y la avergonzó también. Los Oilands no volverán a tocarme.

—Podemos hablar.

Por primera vez, cedió terreno, favoreciendo su pierna derecha.

—¡Apuesto por la mujer! —llegó la llamada—. ¡Ella le tiene en fuga!

Se levantó una ovación y más forajidos se apresuraron a hacer sus apuestas. Donnal echó un vistazo a su alrededor. El sudor le corría por la cara.

—Mi madre murió por tu culpa —gritó Siriana—. Tus hombres la hirieron y murió. Huye si quieres, pero te encontraré.

Hizo ademán de abandonar el círculo. Bajó su espada un par de centímetros. Entonces giró en redondo, con la espada en alto sobre su cabeza. Con un rugido de rabia, corrió hacia ella. Einar gritó una advertencia. Dame gritó. La multitud aulló.

—Gran Diosa Madre —susurró Siriana.

Se hizo a un lado y se arrodilló. El *Craebh Ciuil* se impulsó hacia arriba en un destello de oro y acero, y se deslizó en el cuerpo de Donnal por debajo de su caja torácica, ascendiendo por sus

pulmones y su corazón. Respiró entrecortadamente. Sangre como un río manó de su herida mientras Siriana perdía el agarre de la espada. Se lanzó hacia atrás, alejándose de él por el suelo. Dio un paso tambaleante, luego otro. La punta de su espada cayó. Se lanzó hacia delante y rodó, agarrándose con ambas manos a la empuñadura de su espada.

La multitud enmudeció de repente. Temblorosamente, Siriana se puso en pie y se colocó sobre él. No le miró. En su lugar, sus ojos se clavaron en la distancia, viendo el rostro de Melanthe.

En los escalones de la sala del hidromiel, Dame se interpuso entre los hombres y levantó los brazos en señal de triunfo sobre su cabeza.

—¡Siriana la Vindicadora! —gritó—. ¡Siriana la Vindicadora!

—¡Siriana la Vindicadora! —gritaron los forajidos—. ¡Siriana la Vindicadora!

Einar bajó de un salto y se abrió paso entre ellos para llegar al lado de Siriana y subirla a su hombro como si fuera una niña.

—¡Siriana la Vindicadora!



Envuelta en una bruma blanca plateada, coloreada por la frágil luz del sol poniente, la comunidad enclaustrada tenía un aspecto místico. Las viviendas encaladas brillaban con prístino resplandor; la paja de los tejados relucía dorada. De diseño circular, la aldea se extendía hacia el exterior a partir de un único edificio redondo con cuatro puertas. Todas las demás estructuras estaban construidas a lo largo de cuatro calles principales que se extendían desde esas puertas como los radios de una rueda.

De pie en la última cima de la colina antes de descender al valle, Siriana se detuvo a contemplar el claustro con la sensación de una querida familiaridad. Alargó la mano a través del espacio intermedio y posó la suya en el brazo de Einar.

—Orden y civilización. Es maravilloso. Todo es como debe ser. Limpio y pacífico. No puede ocurrir nada que rompa la contemplación y el pensamiento tranquilo.

Las comisuras de la boca de Einar se torcieron.

—Suena aburrido.

Le apretó la mano.

—Es la vida que estás considerando ahora, mi sire vikingo. Cuando regreses a Dalsteinn, plantarás y construirás para crear orden.

Él asintió solemnemente, sabiendo que ella decía la verdad.

—Piénsalo —dijo ella, señalando la comunidad que tenían ante ellos—. La casa de culto está construida en forma de arco para representar el vientre de la Gran Diosa Madre, la Gran Puerta a nuestra Madre. Es el edificio más alejado. En el centro de los tres círculos de la vida se encuentra la enfermería, porque somos curanderos, de modo que todos nuestros caminos y todos nuestros pensamientos se dirigen a ese edificio. Los cuatro edificios rectangulares son la casa de cocina y el comedor, la residencia de las hermanas, el hogar de las novicias y la casa de huéspedes, y el almacén de provisiones y víveres.

—Y los árboles —señaló Einar en voz baja.

—Sí, los árboles. —Un huerto gigantesco se extendía por el valle en todas direcciones y por las colinas circundantes—. En primavera, este es el lugar más hermoso que jamás esperaría ver. Cada árbol estará en plena floración, sus diminutos capullos blancos

brillando en el rocío de la mañana y reflejando la luz dorada del comienzo del día. El viento soplará y una suave fragancia impregnará el aire.

Respiró hondo. Cogiéndole la mano entre las suyas, frotándole los dedos, le preguntó:

—La estepa de Ura es pobre comparada con esto. ¿Estás segura de que quieres venir conmigo?

—Si me es posible —susurró ella. *O incluso si no es posible*, pensó—. Estaré siempre contigo.

El carro finalmente retumbó por la pendiente y Aren lo detuvo al lado de Einar. Miró hacia el claustro y el gran Mar del Norte que se extendía hasta el horizonte.

—Será bueno dormir en un edificio de nuevo. Y aún mejor sentir la cubierta bajo mis pies. Hemos estado demasiado tiempo en tierra.

—Sí, muchacho —asintió Einar. Tocó con los talones a su gran semental dorado. La bestia siguió a la montura de Siriana ladera abajo—. Vamos a buscar el mar.

Siriana llevaba una túnica de lana azul que cubría la mayor parte de los pantalones negros y las botas de Dame. Su pelo negro

le colgaba por la espalda y el broche de Einar le sujetaba la túnica al cuello. Mientras cabalgaba por la calle, podía sentir cómo el color subía a sus mejillas. Las sacerdotisas y novicias que bordeaban las calles la miraban con curiosidad. Dudaba que alguna la reconociera como su gran sacerdotisa, que había cabalgado cubierta de lana verde oscura desde la cabeza hasta la punta de los dedos.

Cuando llegó a su residencia en el gran edificio en forma de U, desmontó. La madre Bárbara, la alta consejera, salió a su encuentro. Cada parte del cuerpo de la anciana estaba envuelta en su túnica. Sólo asomaba su rostro, ensombrecido bajo la capucha.

No puedo volver a eso, pensó Siriana. Sintió que la brisa marina le levantaba el pelo y le bañaba la garganta de frescor.

—Madre. He regresado.

—Siriana, hija mía, hemos estado muy preocupados por ti. Cuando sólo la mitad de tus guardias regresaron con la trágica historia de que habías sido atacada por forajidos y que Melanthe... —Madre Bárbara cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Mi querida, querida y dulce hermana había muerto a consecuencia de las heridas recibidas, lo dejamos todo a un lado y rezamos por tu seguridad. Yo misma he estado enferma de dolor.

Impulsivamente, Siriana abrazó a la anciana, aunque tal contacto estaba prohibido.

—Sí, buena madre. Este es el hombre que me salvó. Lord Einar Urasson de Dalsteinn. Es de Northland.

—Mi sire. —Bárbara inclinó la cabeza—. Es un placer conocerle. Gracias por proteger a nuestra joven ama.

Después de que hubieron compartido las cortesías de presentación, dijo Bárbara:

—Envié inmediatamente mensajeros a tu padre y a Lord Cassian y Lady Brenna. Todos te esperan en la sala del consejo. —Miró un poco insegura a los cinco enormes vikingos que estaban hombro con hombro a la espalda de Siriana—. Vosotros... er... debéis venir también.

—Entonces entremos, madre Bárbara —repuso Siriana—. Estoy ansiosa por verlos a todos.

Mientras Siriana caminaba junto a la sacerdotisa, podía sentir que todo su cuerpo se ponía rígido. Su futuro se decidiría en las próximas horas. Toda su vida cambiaría para siempre, para bien o para mal. Se acercó más a la madre Bárbara.

—Debo hablar contigo de un asunto privado.

Bárbara se detuvo bruscamente.

—Tal vez sería más apropiado que se te permitiera ir primero a tu habitación para bañarte y cambiarte de ropa. ¿Tal vez ponerte una túnica nueva?

—No. Deseo hablar con el Alto Consejo y con todas las dríades del claustro.

El rostro de la madre Bárbara se arrugó. Apretó las manos.

—Siriana, me temo que deberíamos dejar de lado este asunto hasta que...

—Madre Bárbara, hablaré como soy.

El rostro redondo de Bárbara palideció de preocupación y sacudió la cabeza. Pero antes de que pudieran seguir hablando, la puerta de la sala del consejo se abrió.

—¡Siriana! ¡Hermana!

Brenna nea Pryse, la esposa de Cassian mac Weir, corrió a los brazos de Siriana.

—Estás a salvo. Todos estábamos muy preocupados. Pero no deberíamos haberlo estado.

Cogió a su hermana del brazo y tiró de ella hacia la puerta.

—Cassian, mira quién ha estado con ella todo el tiempo. Einar de Dalsteinn. Fuimos tontos al preocuparnos.

—¡Einar! —Los dos hombres se dieron la mano.

—Hija. —Pryse mac Russ se adelantó para abrazarla. Sus ojos recorrieron su cuerpo, vestido igual que su hermana, aunque su ropa era raída comparada con los finos materiales y la exquisita decoración de las prendas de Brenna—. Háblame de Melanthe.

Desde el campanario situado en lo alto del edificio en forma de arco llegó el tañido de la campana de bronce. Todo estaba sucediendo demasiado deprisa. Siriana quería más tiempo para contarle a su padre todo lo que había sucedido. Más tarde él lo sabría todo, se prometió a sí misma. Por ahora, dijo palabras que aliviarían su corazón.

—Sus últimas palabras fueron sobre ti. Ella te amaba.

Partes iguales de dolor y alegría flotaron como sombras en sus ojos. Los cerró y se dio la vuelta. Siriana y Brenna, a ambos lados de él, lo condujeron a la silla del alto rey en el estrado, para que ocupara su lugar en las deliberaciones que se avecinaban. A su derecha estaba sentada su hija, Lady Brenna, reina de la isla de Gato. Detrás de ella estaba su marido, Cassian mac Weir. Ante la

insistencia de Cassian, Einar se situó a su lado y sus vikingos se alinearon detrás de la agrupación real.

Pronto, las sacerdotisas ataviadas con túnicas se apresuraron a entrar en la sala del consejo y ocuparon sus lugares en las largas mesas rectas. La madre Bárbara ocupó el asiento alto a la cabeza de la primera mesa.

Siriana se situó a los pies de la primera mesa. Cuando todas estuvieron sentadas, cogió una pequeña campana de plata y la hizo sonar.

—Buenas hermanas y amigas. Estoy encantada de estar en casa, de veros a todas. De hecho, hubo momentos en este terrible viaje en los que no pensé que volvería a veros. Entonces lloré y recé a la Gran Diosa Madre para que nos protegiera a la madre Melanthe y a mí en nuestro peregrinaje.

Los reunidos escucharon en silencio mientras Siriana les relataba su viaje al santuario y al puerto comercial, del posterior ataque de los bandidos irlandeses y de su rescate por los vikingos. Cuando llegó al robo del manto sagrado y de las joyas del claustro, las mujeres sacudieron la cabeza, apenadas ante la noticia de tanta maldad en el mundo.

Siriana describió el viaje a las tierras baldías y cómo Lord Einar había arriesgado su vida para recuperar los objetos sagrados para ellas. Cuando les habló de la muerte de Melanthe, su voz se volvió ronca. Terminó anunciando que había renunciado a sus votos y que no regresaría al claustro.

—No —resonó en toda la sala.

Ella levantó las manos pidiendo silencio.

—Gracias por querer que me quede, pero no puedo. Nunca podré volver a la vida de clausura. He matado a un hombre.

Jadeos de horror y muchas sacudidas de cabeza saludaron esta confesión. Casi como una sola, las sacerdotisas miraron la espada que colgaba de la cadera izquierda de Siriana.

—Querida —dijo la madre Bárbara, levantándose rígidamente —. Te estás precipitando demasiado. Tus experiencias han desgarrado claramente el tejido de tu razón. Pero el descanso y la oración te restaurarán. Eres una guardiana de la tierra.

Siriana conoció un momento de desesperación. Sus siguientes palabras fueron para su padre y su hermana.

—Elegí esta vida por razones equivocadas. Ambos sabéis lo que me llevó al claustro.

Pryse se sofocó. Levantó las manos con impotencia. Brenna bajó los ojos.

—Estaba avergonzada. Creía que mi vergüenza había avergonzado a la familia. Cuando Arlyn O' lMland me rechazó, temí que fueras a la guerra con él, padre. Quería que vivieras. Entré en el claustro, donde he vivido durante nueve largos años. Durante ese tiempo —extendió las manos—. Nadie me tocó. Ni siquiera mi madre.

Brenna inclinó la cabeza. Pryse sacudió la suya.

—Seguramente...

—Nadie —insistió Siriana—. Esta es una orden enclaustrada y célibe. Estamos cubiertas de la cabeza a los pies. Nuestros rostros están a la sombra del calor del sol. Incluso nuestras manos están cubiertas. Él me apartó la capucha de la cara y me sacó a la luz del sol —señaló a Einar.

El silencio fue profundo. Cassian dejó caer la mano sobre el hombro de su esposa. Brenna levantó la cabeza. Sus mejillas brillaban con lágrimas. Se inclinó hacia su padre.

—Debe ser liberada de sus votos.

—Sí —dijo él—. Ella debe hacerlo.

La madre Barbara inclinó la cabeza. Solo su boca era visible bajo la capucha. Sus labios se movían. Por fin levantó la vista.

—¿Adónde deseas ir?

—Adonde Lord Einar me lleve. Mi hogar está donde esté el norteño.

Escandalizada, Bárbara se retorció en su silla. Miró al vikingo, enorme, feroz y amenazador.

—¿Estás enamorada de este guerrero?

—Sí. Quiero ir con él.

—No puedes. Eres una guardiana de la tierra, Siriana. No puedes abandonar Escocia salvo por miedo a la muerte. Has sido ritualmente vinculada a la tierra y perteneces a la Gran Diosa Madre.

—Mi madre, la madre Melanthe, ya me ha desligado del vínculo —dijo Siriana—. Mi padre, el alto rey, y mi hermana, la alta reina, han declarado que debo ser liberada. Solo tú y la madre Feich, que es la madre adoptiva de Cassian mac Weir, protestan.

Cassian mac Weir habló por primera vez, y su voz retumbó en la sala:

—Sé que la madre Feich lo aprobará. Ella puede realizar una invocación inversa.

Barbara vaciló. Luego se marchitó en la silla, tapándose la boca con la punta de los dedos. Por fin habló:

—Estábamos muy preocupadas, querida, las tres. Eras una hija del Día sin Nombre. La diosa podría haberte olvidado o haberte considerado indigna. Intentamos protegerte. Ahora solo te hemos traído dolor.

Pryse se levantó de la silla del alto rey.

—Debe ser liberada para ir adonde quiera. Ha servido al Claustro de la Arboleda durante nueve años. Realiza el ritual, querida Barbara, por el bien de Melanthe, y libera a su hija.

La madre Barbara se levantó también. Se inclinó ante Pryse, que se inclinó a su vez.

—Por el bien de Melanthe —concedió—. Así se hará.



Einar recogió en sus brazos a su sacerdotisa convertida en forajida y la estrechó contra él. Sus besos le calentaron hasta lo más profundo del alma. De no haber estado en los aposentos de la sacerdotisa, la habría empujado sobre la estrecha cama y cedido a su deseo.

Cuando hizo una pausa para respirar, Siriana le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Crees que tu sire me aceptará, ahora que ya no estoy unida a Escocia?

Einar asintió.

—Cuando se entere de que mi suegro es el alto rey de Ailean, igual que el marino Cassian mac Weir, llegará a creer que te eligió a ti por mí.

—Entonces nunca nos separaremos.

—Nunca.

Sonó un golpe en la puerta. De mala gana se separaron. Einar se ajustó la parte delantera de la túnica. Siriana se alisó el pelo.

—Entra.

—¡Siriana! —Una joven se asomó por la esquina de la puerta—. Mira a quién he traído para ti.

Cuando Siriana vaciló, la novicia togada entró en la habitación con una enorme jaula dorada en los brazos.

—La he cuidado por ti mientras estabas fuera.

—¡Noche Negra! —gritó Siriana—. Oh, gracias, Agnes.

Cogió la jaula y la colgó de un poste alto frente a la ventana. La joven se retiró.

—Hola, Noche Negra —Siriana abrió la puerta de la jaula y metió la mano. El cuervo saltó a su muñeca y ella lo sacó. Extendiendo el brazo, hizo las presentaciones—. Esta es Noche Negra, Einar.

El vikingo se acercó.

—Hola, Noche Negra.

El pájaro le miró con ojos brillantes. Siriana cogió una cadena larga y delicada.

—Esto era suyo —dijo—. Un extremo rodeaba su garra, el otro lo prendí a mi túnica. Pero ya no la necesitaré.

Cogió al pájaro con ambas manos y lo llevó a su rostro. Rozó con la mejilla su lomo reluciente.

—Me recuerda mucho a Viento de Medianoche —comentó Einar.

—Ahora te recordará aún más —respondió Siriana.

Caminó hacia la ventana abierta y lanzó al cuervo al cielo. Con un poderoso batir de alas negras, el ave voló en círculos por encima de ellos, graznando roncamente. Luego descendió en picado y se posó en el marco de la ventana.

—Eres libre de irte —llamó Siriana, con apenas una punzada de dolor.

De pie detrás de ella, Einar le puso las manos en los hombros.

—¿Crees que volverá alguna vez?

Siriana se recostó contra él.

—Quizás. Lleva demasiado tiempo viviendo en el claustro como para olvidarlo por completo.

—Pero no estaré aquí. Estaré contigo.

Antes de que pudiera dejar caer un beso sobre su sien, Einar oyó un graznido familiar. Se asomó a la ventana. Noche Negra volaba en círculos. Planeaba con sus alas extendidas, se zambulló en la ventana y luego volvió a lanzarse en picado. Einar estaba a punto

de darse la vuelta cuando vio otro destello de negro: un segundo cuervo. Siriana se le unió en la ventana. Los saludó a ambos.

Ambos cuervos entraron volando en la habitación: uno se posó en el brazo de Siriana, el otro en el de Einar.

—Viento de Medianoche ha encontrado un amigo —dijo Einar.

El hombre y la mujer se unieron en una suave carcajada. Los dos cuervos salieron volando por la ventana.

—¿Adónde crees que irán? —preguntó Siriana, siguiéndolos con la mirada hasta que se perdieron de vista.

—Eso es fácil —respondió Einar—. A Odín.

—¿Odín?

—Odín, el Padre de Todos. Le contarán todos los sucesos de la tierra. Todos han creído siempre que Viento de Medianoche era su mensajero.

—¿Pero qué hay de Noche Negra?

Einar pensó un momento.

—Yo creo que ella es su valquiria.

Cogió a Siriana en brazos. Deslizó las manos por su pecho y las cerró alrededor de su cuello. Acercó sus labios a los de ella en un

dulce y cálido beso.

Epílogo

El huerto era pequeño, solo veinte árboles, plantados en cuatro filas de cinco cada una. Los árboles en sí eran aún jóvenes, pero todos prometían los magníficos ejemplares que serían al alcanzar la madurez. Sus esbeltas extremidades se combaban con frutos dorados, de los que brotarían más semillas y más vino. Eran la promesa de que los huertos de la estepa de Urasson volverían a ser grandes algún día.

Siriana Prysesdatter, como la tradición de la tierra del Norte la había bautizado, estaba sentada a sus anchas en la silla que su marido había hecho para ella. Desde la elevación detrás de la gran casa que Ura les había regalado, podía observar a sus hombres cuidando los árboles. La felicidad casi pasada bajaba de sus pechos mientras su hijo pequeño, Lang, mamaba. Agitó la mano al divisar a su marido y a su primer hijo, Pryse, ahora un robusto chaval de tres

años, que venían desde la parte trasera del huerto. Lord Einar Urasson de Dalsteinn le devolvió el saludo con la mano libre. En la otra llevaba una cesta de manzanas doradas. El pequeño Pryse saltaba alegremente a su lado.

Mientras Siriana observaba, el gran hombre se arrodilló y rodeó a su hijo con el brazo. Sus dos cabezas rubias, inclinadas tan juntas, hicieron que a ella se le llenaran los ojos de lágrimas de felicidad. Padre e hijo hablaban con seriedad. En su corazón, ella podía oír la voz aguda del niño suplicando una pregunta y el profundo retumbar del padre respondiendo con cariño. Entonces ambos asintieron. El hombre dio un rápido abrazo alrededor de la cintura del niño antes de levantarse y cogerle de la mano.

Juntos caminaron, padre e hijo, a través de la avenida de árboles, con el brillante sol dorado a sus espaldas, guardianes de la tierra para las generaciones futuras.

Fin

---

[1] Una kirtle (a veces llamada cotte , cotehardie) es una prenda que usaban los hombres y las mujeres en la Edad Media europea . Con el tiempo se convirtió en una prenda de una sola pieza que usaron las mujeres desde finales de la Edad

Media hasta el período barroco. La kirtle se usaba típicamente sobre una camisola o bata, que actuaba como una combinación , y debajo de la prenda exterior formal, una túnica o sobreveste .